

PROYECTO DE GRADO

ERNESTO LAGOS REGALADO

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

2021

PROYECTO DE GRADO

ERNESTO LAGOS REGALADO

Trabajo para optar al título de licenciado en filosofía y letras

ASESOR
ALFREDO ORTIZ MONTERO

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

2021

NOTA DE RESPONSABILIDAD

Las ideas y conclusiones aportadas en el siguiente trabajo son responsabilidad exclusiva del autor.
Artículo 1ro del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966 emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del jurado

Jurado

San Juan de Pasto, abril _____ 2021



**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS**

ACUERDO NUMERO No. 108 (4 DE MAYO DE 2021)

Por el cual se otorga la distinción de LAUREADO a un Trabajo de Grado.

EL CONSEJO DE FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS DE LA UNIVERSIDAD DE NARIÑO,
En uso de sus atribuciones legales y estatutarias y,

C O N S I D E R A N D O:

Que mediante Acuerdo 077 del 10 de diciembre de 2019, el Consejo Académico establece y unifica la normatividad de los Trabajos de Grado de Pregrado de la Universidad de Nariño.

Que según el Acuerdo en mención, es de competencia del Consejo de Facultad otorgar la distinción de LAUREADO o MERITORIO a los trabajos de grado.

Que mediante proposición No. 049 de Abril 25 del año en curso, el Comité Curricular del Programa de Filosofía y

Letras, solicita se otorgue la distinción de LAUREADO al Trabajo de Grado titulado: "GRIETAS", presentado por el estudiante ERNESTO LAGOS REGALADO, identificado con Cédula de Ciudadanía No. 1085316689, para optar al título de Licenciado en Filosofía y Letras, quien obtuvo una calificación de 100 puntos, según los siguientes acápite.

A. CALIFICACIÓN DEL TRABAJO ESCRITO

CALIFICACIÓN DEL INFORME ESCRITO	PUNTOS	CALIFICACIÓN	CALIFICACIÓN
1. Cumplimiento de objetivos (correspondencia entre el trabajo concluido y lo inicialmente proyectado)	10	10	10
2. Morfología general del trabajo (estructuración general)	10	10	10
3. Pertinencia con la investigación formativa en el área educativa.	10	10	10
4 Calidad y propiedad del lenguaje utilizado; originalidad en el tratamiento o innovación en los recursos expresivos.	10	10	10
5. Manejo de recursos ilustrativos, técnicos, filosóficos o literarios	10	10	10
6. Riqueza significativa y sugerencias que ofrece el trabajo	10	10	10
TOTAL PUNTOS	60		

Acuerdo No. 108. Por el cual se otorga la distinción de LAUREADO a un Trabajo de Grado.

B.SUSTENTACIÓN DEL TRABAJO

		P. MÁXIMO	P. ASIGNADO	P. ASIGNADO
1.	Dominio del tema	30	30	30
2.	Presentación y exposición del trabajo	10	10	10
	PROMEDIO	40 Puntos	40	40
	TOTAL	100 PUNTOS		

Que de acuerdo con la calificación emitida por los evaluadores JAVIER RODRÍGUEZ ROSALES Y MANUEL E. MARTÍNEZ RIASCOS, sustentan los méritos para dicha distinción.

Que el Consejo de Facultad, consideró pertinente las razones académicas expuestas por los profesionales nombrados como jurados calificadores, al otorgar la calificación.

Que teniendo en cuenta lo anterior,

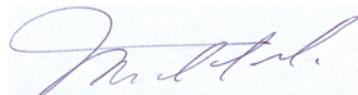
A C U E R D A:

ARTICULO PRIMERO: Otorgar la distinción de LAUREADO al Trabajo de Grado titulado: "GRIETAS", presentado por el estudiante ERNESTO LAGOS REGALADO, identificado con Cédula de Ciudadanía No. 1085316689, para optar al título de Licenciado en Filosofía y Letras, quien obtuvo una calificación de 100 puntos, según acta de sustentación.

ARTICULO SEGUNDO: OCARA, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Humanidades y Filosofía, anotarán lo de su cargo.

COMUNIQUESE Y CUMPLASE.

Dado en San Juan de Pasto, a los 4 días del mes de Mayo de 2021.



Magaly Zarama O.

MARIA ELENA ERAZO CORAL
Decana

MAGALY ZARAMA ORDOÑEZ
Secretaria Académica



DEDICADO A MI MAMÁ MIRIAN LUCERO REGALADO SOLARTE
QUIEN CON SU AMOR HA ENDULZADO LA VIDA DE SUS TRES
HIJOS



RESUMEN

El proyecto que llevaré a cabo es una novela cuya intención será reflejar el lenguaje y vivencias de un sector de los jóvenes, particularmente, de la ciudad de San Juan de Pasto y el departamento de Nariño. Los jóvenes nariñenses tienen vivencias que muchos otros jóvenes del mundo igualmente han experimentado, por ejemplo, el amor, la amistad, la depresión, la violencia, el sexo, la drogadicción, los conflictos con otros jóvenes, la rebelión frente a sus padres y las problemáticas que esto conlleva, el pandillismo etc. En esta propuesta se presentarán a unos jóvenes de clase media y baja que por diversos acontecimientos han desembocado en un mundo convulso, en el cual la lógica cotidiana se ve cortada o quebrantada, y al producirse este acontecimiento surge un mundo de caos que siempre había estado ahí, pero había permanecido cubierto por las convenciones de la sociedad. Este quebrantamiento de las convenciones sociales y lo cotidiano puede trastornar o alterar la sensibilidad y actividad psíquica de los sujetos hasta hacer que la realidad tome características surreales y terroríficas; muchos jóvenes del mundo y en este caso jóvenes nariñenses, han tenido estas experiencias de alteración psíquicas y sensitivas, de esta manera, mi propuesta pretenderá abordar las problemáticas que tienen que sobrellevar muchos de los jóvenes nariñenses, las experiencias que han vivido, y los laberintos sin salida en los que muchos han terminado al tener que vivir en el marco de una sociedad violenta de patologías sociales como la drogadicción y el alcoholismo; se abordara así mismo la vida sentimental de los jóvenes y los efectos que puede tener una decepción amorosa en ese contexto violento y patológico.

ABSTRACT

The Project that I will carry out is a novel whose intention will be to reflect the language and experiences of a sector of young people, particularly, from the city of San Juan de Pasto and the department of Nariño. The young people of Nariño have experiences that many other young people in the world have also experienced, for example, love, friendship, depression, violence, sex, drug addiction, conflicts with other young people, rebellion against their parents and problems that this entails, gang membership etc. In this proposal, some young people from the middle and lower classes will be presented who due to various events have led to a convulsive world, in which everyday logic is cut or broken, and when this event occurs a world of chaos arises that had always been there, but had remained covered by the conventions of society. This breaking of social conventions and the everyday can upset or alter the sensitivity and psychic activity of the subjects until they make reality take on surreal and terrifying characteristics; many young people in the world and in this case young people from Nariño, have had these experiences of psychic and sensitive alteration, in this way, my proposal will try to address the problems that many of the young Nariño have to overcome, the experiences they have lived, and the labyrinths without exit in which many have ended up having to live in the framework of a violent society with social pathologies such as drug addiction and alcoholism; likewise, the sentimental life of young people and the effects that a love disappointment can have in this violent and pathological context will be addressed.

TABLA DE CONTENIDO

Contenido

INTRODUCCIÓN	14
TEXTOS TOMADOS COMO BASE TEÓRICA.....	14
A MANERA DE CONCLUSIONES	20
GRIETAS	21

LISTA DE TABLAS

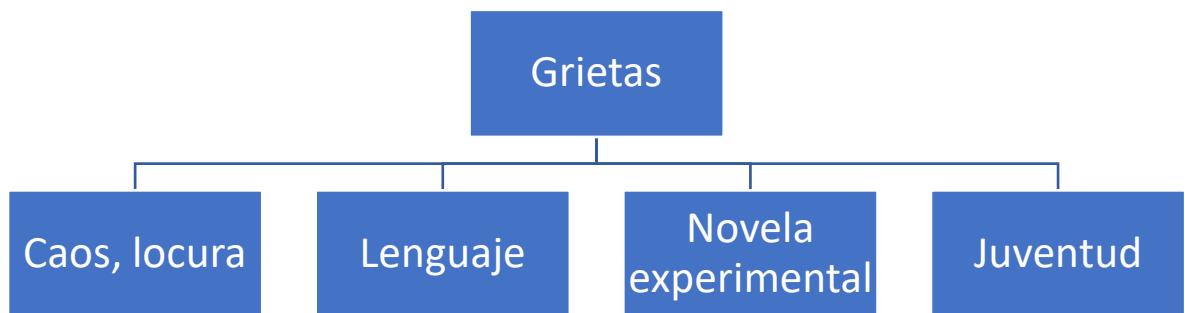
Tabla 1 EJES DE LA NOVELA	16
Tabla 2 CAOS.....	17
Tabla 3 LENGUAJE; NOVELA EXPERIMENTAL	19
Tabla 4 JUVENTUD (FENÓMENOS ENTRE LOS JÓVENES URBANOS).....	21

LISTA DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1 2666 DE ROBERTO BOLAÑO.....	16
Ilustración 2 DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y SANCHO PANZA.....	18
Ilustración 3 MIJAÍL BAJTÍN.....	18
Ilustración 4 PUNKS	20

INTRODUCCIÓN

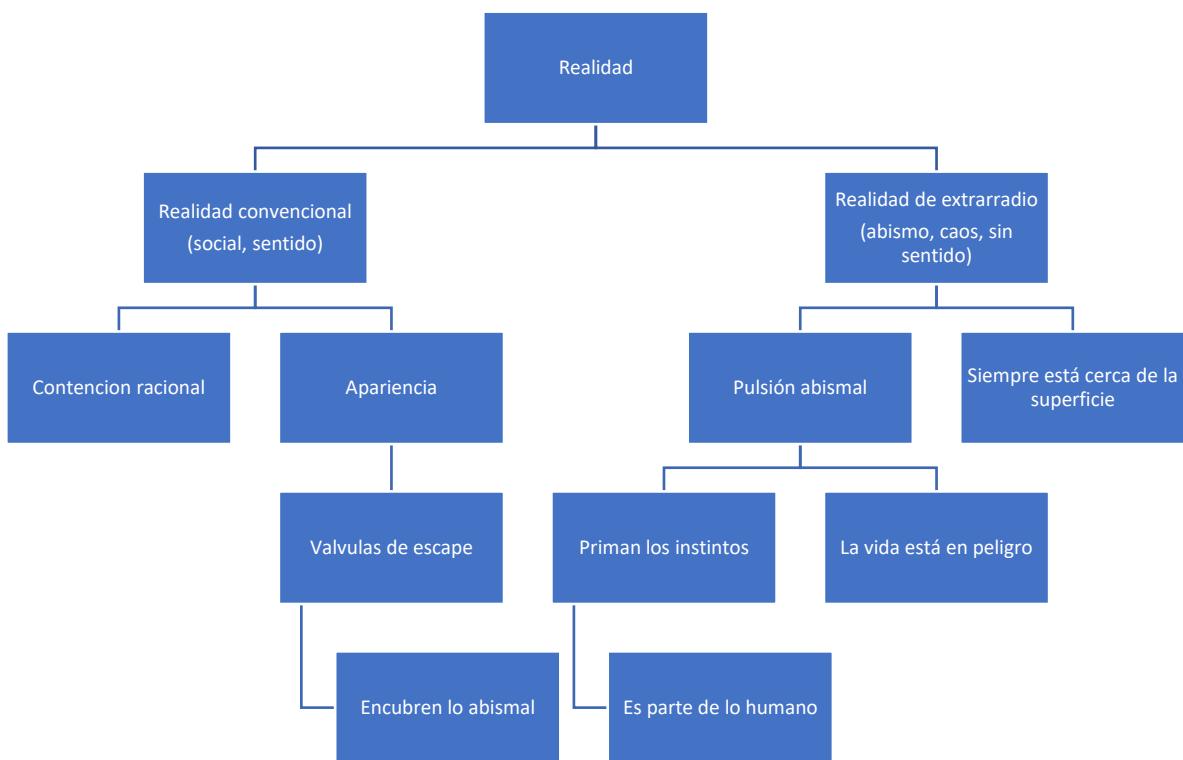
Tabla 1 EJES DE LA NOVELA



TEXTOS TOMADOS COMO BASE TEÓRICA

1. Diálogos entre el caos y la forma a través de la ficción encubrimiento — Álvaro Rodríguez.
2. Teoría y estética de la novela: trabajos de investigación — Mijaíl Bajtín.
3. Dinámicas de las tribus urbanas al interior de la universidad de Nariño — Fabian Montilla; Bladimir Cerón.
4. Motivaciones, significados y vivencias al interior de las pandillas conformadas por estudiantes y egresados de la institución educativa INEM de Pasto — Karen Viviana Maya Torres; Miriam Alicia Ruano Cortes.

Tabla 2 CAOS



ROBERTO BOLAÑO

2666




ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Ilustración 1 2666 DE ROBERTO BOLAÑO

Tabla 3 LENGUAJE; NOVELA EXPERIMENTAL

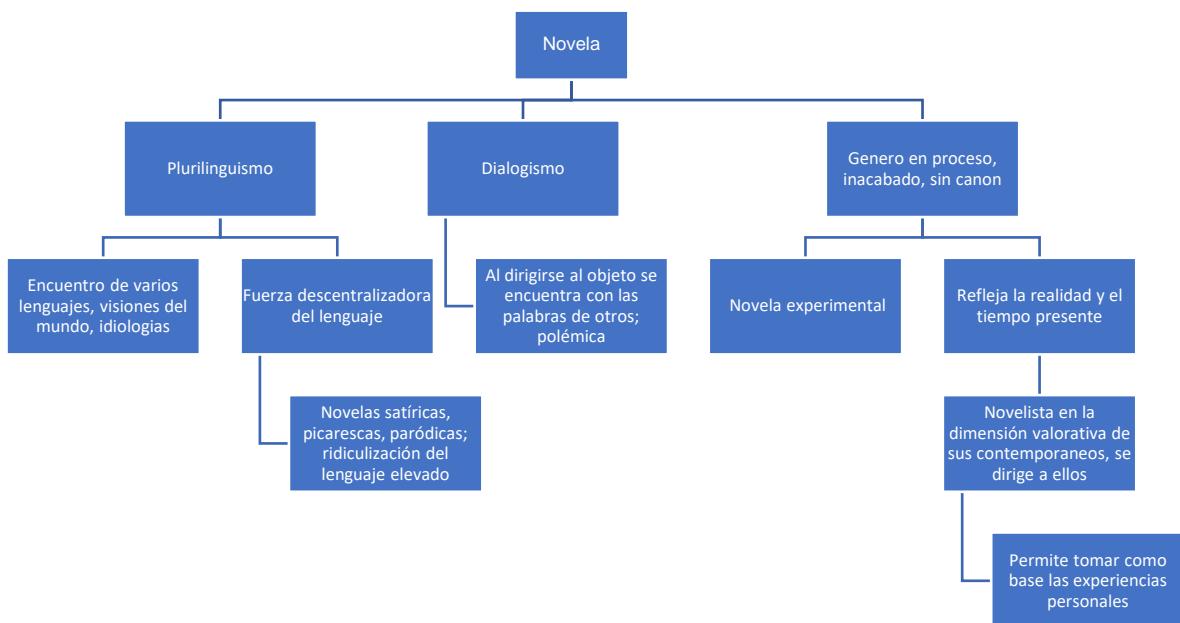




Ilustración 2 DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y SANCHO PANZA

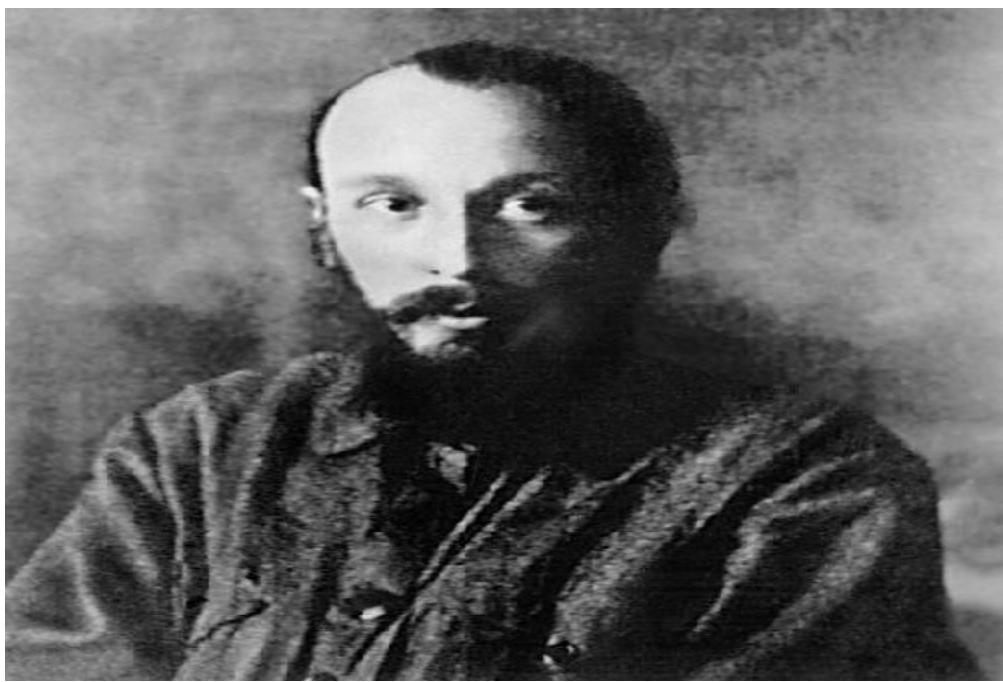


Ilustración 3 MIJAÍL BAJTÍN

Tabla 4 JUVENTUD (FENÓMENOS ENTRE LOS JÓVENES URBANOS)

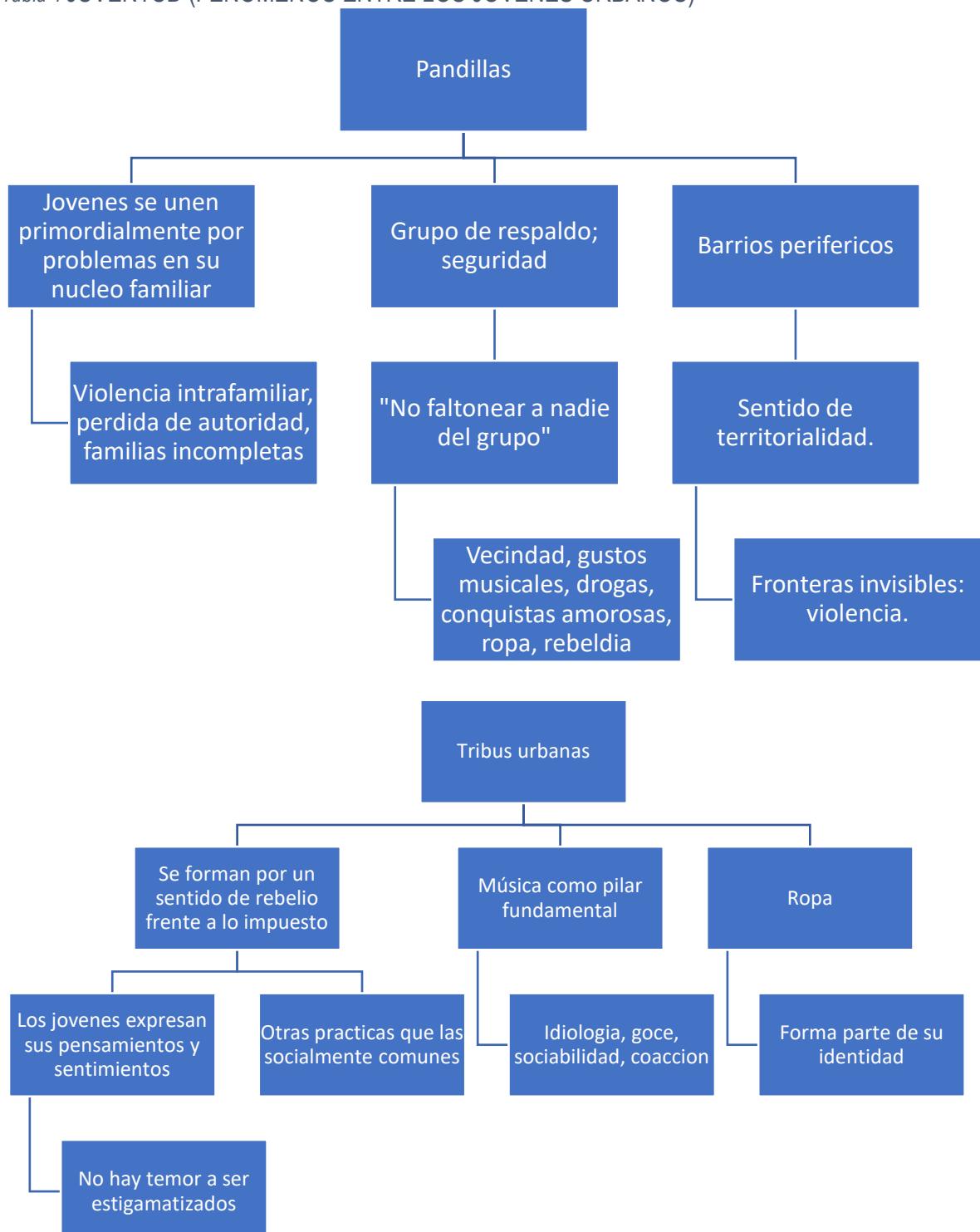




Ilustración 4 PUNKS

A MANERA DE CONCLUSIONES

1. El novelista debe mostrar en su novela el caos que se esconde en la cotidianidad.
2. La novela es un género plurilingüe y dialogístico.
3. La novela es un género en proceso, sin canon, que permite experimentar y que se encuentra en el punto de contacto con el presente.
4. Las pandillas y tribus urbanas son fenómenos fundamentales entre los jóvenes urbanos.

GRIETAS

Ernesto Lagos Regalado



Salir a la noche me refresca, no me siento bien en casa, las paredes se vuelven negras y hacen amagues de caerse, pero recorrer las calles es aliviante, el mundo se dilata, la noche está llena de presagios, mientras la luna asoma por las montañas; en esta ciudad la luna se mira enorme cuando empieza a salir, una inmensa esfera brillante sobre un fondo negro, después, empiezan a salir las estrellas, el cielo se llena de lucecitas, púnticos brillantes, pero esta noche no, el cielo está revuelto de nubes negras. ¿Por qué estas calles son tan largas, por qué tantos semáforos, por qué tantos autos? ¿Será que Valentina saldrá esta noche? La verdad es que si siento que la noche me refresca es por ella, por Valentina, cuando ella no está la noche se vuelve algo completamente distinto, no me alivia, se torna como un monstruo oscuro, un monstruo totalmente oscuro que abre una boca igual de oscura, entonces solo encuentro un camino y ese camino me lleva hacia esa boca que parece una grieta gigante abierta en la tierra, y cuando me adentro en ella todo es negro y profundo, una negritud larga sin fin, estoy enamorado de Valentina; desde aquella mañana todo cambió, cambió la universidad, cambió la calle, cambiaron los sueños y por supuesto que también cambiaron los pensamientos, esto es lo que más cambió ¿ella me ama? ¿en ella también han cambiado cosas desde que me conoció? ¿en dónde está?

Antonio: Que más parcero.

Stefano: que más mis hermanos ¿Cómo están?

Antonio: esperando a ver quién tanto asoma.

Stefano: ¿y qué hay pa esta noche?

Mateo: dependiendo quien venga, pero vos sabes que siempre hay algo por hacer, ahí tenemos un guarito pa ir calentando jajaja.

Stefano: a ver pasa un chorro.

Mateo: la noche pinta bien, oscura, como tiene que ser, hoy supuestamente hay lluvia de estrellas, pero con ese montón de nubes negras amasadas en el cielo ni modo de verlas, además, si uno quiere ver el cielo claramente con sus estrellas lo mejor es irse a un lugar apartado de la ciudad, al campo, a acampar en medio de las montañas, ahí se mira el cielo en todo su esplendor.

Stefano: una noche nos fuimos a acampar con unos compañeros del salón a las faldas de unos montes altísimos, llevamos lo necesario, guaro, ácidos, cervezas, marihuana... hicimos una fogata, bebimos, nos fumamos un blom, armamos las carpas, a eso de las ocho de la noche nos metimos los ácidos aunque algunos ya se los habían metido antes y ya estaban viajados, entonces alguien dijo que fuéramos a una chorrera a la cual había que llegar adentrándose por una selva, lo hicimos; los árboles eran gruesos y altos, muy frondosos, el viento hacía crujir las ramas y las hojas pero no hacía frío, más bien era una noche cálida, entre los árboles no había ningún claro, a no ser por uno, desde el cual miramos la luna, una luna media pero de proporciones enormes, seguimos caminando, yo ya sentía que el ácido me comenzaba a hacer estallar los poros, ya sentía un montón de agujitas filtrándose la piel, y calor, mis sienes empezaron a segregar sudor, entonces alguien comenzó a hablar del duende, lo mismo de siempre, decía que el duende es un hombre pequeño o no sé si más bien decía que es un niño, que utiliza un gran sombrero negro, el duende es travieso, decía, o más bien que travieso es malo, por que un niño travieso puede rayar las paredes, destruir los adornos, asustar a la gente, pero en el caso del duende no se conforma solo con asustar, si un duende te ve

es posible que resultes mal herido o muerto, si el duende nos viera ahora, por ejemplo, caminando por este bosque, cogería lo primero que se le venga a la mano, con tal de que sea lo suficiente para hacer daño, con eso comenzará a bombardearnos de la manera más agresiva que pueda haber, si nos viera al filo de un barranco nos empujaría y se cegaría a carcajadas mientras somos quebrantados por las rocas, al duende además le gusta cogerse a las mujeres bonitas, las lleva bajo las chorreras y les hace el amor ¿cómo será la verga del duende? ¿será que la tiene grande? ¿será que puede embarazar a las mujeres? Y si es así ¿Cómo saldrán los hijos? Nos preguntó, o se preguntó a si mismo el que hablaba, he conocido historias de mujeres a las que las han encontrado en chorreras llorando, continuó diciendo, mujeres que no saben cómo llegaron ahí, mujeres que desaparecen uno o dos días y después llegan y cuentan que lo único que recuerdan es cuando despertaron debajo de una chorrera, entonces los campesinos dicen que están enduendadas y les hacen collares de ajo para que el duende no las persiga más, el duende es también un esteta, le gusta hacerles trenzas a las crines de los caballos... una nena que iba conmigo cogida del brazo se comenzó a asustar y a decir que "ay que miedo" que "ay que loco" "¿será que por aquí anda el duende?" y el que contaba la historia dijo que lo más probable es que en ese bosque sí hubiera un duende. A mi toda esa mierda me parecía infantil. La nena que iba conmigo era linda, tenía el pelo castaño y ojos amarillos, la piel rosadita, con algunas pequititas en las mejillas, le comencé a acariciar las téticas, las nalguitas, a pasarle los dedos por la raja, la distraía excitándole el clítoris.

Cuando ya habíamos caminado más o menos una hora llegamos al claro donde estaba la chorrera, la cual formaba un lago en el lugar donde caía, la luz de la luna le daba un toque azulado al agua, miré a la nena que estaba conmigo, miré al man que había contado la historia del duende, pasé la mirada por todos, ya estaban dementes, todos con las pupilas dilatadas. Nos desnudamos y nos zambullimos al lago, el agua estaba deliciosa, entonces, espontánea o instintivamente, como si todos los hombres hubiéramos esperado por ese momento, cogimos a nuestras hembras y nos las comenzamos a culiar, un coro de gemidos femeninos emergió del lago desde la mitad del bosque, un coro formado por veinte mujeres cuyos fluidos se confundieron con el agua. Cuando se lo metí la nena alzó la cabeza y estiró el cuello, la luz de la luna le dio de lleno en la cara y le hizo brillar los ojos amarillos que me parecieron una cabaña ardiendo en la noche en medio de una llanura inmensa, me apretaba los hombros, después me cruzó las manos por la nuca y me besó el cuello, después la boca, la cumbamba, las mejillas, y respiraba fuerte, excitada; yo le seguía dando, entonces me miró fijamente con esos ojos que parecían quererme tragarse para quemarme, y se quejaba, su cara daba la impresión de que quería llorar, y estaba con sus mejillas ruborizadas, muestra de que la sangre le subía, ya saben, y yo se lo metí más duro y ella gimió más duro, tenía las piernas cruzadas en mi espalda y yo pues apretándole bien rico las nalgas, que bien ricas las tenía, redonditas, y dándole cada vez más duro y más duro y más duro y ella a cada penetrada quejándose más fuerte y más fuerte y más fuerte jajaja. Al otro día, cuando regresamos al campamento, nos pusimos a beber y a cocinar, todo fue muy bacano, y por la noche otra vez metimos ácidos y cogimos y al final terminamos tendidos todos en la hierba sin ropa viendo el hervidero de estrellas que se amontonaban en el cielo.

Antonio: La pasaste bien entonces jajaja. Bueno ¿Qué hacemos? Tal vez esos otros están parchando en el parque ¿bajamos a dar una vuelta o qué?

Mateo: bajemos a ver quién está o sino igual nos encontramos a alguien por el camino.

Stefano: vamos si no están allí deben estar por los lados de más abajo o todavía no salen.

¿A dónde está? De pronto no va a salir, o aun no sale, pero igual si la noche apenas está empezando y Valeria puede estar por aquí, Valeria, si, Valeria, porque Valentina debe estar con otro, boba y piensa que también puede estar conmigo, se equivoca, no pienso estar con ninguna perra, porque eso es lo que sos, una perra hijueputa que le gusta que la pongan en cuatro para que se lo metan por el culo, una perra malparida que disfruta como ninguna siendo enculada y que debe soñar con que la empalen pero ¿y qué? es su culo, son sus tetas y su panocha cómasela quien se la coma eso no me importa, he pasado mucho tiempo detrás de esa perra, muchas noches de insomnio y dice que me ama pero cuando uno ama a alguien se entrega completamente, si ella me amara estuviera aquí conmigo pero ¿Por qué pienso en esto? ¿Por qué sigo pensando en la mañana en que la conocí? Valentina, siempre caminando por ese pasillo del que al final solo hay oscuridad, sombras que se la tragan y yo siempre detrás de ella, siguiéndola, y me sumerjo en ese rectángulo en ese hueco negro pero no hay nada, un mundo de oscuridad en el que grito llamándola pero nunca aparece entonces me siento y me abrazo y me aprieto las rodillas y me quedo completamente solo, con pánico, con miedo, mientras esas sombras, ese rectángulo se encarnan y me revuelven la cabeza ¡nubes! ¡nubes oscuras! ¡nubes desgarradas! Nubes iluminadas por la luz de la luna, ¡demencia! jajajaja demencia, imposible y si es cierto pues todos estamos dementes, todos deberíamos estar en el manicomio, porque de todos los que conozco yo soy el menos loco Valeria debe estar por aquí, necesito tocar esas piernas, esos muslos, pero calmado, la noche es joven y las mujeres poco a poco aparecen pronto voy a tener a una estrujándola en mis brazos, besando unos labios tiernos y húmedos, pronto unos ojos llenos de chispas, una mujer mugiendo desbordada por el deseo de ser poseída, lo mejor es seguir con la noche en cualquier momento ella nos ofrece una bandeja llena de manjares.

Stefano: pasa un chorro.

Antonio: hay que estar en la juega con los dogs.

Mateo: ¿es verdad que se habían peleado con ese pirobo del Iván?

Stefano: Si, ese man estaba loco, tenía los ojos volteados, las pupilas le revoloteaban en las cuencas, nosotros estábamos tranquilos, tomándonos unas chelas cuando el man llegó, lo mire, venía con los demás directo a nosotros, apretando los puños, parecía perro rabioso, nosotros nos paramos, sacamos las latas y se las brillamos preparados para lo que sea, los chinos también sacaron las latas entonces el man se me paró al frente y me dijo que quería pelear conmigo y se sacó la chaqueta, a puño limpio, me dijo, nada de cuchillos, entonces me saqué la chaqueta, me cogí el pelo y comenzamos.

Antonio: pero ese chino Iván tenía algo, supongo que se metió alguna mierda pesada, tenía la cara roja y llena de rabia, pero la pelea no pasó a mayores, algunas patadas, algunos puños al cuerpo y otros a la cara, después ese guagua bajó los brazos agitado, cogió la chaqueta y se fueron sin decir nada.

Mateo: será que se acordó de las otras peleas que han tenido o estaba bien periqueado.

Antonio: No, perico no era, si metió algo debió ser más fuerte que el perico, algo que le sacudió totalmente las tripas, si hubiera peleado con alguien más débil en lugar de Stefano hasta lo habría matado, sin importarle que lo metan de nuevo a la cárcel, no, eso no era perico, era algo más.

Mateo: o es que simplemente está loco, eso es todo, está loco desde hace rato, un loco obsesionado con los cuchillos y la sangre.

Antonio: como su papá.

Mateo: pero el papá, aunque abrió a un hombre, no fue tan lejos. Yo me acuerdo de eso, era apenas un niño cuando el papá de Iván mató a ese señor, escuché a una amiga de mi mamá contar la historia. El papá de Iván y el señor se habían cruzado en el callejón que baja por el Parque Aborigen, se encontraron e inmediatamente mandaron las manos a los cuchillos. El tipo con el que se enfrentó el papá de Iván era un tipo de calle y le alcanzó a dar un puntazo en las costillas, solo un puntazo, pues según la amiga de mi mamá el papá de Iván era ágil, muy ágil, y esquivó el viajazo a tiempo. Pero cuando el papá de Iván logró dar con el señor lo hizo de una vez por todas. Le clavó el cuchillo a la altura del ombligo. Al principio el viajazo solo hizo hundir la mitad del cuchillo, pero inmediatamente el papá de Iván empujó con fuerza y lo hundió todo, después forcejeo más y con una bestialidad grotesca y fría subió el cuchillo hasta la altura del corazón, el otro señor empezó a trasbocar, justo cuando el cuchillo subía, como si el cuchillo le hubiera empujado el vómito.

El papá de Iván se perdió como una sombra callejón abajo, contó la amiga de mi mamá, que según mi mamá era amante del papá de Iván y que al momento de toparse con el otro señor estaba con él y se iban a pasear al Parque Aborigen, eso le dijo mi mamá a mi papá que miraba distraído por la ventana de la cocina a la calle. La amiga de mi mamá se quedó paralizada mirando al hombre que vomitaba en el suelo, que tres o cuatro veces tuvo ataques de convulsiones cortas, según dijo, pero que le sacudieron el cuerpo espantosamente, con el cuchillo apretado en el pecho. Cuando la amiga de mi mamá por fin tomó conciencia el cucho yacía muerto en el suelo con la cara y el pecho llenos de sangre y vómito. El primer impulso que tuvo fue buscar a alguien y cuando se encontró con un joven le dijo que había un hombre apuñalado en el callejón del parque aborigen. El joven no se asustó y lo primero que hizo en vez de llamar a la policía o la ambulancia fue ir a ver al señor herido, como tomado por la incredulidad o como si quisiera ver a un hombre herido a puñaladas. Cuando llegaron el joven notó que el señor no estaba herido sino muerto. Entonces llamaron a la policía la cual restringió el paso al lugar de los hechos y se llevó a la amiga de mi mamá y aquel joven a la estación para interrogarlos.

La amiga de mi mamá dijo que ella había estado subiendo por el callejón del Parque Aborigen cuando vio a dos hombres con cuchillo más arriba de ella que comenzaban a pelear, después sucedió lo que sucedió, un hombre calló y el otro salió corriendo despavorido callejón abajo y si no es porque lo esquiva la hubiera mandado al piso.

¿Por qué no llamó rápido a la policía o a la ambulancia? Le preguntó un agente. Por el impacto, contestó ella, los nervios se me pusieron fríos, el hombre convulsionaba, yo no he visto nunca un asesinato, además, el hombre murió rápido, solo duró veinte o treinta segundos antes de quedarse quieto. Le preguntaron sobre el joven blanco, le preguntaron donde vivía, con quien. Sola, dijo. ¿En qué trabaja?: trabajo por las noches en un bar. ¿En qué bar?: en el Piel de Iguana. ¿A dónde se dirigía cuando presencio el asesinato?: iba a comprar comida. ¿Cuánta comida?: no sé, arroz, frijoles.... ¿Mas exactamente cuánto de cada cosa? Después de que contestó Le revisaron el dinero que tenía, como para corroborar la coherencia en su relato.

Esa noche, después de la interrogación, fue a su casa, en la cual efectivamente vivía sola y en la que había hecho el amor muchas veces con el papá de Iván. se acostó sin comer nada, pero no pudo dormir, se puso a llorar y después pensó ¿Qué hacer? Amaba al papá de Iván, pero si no lo denunciaba ahora sería cómplice de asesinato y eso ya la convertía en una criminal ¿o es que ya lo soy? ¿acaso el haber mentido en la interrogación ya no me convierte en una criminal?

Al siguiente día, cuando caía el crepúsculo, vino a mi casa a contarle a mi mamá lo sucedido. Pero no le contó la verdad, le dijo lo mismo que le había dicho a la policía. El crepúsculo teñía la tarde y la sala de mi casa de un rojo horrible, un rojo que evocaba al infierno. Mientras la amiga de mi mamá contaba

la historia iluminada por la luz crepuscular que entraba por la ventana y le daba en la parte izquierda de la cara haciendo que el ojo izquierdo se le prendiera como un tizón ardiente, mi mamá la escuchaba desde la parte de la sala que ya había sido tragada por las sombras, sentada en un sofá, con las piernas cruzadas y sosteniendo un cigarrillo a lado de su mejilla.

Tres días después del asesinato y la interrogación, su amiga contó la verdad: ella y el papá de Iván subiendo por el callejón del Parque Aborigen, el encuentro con la víctima, el asesinato, el papá de Iván huyendo callejón abajo, le preguntaron qué tipo de relación tenía con el papá de Iván. Soy la amante. ¿desde hace cuánto tiempo? Desde hace dos años y medio más o menos. ¿sabe dónde está el señor? No. ¿sabe dónde vive el señor? Dio la dirección de la casa de Iván. ¿Por qué no confesó esto en la primera interrogación? Dijo que por miedo ya que el papá de Iván era muy violento. ¿la ha visitado en estos días? No. Eso fue lo que confeso, pero tal vez en lo único que no dijo la verdad fue en que no había confesado antes por miedo, solamente que le era imposible decir que no lo había hecho porque estaba enamorada so peso de terminar tras rejas.

La policía tardó tres días en encontrar al papá de Iván, nadie lo había visto. La mamá de Iván confirmó que su esposo no se aparecía en casa desde el día del asesinato, le preguntaron si sabía dónde podía estar y les contestó que no, sin embargo, dos días después confesó que lo más probable es que su esposo estuviera en la casa de Buena Vista, un pueblo tragado por las montañas, que queda a cuatro o cinco horas de la ciudad.

La oscuridad hizo que el viaje se demorara más y llegaron cuando la noche se había adentrado en sí misma por completo. Encontraron al papá de Iván en una de las habitaciones de la casa cuya puerta era de madera y rechinó cuando uno de los agentes la abrió empuñando una linterna que apuntó a una cama en la que estaba acostado el papá de Iván, los ojos le brillaban como metal en fragua ¿lloraba? No hizo nada para impedir que lo capturaran, tal vez porque vio que no tenía forma de escapar con cuatro agentes obstruyéndole el paso, tal vez porque eso era lo que había estado esperando todos esos días, nosotros nacimos para ser asesinos, fue lo único que dijo, palabras incomprensibles para los agentes y tal vez para su propia esposa ¿a quién se refería? ¿a él y a Iván? ¿acaso quería que su hijo también fuera un asesino, si fue así lo logró, el hijo perpetuó al padre e incluso lo superó.

Fabian: velos parceros, ¿Qué dicen?

Antonio: que más, los andábamos buscando.

Fabian: Estábamos en cine, fuimos a ver esa nueva película de Natalie Portman que a pesar de que han pasado los años aún sigue siendo hermosa. Cuando protagonizó el perfecto asesino era una niña que todos los hombres deseaban violar. Ella misma cuenta que a esa edad le llegó una carta de un fan que le escribía que su mayor fantasía era violarla. Todos sus miembros vírgenes explotaban de erotismo, Matilda, una niñita seductora y de instintos asesinos que se enamora por completo del mayor carníero de los Estados Unidos jajaja. La película estuvo buena, con el desierto, con dromedarios, escasez de agua, deshidratados y locos a causa de la insolación y la sed ¿puede haber muerte más escabrosa?

Erica: ahorita vamos a poner pa un porro, pónganse de a un puntico, para que salga algo bueno.

Stefano: a mí la marihuana me está dando malos viajes, me desespera, me pone la cabeza convulsa.

Samuel: todo depende de la situación, cuando uno tiene muchos problemas, la marihuana agudiza los malos pensamientos, por eso es mejor pegarlo tranquilo, sin preocupaciones.

Stefano: eso es así parce, últimamente cada vez que lo pego siento que la cabeza se me hace trizas.

Erica: a mi si me causa totalmente lo contrario, me relaja, apenas me pego un plón se me empieza a desvanecer el peso de encima, yo ya no puedo estar ni un día sin yerba, pero aun así y digan lo que digan yo sé que la marihuana si es un vicio y como todo vicio es nocivo, nuestros pulmones deben estar repletos de aceite de marihuana ah y ahora que digo esto se me vino a la mente algo que escuché ¿ustedes sabían que supuestamente a las paredes intestinales también se les pega la mierda? así defequemos una cantidad de excremento se queda adherida al intestino, llevamos como cinco kilos de mierda que no sale cuando cagamos.

Samuel: y más encima con todo lo que nosotros metemos, nuestro organismo debe estar pudriéndose.

Nanica: a mí solo me gusta la primera traba del día, es como si miraras el mundo por primera vez, pero cuando el efecto empieza a pasar llega el letargo que dura todo el resto de día, que sensación tan asquerosa, después, las demás fumadas ya no causan el mismo efecto, más bien se vuelven fastidiosas como sanguijuelas y el día se vuelve lento y lúgido, muchas veces uno fuma porque no hay nada más que hacer, por eso no me gusta fumar por la mañana, porque esa primera traba te fastidia todo el día, ahora solo me estoy fumando unos plones por la noche.

Mateo: la marihuana es buena sin importar la hora, un porro en el momento adecuado no se puede reprochar sean las horas que sean, aunque en mi caso prefiero el opio que es como si te hiciera invisible.

Stefano: pienso lo mismo, el opio es mucho más liviano que la marihuana, cuando fumábamos con Valentina yo sentía que me desvanecía con el viento, simplemente se desliza por el cuerpo, se hace hasta imperceptible, aunque tu cerebro está envuelto por una nebulosa afrodisiaca, pero la verdad para mi cualquier droga es placentera si estoy con una hembra lo suficientemente bella como para querer culíarmela.

Mateo: la otra noche estaba en la casa de mi tía y me encontré un libro. Lo abrí al azar, no sé por qué, pero siempre que me encuentro un libro lo abro al azar como si la parte que cayera tuviera predicciones de mi destino. El libro hablaba del cuidado de si, de que en una susodicha época imperial las personas cuidaban de si escribiendo cartas, apartándose al campo, recordando a los muertos ya que esto ayudaba a ejercitar la memoria, también antes de dormir las personas pensaban en lo que hicieron durante el día para purificar la conciencia, esto los hacia dormir bien y tener un buen contacto con los dioses pues supuestamente el mundo de los sueños es el mundo por el que nos comunicamos o nos encontramos con los dioses. Ahora el cuidado de uno mismo es fumar marihuana, beber, escuchar música y culiar, aunque culiar creo que siempre ha sido una forma de cuidarse a uno mismo.

Nanica: imagino que no puedes descifrar lo que te depara el destino con mucha frecuencia jajaja

Mateo: te imaginas bien, no me interesan para nada los libros, aunque hay algunos que tienen caratulas que llaman la atención, pero no, yo no tengo nada que ver con la lectura ¿han visto a esos babosos aficionados a la lectura? Manes con gafas, con cuerpos entumidos, enclenques, manes que parece que nunca se han cogido a una hembra, chinos a los que les tiembla la boca frente a una mujer, si eso es lo que le hace a uno la lectura quemaría todos los libros del mundo.

Stefano: bueno entonces ¿qué? ¿Hay algún toque? O vamos a bebernos unas polas al Sótano.

Fabian: pues parce, hay un toque en el Noche Roja ¿vamos a darnos una vuelta o qué?

Erica: sii, vamos a ver como esta.

Samuel: vamos a pillar cómo esta, pues parece que esta noche poco a poco se está tiñendo de rojo ¿Qué mejor noche para ir al Noche Roja? Jajaja.

¿y entonces qué es lo que está pasando? ¿si no es demencia, entonces, qué es? Deberías rogar a Dios para que sea demencia al menos así sabrías lo que tienes, o son alucinaciones causadas por el

agotamiento, por las noches sin dormir, por estos pensamientos que parecen rayos, pero solo son sueños sueños bruscos sueños que desbordan su irrealidad para ir cayendo poco a poco en la realidad pero sueños al fin y al cabo ¿Por qué no aceptas de una vez que sientes miedo de esto que te ronda? Miedo de que esto te acabe tragando, de que termines por volarte la cabeza, sabes que esto no acabará nunca, lo sabes, este monstruo te estará esperando todas las noches en un rincón de la habitación, no son pensamientos ni tampoco sueños, es demasiado real ¡maldito imbécil! ¡no te engañes! No volverás a tener ni una noche de tranquilidad ¡cállate! ¡cállate hijueputa déjame tranquilo! Tengo que controlar esto, necesito un psicólogo, no, necesito hablar con alguien, exorcizar esta maldita cosa, expulsarla de una vez por todas, debo mantenerme lúcido, esta realidad es lo único que existe, diga lo que diga esta voz, no debo escucharla, si tan solo le doy una pista de credibilidad el abismo me va a arrastrar, el monstruo no está en mi habitación, el monstruo está aquí, en mi cabeza, pero lo sé, sé que miente, sé que quiere rebanarme, es esto lo que provoca las alucinaciones, relájate, esto tiene que acabar algún día, solo es esta situación, por eso la necesito, Valentina es mi única salvación, pero ¿si me llega a dejar? ¿y si está con otro? Se la deben estar cogiendo ¿y si le llega a gustar? Tengo que llamarla o caerle a la casa, pero de pronto este por aquí, espérate mejor, comprémonos una polita y relajémonos un poco, pega un perico y otros guaros y listo, pero ¿de qué sirve eso? ¿acaso no habías dicho que ibas a pelear por Valentina? ¿acaso no has sentido todos estos días que la existencia se te está viendo abajo? Si quieres a Valentina tienes que hacerlo ahora antes de que sea demasiado tarde ¿y si te deja de amar? O ¿acaso ya no me ama? No que va, esa hembra todavía me ama con todo el corazón ¿Por qué tengo tanto miedo? Esta sensación de estar cayendo incesantemente estos días pesados insoportables estas tardes teñidas de sangre en las que siento que el corazón me explota y esta ciudad se desmorona poco a poco, ese es el miedo, a que mi existencia se haga insopitable, que los días se vuelvan una caldera hirviente en la cual soy cocinado, ya no quiero tener más estas pesadillas, con esos valles oscuros e infinitos, con esa oscuridad, con esa mancha negra que poco a poco lo va cubriendo todo, ese bosque ese cabello esos ojos esa boca esos dientes esas malditas pupilas con esa maldita presencia que siempre parece estar al lado mío incluso después de despertarme, el agua vendita es buena para estas cosas, jajaja no me digas que vas a empezar a creer en esos cuentos, no seas imbécil, son solamente sueños o en el peor de los casos estás loco, pero si te dejas atormentar por esas imágenes, si las llegas a creer estás perdido ¿vos de nuevo? ¿Por qué no te largas para la mierda? Espérate espérate, cálmate, solamente te estoy diciendo la verdad, no creas que lo que te pasa es real, si no vas a terminar en un campo de reposo o tirándote del edificio más alto de la ciudad, lo que pasa es que estas afectado por Valentina, hemos pensado en ella mucho últimamente, necesitamos la inyección de su amor, es ella la que siempre nos salva, la que te puede rescatar de esta tristeza tan infranqueable que te abre un vacío en el cuerpo ya ya ya no quiero más romanticismos, lo que necesito es recordarme a mí mismo, recobrar mi espíritu, las noches son un líquido precioso que no podría dejar de beber esta noche es mi sanación esta sensación de juventud que me recorre cada línea del cuerpo es mi sanación las mañanas cuando despierto son mi sanación tengo otras cosas por las que preocuparme, como estas serpientes que si me descuido un momento me meten una puñalada, los dogs el cabrón del Iván cualquier maricón pero que va yo aquí tengo lo mío a cualquier pirobo que venga picado a loco se la clavo sin mente las noches son cada vez más tenebrosas las lunas cada vez más borrosas sin embargo no por eso dejan de ser brillantes a veces son tan brillantes que parecen de lunáticos las noches cada vez más hinchadas y oscuras las noches si no logro dormir bien en estas noches me voy a pegar un tiro es una tontería eso no puede ser son solo divagaciones tuyas hay que esperar a que pasen van a pasar. Si. Ya sé lo que es estar en esto sollozos de mujer ¿de dónde venían? No no era ella, estaba dormido en

el país de los sueños hablamos con los dioses, eso fue lo que dijo Mateo, pero eso no era un Dios, eso era un espanto, de nuevo con esto ¡ya bastaaa! Tienes que dejar de pensar lo relajar la cabeza ponerla en blanco que nada pase ese culo moviéndose por esa calle larga ese culo irresistible de Valentina que ricas esas nalgas ¡¡hijueputa que rica que sos mi amor!!

Fabian: entonces entremos a tomarnos un chorro, pongamos pa una jarra de hervidos ¿si o qué?

Samuel: breve, pongamos pa una jarra de veinte y como las hembras también tienen que poner nos toca como de a tres lukas.

Nanica: que vaa, pongan ustedes, yo no tengo ni un peso.

Mateo: oooo ¿enserio no vas a poner? ¡pone!

Nanica: que no tengo ni un hijueputa peso ¿no estás entendiendo?

Mateo: que vaa.

Stefano: ¿vos si pones Erica?

Erica: sisas, yo pongo tres lukas.

Stefano: listo, entonces a los demás nos toca de...

Fabian: como de a dos mil quinientos.

Stefano: pongamos pues.

Antonio: ve ¿y quién toca Fabian?

Fabian: va a tocar Macabro la banda del Daniel.

Antonio: breve, aquí nos parchamos un rato.

Samuel: ¡jum! Está bien bueno este toque, ya toco farrearnos hasta el otro día jajaja. Pillen allá hay una mesa.

Fabian: vayan yo ahorita voy, me voy a pegar una meada...

Mateo: parce hay buenas hembras.

Angelica: que tal muchachos ¿Qué les sirvo?

Antonio: que más Angelica, traenos una jarra de veinte lukas.

Angelica: listo, ahorita se las traigo.

Nanica: ve Angelica y a mi tráeme una Club Colombia negra.

Mateo: ahhh ¿no que no tenías lukas?

Nanica: pues tengo para tomar lo mío, no quiero hervidos.

Mateo: que vaa marrato ya te miro hecha mierda.

Fabian: muchachos por ahí me encontré al calvo, anda dando feria de perico, diez lukas ¿pongamos o qué?

Nanica: para un perico si les coloco.

Fabian: breve ¿Quién más coloca?

Samuel: coloquemos todos de a lukaquina ¿vos quieres oler Erica?

Erica: no tanto, pero si ponen pues breve, lo que quiero es una chela, ya vengo, la voy a comprar.

Samuel: breve.

Fabian: entonces qué ¿colocamos o no?

Antonio: breve, yo si te coloco.

Mateo: tené, lukaquina coloco.

Samuel: tené yo te coloco tres lukas más, mías y de Erica, si sobra pa peches.

Stefano: te coloco lukaquina, aunque no tengo muchas ganas de oler.

Antonio: que vaa, ahorita apenas mires ese perez ya te pones a oler como loco.

Angelica: aquí esta muchachos, me cancelan por favor.

Antonio: ¿Quién tiene las lukas de los hervidos?

Samuel: yo las tengo, ya le pago... tené Angelica, gracias.

Angelica: listo muchachos, buena farra.

Mateo: que, servite la primera ronda Nanica ya que no quisiste poner.

Fabian: Nanica ¿vas a poner lukaquina pal perez?

Nanica: si... tené.

Fabian: listo pues ya está, voy a buscar al calvo.

Mateo: iss está bueno este chorro.

Erica: este toque esta rebueno también ¿no?

Antonio: uff sisas, todo el mundo ya está loco, están tocando metal pesado ¡buena muchachos!

Nanica: que se toquen un rockcito suave, mi cabeza no está para tanto ruido, que se toquen un Scorpions.

Antonio: no creo, estos manes son puro metal.

Nanica: agg, la música ya me está mamando, últimamente prefiero el silencio.

Erica: parce si te cansas de la música te cansas de la vida.

Nanica: la música es una bella fantasía, pero antes era distinto, cuando escuchaba Led Zeppelin, Judas Priest, Deep Purple y todas esas buenas bandas de los 60's me ponía frenética, pero después de tanto escucharlas me fueron pareciendo cada vez más sencillas, me di cuenta que la música es una de las tantas formas en las que el ser humano intenta escapar de la realidad, y con la música lo logras, al menos por un momento, eso es lo bonito de la música, pero la realidad siempre acaba por imponerse y uno acaba tirado en la cama pensando en qué hijueputas está pasando con la vida, claro, Led Zeppelin es diferente, es mi banda favorita, siempre hay algo nuevo por encontrar en esa banda, pero no sé, ahora he estado prefiriendo el silencio.

Stefano: para mí en todas las bandas de los 60's y principios de los 70's siempre hay algo nuevo por descubrir.

Mateo: parce me hubiera gustado vivir en los 60's haber tenido veinte años en esa década, para gozarme todo el hipismo, esa fue una revolución en la que los auténticos protagonistas fueron los jóvenes ¿se imaginan haber estado en Woodstock, en uno de esos conciertos que duraban días y en donde los jóvenes se dedicaban a follar y a drogarse? Esa para mí fue la década más bella de la historia, en la que los jóvenes se sintieron dueños del mundo ¿Cuándo volveremos los jóvenes a hacer algo parecido?

Stefano: jajaja ¿y si te hubieran llevado a Vietnam?

Mateo: ¡imposible! Me hubiera escondido en el último rincón del planeta, así me hubiera visto obligado a aguantar días, semanas, meses, años, mejor dicho, así me hubiera muerto de hambre, pero jamás iré a una guerra para servir de carne de cañón a un gobierno al que poco le importo, la juventud no se hizo para malgastarla en guerras.

Erica: pero no te olvides cómo terminaron esos jóvenes de los sesenta.

Mateo: ¿y qué importa? Era necesario. Era necesario que después de subir al cielo también se bajara al infierno, era necesario que el rey lagarto, Jim Morrison, fuera encontrado muerto en su bañera a los veintisiete años, era necesario que Janis Joplin, la bruja cósmica, fuera encontrada muerta en su habitación después de su última dosis de heroína a los veintisiete años, era necesario que Jimi Hendrix se asfixiara con su propio vómito a los veintisiete años ¿entienden? El destino de los jóvenes de los sesenta era morir tempranamente, era su destino ser jóvenes para siempre.

Antonio: a mí me hubiera gustado pertenecer a alguna pandilla de motociclistas para incendiar todos los caminos por los que vayamos.

Stefano: quisiera fundarme una banda de motociclistas en la que solo se escuche buen metal y que esté dispuesta a incendiar el mundo entero.

Samuel: yo lo que quisiera es que llegue rápido ese perico que estoy que me huelo.

Erica: uff si, ya tengo ganas de unos pases.

Stefano: calma, calma, ese perico ahorita llega.

Nanica: a mí me está dando ganas de un ácido ¿será que el calvo está dando feria?

Antonio: según entiendo notas, el calvo solo da feria de perico.

Nanica: ¿Quién quiere viajarse conmigo? ¿Qué dices Erica metámonos un ácido?

Erica: pega, lo que hay es que conseguir quien los venda, la Nathalia debe estar por aquí dando feria.

Mateo: la Nathalia o el Andrés, en cualquier momento los pillamos, yo también me pego, ya me hicieron dar ganas.

Stefano: pero vean quien viene ahí.

Nanica: que fue vos ¿Dónde estabas?

Fabian: me quedé tomándome un chorrito afuera con el calvo, pero pillen, aquí está el polvo mágico.

Samuel: ¿ya lo probaste? ¿Qué tal esta?

Fabian: notas, no le he probado, pero metámonos los pases pues, el que lo fue a comprar comienza... ahh este marica me va a entiesar las muelas... tengan y roten...

Mateo: claro, esta bueno.

Erica: ¡ssss!

Samuel: ¡uff!

Stefano: ¡!!!

Antonio: ¡sabe, sabe!

Nanica: ... ahhh.

Fabian: Stefano ¿quieres salir a fumar un peche?

Stefano: si, salgamos.

Fabian: ve... dos guaguas me preguntaron por vos.

Stefano: ¿Quiénes?

Fabian: no sé parce, unos manes todo visajosos.

Stefano: ¿y qué te preguntaron?

Fabian: que por qué te dicen verga asesina.

Stefano: ¿y vos qué les dijiste?

Fabian: nada, que por cosas del destino.

Stefano: no importa, vos ya sabes que los babosos nunca faltan.

Fabian: pues sisas parce jaja ve ¿y cómo vas? ¿Qué tal con Valentina?

Stefano: mal pana, esperaba verla esta noche, pero por lo visto pailas. Ahorita quisiera encontrarme es a Valeria ¿y vos cómo vas con Nanica?

Fabian: no sé lo que pasa parce en esta relación, he tenido sueños, sueños locos, Nanica está cada vez más distante y aunque esté conmigo siento que no estoy con nadie, sino que estoy con una ausencia ¿me entiendes?

Stefano: si, te entiendo. Nanica dijo que estaba prefiriendo el silencio.

Fabian: ¡eso es! Es silencio, pero no solamente eso, también es dolor ¿me entiendes? Como si sobre un desierto comenzara a llover sangre o como si sobre un desierto flotara un sol chorreante de sangre.

Parce te voy a contar. El otro día estábamos follando de una manera exquisita, corrí la cortina de la ventana para que entrara la luz del sol y comenzamos, pocas veces me había sentido así de excitado, nunca había sentido las tetas de Nanica tan grandes y duras, le metí la manos a la chocha y nunca había estado así de húmeda, nunca sus quejidos, aunque suaves, como susurros, como riachuelos en verano sonando a lo lejos, me habían encendido tanto, así que me apuré y le bajé el pantalón, tenía una tanguita deliciosa ¡no te imaginas! Y le quité la camisa, mejor dicho, la desnudé completamente, mientras la besaba por todas partes, en las tetas y en el cuello, después en la vagina y su cuerpo relució con la luz de ese sol incandescente, así que la acosté y le abrí las piernas y comencé, dele y dele. Pero yo nunca me había sentido así, sentía como si el vergo se me hubiera hecho de fuego o como si hubiera comido hongos, y el comencé a sentir que el sudor me fluía por la cabeza, por las patillas, por la espalda que Nanica me rasguñaba, y esos rasguños me encendían más parce y le empecé a dar más duro y entonces Nanica empezó a decir entre gemidos ¡para! ¡para! ¡para que me duele! ¡pero entre gemidos parce! ¿me entiendes? Pero yo no podía parar por el contrario cuando escuché esas palabras me excité como un toro y aceleré, y entonces vi la cara de Nanica y me di cuenta que en verdad no quería que parara, sino que le diera más duro, y me cogió de las dos nalgas y me las comenzó a empujar para que la penetrara más profundamente, para que me la cogiera como un bárbaro desbocado y, así fue como me la cogí, y entonces empezó a decir ¡me vengo! ¡me vengo! ¡me vengo! Ahí fue parce, ahí fue que se comenzó a mear, chorros de meado que le empezaron a bajar por las nalgas y la raja y después chisquetes parce ¡chisquetes de meado que se estrellaban en mi abdomen! Y ya no pude dejar de verle esa vagina, con esos pelos húmedos, que soltaba chorros de meado, y me sentí encendido, un semental, había hecho venir a una mujer ¡la mujer que amo! Y entonces Nanica chilló como nunca antes y fue cuando noté que el ojo del culo le estaba palpitando, que se abría y se cerraba, y cada vez que se abría le salía mierda aguada o, para dejar los eufemismos, diarrea, si parce, ¡Nanica se estaba cagando! Pero yo no podía parar, era imposible, hasta que sentí el sol quemándome la espalda y sentí un corrientazo en el estómago y la médula espinal y me vine.

Después de eso vinieron los sueños que han hecho que mis días cambien, antes por ejemplo, cuando subía a la azotea de mi casa, me ponía a mirar la ciudad y era espectacular, el sol fresco de la mañana cayendo sobre las casas y haciendo brillar los edificios y más allá las montañas azuladas. Si quieras que te diga la verdad sentía que estaba en un cuento de hadas, la brisa me acariciaba toda la piel y mi alma se empezaba a sanar de muchas mierdas pana, pero días después de esa follada, una noche, tuve una pesadilla. Nanica y yo estábamos en la misma habitación del mismo edificio en el que habíamos culiado, estábamos desnudos yo encima de ella tal como lo habíamos estado, con la ventana abierta, pero en la pesadilla el sol que entraba por ella era mucho más fuerte de lo que en realidad había sido, y así estábamos, cogiendo, ella gimiendo de una manera peculiar y tremadamente excitante y yo dele y dele sin parar ni un instante, y entonces Nanica se empezaba a mear y después a cagar y mi corazón se iba empequeñeciendo, una desesperación irrefrenable se comenzaba a apoderar de mí porque quería dejar de ver a Nanica, que se sacudía como una larva saliendo de su capullo ¿has visto alguna vez una larva saliendo de su capullo? Así estaba Nanica mientras se cagaba y se meaba, y yo se lo metía y se lo sacaba y quería dejar de verla, pero no podía, no podía dejar de ver como la caca le surgió del ano, entonces poco a poco la caca se iba enrojeciendo hasta que en determinado momento me di cuenta que se había convertido en sangre, que cada vez se iba volviendo más grumosa hasta convertirse en coágulos, entonces, ¡pum!, una masa de sangre salía del culo de Nanica, y yo me la quedaba mirando mientras escuchaba los gemidos de Nanica a lo lejos, como si estuviera en algún lugar inalcanzable, y entonces agarraba la masa de sangre y la

observaba detenidamente mientras la sostenía sobre la palma de mi mano, entonces caía en la cuenta de que eso no era solamente sangre, que la sangre cubría algo más, algo como carne, entonces esperaba a que la sangre se escurriera y cuando podía ver lo que cubría ahí estaba, era un feto, enrollado en posición fetal, con sus ojos cerrados y su cabeza calva, con el cordón umbilical colgándole. Entonces me daba la vuelta y miraba el cielo a través de la ventana completamente rojo, como si la bóveda celeste fuera de sangre, como si le hubieran dado una puñalada que expulsaba borbotones de sangre, todo cubierto de nubes rojas, y el tiempo parecía haberse acelerado. Las nubes corrían a una velocidad demencial y miraba unos edificios enormes también de color rojo, todo, todo se había teñido de rojo, entonces inevitablemente dos preguntas brotaron en mi cabeza ¿la sangre de Nanica había cubierto al mundo? Y ¿acaso ese feto que sostenía en la palma de mi mano era mi hijo? Cuando desperté algo parecido a un aguijón aguzaba mi corazón. Todo estaba en silencio y lo primero en que pensé fue en llamar a Nanica, pero tenía miedo, sin embargo, tomé el celular y marqué, comenzó a timbrar, mientras, esperaba con la mano temblando a escuchar su voz, pero nadie contestó, intenté dos veces más, nada, sentí ganas de llorar pero tome fuerzas y me levante, salí al comedor, ahí estaban mi mamá y mi hermana pero era como se se hubieran quedado mudas, ni siquiera me miraron, era como si el mundo se hubiera quedado vacío, como si en las calles no caminara nadie.

No tuve fuerzas para prepararme algo de desayunar y subí a la azotea y miré la ciudad, todo era desesperanzador, una tristeza aplastante se expandía por todo lo existente, sentía que nunca más iba a volver a ver a Nanica, sin razón alguna intuía que estaba muerta. Sentí un impulso brusco para volverla a llamar, pero no pude, estaba paralizado, lo que hice fue subir al filo de la azotea y ahí estaba, mirando hacia abajo, con el corazón a mil, sintiendo que la vacuidad del mundo me atrapaba por completo y que no tenía escapatoria. Me puse a llorar sin poderme contener apretándome la cara con las manos y baje del filo de la azotea, entonces tuve la seguridad de que si algún día Nanica me faltaba no lo podría soportar, que estaba enamorado de ella y que quería estar con ella siempre, en cada momento y en cualquier lugar hasta la muerte y me pregunté si ella me amaba igual que yo la amaba. Todo ese día estuve en mi habitación sumido en la oscuridad, es decir, sumido en el desconsuelo, en la angustia, en la sordidez, llamándola una y otra vez, pero no contestaba, hasta que anocheció y oí su voz al otro lado. Hola. Por un momento no pude decir nada, estuve paralizado. Hola ¿Qué te pasa? Dijo. Y yo pensé que Nanica sabía lo de la pesadilla y todo lo que había pasado aquel día. ¿Qué te pasa? Escuché que decía de nuevo y lo único que atiné a contestar fue hola mi amor como estás por qué no me has contestado. Salí con mi familia a un día de campo y dejé el celular en casa para no tener importunos, dijo. Ahhh. Sentí que un remolino me subía a los ojos y en un instante pensé que lloraba, pero no, supongo que balbuceaba y Nanica me volvió a preguntar si me pasaba algo. Por un momento pensé en contarle todo, pero me contuve. De un instante a otro estuve a punto de preguntarle que si estaba embarazada, después pensé en hacerle una pregunta más ridícula o más horrenda todavía, que si había abortado un hijo nuestro, pero entonces reaccioné y me pregunté a mí mismo ¿Qué estás haciendo? ¿Qué es lo que estás pensando? ¿Qué es lo que te está pasando? ¿en qué clase de limbo estas sumido? Sospeché que Nanica me estaba mintiendo y quise saber en dónde había estado en verdad ese día, entonces pregunté nuevamente ¿en dónde has estado? Estuve con mis papás en día de campo, dijo enfáticamente, subiendo el tono un poco.

Entonces ya no pensé en nada y le dije lo que había querido decirle en todo ese maldito día. Nanica te amo. Yo también te amo mi amor, dijo ella. Escuchar eso fue una píldora de fuerza, de lucidez. Tomé conciencia de la noche que me circundaba, del calor que inundaba mi cara, de la fuerza con la que apretaba el celular y el corazón se me acelero, pero al instante volvió a su normalidad, se liberó

de eso que lo había estado estrujando. Quiero verte, le dije. Está bien veámonos en el parque de mi casa dentro de una hora, dijo.

La conversación del parque es mejor ahorrársela, solo te digo que cuando llegué, ahí estaba Nanica, rondada por la luz amarillenta de las farolas y estaba hermosísima, con ese pelo liso que caía como si se fuera hacia el infinito, nunca la había visto así, era una diosa.

Esa noche hicimos el amor, pero fue diferente, cada gemido que ella daba me perturbaba indeciblemente. Era como si lo estuviéramos haciendo en un mundo cubierto de llamas, al menos, para mí lo era. Por un momento pensé que nuevamente estaba teniendo una pesadilla. La cabeza me comenzó a pesar, no pude seguir, dejé a Nanica extendida en la cama y me levanté a buscar un cigarrillo, pero no tenía, así que lo único que pude hacer fue abrir la ventana y pararme a divisar la ciudad: una noche despejada sobre la cual se recortaban las sombras de las montañas.

La habitación contenía una atmósfera viciada y espesa. Comencé a sentir que mi carne y después mis huesos desaparecían y que lo único que quedaba de mí era algo indescifrable. Hasta que la alucinación terminó y dejé de ver el cielo y las sombras montañosas y me pregunté cuánto tiempo había estado parado ahí. Recordé que Nanica se encontraba a mi espalda y no la había visto desde que se lo dejé de hacer. Me di la vuelta y ahí estaba, sumida en la oscuridad, cubierta por una extraña luz que habitaba la habitación y le daba un tono peculiar, su cuerpo desnudo estaba de perfil y estirado en la cama, miraba hacia el techo, embelesada, pero a diferencia de mí, ella no parecía estar ensorñando, sino al contrario, parecía estar metida por completo en la realidad, una realidad que la descomponía y yo no sabía por qué, por qué Nanica parecía que desaparecía con cada segundo, toda ella con una indiferencia avasallante como si fuera el único ser humano parado, o en este caso, acostado en la tierra. Quise saber las horas, eran las once, una brisa fresca entró por la ventana y bajó por mi espina dorsal, provocándome un escalofrío, entonces me recosté junto a ella esperando a que me interrogara del por qué me la había dejado de follar, pero no dijo nada, los ojos se me entumecieron y me dormí. Al otro día, al despertar, el sol entraba por la ventana abierta y Nanina dormía a mi lado con su rostro inmaculado, como si fuera una santa, como si no soñara con nada.

Desde esos días comenzó el desierto, este sentimiento de desolación al estar junto a ella, a veces quiero preguntarle qué le pasa, pero sé que no conseguiría nada, otras veces me pregunto si el del problema soy yo, si soy yo el que ha cambiado y pienso qué pensara ella de mí, pienso que tal vez quiera interrogarme del porqué de mi actitud, pero tal vez piensa lo mismo que yo, que no conseguiría nada con eso.

Yo creía que la conocía, estaba convencido de eso, creía que éramos uno. Pero desde ese día todo alrededor de ella se comenzó a poner cada vez más borroso. Es como si la quisiera tocar sin nunca llegar a lograrlo. Quiero saber lo que piensa, lo que siente, pero eso me lleva a un callejón sin salida. Todo esto es extraño, esta ciudad, sus calles y las personas que caminan por ellas. Te juro que hay veces que me miro en el espejo y no me reconozco, alguien desconocido aparece en el reflejo, no te imaginas lo que se siente.

A veces quisiera irme lejos, a un lugar donde sea un completo desconocido, no sé, a una playa del pacífico o del atlántico, pero después caigo en la cuenta de que eso no me ayudaría en nada, que en cualquier lugar al que vaya todo seguirá igual, que Nanica seguirá ahí con su fuego, incrustada en mi cabeza con su sangre fluyéndole de la vagina, con el eco de sus gemidos que parecen un Armagedón, no sé, ¿Qué piensas?, deberíamos viajar al mar, vos, yo y los otros parceros, sin las nenas, al menos para relajarnos un poco, eso nos calmaría los nervios.

Stefano: si, también pienso que debemos hacer algo, darnos un respiro, mi cabeza también está como una bomba, un viaje al mar nos caería muy bien, pero en una playa lejana, donde podamos olvidarnos de todo por un momento.

Fabian: vámmonos mochileando, tocando guitarra podemos llegar lejos. Bajar hasta las playas de Mánpora por ejemplo o hasta las de Chile a Viña del Mar que rico, despues, porque no, pasar a Argentina a Uruguay, desde ahí hasta Rio de Janeiro, que belleza, de ahí a Bolivia, me han contado que Bolivia es barato, que por cincuenta dólares podríamos alquilar una cabaña en el lago Titicaca por un mes.

Stefano: despues pasamos a la sierra del Perú, ahí visitamos Machu Pichu y Arequipa, subimos hasta el Ecuador, ahí pega parcharnos en Montañita para farrear un poco.

Fabian: y cuando regresemos todo estará mejor ¿no?, nos habremos purificado.

Stefano: si, estaremos limpios del todo. Yo tampoco estoy pasando por buenos momentos. Entiendo lo que me cuentas mi hermano. Lo que si es que va a hacer necesaria mucha marihuana para tan largo viaje jajaja.

Fabian: sé que me entiendes parce, lo sé, por todo lo que pasaste con Susana, ahora me pregunto cómo puedes llevar eso encima, discúlpame si te ofendo, pero es verdad.

Stefano: no te preocupes pana. Si, desde que Susana se mató todo cambió y claro, comprendo lo que me dices, también me siento agobiado, por eso me parece bien el plan de salir de viaje.

Fabian: pero ahora lo mejor es seguir bebiendo, entremos, ¿no te parece?

Stefano: Si, vamos.

Nanica: ¿A dónde estaban?

Fabian: aquí en las gradas de la entrada fumando unos peches ¿Quién tiene el perico que quiero unos pases?

Nanica: yo lo tengo, tené...

Fabian: ¿vos quieres Stefano?

Stefano: a ver pasa.

Antonio: entonces ¿cómo se sienten, ¿ya les va cogiendo el guaro?

Samuel: si está bueno, deberíamos poner pa otra jarra.

Antonio: definitivamente el guaro es la salvación para todas las cosas, junto con la marihuana por supuesto y que decir de mis amigos ¿Qué haría sin ustedes?

Samuel: pues seguramente estarías emborrachándote solo en la oscuridad de tu pieza.

Antonio: lo estoy diciendo en serio ¿Qué haría sin ustedes? ¿se han puesto a pensar en lo difícil que sería vivir sin amigos? Por eso los valoro, por brindarme su amistad, por estar conmigo en los momentos difíciles y por pararse conmigo cuando ha sido necesario; ustedes saben que yo estaré parado en la raya con ustedes sea a donde sea y en el momento que sea. Nosotros sabemos lo descarnadas que son estas calles y me gusta estar con ustedes y los aprecio porque en sus ojos y en su piel se nota que son monstruos al igual que yo ¡salud por ustedes!

¡¡SALUD!!

Samuel: por lo visto vos sos un monstruo sentimental ¿eh?

Antonio: todo esto es causa del hervido y del perico que hace que me pique la lengua, pero no te preocupes que lo bárbaro siempre está hirviendo en mí, no importa quien se ponga al frente, con nosotros no puede nadie y si algún día nos llega la muerte pues habrá que aceptarla con gallardía.

Mateo: ¿¡Qué podría ser mejor mas que morir jóvenes y así salvarnos de la decrepitud de la vejez!?
Antonio: eso es, vamos, ¡salud por eso! ¡por que la muerte siempre nos sigue y por la emoción que eso nos brinda!

¡¡SALUD!!

Erica: ¡No no no no no! a ustedes pueden matarlos sin ningún problema, pero lo que jamás voy a permitir es que maten a Samuel ¡eso nunca!

Antonio: ¡¡JAJAJAJAJAJA!! Definitivamente hay mujeres que nunca comprenderán el espíritu de los verdaderos hombres.

Erica: y ustedes nunca se atreverían a tratar de comprender el espíritu de las verdaderas mujeres, eso es algo que les aterra.

Antonio: ¡A los hombres no nos aterra ni el mismísimo diablo!

Erica: ¡Jaa! El diablo es poco comparado con las verdaderas mujeres, sobre todo con las mujeres que ustedes saben que no pueden dominar.

Mateo: La dominación es algo que poco nos importa, lo que nos importa es ser amados.

Nanica: La fornicación es lo que les importa, si los hombres fornican están felices, no necesitan nada más.

Stefano: ¿Y qué es lo que verdaderamente les importa a las mujeres?

Samuel: Esa es una pregunta de la que nunca obtendremos respuesta jajaja.

Mateo: ¡Vamos! La respuesta es sencilla: pichingo y plata. Eso es lo que más importa para ellas.

Erica: ¿¡Por qué no dejas de ser patán!? Obvio que lo que más nos importa es ser amadas, admiradas y veneradas.

Fabian: estoy de acuerdo, toda mujer se siente realizada cuando la totalidad de las miradas giran alrededor suyo, esa es su mayor obsesión, que se reconozca su belleza, aunque a veces pienso que algunas mujeres buscan algo más allá de eso, esas son las que realmente hacen que te pierdas.

Stefano: ¿Y qué crees que buscan?

Fabian: No lo sé, tal vez ni siquiera ellas mismas lo separan, ese secreto es el que nos lleva a ellas y a nosotros a la perdición.

Samuel: ¿Por qué no nos dejamos de cursilerías y mejor nos compramos otro chorro?

Fabian: si, te apoyo, una jarra de 20 lukas, de nuevo de 2500 cada uno.

Erica: ¡Angélica!... ¿será que nos puedes traer una jarra de 20 lukas?

Angélica: Bueno ya se las traigo.

Stefano: Bien cargada.

Samuel: Y si puedes le diluyes un ácido jajaja.

Angelica: Si claro jajaja.

Samuel: ¿será que algún día vamos a poder de dejar de comer ácidos? Jajajaj.

Mateo: ¡¡JAMAS!!

Nanica: Sobre todo deberían dejar de comer putas.

Stefano: lo veo difícil, a veces las putas son necesarias.

Nanica: ¿Y nos les basta con un pajaso?

Stefano: A veces ni los pajassos son satisfactorios, veces en las que probar el sabor de la carne se hace indispensable; pero las putas esconden algo más, que va más allá de su cuerpo, una sombra a sus espaldas que muy pocos la perciben, una sombra confusa que a veces se vuelve tenebrosa.

Erica: vaya me sorprenden tus conocimientos acerca de las putas.

Stefano: esto lo digo por lo que me pasó la otra noche.

Angélica: Aquí está la jarra...

Nanica: Gracias.

Mateo: ¿Qué te paso?

Stefano: pues estaba bien chabeco y me metí por la calle de las putas, caminé y caminé entre gamines, negros, putas, y campesinos vestidos con su mejor ropa. Crucé algunas cuadras, el tal es que llegué a la calle que va para la gasolinera, entonces, de reojo noté que una puta me seguía, volteé a verla, la puta era buena, tenía el cabello negro y largo y vestía con una chaqueta de cuero, una pupera y unos pantalones también de cuero bien apretados que le marcaban unas buenas piernas y una cuca bien rica. Camine, camine y camine y la puta me seguía y cada vez se acercaba más. Yo volteaba a verla y ella miraba pa otros lados o agachaba la cabeza y a veces me miraba a los ojos, esas veces fueron pocas, pero sentía que en el estómago tenía una hoguera y pensé si sería puta en verdad, pues la pinta si la tenía; después me pregunté si esa nena quería culiar, yo ya tenía la verga parada y estaba que me la cogía, pero seguí caminando, y la nena como iba un paso más rápido que el mío se acercaba cada vez más y cada vez más, y no sé por qué, pero comencé a sentir miedo, a pensar que esa hembra era una ladrona y que tenía un cuchillo y que sería capaz de darme unas cuantas puñaladas con tal de robarme, el tal es que yo ya sentí que me respiraba en la nuca y mandé las manos a las huevas y agarre el cuchillo y volteé para tenerla frente a frente, pero no había nadie, solo una calle larga mal iluminada, una calle que parecía sacada de un mal sueño ¿Hace cuánto me había dejado de seguir esa mujer y yo sin embargo seguí sintiendo su presencia detrás mío? Porque me estaba siguiendo ¡se los juro! Eso no me lo pude imaginar.

Samuel: o es que quizás fue la borrachera.

Antonio: o habías metido algo más.

Stefano: no, solamente estaba borracho.

Nanica: o solamente es que estás loco.

Stefano: quizás todos estemos locos.

Nanica: o tal vez no somos más que fantasmas deambulando por los intersticios de esta ciudad.

Samuel: o tal vez no somos más que un montón de borrachos y drogadictos dramáticos.

Fabian: eso es lo más probable.

Samuel: mejor sigamos bebiendo hasta que el cuerpo aguante.

Nanica: todo esto me parece una tontería.

Fabian: ¿Qué?

Nanica: esto, estar aquí, jartando alcohol barato y esnifando cocaína.

Fabian: créeme que todos alguna vez hemos sentido lo mismo, pero no soportaríamos quedarnos en casa, mañana o pasado mañana y el próximo mes y el próximo estaremos aquí de nuevo porque no lo podemos evitar, esto es lo que nos gusta.

Nanica: ¿Por qué no nos acabamos rápido esa jarra y salimos de aquí? No me estoy sintiendo bien, toda esta gente fingiendo ser feliz, todo este ruido, ¿no hay nada mejor que nos pueda ofrecer el mundo?

Fabian: hay muchas otras cosas mejores, pero no son de todos los días.

Nanica: esto ya no me está gustando nada, esta ciudad me está hartando, ustedes los hombres con sus cuchillos, con sus puños, con sus gritos y con su insaciable deseo de coger, siempre, siempre coger, como si nunca se fueran a cansar de eso, toda la sangre que he tenido que ver y toda la gente que poco a poco se está volviendo demente, quisiera estar en mi casa durmiendo.

Fabian: entonces deberíamos irnos si eso es lo que quieras.

Nanica: acompáñame afuera, quiero salir a respirar, todo este ruido me está mareando.

Fabian: está bien, salgamos. Ya venimos, sino cualquier cosa ya nos miramos afuera.

Samuel: está bien, no se preocupen.

Erica: entiendo lo que dice Nanica.

Antonio: todos la entendemos Erica, lo que necesita es tomar aire y relajarse.

Stefano: de pronto lo único que quiera es estar sola con Fabian.

Mateo: si, es eso, hay que de...

¿Por qué? Solamente decime por qué ¿acaso ya no te parezco lo suficientemente bella? Eso es lo único que importa para vos, la belleza ¿y los seis años que hemos pasado juntos? Te importan un bledo, una mierda, y más encima vienes fingiendo que esto te duele, pero no, a vos no te duele nada, no te duele ver mis brazos llenos de huecos, no te duele ver mi cara en los huesos, todo te importa una mierda, pero ¿sabes qué? Tienes razón ¡tienes razón! Ya no soy tan bella como antes, pero eso puede cambiar, puedo dejarlo todo, puedo enjuiciarme, tan solo quiero que me ames de nuevo por favor solo un...

Susana yo...

...Ámame de nuevo y todo va a ser como antes ¿te acuerdas cuando fuimos a la Floresta y nos metimos en ese río tan hermoso? Qué bonito día fue ese, me hace falta volver a vivir eso, no me siento bien sin vos, decime que tengo que hacer yo lo hago...

¡Susana cálmate!

¡yo lo hago te lo aseguro...!

Yo te amo, no tienes que hacer nada, no tienes que hacer nada, estoy aquí con vos, estoy aquí con vos, estoy aquí con vos, estoy aquí con vos, estoy aquí con vos...

Mateo: ...Y los días son eso, un subir y bajar ¿sí o no Stefano?

Stefano: ¿uh?

Mateo: ujuu ¿en qué es lo que piensa mijo? Te digo que los días son un constante subir y bajar ¿sí o no?

Stefano: ujum, obvio.

Mateo: un día estamos arriba y al otro estamos en lo más bajo.

Erica: todos los días tienen su afán, claro, en eso no hay mentira.

Antonio: es verdad, pero yo he decidido relajarme, pasar los días sin preocupaciones, convenciéndome a mí mismo de que eso es posible, aunque el odio que siento es algo que nunca va a cesar hasta que haga lo que tengo que hacer, pero mientras tanto trato de bajar la tensión.

Erica: claro que sí, eso es lo mejor que puedes hacer.

Stefano: creo que también deberíamos salir a respirar.

Samuel: salgamos a fumar.

Mateo: eso, ya hace falta aire fresco.

Erica: entonces Antonio ¿piensas que dejar de odiar es buena terapia?

Antonio: dejar de odiar no es a lo que me refiero, es más bien tratar de olvidarte por un momento de las cuentas pendientes que tienes con alguna gente ¿me entiendes? Puedes seguir odiándolos, pero, si te olvidas de ellos así sea por un poco de tiempo al día siguiente sientes como el cuerpo se te empieza a desencoger y te llenas de más fuerza y voluntad para llevar a cabo lo que planeas.

Stefano: ¿Qué hacer cuando no se puede olvidar?

Antonio: es posible, como te digo, no te hablo de un olvido que dure para siempre, intenta por ejemplo olvidar por una hora, hace el propósito y entenderás de lo que hablo.

Stefano: claro, se siente muy bacano olvidarse de todo por un momento, pero como dices, es una lástima que el olvido no sea para siempre, digamos que en mi caso no puedo olvidarme de las cosas que han pasado ni por un momento.

Mateo: es comprensible.

Antonio: pero no tienes que preocuparte, de eso te hablo, imagínate que sí puedes olvidarte de esas cosas y entonces tal vez las olvidas, aunque sea por un instante.

Samuel: todo se lo lleva el tiempo muchachos, todo, porque al fin y al cabo el tiempo nos conduce a la muerte.

Erica: es verdad, pero hay que esperarla sin precipitarse.

Stefano: la muerte ¿qué es lo que piensan de ella?

Samuel: nada, es el final de todo.

Stefano: ¿no piensas que puede haber algo más después?

Samuel: ¿Qué podría haber?

Erica: ¿El cielo y el infierno?

Stefano: no sé, o de pronto haya algo completamente diferente a eso.

Samuel: no, no, no, créeme, lo que pasa es que nos esfumamos de este universo para no volver nunca más.

Antonio: eso sería lo mejor para nosotros, pues si el cielo y el infierno existen es seguro que nos vamos al infierno.

Erica: pero ¿Qué importa eso? Existan o no existan lo importante es que estamos aquí y hay que disfrutarlo.

Stefano: tienes toda la razón, pero ¿a ustedes nunca les ha pasado nada raro?

Mateo: ¿Algo raro como qué?

Stefano: pues, no sé, como escuchar algo o mirar algo que no sea normal.

Samuel: a mí sí, pero eso que creemos que no es normal, lo es completamente, casi siempre son imaginaciones nuestras, fantasías, como cuando uno termina de ver una película de terror, por ejemplo, todo lo que uno escucha le parece terrorífico, pero en verdad no es nada fuera de lo común, todo es producto de los nervios ¿Por qué preguntas eso? ¿a vos si te ha pasado algo raro?

Stefano: no exactamente, solo un par de sueños extraños.

Erica: ¿Con que has soñado?

Stefano: con muchas cosas, pero primordialmente con una mujer.

Erica: pero si eso en vos es normal jajaja.

Stefano: es cierto, pero con estos sueños pasa algo más, que no se me hace fácil explicar, es como si fueran algo más que sueños.

Samuel: pero si eso nos pasa a todos, hay sueños casi creíbles, que cuando despertamos nos hacen ver el mundo como si fuera otro sueño, o como si aun estuviéramos soñando, o nos hacen sentir tristes o con rabia o con una mezcla de todo un poco, pero bueno, es cierto, todos los sueños tienen algo

raro, mejor dicho, el mismo acto de soñar ya es en sí mismo lo suficientemente raro, pero para nosotros ya es algo normal.

Erica: ¿Y con que es lo que sueñas exactamente?

Stefano: con nada, es una tontería, es verdad, hay algunos sueños que nos afectan en demasía, pero al fin y al cabo siguen siendo sueños, lo que necesito es relajarme como dices vos Antonio, tal vez es que tengo acumulado mucho estrés, me hace falta un masaje jeje, pero lo que más necesito es encontrar una forma de entender lo que le pasa a Valentina.

Erica: ¡Aja! Ya entiendo, lo que a vos te pasa es que estás enfermo de amor.

Mateo: ¿Y a donde está, no la has visto?

Stefano: no, pensaba que la iba a encontrar hoy pero no se aparece ni por las curvas.

Erica: ¿Ya la llamaste?

Stefano: aun no, no quiero que piense que me estoy muriendo sin ella, además, si no se ha aparecido ni me ha llamado es porque no me quiere ver.

Erica: o porque tiene otras cosas que hacer ¿Por qué los hombres siempre se ponen en el centro de todo?

Samuel: porque es así, somos el centro de todo.

Erica: ¡Ja! Si claro, pero no tienen las pelotas para llamar a una mujer.

Stefano: no es que no tenga las pelotas, es que no quiero ceder a sus putos caprichos, además, casi siempre que la llamo las cosas terminan resultando peor de lo que estaban.

Mateo: no te preocupes, tarde o temprano las cosas se van a aclarar, ya sabes cómo son las mujeres.

Erica: ¿y por qué esta brava, que le hiciste?

Stefano: ¡Nada! Si ni siquiera parece estar brava, según ella necesita tiempo para pensar algunas cosas, por eso no quiero afanarme, porque se puede sentir acosada.

Erica: eso está bien, si te pidió tiempo tienes que dárselo, a veces uno necesita su espacio, además, tener una relación con uno de ustedes no es fácil, hablo por experiencia propia.

Samuel: ninguna relación sería es fácil, todas tienen una dosis de amargura.

Stefano: es verdad, tengo que darle su espacio y el tiempo que me pidió. Lo que me da miedo es que esto no sea más que una excusa para evitarse el dilema de decirme que ya no me ama, agg parceros, me estoy poniendo muy patético ¿si o qué?

Antonio: pues para mí tienes que pensar con detenimiento las cosas, pero no quedarte tan muerto y actuar cuando lo consideres necesario y si consideras que ya es tiempo de actuar pues no hay nada que hacer, hay que aclarar las cosas venga lo que venga.

Stefano: eso lo sé muy bien, pero lo que quiero ahora es olvidarme de toda esa mierda.

Mateo: es lo mejor que puedes hacer, no darle importancia y verás que tarde o temprano ella te va a venir a buscar.

Samuel: mejor bebamos que así ahogaremos todas las penas que nos acosan, parece que todo el mundo esta maluco hoy, Nanica, Fabian y vos Stefano, menos yo, porque yo tengo al amor de mi vida a mi lado.

Erica: y tienes que seguir portándote bien para que lo sigas teniendo.

Samuel: pero si yo siempre me porto bien mi amor.

Erica: ja, ja, ja no me hagas reír.

Samuel: ¡¡Muchachos muy pronto le voy a proponer matrimonio a esta mujer y vamos a tener unos hijos...

¿Lo ves amor? Ahora sientes el mismo sufrimiento que yo sentí cuando me dejaste por esa perra, la misma navaja cortándote por dentro, las mismas ansias por ver a alguien que nunca llega, como esas noches lunáticas que yo pasé mirando por la ventana esperando a que llegaras y me hicieras el amor, pero al final, cuando las calles comenzaban a ser aclaradas por esa luz pútrida del sol matutino, no me quedaba más opción que pincharme, si, la gente tiene razón, fuiste tu quien me mató junto con esa perra, tienen razón cuando te dicen verga asesina, porque fue cuando me lo metiste, cuando te mire a los ojos y te entregue mi cuerpo, mi alma, mi todo, fue ahí cuando me esparciste el veneno que acabaría por matarme, amor, me gusta que sufras, y te digo una cosa, ella esta con otro, ella no te ama, son otras manos las que le tocan las tetas y la masturban ahora mismo, poco a poco estás caminando al mismo lugar al que ustedes dos me hicieron caminar un día, a esa oscuridad de la que no se puede salir.

¿Enserio crees que puedes engañarme? ¿Acaso crees que voy a creerte que sos Susana? No, yo sé quién sos vos, no sos más que yo mismo, no sos más que mi propia mente, mejor no sigas y vete de una vez por todas ¡déjame en paz!

¿Recuerdas amor cuando nos conocimos? Yo supe desde el primer momento que te vi que te amaría por siempre, no podía despegar la mirada de ti, parecía una boba ¿verdad? Tu nariz, tu pelo, tu frente, tus ojos, estaba obsesionada y a ti te gustaba sentirte amado, eso satisfacía tu vanidad, te embebías en tu propio deleite, sí, yo te conozco mejor que cualquiera de ellas, mejor que cualquiera que puedas tener, amor, no te imaginas la tortura que tuve que soportar, pero en medio de esas mazmorras inmundas en las que caí, yo podía vernos a los dos en las tardes, después de que llovía, parados debajo de ese árbol, abrazados, acariciando sus florecitas amarillas y sentía que el mundo entero éramos tu y yo, ahí parados bajo ese árbol mojado, escuchando como caían las gotas en la sombrilla que sostenías mientras yo me abrazaba a tu cintura, todo era perfecto, no me faltaba nada, yo quería detener el tiempo para quedarnos allí eternamente, pero entonces estaba en las mazmorras, hundida en las ciénagas y me preguntaba si tu sentías lo mismo, y nos miraba a los dos y te miraba a ti observando ese árbol, a tus ojos, y en ellos había una llama y de ellos surgía un grito de pánico que llegaba hasta mí, un grito que se repetía una y otra vez hasta que me daba cuenta que era yo la que gritaba y entonces ya no podía mirarnos, ya no estábamos ni tú, ni yo, ni el árbol, ni la tarde húmeda, solo un valle inacabable de mazmorras.

Susana yo no tuve la culpa de nada, por favor, déjame tranquilo, ya no me hables más, no lo soporto, ¡déjame en paz! ¿pero con quien hablas? ¿ahora de verdad crees que es Susana la que habla en tu mente? ¡Ella está muerta idiota!, no te dejes confundir ¿Qué crees que piensa la gente de ti? ¿enserio crees que no piensan que estás loco? Mira a tus amigos, ellos lo saben, te miran en el profundo hueco de tu locura y lo único que sienten es compasión, tal vez curiosidad, pero ninguno te ayudara cuando estés encerrado en una habitación de la que no puedas salir, ellos están contigo porque no tienen nada más que hacer con su tiempo, son unos holgazanes, unos drogadictos, gente sucia y baja que nadie aprecia, ni siquiera su misma familia que se sentirían mejor si murieran pues los detestan, como a ti, pero tú los aprecias, piensas que tienen un lazo irrompible por todo lo que han vivido pero no es así, míralos ¡míralos! Ellos ya lo saben, te abandonaran al igual que Valentina, al igual que Valeria, al igual que Susana, no tendrás a nadie en ese sitio en el que acabaras, pero yo estoy aquí, sí, yo nunca te dejare solo, solamente acepta que soy real, haz lo que yo diga y todo será menos doloroso, todo tu tormento se ira, solo acepta... ¡cállate! Nunca aceptare que eres real ¡porque no lo eres! está

bien, todo está bien, ¿Por qué estas asustado? No te dejes confundir, ¡algo raro me está pasando maldita sea!, esto se pone cada vez peor, pero lo resistiré, yo soy un guerrero, nada podrá destruirme, necesito una cerveza, lo mejor que puedo hacer es hablar, distraerme de mí mismo, no debo encerrarme, no más soliloquios, tengo que distraerme con otras palabras y dejar de escuchar las que inundan mi cerebro... el silencio no puede apoderarse de mí.

Samuel: ... pero no, tuve que irme con mi papá por los lados de Montaña Alta. En ese pueblo mi papá se encontró con un amigo y fuimos a tomarnos una cerveza con él y entonces nos contó eso, que un man de Noruega que sufría esquizofrenia había llegado donde los indios para recibir un tratamiento de yagé, con esperanzas de que eso lo pudiera curar, el tal es que los indios lo aceptaron y lo instalaron en una pequeña choza de madera.

El tratamiento consistía a grandes rasgos en tomar yagé cada tres días. El taita había asignado a un indio joven para que cuidara al noruego. Este indio era amigo del amigo de mi papá al cual le había contado lo que tuvo que pasar.

El indio joven tenía que dormir con el noruego y fueron muchas las noches que no pudo pegar el ojo por los quejidos y desvaríos que el europeo daba entre sus pesadillas, decía palabras sueltas que al indio le parecían tan incongruentes que a veces llegaban a desesperarlo tanto hasta el punto que no lo soportaba y le decía que se calle, entonces el europeo se callaba unos segundos al cabo de los cuales comenzaba a desvariarse de nuevo y al indio esas palabras incomprensibles le parecían rocas pesadas que le caían y se le amontaban una por una en la cabeza. Otras noches las cosas cambiaban, el europeo no desvariaba sino que susurraba como si tuviera una conversación con alguien. Sus susurros eran tan homogéneos que el indio incluso llegó a pensar que estaba despierto, obviamente, los susurros eran casi intangibles, las únicas palabras que el indio pudo captar claramente fueron "Noruega" y "espejo", pero llegó una noche en que todo se agudizó más. Despues de que el europeo se había mantenido desvariando tres horas aproximadamente, se calló, el indio se sorprendió porque eso no había pasado antes y ya se había hecho a la idea de que una vez que el europeo comenzaba a desvariarse era imposible que se callara. Al principio pensó que era cuestión de segundos para que reempezara, pero no fue así, dormía plácidamente y su respiración era tan acompasada y tranquila que el indio sintió una paz que jamás en su vida había sentido, la sangre le fluyó por las venas desde la punta de los dedos de las manos hasta la punta de los dedos de los pies y con los ojos cerrados por un momento creyó que su cuerpo se elevaba. El hecho es que el indio, mientras daba gracias infinitas por fin pudo dormirse y se vio a sí mismo en medio de su aldea, miró al taita y a las mujeres que caminaban, que cocinaban y, más atrás, que amamantaban a sus hijos, miró a los hombres afilando los machetes con unas piedras de una forma perfectamente ovalada, miró a otros que despelujaban un animal parecido a una raposa; sintió el viento entrometerse por sus cabellos y cerró los ojos para aspirar el aroma de hojas que traía con él, entonces oyó una voz que decía su nombre, abrió los ojos y miró, todo seguía igual, las mujeres, los hombres, el taita, todos se mantenían en sus que hacían diarios y se mantuvo incrédulo pensando que era solo un error lo que había escuchado, hasta que lo volvió a oír, la voz llamándolo y se dio cuenta que provenía del bosque y comenzó a caminar hacia él, ¿Quién eres? Preguntó ¿Dónde estás? Y la voz lo seguía llamando y el seguía adentrándose cada vez más al bosque y la voz lo seguía llamando y el seguía caminando, escuchando el crujir de las hojas que habían caído de los árboles y el pisaba y la voz lo seguía llamando y no se callaba entonces gritó ¿¡Dónde estás!!? ¿¡¡quién eres!!? Entonces alguien lo mandó a callar, shhh por aquí, sintió que alguien le decía a susurros, aquí, entonces pudo ver al noruego entrometido en unos matorrales, vestido con tapa rabos y sosteniendo un arco en su mano derecha y en la izquierda

una flecha, no hagas ruido, le dijo, ven, acércate, mira, el indio se acercó hasta ponerse junto a él en los matorrales, entonces miró lo que el noruego le decía, un venado que pasteaba en medio de los árboles, con un pelaje amarillo que al indio le pareció precioso, que precioso, dijo, shhh cállate, necesitamos comer, dijo el noruego, entonces el indio miró al noruego y pudo ver en la abertura de su boca medio abierta una hilera de dientes tan puntiagudos y filudos como clavos, ahora eres mío, dijo el noruego mientras sonreía y ponía la flecha en el arco, el indio volvió la vista hacia el venado que seguía pastando sin sospechar nada, entonces el europeo disparó y la flecha fue imperceptiblemente hasta las costillas del venado. El indio oyó sacudirse las hojas de los árboles y como si un río lleno de piedras estuviera fluyendo sobre sus cabezas, entonces alzó la vista y vio un millar de pájaros negros que emprendían el vuelo y desaparecían en la profundidad del cielo.

Se despertó con la respiración agitada, con los ojos fijos en el techo de la choza y así se mantuvo por unos minutos hasta que cayó en la cuenta del silencio e inmediatamente sin pensar en nada volteó hacia el europeo y se encontró con unos ojos abiertos que no parpadeaban, como si lo hubiera estado observando durante un largo rato. Un frío como de tempano le impactó todo el cuerpo, el europeo lo miraba fijamente sin moverse y quiso preguntarle si estaba despierto, pero no pudo, el terror lo había paralizado, sintió que la piel se le sobrecogía y tuvo deseos de gritar, de llamar al taita, a quien fuera, pero era imposible, se sentía amordazado, tenía la mandíbula apretada y los puños apretados y todo su cuerpo apretado, hasta el culo. Con un esfuerzo enorme logró sobreponerse y girar la cabeza y lentamente el cuerpo. Pero ya no pudo dormir, aunque el silencio era total. Sentía detrás de sí esos ojos que lo observaban sin parpadear como si lo juzgaran hasta lo más profundo y encontraran algo totalmente desconocido hasta para él, algo que siempre había presentido que estaba ahí, latiendo en su corazón, pero no podía descifrar.

De repente vio la luz azulina del amanecer y sintió que el noruego se levantaba y abría la puerta de la choza y oyó sus pasos que poco a poco se alejaban; pero el indio permaneció acostado. Aunque un halito de valor poco a poco comenzaba a invadirlo la tensión de su cuerpo no desaparecía. Estuvo así por unos minutos esperando a que el calor tomara posesión de él hasta que de golpe entró en sí preguntándose por qué el noruego no volvía. Se levantó al instante y salió a la puerta de la choza. Afuera ya caminaban algunos hombres y mujeres, pero no vio al noruego, avanzó más, dio una mirada de trescientos sesenta grados a la aldea, pero no estaba, así que comenzó a buscarlo entre las chozas y a medida que no lo encontraba aceleraba el paso, empezó a agitarse, entonces pensó que tal vez estaría con el taita aunque no era el día que tenía que tomar yagé, sin embargo, se dirigió hacia allá. Cuando estuvo ahí golpeó discretamente, esperó, hasta que el taita abrió la puerta. Instintivamente dio una mirada hacia el interior de la choza, pero el noruego no estaba. ¿Qué pasa? Preguntó el taita y como el indio no le contestaba hizo una mueca de extrañeza. El indio se había afanado tanto por ir a buscar al noruego donde el taita que no había previsto que respuesta darle si no lo encontraba ahí, así que lo único que atinó a balbucear fue ¿esta con usted Manté? Manté era una india con la que hablaba casi todos los días y de la cual, según el campesino amigo de mi papá, estaba enamorado. ¿Y por qué va a estar aquí?; no sé, no la encuentro; ¿ya la buscaste en su choza?; no, es que no quiero molestar tan temprano; pues entonces espera a que salga; está bien, dijo el indio y el taita cerró la puerta.

El indio sintió que el mundo se le venía encima ¿dónde hijueputas se había metido ese rubio de mierda? caminó lento, mirando cuidadosamente la aldea, buscando un rastro, hasta que vio, como una aparición o una revelación atrás de las chozas, el bosque, y recordó la pesadilla ¿Qué más pudo haber sido eso sino una indicación? El noruego se había internado en el bosque, así que excitado, camino rápido hacia la masa de árboles sintiendo que sus hombros se liberaban de un peso

insostenible; pero tres horas después se vio a si mismo parado entre los árboles, miró a su alrededor y todo convulsionaba, por dentro le bullía una angustia ciega pues el noruego no estaba por ninguna parte, apretó los dientes y gruñó, no le quedaba más que regresar a la aldea y rogar por que el noruego estuviera ahí. Comenzó a andar dando miradas a su alrededor por si lograba mirarlo, había caminado algunos minutos cuando sus sentidos comenzaron a agudizarse, sentía la textura del viento, el movimiento de las hojas, todo a su alrededor parecía tener vida propia, entonces empezó a sentir que los árboles se cerraban entorno suyo, el aire le comenzó a faltar y una especie de claustrofobia se apoderó de él, inexplicablemente, empezó a sentir que una presencia rondaba por el bosque y comenzó a caminar más rápido hasta que en un momento determinado sintió crujir las ramas y las hojas del suelo detrás de él, como si alguien las pisara, entonces, ya no pudo más, se quedó estático, lleno de pánico, sentía el mismo terror que había sentido la noche anterior cuando al despertar se encontró con los ojos del noruego abiertos como platos, la misma penetración, la misma sensación de que alguien se apoderaba de lo más íntimo de su ser, oyó susurrar su nombre y sin pensar en nada se dio la vuelta inmediatamente pero solo había árboles, árboles que cada vez parecían más gruesos y altos, como si lo quisieran dejar atrapado para siempre entre ellos, ¡¡quien anda ahí!!, gritó un par de veces mientras la sensación de que alguien lo observaba le parecía más intensa con cada segundo, así que comenzó a correr. Lo único que deseaba con toda su alma era salir de ese malnacido bosque. Pero al ver que la aldea no aprecia, a pesar de haber recorrido ese camino desde niño, empezó a pensar que estaba perdido, que estaba dando vueltas en círculos y tuvo el impulso de desviarse y tomar otro camino, pero no, tuvo la suficiente calma y entereza para seguir, todo es una ilusión, se dijo a sí mismo, algo raro está pasando aquí, así que siguió corriendo hasta que por fin las chozas iniciaron a aparecer y solamente cuando ya estaba entrando a la aldea, al notar las miradas que los indios a su alrededor le daban, fue consciente de nuevo de lo que pasaba, el noruego no aparecía.

De un momento a otro, sin que él alcanzara a percibirse, se encontró con el taita de frente, el cual con la mirada enfurecida le preguntó ¿Dónde está el extranjero? El indio agotado no tenía ganas de mentir; no sé, dijo, salió muy temprano de la choza y no volvió; ¡idiota, tu único trabajo era cuidarlo!; el indio pensó en contarle lo de la noche anterior, pero supo inmediatamente que eso sería una tontería que podría empeorar las cosas; ¡lárgate a buscarlo!, ¡lárgate a buscarlo y más vale que lo encuentres si no quieres que te haga ver el diablo!, le dijo el taita y se fue a su choza.

El indio lo busco por todo el pueblo y sus alrededores e incluso unos cuantos kilómetros más allá, preguntando a quien se encontraba si no habían visto a un hombre blanco y rubio de más o menos 1.75 m, pero todo fue infructuoso, al noruego se lo había tragado la tierra. Cuando empezó a caer la noche y sus pies ya no podían más, regresó a la aldea en donde todos estaban reunidos en un círculo, preocupados por la suerte del extranjero. El indio irrumpió entre ellos hasta llegar al taita y comentarle que no lo había encontrado. El taita se hinchó y enrojeció de rabia, le dijo que se largara a la choza, que no quería verlo. El indio obedeció y se marchó con paso acelerado y cuando estuvo ahí se sentó en un rincón sintiéndose totalmente desubicado, no sabía lo que pasaba, se había despertado en un mundo en el que el europeo no estaba y en el que de repente todos los habitantes de la aldea lo miraban como si fuese un adefesio. Le pareció que estaba bajo la influencia de alguna planta alucinógena, todo en la choza ondulaba, como si allá adentro la temperatura se hubiera elevado hasta niveles exorbitantes, todo su cuerpo estaba sucio y pegajoso de sudor, estaba extremadamente cansado, escuchaba las voces de la gente que se preguntaban qué es lo que debían hacer en tal situación, hablaban de la policía, de la cárcel, de un crimen cometido contra un rubio, del cabildo y de los usos y costumbres, de su comunidad, hasta que de repente vio una silueta parada en la puerta,

bañada por la luz roja del crepúsculo, supo que era Manté y sus ojos se cerraron bajo un peso que jamás había sentido.

El rumor de la lluvia cayendo sobre el suelo y los árboles lo despertó, todo estaba oscuro y todos en la aldea ya dormían pues no se escuchaba a nadie a no ser el barullo de las hojas de los árboles sacudidas por el viento frío que en las noches sopla en ese lugar. Se quedó sentando por un momento hasta despertarse por completo, después se levantó y se dirigió hasta la puerta que estaba cerrada, recordó la imagen roja de Manté y supo que ella la había cerrado para que el frío nocturno no lo golpeara, la abrió y contempló el cielo poblado de estrellas y vio en él que eran aproximadamente la una de la mañana, volteó a ver la manta en donde hasta entonces había dormido el noruego la cual estaba vacía y desarreglada. Vio en ese espacio despojado de cualquier presencia, tragado por la nada, la señal de algo tétrico y supo entonces que el noruego jamás regresaría y que la tragedia se posaría en él por el resto de sus días. Dirigió la vista hacia el bosque, vio los árboles balanceándose y crujiendo, se preguntó si debía entrar en él nuevamente para buscar al noruego y viendo esa masa oscura, presintió que algo se movía escabulléndose por entre los troncos gruesos y deformes de los árboles, algo que no podía comprender y de un momento a otro tuvo la certeza de que ese algo lo miraba, entonces, tuvo la sensación de que la aldea había desaparecido, que solo estaba él y aquello que lo observaba desde la profundidad oscura del bosque en medio de una noche inabarcable, entonces cerró la puerta y volvió al rincón pero ya no pudo volver a dormir, pensó que el extranjero le seguía atormentando el sueño aun cuando ya no estaba, se mantuvo con los ojos abiertos, mirando el suelo fijamente, hasta que amaneció y los pájaros comenzaron a cantar y la gente salió de sus chozas para iniciar una nueva jornada pero él se mantuvo sentado, sin moverse, como si estuviera en medio de un inmenso mar que se perdía por el horizonte en todas las direcciones, hasta que el taita empujó la puerta con fuerza y con voz airada le dijo que por qué carajos no estaba buscando al extranjero, entonces salió de su letargo y se quedó mirando al taita como si no lo reconociera y no supiera de lo que le hablaba, ¡qué te pasa huevón! le gritó el taita mientras lo levantaba de los brazos y lo empujaba para que saliera de la choza diciéndole que vaya a buscar al extranjero y que si no lo encontraba lo mejor para él era no regresar.

El indio no sentía el cuerpo o más bien sentía que todo le cosquilleaba, como si su cuerpo no fuera parte de él. Miró al camino que se dirigía al pueblo y en completo silencio comenzó a caminar. Después de doce horas de buscarlo sin obtener ni siquiera un mínimo resultado, regresó a la aldea. Los demás al verlo no le preguntaron nada, pero en esos ojos se notaba la rabia que les hervía por dentro. Se dirigió a su choza en un silencio total y al llegar a ella y abrir la puerta y encontrarse de frente con la cama vacía del noruego sintió de nuevo un estremecimiento que le causó pavor, como si le fuera imposible dar un paso más allá de la puerta, así que se quedó sentado ahí, en el filo de la entrada, expuesto a las miradas feroces de los demás, a sus cuchicheos repletos de veneno, incluso cuando el taita llegó a la aldea, después de también haber estado buscando al noruego y lo miró ahí sentado sin hacer ni decir nada, prefirió no dirigirle la palabra.

La noticia llegó horas más tarde. Un indio llegó corriendo con el rostro repleto de sudor y los demás al verlo tan agitado y sobresaltado le preguntaron qué pasaba, entonces les informó que unos campesinos del pueblo habían encontrado miembros humanos esparcidos por unas praderas cercanas.

Cuando le contaron al taita este salió como quien lleva el diablo hacia el pueblo seguido por otros tantos que querían aclarar lo que pasaba. El indio joven al escuchar la noticia y ver que un grupo de indios encabezados por el taita se dirigían afanados al pueblo, decidió entrar a ese averno en el que se le había convertido su choza y permaneció allí sentado mientras las horas transcurrían hasta que

el sol comenzó a esconderse y escuchó los últimos graznidos de los pájaros que se disponían a dormir, entonces alguien abrió la puerta y escuchó una voz que le decía que mañana la comunidad decidiría su castigo, el indio dirigió la mirada hacia la voz y miró la cara del taita recortada sobre el crepúsculo. El amigo de mi papá nos contó que los miembros que se encontraron fueron un brazo, un muslo, un pedazo grande de carne que no era posible saber de qué parte era, unos cuantos dedos, además de pequeñas hilachas de carne espolvoreadas por distintas partes. Los miembros evidentemente pertenecían a un hombre blanco, aunque en el caso del muslo y los dedos no era posible distinguir su color ya que estaban totalmente envueltos en sangre, aun fresca. Al mirar toda esa escena para el taita no cabía duda, eran los restos del extranjero. El amigo de mi papá decidió no interesarse más por ese hecho que definió como asqueroso, cosa que a mi papá y a mí nos quisquilleó ya que nos esperábamos que dijera que el suceso le había parecido impactante o triste o algo por el estilo. Claro que fue impactante, pero antes de ser impactante fue asqueroso, créanme, dijo, o más bien fue impactante por lo asqueroso: charcos de sangre y pequeños trozos de carne por aquí y por allá, y ese olor, ese olor a sangre y carne fresca, aun me sorprende de como pude aguantarme el vomito. No te sorprendas, me dijo mi papá de regreso a la ciudad, esos hombres ya no pueden conmoverse con nada, han visto cosas que no te podrías imaginar. Pero yo no estaba sorprendido. En definitiva, el amigo de mi papá no sabía si habían encontrado más miembros, por supuesto se lanzaron hipótesis, la que más aceptación tuvo fue la de que un animal salvaje había devorado al extranjero, algo como una pantera o un jaguar. Otros dijeron que quizás los grupos armados ilegales lo habían ejecutado por alguna razón. Hubo alguien que dijo que tomando en cuenta la grave enfermedad del noruego, que lo hacía actuar de manera verdaderamente anormal, era posible que se hubiera descuartizado a sí mismo, pero, a ciencia cierta nadie sabía lo que había pasado y el amigo de mi papá no quería ni le interesaba saberlo, lo que nos contó era lo único que sabía.

Stefano: esta historia demuestra que las desgracias de la vida llegan de donde menos nos esperamos, por supuesto, todo lo que le aconteció al indio después de la desaparición del noruego fue a causa de que se volvió loco, no pudo soportar la presión de pensar que una vida que le había sido encargada se había perdido.

Mateo: a todos alguna vez les llegará la desgracia, el reto es no perder la cordura, pero me pregunto qué tan grave puede ser perderla, al fin y al cabo, uno no sabría que está chiflado, si es cierto lo que dicen, que uno no se da cuenta de que está loco, incluso creo que yo sería más feliz que estando cuerdo, es más, ¿Quién nos asegura que nosotros no estamos locos?

Stefano: a mí no me importa si estamos locos, lo que si me preocupa es que terminemos totalmente solos o encerrados en una habitación de la que jamás podamos volver a salir.

Erica: pero puede ser que lo que le pasó al indio no fuera producto de la locura, sino que en verdad había algo tétrico en ese bosque y en lo que soñó ¿no lo creen?

Antonio: es probable, en los pueblos de esta región las leyendas abundan, al igual que las personas que cuentan cosas imposibles de creer, lo cierto es que la naturaleza contiene fuerzas que no son perceptibles así no más ¿o es que no se acuerdan cuando hemos ido a comer hongos? la naturaleza parece estar hecha de carne, la energía de las hojas, de la hierba, del río, todo parecía caerme encima con una vitalidad impresionante.

Samuel: uff si, era como si toda la savia natural nos tonificara el cuerpo ¿sí o no?, yo estaba completamente alucinado con el vado, viendo toda esa abundancia de agua tan clara allí reunida, ya hace falta ir de nuevo a comer hongos ¿sí o qué?

Stefano: si, para que me limpien de todas estas malas energías que tengo pegadas, necesito una píldora olvida todo.

Mateo: yo también requiero algo que me haga sentir un ser de otro planeta, un ser fantástico con dos alas gigantescas.

Erica: jajaja vos ya estás muy rayado parce, mejor no sigan con eso porque van a terminar por no poder salir de esos rayes en que se meten.

Mateo: ahhh sabes qué, a mi si me gusta rayarme, meter mis cositas, eso me hace sentir como si estuviera en una película de ciencia ficción, además, me ayuda a pasar los fuckin días.

Erica: para eso concéntrate mejor en tu trabajo.

Mateo: ¿y vos crees que no lo hago? Claro que lo hago, pero necesito amenizarme con algo para soportar el estar todo el día cargando y ordenando cajas y para eso tengo mis cartoncitos y mi opio je je.

Erica: ¿Tienes opio?

Mateo: sisas.

Erica: por qué no te pegas alguito.

Mateo: je je je breve.

Stefano: opio.

Mateo: ¿le vas a hacer?

Stefano: pues claro que si mi so. Esto me recordó que los primeros días en que nos estábamos conociendo y saliendo con Valentina siempre me preguntaba si tenía opio, eso me sacaba la piedra porque pensaba que solo quería verme pa que le rote los plones, pero la pasábamos tan bacano, definitivamente los primeros días del amor son los mejores.

Samuel: el verdadero amor dura tres meses, eso escuche una vez.

Antonio: eso es cierto, los primeros meses son los mejores por que la otra persona está envuelta en misterio, uno quiere seguir conociéndola, correr ese velo, descubrir qué más experiencias le puede ofrecer, despues todo va cambiando ¿si o qué? Pero yo tuve ese amor en que la cotidianidad, la rutina, y hasta las mismas poses a la hora de culiar nunca fueron un impedimento para amarnos porque siempre se mantuvo algo gravitando entre los dos, algo que en en los momentos en los que todo estaba a punto de irse pa la mierda nos volvió a unir. Es imposible olvidarse de alguien que conoció tus debilidades, tus sueños, tus defectos, que se aguantaba tus pedos y el mal aliento que llevabas, que estaba ahí para sobrellevar tus problemas y tus rayes con vos, esos vínculos son difíciles de romper, esas personas no se olvidan nunca.

Erica: epa pues, se nos puso susceptible.

Antonio: no he vuelto a conocer otra mujer como Carolina saben, sé que el único que me entiende aquí es Stefano, es verdad, no hay otra mujer como ella, lo que me pasó a mí empezó como tragedia y terminó como tragedia porque díganme ¿enamorarse de una prostituta acaso no es una tragedia? ¿ah?

Erica: lo importante es que hubo amor.

Antonio: lo hubo y por eso es que nuestra historia fue una pesadilla desde el principio hasta el fin, créanme, no es fácil enamorarse de una mujer con ese trabajo, saber que cada noche se la comen hasta veinte hombres: borrachos, gamines, negros, campesinos, indios, traquetos; que la belleza de la que te enamoraste es su maldición. Yo quería ayudarla, le propuse más de una vez que se saliera de ese trabajo, que yo trabajaría para los dos, yo quería tener hijos con ella, formar una familia, toda una locura ¿si o qué? Pero la amaba, cada vez que estaba con ella la vida se me volvía dulce, me

sentía seguro pues había encontrado un sentido para seguir pase lo que pase. Déjenme contarles, esta noche siento el deseo de hablar.

Samuel: así es Antonio, seguí, sabes que puedes hablar con confianza parce.

Antonio: nunca voy a superar lo que pasó con Carolina, hay noches en las que estoy en mi cuarto solo y me quedo sentado en la cama, sumergido en un nubarrón de depresión durante mucho tiempo, pensando en cosas muy tristes, en como estaríamos con Carolina hoy, en su rostro, en su cuerpo y en la manera como bailaba y sonreía a la vez.

La primera vez que la vi fue en la avenida de Las rosas, en el bar Capricornio; era una noche de esas en las que no había nada interesante para hacer y yo estaba sin novia así que decidí ir a Capricornio por una mujer que me quitara las ganas que tenía. Llevé el dinero necesario además para tomarme unas cervezas y ahí estaba sentado detallando a las mujeres para ver cual me iba a llevar. Estuve unos minutos mirando pero no había ninguna lo suficientemente buena hasta que comenzó a sonar ese tema de La Factoría que se llama asesina, no sé si lo han escuchado, todas las mujeres bailaban y los hombres las observábamos como hipnotizados bebiendo nuestras cervezas, inundados por el calor que envuelve los prostíbulos y repentinamente, de la nada, como si se hubiera mantenido invisible y solamente hubiera vuelto a cobrar cuerpo para bailar esa canción, ahí estaba Carolina bajo las diversas luces del estrober, con un vestido blanco de lentejuelas, con unas piernas de palmera y un torso perfectamente marcado al vestido, pero su cara fue el hechizo que me ancló a ella para siempre, su sonrisa delicada, su nariz dulce y sus ojos inocentes, fue como un centellazo que hizo desaparecer el tiempo y yo sentí como si hubiera salido nuevamente del vientre de mi madre, como si mi vida se reiniciara ¿ustedes creen en el amor a primera vista? Yo sí, desde esa noche.

Me levanté y fui hacia ella, pero un negro alto y acuerpado se me adelantó y comenzó a bailar con ella, hablaron por unos segundos hasta que ella lo cogió de la mano y subieron al segundo piso en donde quedan las habitaciones. Yo me quede esperando a que bajara y me puse a tomar cerveza siempre pendiente de las gradas, esperando a que apareciera, pero pasó una hora y no bajaba ¿Qué tanto es lo que le hace este negro maricón? Me pregunté. Pasaron otros quince minutos y justo cuando me dispuse a subir para buscarla vi bajar al negro y unos segundos después a ella, me afané para que nadie se me adelantara, crucé entre las mesas empujando a algunos que estaban haciendo bulto hasta que llegué a ella.

—Disculpa ¿estás libre? —le pregunté.

—Hola mi amor, sí, estoy libre, pero en este momento quisiera descansar por que acabo de salir de la habitación y estoy exhausta.

—La entiendo mi amor, entonces, permítame invitarla a una cerveza.

—Claro amor, déme la plata y dígame donde está su meza que yo ya las llevo.

Le entregué la plata para las cervezas y le indiqué la primera meza que vi libre y me fui a sentar mientras ella se dirigía a la barra por las chelas. Cuando estuve en la meza observé los movimientos de esa mujer que de buenas a primeras había aparecido y con la cual quería pasar toda la noche, miré como hablaba con el barman, como recibía las cervezas, la vi venir a mí con esa figura regia y decidida, pero sobre todo sensual, con esos ojos cafés que le translucían entre las luces, entonces tuve la seguridad de que era la mujer perfecta; se sentó y cruzó la pierna y me sirvió la cerveza.

—Gracias mi amor, en verdad estoy muy agotada y acalorada y necesitaba esta cerveza —dijo.

—No se preocupe mami, yo vi con quien le tocó irse y sé el tiempo que le tomó, así que tranquila.

—¿ahh si? O sea que me estabas vigilando.

—Si quiere que le sea sincero, le digo que sí, desde que la vi bailar me pareció una mujer muy bonita y no me quería ir de aquí sin charlar con usted.

—¿sin charlar o sin otra cosa?

—Sin las dos mami, sin las dos, usted me parece una mujer tan bella que me siento a gusto charlando con usted.

—Bueno muchas gracias por la caballerosidad.

—Y ¿cómo se llama?

—Carolina.

—¿Y trabaja hace mucho por aquí? Porque no la había visto antes.

—Llegué hace algunos meses.

—Y ¿de dónde viene?

—De Sabana Verde.

—Ahh viene del pacífico.

—Así es.

Seguimos charlando y tomando cerveza, hasta que se nos acabó y le pregunté si quería otra y dijo que no, que si prefería ya podíamos subir al cuarto, le dije que sí, que subiéramos y me cogió de la mano y me condujo hacia las gradas.

Ya cuando las estábamos subiendo, con ella adelante llevándome de la mano y yo atrás, me concentré en sus omoplatos, en su espalda morena y reluciente, tan delicada y fuerte a la vez, en esa cintura elástica, pero mis ojos se quedaron prendados en sus dos nalgas perfectas, entonces fue imposible para mi evitarlo y con la mano libre se las comencé a acariciar y a apretar, ella sonrió, tranquilo amor estas muy ansioso, me dijo, esas palabras se me quedaron grabadas en la memoria, porque era cierto, estaba a punto de explotar, sentía toda mi sangre calentándose con violencia a cada paso que dábamos, pero además, porque esas dos palabras presagiaron desde el primer momento lo que iba a ser mi relación con Carolina: tranquilidad y ansiedad, intercalándose interminablemente. Llegamos a una meza ocupada por un par de mujeres donde pagué los cuarenta mil que costaba el momento y nos entregaron unas llaves y un condón.

El cuarto al que entramos estaba limpio y bien arreglado, las paredes estaban forradas con un tapiz que tenía figuras de carneros fornidos de color crema, en todos los carneros se dejaba ver un enorme falo erecto y algunos parecían estar mugiendo mientras otros exhalaban vapor de sus fauces, en suma, todos esos carneros en el tapiz daban la impresión de estar con unas ganas terribles de coger y por alguna extraña razón eso contribuyó a que me arrechara más de lo que estaba, entonces Carolina se acercó a mí y me tocó los huevos.

—Jum mijo usted está como uno de estos toros —me dijo.

Se me aceleró la respiración y le di libertad a esas ganas tremendas que tenía de follarmela, la agarre de la cintura y la pegué a mí y le intenté dar un beso pero ella volteo la cara y dijo no, besos no, pero yo no entendía de palabras así que le agarré con fuerza la cara y la voltee hacia mí y le di un beso al cual ella correspondió, puso sus manos en mi cabeza y vacilamos bien rico hasta que me empujó y se soltó de mí, dio unos pasos hacia atrás mirándome fijamente a los ojos, se mandó las manos a la espalda y desajustó el vestido y después, sonriendo, me empezó a bailar y a bajarse el vestido lentamente sin dejar de mirarme, su cuerpo empezó a revelarse y aparecieron sus senos tiernos y grandes, perfectos, después, su ombligo como una luna y se dio la vuelta y mientras se meneaba, bajo el vestido solo hasta cierta parte de las nalgas para volverlo a subir y cada vez lo bajaba más y lo volvía a subir hasta que la mitad del culo le quedó al descubierto.

—¿quieres esto papi? —me dijo mirándome de refilón.

—Por su puesto mi amor —le respondí.

—Entonces venga por él.

Sin pensarlo me saqué la chaqueta y la camisa y fui hacia ella y le terminé de bajar el vestido hasta que tuve en mis manos sus nalgas desnudas, le toqué la vagina y comprobé que estaba completamente mojada, entonces me desabroché y quité el pantalón y ella arqueó el cuerpo y puso las manos sobre la pared, su hermoso coño broto entre sus muslos y se lo metí como si fuera la última o la primera mujer de la tierra, como si fuera una Eva, ella comenzó a gemir y yo sentí por primera vez en la vida que la carne era algo vivo, como si fuera de Carolina y yo no existiera nada más.

—Chirleame las nalgas —dijo ella.

Yo obedecí y se las chirlié.

—Más duro —dijo.

Se las chirlié con más fuerza.

—¡Más duro!

Yo obedecí pero ella seguía pidiendo que la chirleara cada vez con más fuerza y cada vez me la cogía con más avidez hasta que sentí en un segundo que iba a explotar y que me iba a venir, pero Carolina, como adivinándolo, se quitó e impidió que todo acabara y se acabó de quitar el vestido que yo le había bajado hasta los muslos, solamente se dejó las zapatillas que me acuerdo bien, eran de color violeta y se acercó a mí, me acaricio el pecho excitada, me miró a los ojos, me agarró fuerte las mejillas y me zampó un beso y, después, juntas las caras nariz contra nariz me dijo suavemente:

—Ahora me toca a mí.

Y violentamente me empujó sobre la cama, abrió las piernas encima mío, me cogió la verga y la ubicó en su coño y me empezó a cabalgar. Yo la tomé de la cintura y sentí su carne caliente estrujada entre mis dedos. Ella primero movió el culo en círculos para pasar a dar saltos y después inclinó su cuerpo sobre el mío de tal manera que sus pezones me rozaban el pecho y su cara quedaba frente a la mía, casi pegada, así que pude sentir sus resoplidos y su aliento que era de alcohol y caramelo envolviéndome y ver sus labios entreabiertos y húmedos como una sandía y les digo algo, jamás alguien me lo había hecho tan rico, Carolina me sacó la leche jajaja, ella tenía esa capacidad, ella sabía cómo. Cerré los ojos y todo mi ser se centró en la textura de su piel, en su movimiento, en esa sensación de sus nalgas chocando contra mi pelvis, pero entonces, cuando los abrí y miré nuevamente a Carolina cabalgando sobre mí, me pasó algo sumamente extraño. La miré de tal manera que su cuerpo parecía estar serpenteando, sus gemidos y la música que nos llegaba desde abajo se tornaron fantasmagóricos, parecía que estuviéramos sumidos bajo el agua, entonces volteé hacia la pared, pero ese movimiento se me volvió eterno, como si mi cabeza se estuviera moviendo de una manera infinitamente lenta. Cuando por fin pude posar los ojos en el tapiz me encontré con vorágines de todas las escalas del color crema entremezcladas, desde el color del chocolate hasta el color de la mantequilla, hasta que las vorágines empezaron a aquietarse y a esfumarse y los toros comenzaron a hacer presencia pero ya no en su inmovilidad sino que poco a poco fueron adquiriendo movimiento hasta que parecieron estar corriendo salvajemente en una llanura mientras que de sus penes parados salían borbotones de semen color crema y, sus fauces furiosas resoplaban bocanadas de vapor e incluso tuve la impresión de escuchar sus mugidos, entonces me pregunté qué demonios era lo que estaba pasando.

Se me vino a la cabeza que todo fuera a causa del calor y las cervezas, pero inmediatamente lo descarté pues era imposible que unas cuantas cervezas y ese calor de los prostíbulos al cual ya estaba acostumbrado provocaran tales efectos en mí. Pensé entonces en la posibilidad de que Carolina me hubiera dado alguna sustancia psicotrópica como burundanga o escopolamina. Imaginé que se había untado todo el cuerpo con esa sustancia y que al besarla había caído víctima de sus efectos, entonces apretándole la cintura intenté preguntarle qué me había dado pero mi garganta de repente se había

entumecido y mi voz pareció la de un moribundo. Lo único que pude hacer fue apretar la cintura de Carolina y dejarme absorber por su cuerpo perlado de sudor cabalgando encima mío, por su cabello que se le deslizaba por el cuello, por las clavículas y por las tetas hasta que sentí que me venía y la empuje hacia un lado y de mi pene salió un torrente de semen, jamás había eyaculado en tal cantidad y de una manera tan sabrosa, mientras Carolina a mi lado decía excitada cuanta leche, cuanta leche mi amor.

Cuando terminé de eyacular mi abdomen quedó encharcado en semen, miré hacia el techo y todo había vuelto a la normalidad, las paredes y sus toros se mantenían estáticos y mis movimientos recobraron su fluidez natural, sentí las manos suaves de Carolina acariciándome el pecho, vi su cara acalorada y sus patillas húmedas por el sudor.

—¿Como te llamas?

—Antonio.

—Antonio, bonito nombre.

Dijo mientras se levantaba para agarrar un pedazo de papel higiénico y mientras me lo pasaba para que me limpiara el semen dijo que jamás lo había hecho con un cliente sin condón pero que no se había dado cuenta de eso hasta que me había visto eyacular y para mí también fue necesario escuchar esas palabras para darme cuenta que no había utilizado el hijuemadre condón.

—Yo tampoco lo había hecho con una puta sin condón.

—¿y es que acaso te gustan mucho las putas? —me preguntó mientras se volvía a acostar a mi lado.

—Solamente cuando estoy con ganas y no tengo con quien hacerlo, pero usted me parece una mujer muy bella y si me gusta.

—¿ahh sii? —dijo mirándome fijamente a los ojos y sonriendo al mismo tiempo que me acariciaba el pecho con suaves movimientos circulares.

—Puedes estar tranquilo bebé no tengo ninguna enfermedad.

—Usted también puede estar tranquila con eso.

Y nos quedamos callados unos minutos, encerrados en esa habitación y en nosotros mismos presintiendo algo que no podíamos definir pero que estábamos seguros nos unía para siempre, hasta que ella se sacudió despertándose a sí misma y dijo que debíamos bajar por que tenía que encontrar otro cliente, yo le dije que no había ningún problema y le pregunté si mañana podía visitarla de nuevo.

—Claro papasito, puede visitarme las veces que usted quiera —dijo.

Bajamos al primer piso y le pregunté si quería otra cerveza y me dijo que no, que debía encontrar otro cliente, que muchas gracias por las polas y que mañana me esperaba, me dio un beso en la mejilla y fue a pararse entre las demás hembras. Yo me compré una cerveza y me quedé otro rato más observándola, ella también me miraba y me sonreía hasta que se le acercó un tipo y se fue con él al segundo piso, entonces decidí que ya era momento de ir a casa.

Ese resto de noche no pude dormir, Carolina no salía de mi cabeza e inevitablemente me puse a pensar en lo conveniente e inconveniente de la situación. Por un lado Carolina era una puta, sí, pero además, era la mujer más bella que había visto en mi vida, era seguro que si seguía visitándola me enamoraría y pensé que eso representaba para mí un laberinto del cual me iba a ser muy difícil salir o tal vez del cual nunca saldría, así que debía tomar una decisión, seguir viendo a Carolina o alejarme de ella, una decisión que en verdad ya había tomado desde el primer momento que la miré. Así que la noche siguiente nuevamente estaba en capricornio tomando cerveza con Carolina y después subimos e hicimos el amor, otra vez sin condón (cosa rara eh) y al terminar nos quedamos acostados un momento y le pregunté por Sabana Verde.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó.

—Todo, como es, yo nunca he ido por allá.

—¿Enserio nunca has ido? Y eso que es parte de este departamento; pues, es muy lindo, lo que más me gusta es su clima, caliente, uno puede andar muy libre por allá, mostrando pierna y pupo sin preocuparse por el frío, porque hasta cuando llueve el calor se mantiene, por eso allá la gente es más alegre, o digamos, más movida, más bulliciosa. También me gusta su naturaleza, si vos vieras esas extensiones de bosques tan grandes que hay, ese montón de pájaros que vos acá no miras ni por el chidas, allá es normal ver bandadas de loros todos los días y el mar, ese mar tan bello, en donde la gente apacigua el calor ¡ja! Ese mar en el que desde niña me sumergía con mis amiguitos, ay no, me hiciste recordar mi infancia y eso siempre me pone nostálgica y un poco triste.

—¿Por qué?

—Porque jamás creí que iba a terminar así.

Quise preguntarle cómo había terminado en esa vida pero ella dijo que ya debíamos bajar; y así lo hicimos, repetimos el mismo rito de la noche anterior, bajamos, ella se paró entre las demás hembras y yo me compré una cerveza y nos quedamos mirando el uno al otro hasta que un hombre se le acercó y se fue con él y yo regresé a casa para desvelarme nuevamente pensando, pero ya no en la cuestión de si era conveniente o no estar con ella, sino en el futuro que nos esperaba, algo ridículo en verdad, porque apenas y nos habíamos conocido hace dos días, así que también me planteé la cuestión de si ella sentía algo por mí ¿era posible que una puta se enamorara de uno de sus clientes? Y ¿Por qué no? Al fin y al cabo, una puta sigue siendo una mujer, con las mismas pasiones, necesidades y sentimientos de una mujer común y corriente ¿Por qué a una puta tendría que estarle vedado el amor? Era imposible, claro, pero que una puta tuviera todas las capacidades y el derecho de amar no significaba que Carolina estuviera enamorada de mi ¿verdad? ¡pero por Dios! ¿amor? ¿en verdad? ¿amor? Hace dos días que nos habíamos conocido y yo ya estaba teniendo ensoñaciones con la palabra amor, pero decidí vivirlo, entregarme a ello, no me importaba si era muy temprano para ilusionarme, quería sumergirme completamente en eso que estaba sintiendo, liberarme de cualquier prejuicio y aceptar los riesgos soltándome de ese puto miedo al sufrimiento tan pero tan contraproducente y me dormí con ese pensamiento, con una sensación de tranquilidad y plenitud, cuando el sol ya comenzaba a entrar por la ventana.

La siguiente noche me encontraba nuevamente en Capricornio haciendo el amor con Carolina y al terminar nos quedamos acostados en la cama, como las otras noches y nos pusimos a charlar.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le pregunté.

—¿Enamorado?

—Sí.

—¿Por qué me preguntas esto?

—No sé, por curiosidad.

—¿Quieres saber si las putas se enamoran?

—No, quiero saber si tú te has enamorado.

—Ah, pues que te digo, sí, a mi edad ya todas las personas han experimentado lo que es el amor, o casi todas ¿y tú te has enamorado?

—Sí, pero eso ya es pasado y ¿lo tuyo ya es pasado?

—Sí, ya es pasado.

Entonces la miré fijamente a los ojos.

—¿Te enamorarías de algún cliente? —le pregunté.

—¿Por qué me preguntas eso? —me dijo mirándome seriamente.

—Porque yo siento algo por ti que cada vez se vuelve más fuerte.

—¿en serio? —Preguntó mirándome a los ojos con la cara recostada en mi hombro y en sus ojos estalló una chispa que me dio a entender que ella también sentía algo por mí.

—Sí, en serio.

—Pues, tendríamos que conocernos mejor, aquí la pregunta no sería si yo puedo enamorarme de ti sino de si tú en verdad puedes enamorarte de mí ¿serías capaz de amar a una puta?

—A ti te amaría por toda la eternidad.

—A vos te gusta parlear mucho —dijo y después se rio con ternura.

—Por qué no nos vemos mañana pero ya no aquí, en otro lugar, podríamos ir a comer helado o a cine.

—Mejor a comer helado.

—¿Eso significa que sí?

—Si amor, a las dos de la tarde en el parque del resbaladero ¿sí?

—Claro, es perfecto.

Al otro día estuve puntualmente en el parque, ella se hizo esperar un momento y después llegó preciosa, con una camisa y un jeans que le marcaba exquisitamente los atributos con los que la había dotado la naturaleza. Era difícil viéndola así pensar que era una puta, cualquiera estaría más cercano a decir que era una chica con un trabajo digno y en ese momento pensé que yo tampoco conocía en lo más mínimo a Carolina, pero bueno, para eso estábamos ahí.

Esa tarde comimos helado recostados en la hierba y hablamos de nuestras vidas, lo primero que me preguntó fue la edad que tenía y a qué me dedicaba, le dije que tenía 22 años y que trabajaba en una tienda de repuestos automovilísticos, le comenté también que no tenía una buena relación con mis padres a causa de una temporada en la que me dejé llevar excesivamente por el alcohol.

—¿solamente por el alcohol? —preguntó con una expresión que reflejaba una verdadera curiosidad. Yo sabía a donde iba esa pregunta, ella quería saber si era un hombre confiable, si no estaba metido en alguna mariconada que me convirtiera en un problema, así que opté por no decirla la verdad y le contesté que sí, que solamente por el alcohol, después tomé la palabra yo y le pregunté sobre su vida, hizo una mueca inconscientemente y después miró al cielo pensativa, sus ojos cafés se translucieron bajo los rayos del sol y a mí me pareció hermosísima.

—Pues como te dije yo nací en la costa —empezó— vivo aquí desde hace ocho años si no me equivoco, aunque he viajado por todo el departamento. En la costa viví cosas hermosas, a veces pienso que ese fue el mejor momento de mi vida, tuve muchas amigas, sabes, y amigos también, ahora muchos de ellos viven acá, algunos se fueron a otros departamentos, otros terminaron trágicamente, pero ya ninguno de ellos vive en Sabana Verde.

Mi vida allá era idílica, pero como sabrás el pacífico es una zona muy caliente y tarde o temprano la violencia y la tragedia terminan por caer en todo aquel que vive ahí y mi familia no fue la excepción ¿has escuchado la frase de que la belleza es una maldición? Pues esa frase a mí me cayó al pelo, ya que no es por nada, pero yo soy bella ¿cierto? y en lugares donde lo que rige las vidas son las pasiones más bajas y salvajes las mujeres siempre son vistas como un trofeo el cual hay que poseer a como dé lugar, un botín, y así fue como a mis catorce años, cuando mis senos y mis nalgas empezaban a brotar, un hombre me mandó a saludar. Era alguien que todo el mundo conocía como narcotraficante, que gustaba de vestir caro, con joyas llamativas y montar en lujosos carros y, por supuesto, de poseer la mayor cantidad de mujeres que pudiera, mujeres hermosísimas, mujeres que cualquier hombre del mundo soñaría con tener. Yo solamente le contesté con un gracias y volví a mi casa, en ese instante era muy inmadura e ingenua para poder prever lo que se venía a partir de ese momento.

Desde aquel día Juan Carlos, que así se llamaba ese cerdo asqueroso, me clavaba la mirada como un jaguar a su presa cada vez que me veía, la mayoría de las veces yo me sentía incomoda, pero,

debo decirlo, también me sentía complacida al saber que mi belleza era apreciada, jamás me voy a perdonar eso, el aprecio que a veces pude llegar a tener por las miradas de un monstruo, pero cuando una niña tiene catorce años vuela entre nubes rosadas, sabes amor, y así era yo, consciente que poseía una belleza que sobresalía sobre las demás y que con cada día crecía más, sentía que tenía el mundo en mis manos.

Después de unos cuantos días de estarme detallando, ese animal asqueroso fue más allá, envió a un hombre como mensajero a mi casa, mi papá le abrió la puerta y se sorprendió al ver a uno de los matones de J.C, así era como le decían a esa asquerosidad de Juan Carlos.

El mensajero se presentó como Álvaro.

—El señor J.C quisiera tener el placer de conocer a su hija —dijo.

Yo escuchaba todo desde la sala en la cual me encontraba trapeando, recuerdo bien ese momento, hacia un calor exquisito y toda la casa estaba iluminada por un sol radiante, de esos que relajan, bueno, eso fue lo que dijo el matón frente a lo cual mi papá quedó estupefacto sin acertar a decir palabra hasta que por fin reaccionó.

—¿Por qué a mi hija? —le preguntó.

Lo que a mí me pareció raro o, más bien, absurdo, dado que la respuesta era obvia.

—Bueno señor usted sabrá que su hija es una mujer muy bella.

—¿una mujer? Pero si apenas es una niña —le reprochó mi papá.

Y en ese momento me puse a pensar si en verdad era una niña, tenía catorce años, sí, pero faltaba poco para que cumpliera los quince, mis senos empezaban a crecer y yo era consciente de que eran riquísimos, que aunque no eran ostentosamente grandes eran paraditos, sobresalían por la camisa en punta sabrosamente, también tenía un buen culo, un culo provocativo acompañado de unas piernas envidiables, tersas y tonificadas y si me ponía short los hombres enloquecían, sobre todo los que llegaban de esta zona andina y no están acostumbrados a ver mujeres cortas de ropa como en la costa. Todo ese momento desde la llegada del matón hasta lo que te cuento lo tengo claramente en mi memoria, ningún detalle se me escapa, será por lo que dicen, que entre más intenso sea un momento más se te prensa en la memoria, y ese momento fue intenso, no solo porque un matón me estaba buscando sino también porque me di cuenta que tenía unas ganas de culiar incontenibles y que mi panocha estaba mojada, cosa que se dejaba ver en el húmedo del short que llevaba puesto.

Mi papá se negó diciendo que yo estaba muy ocupada estudiando y que lo estaría mucho tiempo.

—¿está seguro señor? Yo no veo que su hija esté tan ocupada —dijo el matón percatándose de que yo estaba en la sala, dándome una mirada que llegó a mí y me impactó pues el matón tenía unas largas pestañas castañas y unos ojos verdes claros que se le sobresaltaban con el sol.

—Mire señor Álvaro, mi hija estará ocupada durante mucho tiempo ¿si me entiende lo que le quiero decir? —dijo mi papá.

—Claro señor yo lo entiendo, pero quien creo que no lo va a entender es el patrón J.C.

Mi papá se quedó callado y yo me puse fría al oír esas palabras, de golpe volví en mí y sentí lo pesado de todo lo que estaba sucediendo, quise ir con mi papá para decirle que no había problema que yo me iba con el matón para así evitar que las cosas se agraven, pero supe que eso no iba a servir para nada porque mi papá no me permitiría ir ni por el hijueputas.

—Pues espero que el señor J.C lo entienda, dígale eso, que de corazón espero que lo entienda y que mi niña está muy ocupada —dijo mi papá acentuando la palabra “niña”.

Vi como el cabello castaño, los ojos verdes y la piel canela del matón refulgían bajo los rayos del sol, mire su boca abrirse como un túnel grotesco y a mi papá cerrar la puerta y quedarse mirándome fijamente, yo no supe lo que pensaba, tal vez pensó que yo tenía algo que ver con aquella visita,

porque sí, tengo que aceptarlo, yo era muy coqueta y mi papá ya me había visto cogida de manos con varios chicos y una vez, pocos meses antes de eso, me había encontrado casi desnuda con un chino a las orillas de un río, pero no te pongas bravo amor ¿sí?

—No tranquila, usted siga contando.

—Bueno. Mi papá me dijo que teníamos que pensar bien las cosas y ser cuidadosos, que lo mejor era que saliera lo menos posible o mejor no salir para nada.

—¿Cómo? —Le pregunté.

—Si, debes dejar de salir —dijo mi papá.

A mí me dio pánico la idea de dejar de salir ya que yo era muy amiguera y siempre salía con mis amigas por las tardes y a veces por las noches. No sé, tal vez yo naci para ser prostituta, porque ya desde ese tiempo sentía una atracción muy fuerte por la noche y los hombres, sobre todo por los más jóvenes, es decir, los que tenían 20 o 25 años, jajajaja, que cosas digo a veces. Yo entendí la situación y dejé de salir, porque además de linda y coqueta era inteligente y tenía muy claro que con manes como J.C no se podía jugar, pero después de un tiempo de salir solo al colegio y a la puerta de la casa, el matón volvió a tocar. Yo estaba en un cuarto de atrás de la casa y sentí como mi papá abrió la puerta y escuché la voz de Álvaro saludando educadamente, escuché que preguntaba por mí y que mi papá me negaba y después escuché a Álvaro diciendo mire culo maricón no estoy para sus jueguitos; escuché cómo empezaban a forcejear y mi papá empezó a gritar que no entraran, escuché como las pisadas se multiplicaban y una voz que decía que dos lo acompañaran atrás de la casa. Comprendí que Álvaro no había llegado solo, pensé en esconderme debajo de la cama, pero inmediatamente pensé que era mejor dejarme coger, es decir, dejar que me capturaran, ya que así podría ir a ver a J.C, para pedirle que me dejara en paz, y me quedé quieta esperando hasta que dos hombres se asomaron a la pieza y al verme ahí parada me agarraron y jalándome me dijeron que J.C quería verme, que no me preocupara, que nada malo me iba a pasar y que pronto regresaría a casa. Me jalaron con afán y cuando estuvimos en la sala vi como Álvaro mantenía a mi papá cogido de la nuca sobre el suelo, comencé a llorar y le grité que por favor lo soltara, entonces el hombre que me tenía sujetada me dio un tirón bruscamente diciéndome que si quería cuidar a mi papá más rápido nos vayamos, yo obedecí y me dejé arrastrar hasta afuera en donde nos esperaba una lujosa camioneta de color blanco y vidrios polarizados. Los dos hombres me hicieron subir junto con ellos en el asiento de atrás e inmediatamente Álvaro salió de la casa con el arma apuntando hacia mi padre que lo seguía de cerca con la cara roja y con la nariz y la boca llenas de sangre, al ver esto le grite que por favor no hiciera nada, que nada malo me iba a pasar. Álvaro llegó al carro y entró al asiento del copiloto y entonces el conductor, que no se había bajado para nada, arrancó rabiosamente, Álvaro sacó la cabeza por la ventana.

—Tranquilo culo hijueputa que nosotros sabemos cómo tratar a las mujeres —le gritó a mi papá, con lo que todos se echaron a reír, viendo como mi papá se quedaba ahí parado en la calle mientras que de sus ojos empezaban a brotar lágrimas.

Al ver a mi papá así no pude contenerme y también comencé a llorar, entonces escuché a Álvaro decir tranquila que pronto estarás de nuevo en tu casa y esas palabras, aunque sea difícil de comprender, me tranquilizaron y poco a poco dejé de llorar, sentí la rica frescura del aire acondicionado y me fijé en Álvaro, que fumaba un cigarrillo mientras miraba por la ventana abierta y el viento le revolvía el cabello.

El auto siguió avanzando bajo ese candente sol del pacífico hasta que llegamos a un restaurante al aire libre que queda en el malecón, nada más llegar yo noté que la única persona sentada en el restaurante era J.C con unas gafas color miel, al lado suyo estaba un guardaespaldas y al fondo, el

mar inmenso balanceándose y reverberando. Cuando J.C me vio bajar de la camioneta sonrió y tomó un trago de whisky. Mi corazón comenzó a latir fuertemente y la agitación aumentó hasta tal punto que sentí como si todo mi cuerpo hubiera sido tomado por una insolación y estuve a punto de desvanecerme, pero mantuve la fuerza y me erguí y subí las pocas gradas hasta llegar al restaurante, el cual tenía el suelo hecho totalmente de losas blancas que chispeaban con el sol. Escuché el eco del graznido de las gaviotas que sobrevolaban el mar a lo lejos y seguí hacia J.C, te juro que ese trayecto fue eterno y nunca lo voy a olvidar, no te puedo negar lo mucho que me impactó la imagen de J.C, sentado plácidamente, sonriendo y mirándome fijamente todo el cuerpo a través de sus gafas con el cielo completamente azul a sus espaldas, esa imagen que a cada paso mío se iba haciendo más patente y cercana, y cuando ya estuve allí, a su lado, con una tensión indescriptible, viendo todo como si fuera una ensoñación, J.C me dijo sonriendo que me sentara y no me preocupara por nada. Inmediatamente estuve sentada me preguntó si quería algo de tomar.

—No gracias, no tengo sed —le contesté.

Y aunque le dije eso, en verdad me estaba muriendo por un jugo de naranja con hielo, pero yo no soy boba y sabía que si le recibía cualquier presente ya estaría comprometiéndome con él, así que me negué.

—Tranquila, está haciendo mucho calor y necesitas tomar algo —dijo, y acto seguido le dijo al mesero que me trajera una margarita con hielo y el mesero salió a paso ligero, como con temor, por la margarita.

—¿Tienes miedo?

Al principio no supe que contestar, pero después respondí enfáticamente que no.

—Entonces deberías relajarte, se te nota muy tensa.

—Como no voy a estar tensa si unos malandros entraron a mi casa, golpearon a mi papá y a mí me sacaron casi arrastrada para traerme aquí.

—Como así ¿acaso golpeaste a su padre? —le preguntó J.C a Álvaro.

—Fue necesario, el señor se puso a chimbear y nuevamente se puso a parlear mucho así que decidí hacerlo por la vía rápida.

—Bueno nena, tu padre se recuperará en unas horas y mientras tanto tu y yo pasaremos un rato juntos —dijo J.C restándole importancia al asunto.

—Y ¿Qué se supone que haremos?

—Pues nos iremos de rumba, pero primero iremos a mi casa y ahí te podrás bañar.

Entonces le pregunté qué pasaría si me negara y J.C se echó a reír estruendosamente.

—Mejor tómate tu margarita por que se nos va a hacer tarde —dijo.

Yo miré el líquido verde de la margarita y los cubos de hielo derritiéndose traspasados por la luz, entonces sentí un impulso y sin pensar más tomé la copa y me mandé un buen bocado, entonces me di cuenta que J.C miraba fijamente mis piernas y me percaté que las tenía cruzadas y que la falda que llevaba puesta se había resbalado tanto que casi se me veían las nalgas, entonces bajé la pierna con velocidad y J.C se hinchó, se hizo más grande, o esa fue mi impresión, los músculos parecieron marcárselle más y su rostro se puso serio e inhalo profundamente como si de repente hubiera captado un olor exquisito, entonces se quitó las gafas y cuando miré sus ojos ya no pude dejar de verlos, su color era impreciso, solo eran dos centelladas surgiendo de su cara, entonces alargó la mano y me la puso en la rodilla y lentamente la comenzó a deslizar por el muslo, yo sentí un sobrecogimiento, intenté quitarle la mano pero él la mantuvo firme y no me fue posible. Me miraba fijamente con esos ojos indescifrables como dos pequeños espejos que te ciegan reflejando la luz del sol, bajó la mano hasta tocarme el culo y me apretó las nalgas; yo, aun teniendo catorce años poseía tremendas nalgas, y no

le bastó con una sola mano para agarrarme las dos pero apretó lo más que pudo, yo le cogí el brazo y se lo intenté empujar nuevamente pero mis fuerzas no eran suficientes, me manoseo y después quitó el brazo sonriendo, y levantándose me agarro de la mano y así nos fuimos hacia su camioneta que era de color azul oscuro igualmente con vidrios polarizados, aunque yo no quería pero no me quedaba más opción que obedecer.

Cuando estuvimos allí me hizo sentar en la parte delantera de copiloto y agarramos por la Avenida Cacao desde donde se ve toda la extensión del mar, con sus flujos y reflujo hasta que se pierde. La vista era increíble y la camioneta tenía un estupendo aire acondicionado, pero yo tenía miedo, sentía como si los ojos de J.C aun me miraran con una depravación asquerosa, entonces J.C, observando el mar, dijo que conocía mucho sus aguas, dijo que le gustaba mucho el mar y que pensaba vivir toda la vida en su litoral, que no soportaría la lobreguez de las ciudades frías, yo no le dije nada y el siguió hablando.

—No me gustan las zonas montañosas que se encuentran mucho en tierra adentro, pero si me gustan las que quedan cerca al mar, aunque los acantilados no me gustan a excepción de algunos que hay por el caribe ¿conoces el caribe colombiano mi amor?

Yo no le conteste nada.

—Vamos, dime, podemos ir si quieres.

—No, no me gustaría ir, tengo que concentrarme en mis estudios.

Me dijo que estaba bien que quisiera estudiar pero que había maneras más fáciles de conseguir las cosas, yo le dije que lo que quería era estudiar y nada más.

—Ohh vaya, eres una nena muy juiciosa y eso me gusta —dijo— escuchemos algo de salsa ¿te gusta la salsa?

—Sí, si me gusta.

—La salsa es lo mejor —dijo— pero la buena salsa, la salsa brava.

Prendió el radio y comenzó a sonar La Murga de Panamá de Héctor Lavoe y sentí una sensación que jamás se me va a olvidar, todo me pareció más luminoso, el mar me pareció hecho de perlas y Sabana Verde me pareció mucho más hermosa, vi a la gente vendiendo mangos maduros, vi a esas mujeres tan bellas, con sus lindas piernas y caderas y sus largas cabelleras sueltas en el aire, fue como si nunca antes hubiera estado en Sabana Verde, como si fuera la primera vez que la descubría y se me revelaba, volteeé a mirar a J.C y ahí estaba sonriendo con sus gafas color miel y con ese piercing reluciendo en la oreja mientras movía la cabeza siguiendo el ritmo de la canción y comprendí lo que decía acerca de nunca irse del mar, aunque yo si quería conocer la zona andina y los llanos y también quería ir a Barranquilla y a Bogotá. Ahora ya conozco todos esos sitios sabes, y muchos otros menos bonitos, en este trabajo se viaja mucho, hasta a los lugares a los que uno no quiere ir.

La casa de J.C era linda, de dos plantas y de color blanco, con un patio grande, y por dentro ni hablar, bien amueblada y con lindas baldosas y, por supuesto que no podía faltar la piscina la cual estaba ubicada en la parte de atrás, J.C me la indicó y me preguntó si quería meterme y yo le dije que no, después, me cogió de la mano y me llevó al segundo piso, ahí había un baño en donde dijo que me podía bañar tranquilamente, me llevo unas toallas y unas chanclas y entonces yo cerré la puerta y me quede ahí parada con la mente en blanco, sin saber qué demonios hacia ahí. Después de un momento di una mirada al baño, tenía grandes ventanas por las cuales se miraba el cielo azul y entraba una luz esplendida, también había un espejo de cuerpo entero, me pare al frente de él y vi mi cabello todo desordenado, así que me desvestí y entre a la ducha. El agua me relajó tanto que olvidé por un momento el lugar en el que estaba. Me comencé a enjabonar y de repente caí en la cuenta de que mis manos se habían entretenido en mi vagina y que estaba tremadamente excitada, no sé en qué

pensé en ese momento, pero después me dije a mi misma que no tenía por qué avergonzarme o sentirme mal, que lo que hacía no era ningún pecado, pero aunque quise masturbarme no tenía tiempo para eso.

Al salir de la ducha me paré frente al espejo desnuda y mojada, comencé a detallar mi cuerpo, la luz que entraba por las ventanas hacia relucir los contornos de mi piel junto con las gotas de agua, miré mi vagina con algunos pelos, con esa raya atravesándola de arriba abajo y perdiéndose entre los muslos y me di la vuelta para ver mi culo, esas dos nalgas eran espectaculares, entendí por qué J.C había hecho todo eso para en ese momento tenerme ahí, en su casa, y por un impulso inexplicable me di una nalgada tremenda que hizo que las hormonas se me alborotaran jajajaja desde aquel día me gustaron las nalgadas, por eso siempre pido a los clientes que me nalgueen cuando me están cogiendo.

Después de secarme me vestí y al salir del baño uno de los hombres de J.C estaba parado en la puerta esperando, me dijo que fuera con él y me llevó a una pieza en donde estaba J.C que al verme dijo que era momento para ir a comprar ropa. Yo no reproché nada pues de un momento a otro me había sentido más tranquila y, además, no me desagradaba la idea de comprar algo de ropa, así que fuimos al centro y entramos en los locales más caros de la ciudad en donde compramos unas tres pintas. J.C no se inmutaba por lo que tenía que pagar y de un momento a otro se acercó a mí con una tanguita roja que dijo que quería que me la midiera, yo tuve desconfianza y le pregunté por qué quería que me la midiera.

—Solo es un regalo —dijo— estoy seguro de que esta tanga te lucirá perfectamente.

Yo le dije que no quería hacerlo, pero él me cogió de los hombros con fuerza y con cara seria me dijo que no me dejaría ir hasta que me midiera la tanga, así que no tuve más opción y fui y me la medí y me quedó fabulosa como había dicho J.C, así que la compramos junto con otras tantas prendas íntimas que J.C escogió personalmente. J.C me dijo que de las pintas que habíamos comprado escogiera una y que me cambiara en el almacén porque no quería perder tiempo volviendo a la casa, así lo hice y después nos dirigimos a un bar de la zona rosa, aunque eran aun horas de la tarde, pero cuando llegamos ya había algunos hombres acompañados de mujeres.

El lugar era bonito y la música estaba buena, así que J.C me pidió que bailáramos y aunque yo pensé en negarme, sabía que eso no iba a servir para nada, así que bailamos ese tema de Plan B – Vecinita y aunque él me agarró de la cintura e intentó apretarme contra él y después quiso que me dé la vuelta para sobarme, yo no permití ninguna de las dos cosas y me mantuve a mi distancia. Cuando terminamos de bailar, en la meza ya había una botella de la cual yo me negué a beber, entonces J.C me preguntó si prefería un coctel a lo cual le respondí que no quería nada que me emborrachara, así que pasé la rumba tomando jugo de naranja con hielo mientras J.C se emborrachaba con Álvaro y me obligaba a bailar con él, sí, me obligaba, por que en ningún momento me sentí cómoda bailando con ese tipo.

Después de que habíamos pasado unas cuantas horas en la discoteca y ya empezaba a anochecer J.C dijo que era tiempo de irnos, así que me agarró de la mano, salimos de la discoteca, nos montamos en su camioneta y comenzamos a avanzar. La ciudad ya relucía sus luces amarillas y el mar hacía sentir su oleaje, mientras tanto yo me sentía asustada sin saber a dónde íbamos, entonces J.C me preguntó como la había pasado, le contesté que hubiera preferido quedarme en la casa.

—La próxima vez haremos cosas mejores —dijo.

—¿La próxima vez?

—Sí, de ahora en adelante seguiremos saliendo.

—Pero yo tengo novio —le dije, aunque era mentira.

—¿en serio? Y ¿loquieres mucho?

—Sí, lo amo.

—Y ¿cómo se llama?

—Luis Gabriel.

—Vaya, bonito nombre, pero no te preocupes por él, estoy seguro de que entenderá.

—Pero aun así mi papá no me permitirá salir.

—El también entenderá, no te preocupes.

Yo me sentía acorralada, realmente estaba a punto de estallar, estaba angustiada, no sabía que decir, no sabía qué hacer, hasta que tuve el valor de decirle que no me interesaba salir con él, que me dejara tranquila, que no quería ni su ropa, ni sus invitaciones a discotecas. J.C guardó un silencio después del cual dijo que eso no le importaba, que de ahora en adelante yo tendría que estar con él. Tuve ganas de increparlo, créeme, ganas de gritarle que quien hijueputas se creía, que él no era dueño de mi vida ni de nada, pero ya no tuve fuerzas, me sentía agotada, lo único que quería era llegar a mi casa junto a mi padre y sentirme liberada de esa tensión de estar junto a J.C y sus guardaespaldas. Todo ese día había sido como un torbellino de principio a fin, los sucesos eran como tractomulas irrefrenables y yo ya no quería más, no quería ver a J.C ni a ninguno de esos tipos, no quería verme obligada a aceptar sus propuestas nunca más. La frustración comenzó a calmarse cuando J.C enfiló la camioneta rumbo a mi casa, yo permanecí callada mientras los tres guardaespaldas que estaban en los asientos de atrás gritaban las canciones que J.C había puesto y hablaban de sus faenas amorosas y de las mujeres de una manera asquerosa, atrás de nosotros venía Álvaro conduciendo la camioneta blanca.

Cuando llegamos a mi casa mi papá se encontraba afuera esperándome y cuando me bajé de la camioneta corrió a mí estrepitosamente y me preguntó si me había sucedido algo, le dije que todo estaba bien que no se preocupara, me preguntó por la ropa que llevaba puesta y que a donde había dejado la mía, en ese momento J.C intervino diciéndole a mi papá que no se preocupara, que la ropa que llevaba puesta era un regalo.

—Y también esto —dijo, apuntando las bolsas que sostenía uno de sus guardaespaldas, en las cuales se encontraba la demás ropa que habíamos comprado.

Mi papá le respondió que yo tenía lo necesario y que no necesitaba más.

—No se preocupe suegro —dijo J.C cínicamente— estos regalos se los hago con mucho cariño a su hija.

Mi padre y yo nos quedamos callados y quietos sin recibir nada, mi papá quedó viendo fijamente a los ojos a J.C pero este le sostuvo la mirada firmemente y él no tuvo más opción que agachar la cabeza humillado y me dio un empujoncito para que recibiera las bolsas que el guardaespaldas de J.C me ofrecía, entonces J.C se acercó a mí y jalándome de la cintura hacia él me apartó de mi padre, me acarició el rostro y me zampó un tremendo beso, la boca le sabía a tequila combinado con framboesas y pude captar mucho mejor el aroma de su loción, un aroma a limón, tal vez esa loción era muy cara porque ya no he conocido a ningún otro hombre que la use.

—Mañana nos veremos —dijo cuando terminó de besarme y se subió a la camioneta y le subió todo el volumen a la música y arrancaron gritando “¡¡vivan las mujeres hijueputas!!” y cagados de la risa. Mi padre me abrazó sollozando y me preguntó nuevamente si me encontraba bien, si esos malparidos no me habían hecho nada malo. Ahora que lo pienso creo que lo que me estaba preguntando mi padre en ese momento era si J.C y sus hombres no me habían violado, pero no fue así, aunque todo ese maldito día estuve llena de pánico pensando en esa posibilidad.

Lo que pasó después fue tan rápido e impreciso para mí. Mi papá me llevó adentro de la casa y me hizo empacar toda mi ropa, me dijo que tenía que venirme para acá y así evitar cualquier tragedia futura. Así que esa misma noche tomé un bus hacia acá y llegué a donde una tía, hermana de mi papá. Viví con ella dos años aproximadamente pero nuestra relación cada día se volvía más rancia, pues mi tía no poseía los recursos para poderme sustentar ya que demasiado tenía con mis dos primos, y mi papá no ganaba suficiente como para enviarle el dinero que me era necesario, claro que yo trabajaba, pero los trabajos que encontraba no eran estables así que mi tía y mis primos cada vez se volvían más agresivos conmigo, me hacían sentir como un parasito, como una carga buena para nada, eso era un infierno, hasta que un día estallaron por completo las cosas porque yo no era alguien que se dejara joder así porque sí y mi tía me gritó que tenía que largarme de la casa, que volviera a la mía o que a alguna casa más, pero que ella ya no podía conmigo. Nunca en la vida me había sentido así, tan repudiada y rechazada, tan desamparada. Las palabras de mi tía iban completamente en serio, así que no tuve más opción que irme; claro que yo no tenía ninguna intención de volver a Sabana Verde, así que ante esa situación en la que me encontraba, absolutamente abandonada y llena de miedo y, lo peor, sin plata, el único camino que me quedaba era la opción que una amiga me daba y era la de volverme puta.

Al principio eso fue muy duro para mí, pasar de buenas a primeras de tener una vida tranquila y alegre en Sabana Verde a tener que pararme a esperar todas las noches por un cliente en esos antros, algunos de los cuales estaban en las más bajas condiciones y eran visitados por los hombres más desagradables, pero después, poco a poco, me fui haciendo a la idea de que esa era mi nueva vida y que más valía aceptarla. Faltó poco para hacerme de contactos que me permitieron trabajar en bares de mejor calidad y ya me vez, uno termina por acostumbrarse a todo cuando las circunstancias obligan a ello. Ahora trabajo en Capricornio y tengo buenas amigas y amigos que me hacen sentir protegida y en familia, y he conocido clientes como tú, de buenas vibras.

Esa es la historia de cómo terminé en esto, ya lo sabes, no me gusta hablar de ello porque recordarlo siempre me afecta, pero tú me inspiraste confianza ¿te digo algo? Contigo me siento bien, protegida, tú me preguntaste si yo podría enamorarme de un cliente ¿cierto? ¿eso significa que sientes algo serio por mí? —me preguntó Carolina cuando terminó de contarme la historia, mirándome fijamente.

Yo sentía una tormenta de sensaciones, su rostro me parecía mucho más profundo y tierno después de escuchar su historia y tenerla frente a mí, me parecía una mujer tan dócil, traspasada por un halo de soledad y de un dolor tan profundo pero que casi nadie notaba. En ese pequeño lapso en el que me había contado su historia yo me había enamorado de ella muchísimo más y por primera vez tuve la sensación de tener mariposas en el estómago; le dije que sí, que me gustaba muchísimo.

—Pero... ¿no te importa que sea una puta?

Esta pregunta me pareció minúscula, insípida, nada me importaba en ese momento cuando sentía que estaba a punto de reventar de pasión, cuando, por primera vez comprendía lo que era el amor, entonces, me acerqué a ella, le acaricie el rostro y casi rosando mi boca a su boca le dije que nada me importaba, que lo único que quería era estar con ella y amarla, entonces la besé por primera vez sin que ella me viera como un cliente, sin necesidad de estar en un putiadero. Ella me abrazó y comenzó a llorar con tanta sinceridad, su dolor era real, su alma de verdad estaba herida y mi corazón estaba inflamado, en ese abrazo dejé de ser dueño de mí mismo y le entregué todo mi ser a ella, tuve la seguridad de que la vida de Carolina era más valiosa que cualquier cosa en este mundo, incluso más valiosa que me propia vida, y que estaba dispuesto a morir por ella, sentí por primera vez lo que es entregarse en cuerpo y alma a alguien más.

Seguí frecuentando a Carolina todas las noches en Capricornio, le pagaba, aunque a veces ella me decía que no era necesario, que solo pagara lo del hotel, pero yo sabía que necesitaba el dinero así que le pagaba, hasta que una tarde, mientras paseábamos, le propuse que se vaya a vivir conmigo y que dejara ese trabajo. Ella se quedó como impactada por lo que escuchaba y después de un silencio me recordó que yo había dicho que no me importaba quererla así, como una puta. Yo intenté echarle la parla, pero ella dijo que me callara sino quería que se vaya. Yo ya sabía desde antes que diciéndole eso me arriesgaba a cagarla, pero necesitaba decírselo, no soportaba la idea de que cada noche un montón de hombres se cogieran a la mujer que amaba, cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo ¿si o qué?, sin embargo, lo de quererla a pesar de su trabajo era muy enserio; iba todas las noches a Capricornio y me quedaba ahí sentado tomando cerveza viendo cómo los hombres se acercaban a Carolina y se la llevaban al segundo piso para follarsela. Le seguí insistiendo que se fuera a vivir conmigo que no me importaba que siguiera trabajando en Capricornio pero que viviera conmigo, pero ella se mantenía renuente, hasta que una buena noche, después de que habíamos hecho el amor y yacíamos desnudos en la cama, ella aceptó mi propuesta, pero me dejó muy en claro que no quería volver a escuchar nada acerca de su trabajo, así que le prometí que no iba a volver a mencionar nada sobre el tema.

Pocos días después ya vivíamos en la casa que arrendaba y yo me sentía el hombre más feliz del mundo, hacíamos el amor, fumábamos marihuana y nos emborrachábamos, aunque, estas dos últimas cosas no eran tan importantes ni necesarias para nosotros ¿saben? Y es que cuando uno está con la persona que quiere y el amor lo inunda no hace falta nada más para sentirse completo, ustedes lo saben, por eso casi no salía a farrear y cuando salía lo hacía con ella. Ese fue un tiempo en el que todos fuimos felices ¿no?, todos con nuestras nenas, que chimba, pero ahora lo único que me queda es el alcohol, el perico, la marihuana, a veces pienso que sería mejor tomarme una botella de veneno para acabar con esto que me lastima de una buena vez, pero quizás soy muy cobarde o muy en el fondo aun guardo un poco de esperanza por esta vida.

Un domingo, lo recuerdo bien, hacía calor y nos encontrábamos con Carolina viendo la tele en paños menores, ella solo con una tanga y yo con un boxer, entonces sin pensarlo le pregunté que qué pensaba sobre tener hijos, levantó las cejas y me miró con cara de incredulidad, como preguntándose si era cierto lo que había escuchado y después comenzó a reírse y me hizo reír a mí también, pero después la mire fijamente a los ojos y ella preguntó si iba enserio lo que le decía.

—Si —le dije— quisiera tener hijos contigo.

Ella cerró los ojos como lamentándose.

—No —dijo— aun no es tiempo para eso.

El silencio invadió la habitación, lo único que quedó sonando fue la televisión.

De todos modos seguimos con nuestras vidas de felicidad, hasta que llegó ese maldito día en que ella llegó a la casa y comenzó a empacar ropa en un maletín, le pregunté que le pasaba, que a donde iba, me dijo que un cliente de un pueblo que pagaba muy bien la había llamado y que no se podía negar porque no quería perder clientela y que había muchas chicas haciendo fila para tener una oportunidad con aquel tipo. La increpe y le pedí que me dijera a que pueblo se iba, me dijo que para Puente Viejo, entonces le dije que iba con ella, pero se negó rotundamente, me recordó la promesa que le había hecho sobre su trabajo y me dijo vehementemente que no la azarara más. Estaba muy alterada y afanada, no supe que decirle, detestaba esos momentos en los que me volvía consciente que estaba enamorado de una puta, en mi fuero interno quería controlarla, obligarla a quedarse, pero no, no lo hice, porque si lo hacía sabía que Carolina empezaría a repudiarlo, lo único que pude hacer fue callarme, emputarme e irme a sentar a la sala porque no quería seguir viéndola empacar su bolso con

tanto afán, sin tener en cuenta lo que le decía, como si le importaran un bledo mis palabras. Cuando iba a salir se acercó a mí y me dio un beso.

—No te preocupes, volveré pronto ¿bien? —me dijo, y se fue.

Yo me quedé ahí sentado escuchando como el sonido de sus zapatillas se alejaba por la calle.

Carolina se demoró tres días, los cuales los pasé muy mal, la llamaba mil veces al día y ella solamente me contestaba en algunas ocasiones, en la noche se encontraba en discotecas y nos era casi imposible hablar, así que esas llamadas duraban poco, pero después de la media noche ya no me contestaba, y además, apagaba el celular, eso me mataba de celos porque me ponía a pensar en las cosas que le estarían haciendo, a veces me imaginaba cosas muy negras, dignas del mayor de los depravados, la rabia me hacía beber hasta emborracharme hasta el culo, escuchando música en la sala de la casa, hasta que amanecía y volvía a llamar a Carolina, unas veces contestaba temprano pero otras veces tenía que esperar hasta las diez o las once de la mañana, entonces nos poníamos a pelear, le preguntaba a gritos que qué carajos estaba haciendo para que tuviera que apagar el celular —Estoy haciendo mi trabajo —decía— así que no me sigas llamando en horas que sabes que no te voy a contestar.

Entonces me daban ganas de decirle puta, perra, zorra, vendida, un montón de cosas, pero esos comentarios la hubieran herido mucho y además me hubiera escuchado como un completo zopenco diciéndole eso a una trabajadora sexual. Por supuesto que me fue imposible hacerle caso y la seguí llamando después de la media noche siempre con el mismo resultado.

Después de pasados tres días me encontraba esperando con ansias. Cuando por fin llegó al anochecer no supe cómo actuar, estaba furioso, pero también quería abrazarla porque me había hecho una falta incomparable, pero cuando la miré ahí, parada en la puerta, con su bolso a la espalda y una pequeña maleta en la mano, con su cabello opaco y su rostro sin maquillaje, totalmente demacrado, tuve que abrazarla y preguntarle cómo le había ido.

—Bien —dijo— pero vengo tremadamente cansada.

Mientras ella se duchaba fui a comprarle un sándwich de queso con carne que eran sus preferidos. Se lo comió con el mayor de los gustos y eso me dio mucha felicidad. Después de comer solo se cepilló y se acostó para quedarse totalmente dormida, así, un sueño que se dejaba ver muy profundo como si Carolina se hubiera adentrado en las grutas más hondas y exquisitas de las fantasías humanas. No hubo sexo, ni siquiera una pequeña conversación, así que me quedé con los ojos puestos en la oscuridad de la habitación, en esa oscuridad que parecía que cada vez escarbaba más en sí misma para tornarse a cada segundo mucho más oscura, sintiendo la respiración de Carolina. Me pregunté cómo era posible que en tres días una mujer se agotara tanto como para que le salieran unas ojeras grotescas y pareciera que se fuera a desmayar, tal vez, era consecuencia del alcohol y del perico, claro que también del sexo, pero esto último prefería ignorarlo, si, era un trabajo duro, pero ahora parecía que lo había sido mucho más, pensé en cuánto le habrían pagado, que por el cansancio que reflejaba tenía que ser un buen billete, pero enseguida me llegó el remordimiento ¿Qué importaba cuanta plata le pagaban, así sean millones de dólares, si por eso se la comían? No quise pensar más en ello, me abracé a Carolina y pensé en lo mucho que una sola persona puede cambiar tu vida.

Al otro día le pregunté cómo le había resultado el viaje, dijo que bien, aunque habían sido tres días agotadores pero la paga había sido muy buena.

—Espero que sea la última vez que pasa esto —le dije.

Entonces me miró con una sonrisa que yo conocía a la perfección, con ese simple gesto me daba a entender que esa no iba a ser la última vez, que tendría que soportar lo mismo de esos tres días

muchas veces más, entonces me levanté de la mesa y justo cuando ya iba a salir de la cocina escuché su voz.

—Oye yo siempre he hecho esto, viajar a lugares a los que a veces no quiero ir, pero así es este trabajo, tienes que tener a tus clientes contentos sino quieres perderlos.

Al escuchar esto la rabia me hizo apretar los puños y los dientes, no dije nada y me fui al trabajo.

Ese día tuve muchas cosas en las que pensar, Carolina no salió ni un segundo de mi cabeza, quería saber cuál era la mejor opción ¿acaso amenazarla con que si no dejaba esa vida yo la dejaba a ella era una buena idea? No, por supuesto que no, eso crearía una fisura en nuestra relación, sabía por experiencia propia que la manipulación era el caldo de cultivo perfecto para el resentimiento, pero ¿acaso es posible el amor sin resentimiento, acaso el que ama no está desde el principio condicionado a odiar a quien ama en algún momento? Me negaba a creerlo, nuestra relación iba bien y yo no quería que el odio la empezara a infectar, pero ¿tenía que soportar entonces nuevamente la ausencia de Carolina, el no saber qué hace, con quien está? ¿Y si en verdad estaba enamorada de alguien más y su viaje había sido por ese motivo o si conocía a alguien en uno de esos viajes y se enamoraba? Pero inmediatamente pensaba que no era posible que estuviera enamorada de alguien más porque yo no había notado nada sospechoso en ella, sin embargo, si era posible que conociera a alguien del cual pudiera enamorarse. Todo ese maldito día estuve con pensamientos similares y al finalizar la jornada de trabajo y dirigirme a la casa llegué a la conclusión de que lo mejor era confiar en Carolina porque a pesar de que era una trabajadora sexual era una mujer decente, aunque sonara contradictorio, es decir, ella sabía darse su lugar y hacerse respetar, ella me amaba, estaba totalmente seguro de ello, lo sabía cuándo miraba sus ojos, cuando me abrazaba y jugábamos, cuando me sonreía, sabía que yo era su mundo al igual que ella era el mío, decidí entonces no ir a casa y dirigirme a Capricornio para verla.

Nuestro amor hubiera sido perfecto si Carolina no hubiera hecho esos viajes, podía soportar que trabajara en un prostíbulo, pero no que me dejara solo. Me pasaba semanas enteras sumido en la expectativa, en la especulación, me llegaban pensamientos tan hirientes cuando ella no estaba que me emborrachaba hasta quedar tirado en el piso.

Una noche mientras Carolina se encontraba en uno de sus viajes decidí ir a Capricornio para hablar con la Alineada, que era la mejor amiga, aunque había evitado hacerlo porque no quería que le avisaran que me encontraba averiguando sobre sus viajes, le pregunté a donde hijueputas se iba Carolina, me dijo que no me ofuscara, que ella tenía que viajar a muchos lugares.

—Unas veces al sur, otras veces al norte, otras veces al oriente y otras al occidente —me dijo como chisteando.

—Hablame seria y no me cojas de bate —le dije.

—Te estoy hablando enserio amor —dijo— nosotras tenemos que viajar a muchos lugares, así es este trabajo, una tiene que ir donde está la mejor paga, los mejores puercos ¿y con quién? Pues con muchos, con quien este ganoso y quiera tenernos, unas veces con uno, otras veces con otro, vos sabes que tienes una mujer muy pero que muy bella y a ella muchos hombres quieren tenerla alado, así que cuídala y no la pierdas por culpa de esas películas que te armas y te llenan el alma de celos y rabia, porque te aseguro que nosotras podemos ser putas, pero lo que no nos gusta es que nos traten mal, no, eso si no mijito, vos me caes bien Antonio, yo te conozco y te aprecio, por eso te doy estos consejos, consentí mucho a Carolina y no la maltrates ni la odies —me dijo que escuchara el tema que iba a poner porque me lo dedicaba, fue y puso un tema que se llama No he podido ser feliz de los Gigantes del Vallenato.

Obviamente yo era incapaz de tocarle un pelo a Carolina, pero siempre que hacía uno de sus viajes la detestaba, mi rabia aumentaba con cada una de sus ausencias, más aún cuando ella se negaba a darme alguna información sobre los hombres que la contrataban, me hablaba de un tal señor Arturo de un tal Marcos y Aurelio, pero cuando le pedía que me diera algún número o alguna dirección se negaba rotundamente.

—¿acaso estás loco? —me dijo un día— eso a vos no te interesa en lo más mínimo.

—Claro que me interesa —le dije— ¡tú eres mi mujer!

Pero ella cortó la conversación furiosamente y me dejó hablando solo, sin embargo, esa misma noche hicimos el amor y me dijo que a los clientes no les gustaba que se diera información acerca de ellos, que no tenía por qué preocuparme pues ella sabía lo que hacía, le dije que me era inevitable preocuparme y que también era inevitable que me dieran celos y rabia, le pedí que se pusiera en mi lugar y que me entendiera, dijo que me entendía a la perfección.

—Pero te pido que intentes calmarte por favor —me dijo— pues al verte sufrir también sufro yo, te amo y no quiero que nuestra relación se pierda por cosas que no valen la pena, lo que hago con mis clientes en mis viajes es lo mismo que hago con mis clientes en Capricornio, nada extraordinario, así que por favor amor, no te pongas bravo conmigo ¿sí?

En ese momento recordé las palabras de la Alineada “consentí mucho a Carolina y no la maltrates ni la odies”. Esa noche nos quedamos hablando largo y tendido sobre sus viajes, ella me dijo que también se sentía triste cuando no estaba conmigo.

—Por eso —me dijo— voy a intentar reducir lo más que pueda mis salidas de trabajo.

Esas palabras eran para mí las mejores que había escuchado en mucho tiempo, por fin Carolina empezaba a ceder un poco, así que le dije que yo también intentaría calmarme.

Desde esa noche empecé a pensar mejor las cosas, había pasado un año y unos cuantos meses desde que conocía a Carolina y a pesar de todo éramos felices, nuestro amor era el mismo y no se había debilitado, cada uno ha puesto de su parte para que esto se mantenga, pensé ¿valía la pena entonces seguir frustrándome por los viajes de Carolina? Viajaba dos, máximo, tres veces al mes y cada uno de esos viajes duraba dos o tres días, máximo cinco, además, en esos viajes hacía lo mismo que hacía en Capricornio, coger, ese era su trabajo y aunque no me gustara había prometido aceptarla tal y como era y ella no iba a dejar de viajar así me opusiera, decidí entonces que era mejor dejar de molestar a Carolina por sus viajes y dejar de preocuparme y evitar cualquier pensamiento estúpido.

Dejé de beber cuando Carolina salía de viaje, las crisis nerviosas de las que me sentía al borde se calmaron y aunque me dormía tarde dormía bien y lo suficiente para al otro día ir a trabajar en buenas condiciones, todo iba bien, mi relación con Carolina iba viento en popa, hasta que llegó esa noche en la cual soñé que estaba en Capricornio sentado en una de sus tantas mesas, la discoteca se encontraba vacía, la única persona presente era el barman en la barra limpiando los vasos de cerveza e iluminado por esa tenue luz verde de la barra, había música y el estrober que diabólicamente despilfarraba una luz roja; entonces del segundo piso comenzaron a bajar unos gemidos, que yo reconocía de inmediato, entonces me levantaba y me iba corriendo al segundo piso y cuando llegaba ahí me encontraba con el pasillo totalmente vacío, más oscuro de lo normal, además, me daba cuenta que la oscuridad iba aumentando cada vez más; los gemidos sonaban más vivamente y al caminar hacia ellos terminaba por llegar a la habitación en la que había hecho el amor con Carolina por primera vez, entonces mi respiración se aceleraba monstruosamente, presentía que un tumor venoso e hinchado de sangre se encontraba adentro palpitando y a punto de explotar, la adrenalina se apoderaba de mí y entonces giraba la perilla sin pensar en nada más, pero adentro solo encontraba el cuarto en penumbras, la sombra de la cama y los tenues relieves de los toros, nada, nada, nada,

pero de repente, entre la oscuridad, unas manchas en la pared se dejaban notar, y también en el suelo y en la cama destendida, entonces, la luz del cuarto se encendía de golpe y me daba cuenta que las manchas eran de semen, charcos de semen, semen regado por todas partes, entonces la canción Asesina comenzaba a sonar en el primer piso, bajaba apresuradamente y lo primero con lo que me encontraba al frente era con Carolina bailando de espaldas hacia mí, tocándose toda, bajo las luces rojas del estrober, y justo en el momento en que me disponía a caminar hacia ella, notaba que en el fondo de la discoteca, más allá de Carolina, se encontraba una sombra sentada en una meza que con un gesto de la mano le pedía a Carolina que se acercara y ella le obedecía y cuando llegaba a la sombra esta se incorporaba y rodeaba con su mano izquierda la cintura de Carolina y con la derecha empezaba a acariciarle el cuello y después la espalda, en ese momento notaba que las uñas de la sombra eran excesivamente largas y filudas, entonces, la sombra iniciaba a besar el cuello de Carolina y a lambérselo con una lengua muy larga y puntiaguda y me quedaba mirando fijamente con unas pequeñas pupilas de un amarillo intenso que de repente se le encendían en el rostro. ¿Quién es el que esta con Carolina? Le preguntaba entonces al barman, pero este seguía sin inmutarse limpiando los vasos de cerveza ¿Quién es! Le preguntaba a gritos, pero al ver que no respondía empezaba a caminar hacia donde estaba Carolina y la sombra, pero con cada paso que daba se alejaban más, entonces empezaba a correr para intentar alcanzarlos pero ellos se alejaban cada vez más rápido como si un agujero los estuviera absorbiendo junto con todo el bar ¿Quién eres? Le gritaba a la sombra una y otra vez ¿Qué quieres con Carolina? ¡Ella es mi mujer déjala en paz!, pero la sombra permanecía callada, entonces, sentía que de ella brotaba una energía siniestra que me llenaba de terror, aun así, seguía corriendo detrás de ellos, pero todo era infértil porque Carolina y la sombra se alejaban cada vez más rápido haciéndose más y más pequeños a cada segundo hasta que algo indescriptible los chupaba y los hacía desaparecer y lo último que alcanzaba a ver eran los ojos diminutos y amarillos de la sombra que me miraban como si tuvieran unas ganas tremendas de pelear conmigo y en ese instante me desperté.

Me fue imposible olvidarme de ese sueño, me la pasé unos cuantos días pensando en ello hasta que tomé la decisión de que tenía que averiguar con quien se veía Carolina en sus viajes, por supuesto que no iba a preguntarle nuevamente para intentar sacarle alguna información, eso hubiera sido encender nuevamente discusiones inútiles.

Lo primero que hice fue revisarle el bolso, pero no encontré nada que me pudiera dar una pista, después le revisé el celular, pero tenía un montón de números que me pareció ridículo ponerme a llamar a todos, además, eso hubiera sido una estupidez completa porque era seguro que alguno de esos clientes le contaría a Carolina que un hombre estaba llamando a preguntar por ella y ella inmediatamente se daría cuenta que era yo. Así que la única opción que me quedaba era seguirla cuando alguno de sus clientes la llamara y tuviera que viajar, y así lo hice, un día Carolina se levantó temprano y me dijo que tenía que viajar a donde un cliente, así que nos despedimos cariñosamente y apenas ella hubo salido de la casa me vestí con afán y me puse en la tarea de perseguirla. Ella tomó un taxi y yo la seguí en otro, llegamos al terminal, miré que se acercaba a una taquilla y compraba un tiquete y se dirigía hacia donde se encuentran los buses. Esperé un momento hasta que estuve seguro de que ya no iba a aparecer más y entonces me dirigí a la taquilla y le pregunté a la hembra que allí se encontraba hacia donde eran los viajes que vendían; quede frio, estremecido por un shock cuando escuché a la hembra decir que allí vendían pasajes hacia la costa.

—¿También venden para Sabana Verde? —le pregunté.

—Así es —dijo la hembra.

Era evidente, Carolina estaba viajando hacia Sabana Verde, no lo podía creer, jamás se me pasó esa opción por la cabeza, nunca, porque ella me había convencido por completo de que le daba terror viajar a aquel sitio ya que ahí se encontraba el hijo de puta que tanto daño le había causado. ¿Quién demonios era Carolina? ¿era verdad toda la historia que me había contado? ¿Por qué viajaba entonces a ese lugar donde tantas cosas malas le esperaban? Era obvio que tenía que viajar a Sabana Verde para contestar a todas esas preguntas.

Fui a la casa para preparar todo lo que debía llevar y me puse a pensar ¿era conveniente viajar en ese mismo instante? No, no lo era, corría el riesgo de cruzarme con Carolina, uno nunca sabe, por eso empaqué algo de ropa y también empaqué un cuchillo de los más filudos que había en la cocina y decidí esperar hasta las 6 e intenté calmarme, pero resultó imposible, todo el resto de la mañana y la tarde me la pasé pensando en cómo debía afrontar la situación. Pensé en cuantas veces había viajado Carolina a Sabana Verde ¿acaso todas? ¿y si en realidad no viajaba a Sabana Verde? Al fin entre los andes y la costa había muchos pueblos en los cuales Carolina se podía quedar. Se me vino a la cabeza la imagen de los ojos amarillos de la sombra y eso me puso más inquieto ¿Qué diablos significaba eso? En verdad todo había sido causa de esa pesadilla pues si no hubiera soñado eso no se me hubiera despertado la curiosidad nuevamente por saber quiénes eran los manes que contrataban a Carolina. Me sentí como un cobarde, como una sabandija, no había sido capaz de detener a Carolina ¿y si en verdad lo que ella quería era que la obligara a quedarse conmigo todas esas veces que viajó, que la salvara de algo? Pero no, no tuve los suficientes huevos para alejarla de esa vida tan perra. Esa tarde ha sido uno de los momentos más diabólicos de mi vida, la casa me parecía desconocida, estaba totalmente agitado, las voces de la gente que pasaba por la calle me sonaron tan tranquilas hasta el punto de volverse horripilantes, esa gente parecía no tener problemas, mientras tanto yo sentía que el más mínimo acontecimiento podía derrumbar todo mi mundo, soporté las ansias que me invadían hasta que por fin se hicieron las seis y fui al terminal y compré un tiquete para Sabana Verde.

Me tocó sentarme junto a un señor de unos sesenta años, le pregunté cuánto se demoraba el viaje hasta Sabana Verde, me dijo que aproximadamente seis horas, eso significaba que estaría llegando a las 12 de la noche, mala hora para llegar y más a una ciudad con esas características, inundada de violencia. Aunque yo no la conocía era de conocimiento común que las bandas armadas que peleaban por el control de los caminos y la coca en la costa hacían y deshacían sin la menor compasión. Recordé la noticia que había visto en una ocasión de un hombre que había sido cocinado vivo por los grupos armados en un pequeño pueblo de la costa, claro que yo no iba a ese pueblo, pero en términos generales toda la costa era así. Para informarme un poco más le pregunté al señor si Sabana Verde era peligroso, me dijo que sí, pero que si me portaba bien y no me metía con nadie no me pasaba nada.

—Eso sí —me dijo— hay otros lugares cerca de Sabana Verde en donde solo es bien visto el que vive allí, por eso es recomendable no entrometerse por esos lados.

—No, yo solo voy a Sabana Verde —le dije.

—¿Y que lo lleva allá? —me preguntó.

Le dije que iba a ver a mi novia, me comentó que en Sabana Verde había mujeres muy chuscas.

—Es imposible ir allá y no enamorarse —me dijo sonriendo— pero usted tal parece que ya está enamorado ¿no? Es muy suertudo en tener una mujer de esas tierras.

Le respondí que así era.

La mitad del camino estuve despierto viendo por la ventana para distraer mis pensamientos, pero en el cristal y en el fondo oscuro de los valles y las montañas, se formaba el rostro de Carolina, como una

aparición, deseé con todas las fuerzas que estuviera equivocado y que el destino de Carolina fuera otro sitio. Poco a poco me fui quedando dormido y soñé que me encontraba caminando por una larga sabana de yerba verde que tenía algunos árboles frondosos y de tronco grueso y fuerte, entonces, miraba de espaldas a una mujer que no reconocía pero me acercaba a ella con el sentimiento de que era alguien muy cercano a mí y cuando llegaba a ella la mujer comenzaba a hablar.

—Hijo te has demorado mucho —me decía.

—¿mamá? —le preguntaba.

Entonces la mujer se daba la vuelta y me daba cuenta que era mi mamá cuando era muy joven.

—Hijo te has raspado la rodilla —me decía.

Entonces me miraba la rodilla raspada, una rodilla muy pequeña y me miraba las manos también muy pequeñas y me daba cuenta que aún era un niño.

—Ya has jugado suficiente, tenemos que irnos, en casa te curaré ese raspón —me decía.

Entonces mi mamá me agarraba de la mano y caminábamos a lo largo de la sabana hasta perdernos en la lejanía.

Me desperté extrañado, hacía mucho tiempo que no pensaba en mis padres ni sabía nada de ellos, nuestra relación se hizo tan insopportable, ellos no aguantaban mis borracheras ni los estados en que me ponían las cosas que consumía, ni yo aguantaba los horrendos gritos que me daban, así que al final decidí que ya era un hombre que podía decidir por mí mismo sin necesidad de aguantar reproches a cada momento, por eso me fui de la casa y no me arrepiento ni me arrepentiré. Pero en ese momento, cuando el bus pasaba por una calle desolada, rodeada de una extensión deforme de árboles que en medio de la noche parecían una enorme masa de brea, me puse nostálgico, extrañé el amor maternal, la seguridad que me brindaba el hogar cuando era un niño y me sentía protegido por mi papá y mi mamá. Ahora me dirigía a un lugar de muy mala reputación y me sentía totalmente desamparado, pero tomé fuerzas y me hice el duro, cuando me fui de la casa sentía que podía enfrentarme a cualquier cosa, así que me dije a mi mismo que era el momento de demostrarme que era el varón que pensaba que era y me llené de valentía. Le pregunté al señor que me acompañaba cuánto faltaba para llegar, me dijo que una hora y media más o menos.

El resto del camino me la pasé hablando con el señor, del clima, de los paisajes, de los ríos que por ese lugar había y también de agricultura, entonces el señor comenzó a hablar de la coca, de los muchos campesinos que sobrevivían con ella porque no les quedaba otra alternativa.

—Aunque hay algunos que lo hacen por pura ambición —dijo.

Habló también de la violencia que por ahí se vive a causa de los carteles que se disputan las rutas y la pasta de coca, le pregunté si por ahí había muchos narcos, me dijo que esa era la zona del país en donde más narcos había, entonces me atreví a preguntarle si él había escuchado sobre J.C, me dijo que no lo había escuchado mencionar, me preguntó si venía por negocios además de querer ver a mi novia, le dije que no.

—Te voy a dar un consejo —me dijo— es mejor que mientras estés por acá no te metas con nadie, uno nunca sabe con quién se cruza ¿me entiendes?

—Claro que sí —le dije.

Kilómetros más adelante el señor se bajó y yo seguí hasta que llegué a Sabana Verde.

La ciudad era más grande de lo que yo pensaba y hacía un calor de los mil demonios, me pregunté cuál era el siguiente paso a seguir ¿A dónde podía encontrar a Carolina? Lo primero que hice fue buscar un hotel y una vez dejé las cosas seguras en la habitación salí, obviamente con el cuchillo, a buscarla, decidí que lo mejor era buscar en los putiaderos, así que tomé un taxi y le pedí que me

llevara a la calle de las putas. Busqué en todos los putiaderos mirando atentamente, pero todo fue infructuoso, al final me quedé bebiendo en el último establecimiento de la calle.

Estaba tomándome una cerveza cuando de repente llegó un hombre y me preguntó si todo estaba bien, le dije que sí y me preguntó si podía acompañarme ya que él también se encontraba solo, que el invitaba unas cuantas cervezas, me sentía como un sobrante sentado solo ahí, así que le dije que sí podía, gastó un par de six pack y después dijo que quería algo más fuerte así que también gastó dos shots de tequila, el cual me pareció como un manjar, el tequila con sal y limón es de los guaros más exquisitos que puede haber, siguió gastando cervezas y shots de tequila, gesto que le agradecí sinceramente y después de algunos cuantos tragos nos habíamos tomado confianza y le empecé a hablar del motivo por el que me encontraba en Sabana Verde. Le dije que buscaba a una mujer llamada Carolina y que lo más probable es que estuviera con un hombre al que lo apodaban J.C, intenté recordar el nombre completo de ese cabrón pero no lo logré. Le pregunté que si de casualidad me podía ayudar ya que me sentía desorientado, entonces soltó una carcajada alegremente y me dijo que mi desorientación se debía a los shots de tequila, después me dijo que lamentablemente no podía ayudarme ya que no conocía a ninguna de las dos personas que le había nombrado.

—Pero lo mejor que puedes hacer es disfrutar el momento y el lugar —me dijo— Sabana Verde es un lugar muy bonito a pesar de todo, mira las mujeres tan hermosas de las que estas rodeado ¿acaso te gustaría estar con alguna de ellas? Yo invito.

Pasé la vista a mi alrededor y evidentemente pude apreciar que estaba rodeado por un montón de mamacitas.

—¿Sabes? —siguió hablando el hombre— aquí hay tipos con mucho billete, que se pueden dar el lujo de tener a las mujeres que quieran, pero a nosotros los pobres nos toca disfrutar de una ocasionalmente, por eso no deberías desaprovechar la invitación que te hago y date el placer de tener a una autentica mujer de Sabana Verde.

Al principio no me llamó la atención la propuesta, pero después vi a una mamasota y no quise perder la oportunidad, así que acepté y me la comí, aunque no sentí nada en el acto, fue algo insípido que además me dio una sensación de culpa ya que hacía mucho tiempo que no estaba con otra mujer diferente a Carolina, ninguna otra mujer me hacía sentir como ella, me sentí como una basura al pensar que la había engañado y que en lugar de estar cogiendo debería estarla buscando. Cuando regresé a la meza no encontré al señor, pensé que se había ido así que seguí tomando cerveza, lo último que recuerdo es que el señor nuevamente apareció y me dejó una botella diciéndome que era de tequila y que el me la invitaba, que no me preocupara.

—No te olvides de ayudar al prójimo cuando tengas abundancia de pan —me dijo.

Después lo miré que se alejaba y entraba por la puerta de atrás de la barra. Me emborrache totalmente y no supe como llegue al hotel.

Cuando desperté el calor ya era demasiado fuerte, la habitación tenía una gran ventana por la que entraba la luz, me levanté y me asomé a ella, como la habitación quedaba en el décimo piso pude tener desde ahí una buena panorámica, la ciudad parecía tranquila, fresca, con las palmeras moviéndose despreocupadamente y los autos avanzando sin mayor complicación, y yo, mirando la extensión de la ciudad, empecé a pensar que la única opción que tenía para encontrar a Carolina era llamarla, medité por un momento hasta que por fin me decidí y tuve el valor de marcarle, timbró un par de veces y contestó.

—Hola amor como estas.

—¿Bien y tú?

—Bien, descansando un poco.

Sentí el impulso de soltar de una vez por todas lo que quería decir y no quise desaprovecharlo.

—Carolina, estoy en Sabana Verde.

—¿¡como!? —resonó la voz impresionada de Carolina— ¿y que estás haciendo por allá?

—Te estoy buscando, yo sé que estas acá, te vi cuando comprarte el pasaje.

—¿pero de que mierda estás hablando? ¿acaso me estabas persiguiendo?

—¿sí, porque no soporto estar en vilo al no saber con quién te estás metiendo, dime en qué lugar estas y yo llego.

—Yo no estoy en Sabana Verde —sonó fuertemente la voz de Carolina.

—¿entonces en donde estas?

—En otro pueblo muy lejano de la costa.

—¿Y cómo se llama?

—Eso a ti no te importa, ya te lo he dicho, tienes que regresar a la casa ya mismo.

—Carolina yo sé que estas acá.

—¡no estoy allá! Tienes que regresar a la casa, hazme caso, yo llegaré en unos días.

No sabía que decir mientras escuchaba a Carolina repitiéndome que regresara a la casa.

—Carolina me estoy quedando en el hotel la Ola Verde en la habitación 74 del piso 10 -fue lo único que pude decirle y le colgué.

Ella volvió a llamar pero no le contesté, siguió insistiendo pero yo estaba decidido a no contestarle, ahora que lo pienso bien, en ese momento, en lo más profundo de mí quería vengarme de ella, quería que sintiera la misma sensación que yo sentía por su culpa, hasta que llegó un momento en el que no pude soportar más el timbre del celular, entonces lo agarré y lo tiré al suelo y lo machaqué con el zapato hasta hacerlo trizas, estaba ciego de furia, descargué toda la frustración que sentía por no poder controlar a Carolina.

En todo ese día no salí del hotel, me la pasé tirado en la cama pensando en lo que me había dicho Carolina, deseaba con toda el alma que fuera cierto que no estaba en Sabana Verde, comencé a pensar en cosas que me hicieron perder la noción del tiempo, pensé en mis padres, en mi niñez, en mis hermanos y en mis amigos de infancia y, por supuesto, que a cada momento la imagen de Carolina aparecía nítidamente en mi cabeza, hasta que me di cuenta que por la ventana entraba una luz que tenía la habitación de rojo sangre, me levanté y fui hacia ella, en el horizonte se miraba el sol perfectamente formado descendiendo para esconderse entre las aguas del mar ¿han visto alguna vez el crepúsculo en la playa? Vaya que es un acontecimiento que vale la pena apreciar. Me quedé parado ahí hasta que la oscuridad de la noche se adueñó de la ciudad, entonces alguien tocó la puerta, esperé un momento a que tocaran por segunda vez y una tercera, entonces caminé lentamente y abrí, frente mí a apareció Carolina, ya lo sabía que era ella.

—¿Por qué no contestas el celular? —me preguntó.

—Porque se me dañó —le dije apuntando los pedazos del celular que estaban en el suelo.

Me preguntó por qué estaba en Sabana Verde.

—Eso mismo te pregunto a ti —le dije y ella me dijo si podía pasar, le abrí campo para que siguiera y cerré la puerta.

—Dime porque estás aquí Carolina, ya no quiero más mentiras, cuéntame la verdad.

Ella permaneció callada, divisando por la ventana.

—Que linda es esta ciudad —dijo y se dirigió a la cama y se sentó allí —Tú me prometiste que me ibas a querer sin importar mi pasado ¿no es así Antonio?

—Sí, así es.

—Entonces ven a mi lado por favor, hay algo que tengo que contarte.

Obedecí y fui a sentarme a su lado con el alma en un hilo, no sabía que era eso que tenía que contarme, pero lo que si supe es que eso iba a determinar el camino de nuestra relación y de nuestras vidas de ahí en adelante.

—Yo te había contado lo que pasó con J.C pero tengo algo más que decirte, aquel día en el que J.C me raptó y me llevó a su casa... Antonio, J.C me violó y después mató a mi papá.

Esas palabras me dejaron pasmado, retumbaron en el fondo de mi cabeza y se me hizo insoportable, no supe que hacer ni que decir, me acerqué a la ventana, miré las luces de la ciudad parpadeando, escuché a unos carros que pitaban, incluso, aunque el mar se encontraba lejos, escuché su sonido, sentía pena por mí y por Carolina. Desde el momento que la vi comprar el tiquete hacia la costa supe que tenía que ver con ese hijo de puta, pero no me esperaba escuchar unas palabras tan duras, no lo pude soportar, las lágrimas se me salieron de los ojos y comencé a darle golpes a la ventana, la cual tenía un vidrio muy resistente, hasta casi partirla, pero Carolina me contuvo abrazándome y diciéndome que me calmara, que todo iba a estar bien pero yo no podía entrar en mí, en mi mente se formó una imagen de Carolina siendo violada que no podía desechar, pero ella sujetó mis dos manos y me pidió que la mirara a los ojos, entonces vi que ella también estaba llorando. Nos sentamos nuevamente en la cama, me pidió que la escuchara porque me iba a decir algo que no había sido capaz de decirme en todo ese tiempo.

—Todo lo que te conté antes es verdad —me dijo— excepto por el final ¿recuerdas que te dije que J.C me había llevado a una discoteca y después a mi casa?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues... la verdad es que después de estar en la discoteca no me llevó a mi casa sino a la de él, cuando estuvimos allí me forzó para entrar en su habitación y bueno... ahí pasó lo que pasó, sufrió mucho, hasta el día de hoy no lo he podido superar. Cuando llegué a mi casa mi padre me esperaba afuera e inmediatamente notó la situación tan lamentable en la que estaba, mi cuerpo todo magullado, el cabello igualmente hecho un desastre y mi rostro y ojos rojos de tanto gritar y llorar. No le quise decir nada, pero no pude contenerme y me puse a llorar desconsoladamente, no tuvo necesidad de que se lo contara, pues supo lo que me había pasado tan solo de verme en esas condiciones, entonces enloqueció, se encegueció poseído por la furia e intentó golpear a J.C que había ido a dejarme, pero sus guardaespaldas reaccionaron como víboras e impidieron que mi padre le hiciera algo, lo votaron al suelo y le comenzaron a dar patadas. Yo quise empujarlos y rasguñarlos pero uno de ellos me sostuvo con fuerza y no pude hacer más que ver como esos malnacidos golpeaban secamente a mi papá y gritar pidiendo ayuda pero nadie ayudo. Unas pocas personas que pasaban por ahí solamente observaron calladamente. Yo pedía que por favor pararan pero no lo hicieron hasta que J.C les dio la orden, entonces se subieron a la camioneta y se fueron cagados de la risa escuchando música a todo volumen con su alma cruda, importándoles una mierda todo lo que habían hecho, entonces entre a mi papá a la casa con ayuda de las personas que allí estaban.

Al otro día todo fue diferente, como puede cambiar la vida en tan poco tiempo, el día anterior era una colegiala adolescente sin más preocupación que mis estudios y al otro día me sentía enterrada viva en el abismo más profundo y oscuro del universo.

Ni mi papá ni yo dormimos y lloramos como nunca, llenos de rabia y de impotencia, me pidió que le contara lo que había pasado, pero no fui capaz, sentí vergüenza, no quise que mi papá se enterara de lo que me habían hecho, no, no lo quise, pero como te dije, él lo supo desde el primer momento. Cuando aún era de madrugada, estando todavía oscuro se levantó a pesar de que estaba muy ajetreado y me dijo que tenía que vengarse, yo le dije que por favor no saliera, que no hiciera nada, que íbamos a olvidarnos de todo eso, pero él estaba lleno de dolor, me abrazó, me dio un beso y me

dijo que me amaba y después se dirigió a la puerta, pero yo me interpuse diciéndole que qué iba a pasar conmigo si a él le sucedía algo.

—No te preocupes —me dijo— solamente quiero hablar con ese tipo, dejarle en claro que no te moleste más, iré a buscar a la policía y le pediré ayuda.

Yo le seguí insistiendo que no me dejara sola, pero él me agarró de las manos, me miró tiernamente y con voz dulce me dijo que teníamos que hacer algo.

—Entiende hija —me dijo— si no hacemos nada este tipo seguirá abusando de ti.

Yo lo comprendía, claro, teníamos que hacer algo, pero no quería que mi papá se fuera, pero él me dio un último abrazo diciéndome que todo iba a estar bien y, apartándome suavemente de la puerta, salió y se perdió por las calles que a esas horas permanecían solitarias.

Estuve esperando a mi papá durante todo ese día, pero no volvió, fui a la policía y pedí su ayuda, me dijeron que no habían visto a mi papá pero que se iban a poner en su búsqueda inmediatamente. Al ver que mi padre no aparecía y que mis diligencias por encontrarlo no daban efecto decidí contar a la policía acerca de mi violación a manos de J.C y les dije que él tenía que ver con la desaparición de mi papá, entonces lo entendí todo cuando los policías comenzaron a preguntarme quién era J.C, si estaba segura de que había sido una violación; me quedé atónita frente a esas preguntas, era obvio que ellos conocían a J.C pero fingían que no ¿Por qué? Porque estaban comprados, porque no querían riesgos ni para ellos ni sus familias, caí en cuenta de lo lógico, la policía era cómplice de la delincuencia en la ciudad, ellos nunca iban a hacer nada y yo estaba poniéndome en un grave peligro al señalar a J.C, había sido una ingenua y, tal vez, mi padre también lo fue, no pude soportarlo, les grité que eran unos corruptos, unos vendidos a los que no les importaba que violaran y asesinaran a gente inocente, me sentía impotente y asustada, no podía hacer nada, ya no tenía a nadie y corría peligro, supe que tenía que irme de Sabana Verde y recordé que mi papá tenía una hermana acá, entonces decidí venirme, pero me fue imposible encontrar a mi tía, pasé aproximadamente una semana buscándola, hasta que una noche, mientras intentaba dormir en la calle con un hambre y frío grotescos un grupo de mujeres se me acercó y me brindaron su ayuda llevándome a una posada, eran prostitutas.

En esa posada ellas me mantuvieron unos cuantos meses pero después me dijeron que tenía que ponerme a trabajar, entendí perfectamente de lo que me hablaban, entendí también que no me quedaba otra opción, pues no encontraba trabajo por ningún lado. Fue así como terminé en esta vida y comencé a tener amigos, contactos, y a trabajar en mejores lugares, mi vida se hizo sostenible, todo transcurría bien, entre comillas, hasta que un día vi que el demonio atravesaba por la puerta del sitio en el que trabajaba, era J.C, ahí mismo, el bastardo que me había arruinado la vida, el que había asesinado a mi papá, no supe qué hacer, una combinación de rabia y miedo se apoderó de mí y justo cuando me disponía a salir del bar para esconderme escuché la voz de mi jefe llamándome. Me hice la que no escuchaba e intente salir, pero el vigilante que cuidaba la puerta me dijo que el jefe me llamaba, le dije que tenía algo urgente que hacer, que me dejara salir, que volvería pronto, pero hasta eso el jefe ya había llegado hasta mí y agarrándome de la cintura me dijo que tenía unos clientes muy buenos para presentarme, le dije que tenía algo urgente que hacer y que después volvería pero, claro que mi intención era largarme para no volver, él me dijo que era imposible, que aquellos eran unos clientes muy especiales y que era un milagro que hubieran llegado a un bar como el suyo y había que aprovecharlos y que no quería quedarme mal, yo lo empujé diciéndole que no quería trabajar, que me dejara en paz y comenzamos a discutir, ya me disponía a apartar al vigilante de la puerta para salir pero quede fría al ver plantada frente a mí la figura de Álvaro.

—Vaya señorita, que sorpresa, no esperábamos encontrarla aquí —dijo.

Me quedé sin movimiento, las piernas no me respondieron, Álvaro se me acercó a la oreja.

—Ey más vale que no digas nada y me acompañes sin protestar sino te aseguro que las consecuencias serán graves —me dijo.

Me jaló y me llevó hasta la meza en donde se encontraba J.C que al verme abrió los ojos sorprendido y una gran sonrisa se le dibujo en el rostro.

—Así que esta la señorita de la que nos había hablado el dueño del bar, vaya el mundo es un pañuelo en verdad.

No podía soportar el tenerlo enfrente de mi pero tampoco podía hacer nada para evadir la situación, tenía mucho miedo y tuve que hacer lo que él quería que hiciéramos. Al marcharse, me obligó a darle mi número y me amenazó diciéndome que muy pronto me llamaría y que más vale que no me perdiera porque me iba a encontrar en donde sea y entonces si tendría problemas.

Mi vida se tornó mucho más oscura de lo que era, no podía soportar el tener que complacer a ese ser tan asqueroso, recordaba a mi padre siempre, hasta que un día me decidí a tomar venganza matando a J.C por todo lo que me había hecho, aunque eso me costara la vida; era fácil, teniendo en cuenta que ni J.C ni ninguno de sus hombres me creían capaz de hacer nada. Iba a esconder una pequeña navaja en el brasier y en el momento en que tuviera la oportunidad se la clavaría en la aorta con toda la rabia que mantenía acumulada, pero entonces llegaste tú y me dijiste que me querías, que no te importaba mi pasado y que estabas dispuesto a amarme tal y como era. Eso me encantó porque noté que eras sincero. Me comencé a ilusionar y decidí darte una oportunidad y también darme una oportunidad a mí misma de encontrarle brillo a esta vida. Tú has sido la luz que se ha encendido para iluminar la oscuridad que me bañaba, yo te amo Antonio, te amo con todo mi corazón, por favor no me odies, no me odies mi amor yo no quise que pasara esto, nada de esto es culpa mía, perdóname por haberte mentido.

—Yo no te odio —le dije— yo también te amo y te seguiré amando pese a todo, pase lo que pase estaremos juntos en las buenas y las malas.

Entonces me dijo que tenía que contarme algo más, y me dijo que esa escoria, la basura de J.C ya me conocía, que nos había visto algunas veces en Capricornio y que sabía dónde vivíamos, y que la había amenazado diciéndole que si se negaba a hacer lo que él le pidiera me iba a matar. Por un momento me quedé helado pero reaccione y le dije que de ahí en adelante nos íbamos a proteger, que conseguiría un arma y que nunca más iba a permitir que alguien le hiciera daño, me dijo que eso era imposible, que no teníamos posibilidad de ganar frente a ellos, entonces le dije que nos fuéramos del departamento a otra ciudad, a Barranquilla, a Bogotá que nos fuéramos a Ecuador o a Perú, a donde sea, me preguntó si en verdad estaba dispuesto a hacer eso por ella, le dije que por ella estaba dispuesto a hacer cualquier cosa; entonces decidimos que teníamos que irnos, que era la única forma de que esa gonorrea que tanto daño le había hecho la dejara en paz. Le dije que saliéramos de ahí en ese mismo instante, pero ella me dijo que no era buena idea porque tenía que regresar donde el bastardo a la hora que le había dicho, que si no lo hacía así la comenzaría a buscar y entonces todos nuestros planes se echarían a perder. Me dijo que lo mejor era que yo regresara a la ciudad y que ella volvería dentro de dos días y entonces podríamos irnos para hacer nuestra vida en otro lugar. Quise insistirle en que nos fuéramos de inmediato, pero caí en cuenta de que tenía razón, que lo mejor era aguantar los dos últimos días y entonces dejaríamos todo eso atrás, así que la dejé ir.

Si hubiera sabido lo que iba a pasar nunca la hubiera dejado salir de la habitación, se los juro, por nada del mundo. Decidí quedarme esa noche en el hotel y marcharme al otro día, nunca imaginé lo que me esperaba. Al día siguiente me encontraba arreglando todo para irme, era una linda mañana, clara y calurosa, cuando de repente unas mujeres comenzaron a gritar en la calle, me asomé enseguida a la ventana y vi cómo la gente se comenzaba a amontonar, sentí como si el corazón se

me explotara y bajé volando a la calle, al llegar allí me abrí camino entre la gente y cuando vi a Carolina ahí tirada, toda cubierta de sangre, me pareció que todo era mentira, me dije que esa no era Carolina, las piernas se me ablandaron, los ojos se me nublaron y caí al suelo junto a ella, pasé mis manos por su cara y cuando las vi llenas de sangre comencé a gritar como un desquiciado que alguien me ayudara, que llamaran a una ambulancia, le comencé a decir a Carolina que despertara, que no me dejara, pero ya era tarde, ese bastardo la había matado.

Le dije a la policía quien había sido el responsable, me dijeron que enseguida se pondrían a investigar, pero nunca lo hicieron, estoy seguro de eso, en esos lugares la ley no existe, los narcos son dueños de la ciudad y aquel que se opone a su voluntad tarde o temprano termina muerto.

En Sabana Verde no había nadie que se hiciera cargo del entierro de Carolina, así que los llamé a ustedes para que hablaran con las muchachas de Capricornio, para que me ayudaran a traer a Carolina hasta acá, les doy las gracias por eso.

Stefano: no te preocupes ya sabes que estamos pa las que sea, no te íbamos a dejar solo en esa situación.

Erica: no te imaginas como se pusieron las nenas de Capricornio al enterarse de la noticia, sobre todo la Alineada, que no lo podía creer y no paraba de llorar.

Antonio: ya me imagino, Carolina y la Alineada eran muy buenas amigas, se apoyaban mutuamente y se contaban todo. Después de la muerte de Carolina estaba decidido a tomar venganza, pensé en comprarme un arma y volver a Sabana Verde, pero no conocía a ese bastardo así que fui y le pregunté a la Alineada si alguna vez lo había visto, me dijo que no, pero noté que mentía así que le insistí, le dije que lo hiciera por la memoria de Carolina, entonces me dijo que no sabía a ciencia cierta quien era ese bastardo pero que varias veces había visto sentada a Carolina a lado de un hombre blanco, de cabello negro que tenía unos ojos de un color impreciso; me contó que una vez Carolina le había dicho que no se acercara cuando la viera con él porque era muy peligroso y que si él o alguno de sus hombres se llegaba a enamorar de ella su vida se convertiría en un tormento y aunque había tratado de sacar más información acerca de ellos Carolina no le había dicho nada más, así que la Alineada se había mantenido lo más lejos posible de ese montón de hijos de puta.

Aunque la información que me dio la Alineada era muy poca, decidí llevar a cabo mi plan. No fue difícil conseguir un arma, un 38 largo, que era suficiente para llenar de balas al bastardo. Viajé a Sabana Verde y allá me mantuve todo un mes buscando señales de él, pregunté a más de uno si lo conocía, pero me dijeron que no. Caí en la cuenta que si quería conseguir información lo mejor era ir a los putiaderos; allí le pregunté a muchas mujeres pero ninguna lo conocía o esa era lo que decían, hasta que una noche se me acercó un cucho y me preguntó si yo era el que buscaba a J.C, le dije que sí, tuve la esperanza que el cucho me iba a dar alguna información, pero lo único que me dijo fue que lo dejara de buscar si no quería meterme en dilemas, le pregunté si lo conocía, me dijo que nunca lo había visto y que lo único que había escuchado era que era un narco muy peligroso.

—Por eso te recomiendo que no des tanta boleta preguntando por el si no quieras resultar mal parado —me dijo.

Comprendí claramente lo que me decía, cualquiera de los que había preguntado por el bastardo podía conocerlo y podía informarle que yo estaba preguntando por él, había sido un estúpido al ser tan visajoso, las opciones se me acababan, tenía muy poca información para encontrarlo. Una noche decidí pagar un taxi para voltear por la ciudad y probar suerte buscándolo, la recorrimos toda, fuimos a las afueras y quedé sorprendido de cuantos cementerios había, le pregunté al taxista a que se debía eso.

—A la violencia obviamente —me dijo— esta ciudad esta infestada de muerte, aquí mueren más personas de las que nacen.

No pude encontrar a ese bastardo, solo vi a tres tipos con las pocas y ambiguas características que me había dado la Alineada, 2 en los prostíbulos y 1 entrando a un restaurante, pero no los volví a ver más. Después de un mes de búsqueda regresé sin poder conseguir la venganza que tanto quería, pero les juro que si alguna vez llego a ver a ese bastardo no tardaré ni un minuto en llenarle el cuerpo de plomo, esa es una de las cosas por las que aún estoy aquí, la ilusión de vengar a Carolina me mantiene vivo.

Samuel: y te aseguro que algún día conseguirás esa venganza.

Antonio: más temprano que tarde se los aseguro mis parceros, casi siempre voy a Capricornio por si ese hijo de puta aparece, también le dije a la Alineada que si lo ve me llame de una. Yo sé que algún día aparecerá, entonces lo miraré de frente y me daré el placer de descargarle todas las balas, solo espero que nadie más se me haya adelantado.

Erica: pero... ¿no piensas que sería bueno tratar de dejar la idea de vengarte? Bueno... ya sabes lo que dicen, que la venganza envenena el alma.

Antonio: es verdad, pero yo no tuve la culpa de todo esto, yo soñaba en un futuro con Carolina, por eso le propuse hasta que nos fuéramos de aquí, si ahora tengo el alma llena de veneno no es porque lo haya querido sino porque me la envenenaron, solo estaré curado cuando haya acribillado a ese hijo de puta, estoy seguro que cualquiera que hubiera pasado por lo que yo pasé pensaría en hacer lo mismo, entiendo lo que dices, sé que este odio que siento me consume y no me deja estar tranquilo, pero no lo puedo evitar, no depende de mí, es como si este odio tuviera un ser propio que no está en mis manos controlar.

Erica: entiendo, nunca he sentido lo que es perder a un ser amado, por eso mentiría si te digo que sé lo que es estar en tus zapatos, pero, aun así, quiero darte este consejo, porque sos mi parcer, sé que es difícil, pero... cuando algo nos lastima debemos esforzarnos para dejarlo atrás.

Antonio: ayy parcer, te agradezco de verdad tus buenas intenciones, espero que llegue el día en que pueda deshacerme de todo este peso.

Mateo: en esta vida hay dolores muy bravos, a veces me pongo a pensar en una de las tantas tragedias que me pudieron pasar y en verdad no sé si lo soportaría, por eso les doy mis respetos Antonio, Stefano, ustedes vivieron cosas difíciles de aguantar...

¿Qué haces aquí? No te queremos ver, lárgate ¿acaso no vas a respetar a Susana ni ahora que la mataste? Don Hernán, por favor, solo quiero despedirme de ella ¿despedirte hijo de puta? Decime cuánto tiempo tuviste para eso, ella estuvo esperándote mientras vos estabas con esa vagabunda, no quiero volverte a ver ni a vos ni a ese cualquiera porque te juro que los mato, mira lo que le hicieron a mi hija, mira, ¡me la mataron! Vos y esa cualquiera van a tener que rendirle cuentas a Dios, por favor Don Hernán solo déjeme verla por un momento... ¡que no te estoy diciendo! Lárgate ¿Por qué no pensaste en esto antes de traicionarla? Esta mancha no podrán borrársela nunca, ni vos ni esa cualquiera, ándate, no quiero que el asesino de mi hija esté aquí, no me obligues a irrespetar su velorio sacándote a patadas ¿acaso no tienes vergüenza? Después de todo lo que le hiciste vienes aquí como si no hubiera pasado nada, cínico ¡asesino! ¡asesino! ¡asesino! No no no Don Hernán, yo no soy un asesino, yo amaba a su hija, nunca quise hacerle daño ¡nunca! ¿nunca quisiste hacerle daño? ¿entonces por qué la dejabas plantada cuando ella quería verte? ¡cínico! ¡asesino! ¿Por qué la traicionaste? ¿sabes cuánto tiempo se la pasaba encerrada en su habitación llorando? ¿sabes por qué empezó a consumir drogas? Vos nos arruinaste la vida, maldito sea el día en el que te dejé entrar

a mi casa, maldito seas, espero que algún día sientas el dolor que yo estoy sintiendo, lárgate de aquí, no te quiero ver maldito ¡no te quiero ver maldito! ¡no te quiero ver! No Don Hernán, yo no soy un asesino, yo no soy un asesino ¡nunca podrán quitarse esa mancha! ¡nunca! ¿entonces estoy manchado para siempre? ¿es esa mancha la que veo en mis sueños y siento junto a mí en el silencio de mi casa? No, fueron esas palabras de Don Hernán las que se me entrometieron tan en lo profundo y han causado estos trastornos, tantos insultos de los familiares de Susana, tantas palabras de rencor y odio flotando por mi cabeza ¿a quién no le afectaría eso? Hasta el punto de empezar a alucinar, estas palabras que parecen que tuvieran voz propia ¿una mancha que nunca nos va a abandonar? ¿una mancha? ¿Quién podría dar crédito a palabras tan absurdas? Pero entonces ¿es tan fuerte lo absurdo como para arruinarle todos los días? O ¿es que yo soy demasiado débil como para dejar que esa mancha negra invada todos los espacios en los que vivo? Sería mejor acabar de una vez, si al fin y al cabo esa mancha ya se ha adueñado de todo ¿Por qué no dejar que también se apodere de mí? No, porque aún me queda Valentina, pero entonces ¿Por qué no está aquí? Ya no me queda nada no no no, como quisiera ser el mismo de antes, hace tanto tiempo que no he podido pasar un buen momento, tanto tiempo, antes las borracheras eran tan bacanas, llenas de parceros, de mujeres, de música, pero ahora me emborracho solo porque no soporto estar solo conmigo mismo, todo ha perdido su luz, el alcohol termina por sumirme en un abismo inaccesible para nadie más, ahí estoy solo, lo único que me queda es dormir pero ya ni dormido encuentro paz, todo está sumergido en esa mancha en donde lo único que encuentro es a esa cosa ¿Qué debo hacer? ¿en dónde puedo sanarme si la única persona que puede ayudarme cada vez se aleja más de mí? ¿en qué momento mi vida se convirtió en esto? Oscuridad, visiones, palabras y más palabras, pesadillas, pesadillas y más pesadillas que nunca terminan nunca terminan, nunca.

Stefano: Antonio ¿puedes dormir bien o tienes pesadillas, ya sabes, sueños intranquilos?

Antonio: ¿Que sí qué? Claro que tengo pesadillas, estoy seguro de que todo aquel que haya pasado por experiencias fuertes las tiene, a veces sueño que estoy en Sabana Verde y encuentro a los bastardos de J.C y Álvaro, tienen la piel blanca y J.C tiene unos ojos verdes tan brillantes como un diamante bajo el sol, están sentados en un restaurante al aire libre frente al mar, los veo alegres y riendo, entonces, me pregunto cómo es posible que estén contentos aun sabiendo lo que le causaron a Carolina y quien sabe a cuanta gente más, contentos, riendo tranquilamente como si nada hubiera pasado, entonces saco el arma y les disastro, pero las balas no les hacen daño, simplemente pasan a través de ellos como si sus cuerpos fueran de agua, pero yo les sigo disparando una y otra vez una y otra vez y la rabia me invade al no poderlos matar hasta que me doy cuenta que mis manos sangran y que los dedos ya no me responden, pero ellos siguen ahí, tomando su chorro placentamente, riendo a carcajadas, con su vida alegre y tranquila, sin que ni siquiera les importe mi presencia, como si no me vieran, pero yo estoy ahí, con las manos sangrando y hechas trizas, con los hombres que mataron a Carolina enfrente, sin ninguna posibilidad de cobrar la venganza que tanto quiero.

Stefano: y cuando despiertas ¿Cómo te sientes?

Antonio: muy mal, no sé qué hacer, me invade la ansiedad y no encuentro nada que me tranquilice, pero entonces saco el 38 del nochero y me pongo a acariciarlo pensando en cómo será el día en que por fin encuentre a ese par de bastardos y así poco a poco me voy tranquilizando.

Stefano: pero... ¿alguna vez al despertar de una pesadilla has sentido que sigues soñando? No sé si me entiendes, como si el sueño se hubiera hecho realidad.

Antonio: si te entiendo, vos dices esas pesadillas de las que uno se despierta y sigue sintiendo lo mismo que sentía en la pesadilla, como si todo hubiera sido verdad.

Stefano: si algo así... es que... yo suelo tener unas pesadillas que me afectan mucho.

Antonio: ayyy me hermano, con lo que hemos vivido es normal.

Mateo: ¿Y qué es lo que sueñas?

Stefano: con algo muy raro, algo parecido a una mujer, pero no sé a ciencia cierta lo que es, una noche por ejemplo, me soñé a mí mismo, me miraba durmiendo serenamente, pero de repente unos sollozos me despertaban, creía que era mi mamá y me levantaba a mirar, salía de la habitación y caía en la cuenta de que los sollozos venían del baño entonces caminaba hacia allá y me encontraba con la puerta cerrada pero notaba por abajo que la luz estaba prendida, entonces me quedaba ahí parado escuchando los sollozos pensando si era o no prudente entrar hasta que entraba y encontraba a una mujer de espaldas a mí con una bata blanca como de clínica y un cabello negro desordenado y muy largo, entonces me daba cuenta de que no era mi mamá y me quedaba estupefacto ante esa imagen tan tétrica, sin poderme mover, hasta que tenía la valentía suficiente de preguntarle quien era, pero la mujer seguía sollozando sin pronunciar palabra alguna y yo seguía insistiendo para que me dijera su nombre sin obtener ninguna respuesta, pero entonces, de un momento a otro, la mujer paraba de sollozar y empezaba a reír maliciosamente y su cuerpo empezaba a enflaquecer hasta que por encima de la bata se le marcaba perfectamente la columna vertebral, entonces un miedo grotesco se apoderaba de mí y salía corriendo directo a mi habitación que la encontraba en total oscuridad, entonces prendía la luz para que el miedo se me aplacara, pero no era posible, aunque ya no escuchaba a la mujer sabía que aún se encontraba en el baño y no podía dormirme nuevamente pues un miedo frío recorría todo mi cuerpo, pero, aquí viene lo realmente extraño y es que cuando me desperté de la pesadilla me encontré con que la luz estaba prendida, quede atónito ¿Cómo era posible si todo había sido parte de una pesadilla? no lo podía comprender, era obvio que había apagado la luz antes de dormir.

Todo ese día me sentí intranquilo, como si esa mujer con la que había soñado me mantuviera rodeado a cada segundo, pero ahí no termina el asunto, días después tuve nuevamente una pesadilla. Soñé que me encontraba en mi habitación sentado en una silla sumido en un silencio inquebrantable, cuando de buenas a primeras algo parecido a unas garras comenzaban a raspar el techo de la terraza. Al principio creía que era mi perra pero todo cambiaba cuando oía un sonido parecido al gruñido de un puerco o al de un animal atorado, entonces me levantaba de la silla y me dirigía a la terraza la cual la encontraba solamente iluminada por la luz de la luna, entonces empezaba a buscar el sitio exacto de donde provenían esos sonidos y cuando daba con él encontraba a la misma mujer sentada de espaldas, solo que esa vez vestía una larga bata negra que no era fácil distinguir de su pelo. En el sueño no podía reconocer a la mujer, es decir, era como si nunca antes hubiera soñado con ella, así que le preguntaba quién era, pero ella no decía ni una palabra ¿Quéquieres? Le preguntaba, pero ella permanecía en un silencio insondable, igual al silencio en el que yo había estado momentos antes en la habitación. La intranquilidad empezaba a crecer dentro de mí, hasta que llegaba a un punto en que no lo soportaba y quería salirme de mi mismo, salir corriendo, pero por algún motivo me mantenía de pie sin moverme ni un centímetro, detrás de esa mujer que aunque yo le preguntaba qué quería ni una respuesta salía de sus labios y el sueño se me convertía en una tortura infinita como si durara miles de años y la luna maniática y las nubes se movían sin cesar en el cielo.

Me desperté agitado y bañado en sudor como nunca antes, nunca antes me había despertado de esa manera, ni en las peores pesadillas, el sueño se me había hecho tan eterno y real que parecía que nunca iba a poder salir de él y cuando desperté no podía creer que estuviera en el mundo real por que en el sueño sentía que había sido condenado para siempre, estaba confundido, asustado, me sentía embargado por la misma sensación de intranquilidad, la misma desesperación que había sentido en

la pesadilla anterior, pero todo se puso peor cuando mi mamá me llamó desde la terraza diciéndome que subiera a ver algo, una coronada me golpeó el pecho. Cuando subí encontré a mi mamá parada en el mismo lugar en el que había soñado a la mujer, me acerqué, y miré que en el suelo había unos rasguños muy marcados, lo único en que pensé es que eso no podía estar pasando, me sentí mareado y todo se me comenzó a mover y pensé que me iba a desmayar, pero entonces escuché a mi mamá que preguntaba qué carajos había hecho eso en el suelo y recuperé la poca lucidez que tenía.

Las pesadillas no paran hasta hoy, cada día me hago la pregunta de qué sucede y he llegado a pensar en dos opciones, una es que me estoy volviendo loco, y la otra, que me parece mucho peor, es que hay algo que me sigue y quiere dejarme señales para que yo lo sepa, no sé qué hacer, a veces pienso en ir al psicólogo, otras incluso pienso que debería hablar con un parente, pero no me atrevo, no quiero sentirme derrotado aunque la verdad es que cada vez me siento peor y aún más ahora que estoy perdiendo a Valentina, no encuentro ningún camino y el miedo de que cada vez las cosas empeoren me consume y no me deja vivir tranquilo.

Samuel: y ¿Quién crees que pueda ser esa mujer?

Mateo: ¿Su...sana?

Stefano: no lo sé, hay momentos en que escucho la voz de Susana reclamándome, también escucho la voz de su papá diciéndome asesino, maldiciéndome, y que Valentina y yo estamos manchados por el resto de nuestras vidas. No quería decir esto por el miedo a que la gente piense que soy un demente, pero ya no puedo más, si lo sigo callando voy a explotar.

Antonio: relájate, no te preocupes por eso, hemos sufrido golpes muy fuertes, no debemos sentir pena al contar lo que nos pasa, guardarse cosas así solo hace que la situación empeore.

Erica: ¿has hablado de esto con Valentina?

Stefano: no he podido hacerlo, ella cada vez está más distante de mí y no hemos logrado volver a recobrar esa complicidad que antes había entre los dos.

Erica: me parece que a ella también le ha afectado lo que sucedió con Susana.

Stefano: lo sé.

Erica: la otra noche me la encontré en Camaleón, estaba con unos amigos y me invitó a sentarme, comenzamos a beber unas copas cuando de repente se puso muy callada y me dijo que últimamente se había estado sintiendo muy sola y entonces me comenzó a hablar de Susana, me preguntó cuál me parecía mejor entre las dos, le respondí que no sabría responder ya que las dos me parecían hermosas.

—A veces me pongo a pensar en qué tanto nos parecíamos, pero es una pérdida de tiempo —me dijo. También me preguntó si te había visto con otra mujer, me tocó mentir diciéndole que no, ella sonrió y no siguió hablando más del tema. Esa noche nos pegamos una borrachera ni la hijueputa que ni siquiera me acuerdo cómo llegué a mi casa, pero si me acuerdo de algo, y es que cuando ya nos habíamos emborrachado hasta mas no poder Valentina comenzó a llorar y le pregunté qué le pasaba, pero ella solo comenzó a decir una y otra vez que tenía miedo, recuerdo que era muy tarde y que estábamos solamente las dos en la mitad de una calle desolada y le pregunté por qué tenía miedo, pero ella no me quiso responder nada. Eso es lo último que recuerdo de esa noche, creo que muchas veces ella ha querido preguntarte cosas sobre Susana, pero por alguna razón no lo hace ¿hace cuánto no la ves?

Stefano: hace tres días, la he llamado, pero ahora ni siquiera me contesta, sé que a los dos nos ha afectado lo que pasó con Susana, pero yo pensaba que a pesar de todo íbamos a estar el uno para el otro, apoyándonos, ahora no sé qué pensar, todo es tan incierto, no sé si está saliendo con alguien más, no sé si me ama como antes, a veces la odio por no estar cuando la necesito, díganme una cosa

¿piensan que lo que me pasa podría ser a causa de la droga? ¿alguna vez les ha pasado algo raro por haber metido alguna mierda?

Mateo: toda droga tiene su voltaje, ya sabes, algunas te ponen a alucinar, otras te paniquean o te relajan, el viaje depende de cómo te sientas, claro que es posible que todo lo que te sucede sea consecuencia de todo lo que hemos metido ¿has metido cosas fuertes últimamente?

Stefano: no, solamente marihuana, guaro y perico nada más, he dejado de meter cosas fuertes por el miedo de que eso sea la causa de todo lo que me pasa; pero aun así nada ha mejorado, parceros me siento en un callejón sin salida. Al principio que me comenzó a pasar todo esto pensaba que solo era cuestión de tiempo para que todo volviera a la normalidad, que todo era causa del trastorno que me había provocado el suicidio de Susana, pero hoy ya no sé qué pensar, creo que esto nunca se va a solucionar y eso me llena de miedo, díganme algo ¿acaso ustedes piensan que yo fui el culpable de que Susana se hubiera matado? Pero ¿Qué podía hacer? Yo la amaba y nunca la dejé de amar hasta que decidió que no quería seguir viviendo, pero de repente apareció Valentina y ya no pude sacármela de la cabeza, pero eso no significaba que hubiera dejado de amar a Susana, había vivido tantas cosas con ella que eso no era posible, ella fue la primera chica por la que sentí algo más que un simple deseo, algo que me tocaba el corazón, algo tan profundo que en el colegio cuando la miraba mis ojos no podían despegarse de ella y después cuando le hablé me pareció una chica amable e inteligente, así que cuando le pedí que fuéramos novios y ella aceptó me sentí el hombre más feliz del universo, quería hacerla feliz, no podía pasar un día sin verla, y cuando estaba con ella y ella me decía que sentía lo mismo por mí, que nunca quería estar con ningún otro hombre que no fuera yo, el mundo me parecía perfecto y no pedía nada más.

Comenzamos a salir por la ciudad y a ir a los bares y conocimos personas con las cuales podíamos compartir y pasarlá bacano. No nos poníamos límites, si queríamos hacer algo lo hacíamos aunque eso nos causó muchos problemas, pero daba igual, cuando estábamos juntos todas las demás personas se volvían algo aparte, no importaba lo que dijeran, lo que pensaran, no nos entendían, no comprendían que compartíamos un vínculo formado con nuestras propias almas, saben, yo le quité la virginidad, fui el primer hombre al que le entregé su cuerpo, cuando la tenía desnuda en mis brazos sentía que poseía un tesoro sin par, era un chica tan bella, que a veces me parecía mentira que fuera mi novia, que estuviera conmigo entre tantos otros manes que la pretendían, pero así era, era a mí a quien le daba sus besos, su cuerpo, su alma, y yo también le daba todo de mí, pero sin embargo, había algo que no podía controlar, algo que estaba totalmente fuera de mi voluntad, y es que no podía dejar de ver a las otras chicas, sus culos, sus cinturas, sus caras, a pesar de todo el amor que tenía por Susana, en mi fantasía siempre me imaginaba cogiéndome a otras chinas, en mis sueños siempre aparecían otras guaguas que anhelaba poseer, y no podía controlarme, ese era yo, desde antes de que Susana llegara a mi vida, y por eso siempre había tenido problemas con mis anteriores novias que no soportaban sentirse utilizadas, como un simple juguete sexual y terminaban acabando con nuestra relación. Por eso me daba mis mañas para conquistar a otras chinas a espaldas de Susana, pero ninguna llegaba a ser más que una recocha y siempre Susana se mantenía como lo primordial para mí. Todo me resultaba bien ya que yo era cuidadoso así que podía estar con Susana y con otras chicas al mismo tiempo, hasta que un día Susana me descubrió vacilándome con otra china y yo pensaba que todo se iba acabar, le eche la parla, le dije que esa china no significaba nada, que había sido un error, que me perdonara e inesperadamente Susana me perdonó, pero me puso como condición que nunca más la volviera a engañar porque entonces las cosas si se acabarían de verdad, yo le asegure que nunca más iba a volver a pasar algo así, pero en el mismo acto de decirle esto era consciente que todo era una mentira, que no podía dejar de estar con las otras chinas, no podía dejar

de desearlas, no podía negarme a que me entregaran sus cuerpos y darme el placer de follárlas, pero yo le aseguré y le reaseguré que nunca más la engañaría.

Cuando salimos del colegio y entramos a la universidad las cosas no cambiaron, seguía amando a Susana pero al mismo tiempo andaba con otras. Para entonces Susana ya sabía que yo era un mujeriego pues ya me había descubierto varias amantes, si es que se las puede llamar así. Aun así se mantenía conmigo, me amaba, al igual que yo la amaba a ella y no podía dejarme, aunque sufría, y yo sufría también al verla sufrir. Pero de alguna manera Susana comprendía que las guaguas con las que la engañaba no pasaban de ser un mero pasatiempo y que al final siempre volvía a ella como la única a la que de verdad amaba. Hasta que llegó ese día en la universidad que salí a tomar un breve descanso después de una clase extenuante y entonces vi a esa chica sentada sola en la plaza principal en medio de los demás estudiantes y me pregunté quién era, por qué nunca antes la había visto. Me planteé la posibilidad de que no estudiara en la universidad y solamente estuviera de pasada, así que me dije a mí mismo que era necesario actuar en ese mismo momento e irle a hablar ya que podría ser la única oportunidad. Caminé hacia ella y cuando solo me faltaban unos cuantos pasos volteó a mirarme, y entonces pude ver su belleza en todo su esplendor, su cabello ondulado, los contornos de su rostro perfectamente delineados, su nariz y sus ojos, esos ojos color miel que parecían dos destellos y que me dijeron que esa chica era algo especial, algo distinto entre las demás.

—Hola —le dije.

—Hola —me dijo ella sonriendo.

—Mucho gusto, mi nombre es Stefano, disculpa que te moleste, pero es que te vi y me pareciste una chica interesante y me gustaría poder conocerte

—Mucho gusto, yo me llamo Valentina —dijo y se quedó callada esperando a que yo prosiguiera con la conversación, como era normal.

—Y ¿estudias aquí? —le pregunté.

—Sí, estudio administración pública —me dijo.

—¿En serio? nunca te había visto por aquí, pensé que tal vez solo estarías de paso.

—Bueno esta universidad es muy grande y hay mucha gente, yo tampoco te había visto —me dijo con cierto tono de orgullo y soberbia.

—Sí, tienes razón y ¿en qué semestre estas?

—En quinto.

—Estamos casi iguales, yo estoy en cuarto.

Ella sonrió y se quedó callada, me dio la impresión de que no le importaba en lo más mínimo hablar conmigo, pero yo ya era experimentado en esas cuestiones así que no me dejé afectar, nos quedamos en silencio por un momento viendo a los demás estudiantes ir y venir.

—Y ¿qué te gusta hacer? —le pregunté— ¿te gusta salir?

—Sí, si me gusta.

—Y ¿a dónde sueles ir?

—A muchos lugares.

—A ver dime uno.

—Pues, por ejemplo, El Salón del Fuego ¿conoces?

—Sí, si conozco, queda en el centro, es un lugar para bailar ¿o sea que te gusta echar paso?

—Claro, para eso se sale, pero yo creo que a vos no te gusta mucho ¿verdad?

Era normal que me dijera eso, al ver mi cabello largo y mi ropa al estilo rockero, y tenía razón, no me gustaba bailar, y aun no me gusta, pero no podía comportarme como un zopenco, si a ella le gustaba

tenía que mostrarme simpático y hacerle ver que yo no era de los típicos chinos con pinta de rockers que van a pararse a las fiestas a mostrar mala cara.

—Pues me gusta mucho mas el rock, pero no le veo ningún problema a que la gente baile y a ti ¿te gusta el rock?

—La verdad no he escuchado casi nada, para serte franca no me llama la atención, pero no le veo nada de malo, cada uno es libre de escuchar lo que más le gusta.

—Pues yo te podría invitar a un bar cercano, nos podríamos tomar unas polas y pasar un momento agradable.

Valentina se quedó en silencio por un momento.

—¿y para cuando sería eso?

—¿Te parece bien para mañana a las seis?

—Por mi está bien ¿entonces nos miramos aquí mismo?

—Sí, aquí mismo —le dije y después nos despedimos.

El resto del día no pude dejar de pensar en Valentina, y cuando llegó el momento en el que me tuve que mirar con Susana no pude disimular mi disipación, entonces ella me preguntó que me pasaba, pero yo no escuché sus palabras, en mi mente no se encontraba nada más que la cara de Valentina sonriendo.

—¿Qué te pasa? —me volvió a preguntar.

Entonces volví en mí, y no tuve más que decirle, sino que estaba preocupado por unos asuntos de la universidad, pero desde ese primer momento Susana sospechó algo más, me conocía e intuyó de alguna manera que por mi cabeza se atravesaban otros pensamientos.

—¿en quién estás pensando? —me preguntó.

—No estoy pensando en nadie, solamente que estoy preocupado por algunos exámenes, nada más. Cuando llegó la noche y estuve acostado en la cama Valentina aún seguía cruzándose a cada momento por mi cabeza. Parecía que había sido víctima de algún hechizo que no me permitía pensar en otra cosa más que en ella y cuando me quedé dormido soñé que me encontraba entre unas casas de dos pisos, en unas calles totalmente desconocidas y solitarias, pero de alguna manera yo sabía a donde tenía que ir así que echaba a caminar, caminaba, caminaba y caminaba hasta que veía a Valentina de espaldas y desnuda y enfrente de ella un bar que tenía un letrero en el cual se podía leer en letras rojas Salón del Fuego.

—Este tipo de bares son los que me gustan a mi —decía Valentina— los bares que están inundados por el fuego.

Entonces se daba media vuelta de tal modo que se le podían ver sus senos perfilados y su hermoso rostro con la boca sonriente, mientras atrás suyo el bar ardía en llamas.

—¿A ti también te gusta el fuego? —me preguntaba.

—Sí, a mí también me gusta —le contestaba.

—Eso me alegra —decía Valentina y sonreía aún más.

Al otro día estuve puntualmente a las seis en la plaza y me puse a esperar a Valentina, tenía que permanecer totalmente atento a que Susana no pudiera verme con ella, aunque en eso ya era un experto. Se hizo esperar un momento y cuando la vi llegar sentí una emoción aún más fuerte de la que había sentido con Susana cuando apenas nos estábamos conociendo, y es que cuando la miré caminar hacia mi todo lo que la rodeaba se volvió invisible y lo único que quedó fue ella, su caminado, su cintura, sus pechos. Supe que había algo en ella que la diferenciaba a las demás, pero una diferencia verdadera, tal vez era la confianza que exhiraba, tal vez era la seguridad con la que se acercaba a mí, la ausencia de miedo que reflejaba, pero lo supe, y supe también que esa chica valía

la pena, la pena, y todo lo demás que fuera necesario entregar, pero ella lo valía. Nos saludamos y después de cruzar unas cuantas palabras salimos de la universidad y caminamos hacia el bar.

—¿y cómo se llama el bar al que vamos? —me preguntó.

—No recuerdo su nombre, pero ponen muy buenos temas, puros clásicos —le dije.

—Ahh bueno —dijo— aunque yo no sé mucho de clásicos del rock.

—No te preocupes, yo te puedo instruir —le dije y ella se rio.

Cuando llegamos al bar lo primero que hicimos fue mirar el nombre, Las Cuerdas.

—¿Las Cuerdas? Que nombre tan fácil de recordar —dijo ella.

—Así es, pero yo siempre me olvido —dijo riendo.

El bar estaba con buen ambiente y a Valentina pareció agradarle, así que nos sentamos y pedimos dos cervezas, recuerdo que en ese momento estaba sonando breathe de Pink Floyd y Valentina me preguntó qué canción era esa.

—Breathe de Pink Floyd —le dije.

—Brea... ¿Qué? —preguntó.

—Breathe, significa respiro en inglés.

—Ahh suena bien ¿Y Pink Floyd es buena banda?

—De las mejores de la historia.

Entonces nos pusimos a conversar de música, ella me dijo que le gustaban los géneros bailables, la música más criolla.

—Pero esta música no está mal —dijo.

—No es para nada mala —le dije— con esta música también se puede gozar de lo lindo.

Después de que nos terminamos las cervezas le pregunté si quería tomar una jarra de hervidos, me dijo que si, así que la pedí y seguimos conversando y escuchando música y a medida que el tiempo transcurría y bebíamos íbamos también entrando en confianza, entonces, me pareció que Valentina era una chica de muy buena vibra que se desenvolvía con total naturalidad, sin complicaciones y sin intenciones de querer aparentar algo que no era como era común en muchas otras chinas que había conocido y que solamente fingían que les gustaba el rock para quedar bien, pero en Valentina en verdad se notaba que le gustaba y le causaba curiosidad la música que estaba escuchando.

Desde ese momento entendí que Valentina era de esas chinas que estaban pa las que sea y que no le tenía miedo a las nuevas experiencias, intuí que dentro de sí llevaba una energía tremadamente fuerte que no era fácil de doblegar y eso hizo que se encendieran aún más los deseos que tenía de follarmela.

—Bueno —me dijo de improvisto— entonces ¿para qué me invitaste a salir?

—Porque quiero conocerte —le dije.

—¿Y qué es lo que quieres conocer de mí?

—Pues, me gustaría saber si tienes novio.

—No, no tengo, y tu ¿tienes novia?

Esa pregunta me agarró de sorpresa, la mayoría de mujeres con las que salía sabían que yo tenía novia, o eran chinas las cuales no me interesaban lo suficiente como para tener que mentirles, así que cuando me preguntaban si tenía novia les decía que sí, pero trataba de fingir que las cosas con ella no iban bien y así era más fácil poder cogérselas. Pero en ese caso era diferente ya que tenía al frente a una chica que poseía una belleza como pocas y que guardaba algo que yo quería poseer a como dé lugar, así que no quería decir nada que pudiera indisponerla contra mí en lo más mínimo, así que le dije que no, que no tenía novia, pero ella escuchó estas palabras y de inmediato se echó a reír.

—Vos sos alguien que sabe mentir —me dijo

—No es una mentira —le dije— es verdad, no tengo novia.

—No te preocupes, no tienes por qué darme explicaciones —dijo y tomó un trago de hervido.

Era una chica orgullosa, noté que al momento de decirme que no tenía que darle explicaciones, su tono de voz se volvió duro, en realidad le había ofendido el que yo tuviera novia ¿es que acaso esta china está sintiendo por mí lo que yo estoy sintiendo por ella? Me pregunté a mí mismo. De todos modos, no dejó notar ni en lo más mínimo su rabia ¿o es que yo estaba equivocado? ¿y si en verdad no le importaba el que yo tuviera novia? No podía permitir que las cosas quedaran así, tenía que cambiar de táctica.

—En verdad si tengo novia —le dije— pero estamos en una situación insoportable, básicamente estamos en las últimas.

—¿y eso por qué? —me preguntó— ¿acaso la engañaste?

—No, jajaja, solamente que se nos acabó el amor.

—Que lástima, espero que las cosas se arreglen

—Ya no creo que se puedan arreglar.

—Que lástima —dijo y se concentró en since I've been loving you de Led Zeppelin que en ese momento estaba sonando.

Sentía que la estaba cagando a la hora de conquistarla.

Cuando ya me comenzaba a prender recordé el sueño que había tenido con Valentina la noche anterior y aunque vi que no se sentía incomoda en el bar en que estábamos pensé que sería bueno que fuéramos a un bar en que ella se sintiera más en su ambiente así que le pregunté si quería ir al Salón del Fuego. Me respondió que no estaría demás ir a darse una vuelta así que nos acabamos de tomar los últimos bocados de la jarra de hervidos y justo cuando estábamos saliendo del bar me timbró el celular. Era Susana e inmediatamente le colgué, ya de por si sentía que mi objetivo de conquistar a Valentina se estaba complicando y no quería tener más obstáculos en mi camino, pero Susana volvió a timbrar, y yo de nuevo le volví a colgar, pero ella volvió a insistir, entonces Valentina me dijo que debería contestar, que no me preocupara por ella, pero yo quería demostrarle a Valentina que nadie más que ella tenía importancia para mi esa noche.

—No te preocupes —le dije— no es nada importante, podemos seguir con nuestros planes —y apagué el celular.

Cuando llegamos al Salón del Fuego ya había una cantidad considerable de gente, nos compramos una media de guaro y nos sentamos a beber. Valentina me preguntó si sabía bailar, le dije que no y entonces me invitó a bailar y me dijo que me enseñaría, yo me rehusé diciéndole que un árbol podía moverse más que yo, pero ella insistió, y no tuve más opción que aceptar. En ese momento estaba sonado un merengue y como era de esperarse no pude dar pie con bola, la pisé más de una vez y me sentí totalmente ridículo, así que le pedí que nos sentáramos y ella aceptó al notar que evidentemente el baile no era lo mío, entonces me preguntó si yo nunca había asistido a una fiesta bailable.

—La verdad es que no, a no ser por las familiares, es que nunca me han interesado —le dije.

—Y ¿entonces solo te la pasas en bares de rock? —me preguntó.

—Así es —le dije.

—Vaya —dijo— yo no podría durar mucho tiempo sin bailar.

Pasó poco tiempo para que otros manes empezaran a invitar a bailar a Valentina, ella aceptaba y yo no tenía más opción que quedarme viendo como bailaba. Me sentía como un estúpido sentado ahí. Muchos comenzaron a tratar de cotizársela y yo pensé que había sido un error ir a ese bar y más cuando pusieron reguetón y ella se puso a bailar con un man de tal forma que hizo que me exasperara. Yo ya estaba enteramente prendido, así que cuando volvió a la meza tuve deseos de decirle que no

volviera a bailar, que se quedara ahí conmigo, pero me controlé, demostrarle celos en tan poco tiempo de haberla conocido me hubiera hecho ver como un pobre puberto que no sabía controlarse. Poco después se encontró con un grupo de amigas y entonces las cosas se pusieron peores, después de presentármelas se puso a hablar con ellas y yo cada vez me sentía más desplazado. La botella estaba a punto de terminarse así que en tal situación no tenía más opción que pedirle a Valentina que nos fuéramos a otro lugar y así lo hice, le dije que la botella se había terminado y que lo mejor era irnos a otro sitio, pero ella me dijo que se quedaría, que me agradecía la invitación, y que otro día nos veríamos en la universidad. Esa respuesta me irritó más de lo que estaba, entonces le pedí que saliéramos para decirle algo, y ella aceptó sin complicaciones. Una vez afuera le dije que quería volverla a ver.

—¿Y qué va a decir tu novia? —Me preguntó.

—No va a decir nada porque nuestra relación ya no tiene futuro.

Ella se quedó callada un momento, mirándome a los ojos, sabía lo que hacía, estaba tratando de leer en mi rostro el tipo de hombre que era.

—Pues por mí no hay ningún problema —dijo.

Cuando escuché estas palabras, tomé un respiro, las cosas mejoraban, entonces le pedí el número y ella me lo dio y cuando ya nos despedimos y ella nuevamente iba a entrar a la discoteca la detuve cogiéndola de la mano, entonces me quedó mirando fijamente y yo me le acerqué poco a poco hasta que le di un beso; ella se rio.

—Pasé una linda noche —me dijo— gracias.

—Yo también la pasé bien, gracias a ti —le dije y nos despedimos.

Después de eso, prendí el celular y vi que tenía un montón de llamadas perdidas de Susana. La llamé y me contestó dada al putas, a gritos me preguntó por qué había apagado el celular y que a donde andaba metido y con qué vieja. Le dije que no andaba con ninguna vieja y que el celular simplemente se me había descargado, pero Susana me conocía, sabía bien que le estaba mintiendo, pero esa noche su voz tenía un tono particular, como si se hubiera dado cuenta que algo no andaba bien, y tenía razón, las cosas cambiaron desde el preciso instante en que miré a Valentina, pero en ese momento ni Susana, ni Valentina, ni yo sabíamos lo que el destino nos tenía deparado.

Al otro día al despertar lo primero en lo que pensé fue en Valentina, me sentía contento por haberle dado un beso y decidí llamarla. Cuando me contestó nos pusimos a hablar de la noche anterior, de la música, del rock, del baile. Yo tenía ganas de verla y estuve a punto de proponérselo, pero no podía porque tenía que ir a ver a Susana que estaba que ardía de la rabia conmigo y no era para menos, ya que yo se las hacía, pero nunca le había apagado el celular. La noche anterior después de llamarla nos habíamos encontrado y me había dicho que estar llamándome una y otra vez sin que le contestara la había hecho sentir como una tonta. Yo comprendía su rabia y por más que traté de convencerla de que nada malo había pasado no pude quitársela.

Cuando estuve en su casa estaba dispuesto a arreglar las cosas, pero aun así me sentía confundido, una parte de mí me empujaba hacia Valentina y la otra hacia Susana, pero al fin de cuentas me dije a mi mismo lo que siempre me decía: ¿para qué estar con una si puedo estar con las dos? Con las dos o con las que fuera. Mi intención siempre era tener el mayor número de mujeres que pudiera pues cuando sentía en mi cuerpo las caricias de diversas mujeres me sentía complacido, era para mí algo parecido a una droga estimulante, me sentía como todo un semental, que podía poseer a la mujer que quisiera.

Susana me abrió la puerta de mala gana y ni siquiera me saludó, siguió directo a su habitación y yo tuve que seguirla. Para lograr que se le pasara un poco la rabia tuve que invitarla a salir esa noche

con el poco dinero que me había quedado de la noche anterior, así que nos fuimos al centro y fumamos marihuana y nos emborrachamos y terminamos en mi casa haciendo el amor. Eso hizo que me olvidara de Valentina y que Susana volviera a ese lugar privilegiado que mantenía entre todas las demás mujeres con las cuales yo me había enredado. En verdad Susana era para mí esa chica que no podía dejar, cuando estaba con ella me sentía en puerto seguro, lo sabía todo de mí, desde la época del colegio le contaba todo lo que me pasaba y por eso ella se fue haciendo poco a poco el recipiente que contenía todas mis facetas, pero además era una chica hermosa, tenía una cara envidiable y un cuerpo brutal ¿Cuántas viejas no querían tener el culo que se mandaba Susana? ¿o sus pechos? Muchas, y por eso muchas la envidian, y también los manes me envidiaban a mí porque tenía la suerte de tener a una chica de esa categoría completamente enamorada; pero aun así, al otro día al despedirme de Susana faltó poco para que me pusiera a pensar en Valentina. Se me vino a la mente su cara, su cuerpo, su caminado y su forma de bailar reguetón; bailaba de una forma extremadamente caliente. Yo ya había salido con muchos tipos de mujeres y por supuesto que ya me había follado a chinas que eran locas por el reguetón, pero Valentina era para mí algo nuevo, algo diferente, otro voltaje, otro nivel y si Susana era hermosa, Valentina no se quedaba atrás.

No sé cómo no pude presentir en ese momento los alcances de lo que estaba sintiendo, para mí eso no tuvo la más mínima importancia, Valentina era la mujer que tenía que tener así tuviera que engañar a Susana. El amor para mí era un juego, por encima de eso estaba el placer de poder ver a Valentina desnuda, aunque como digo, no me podía imaginar de lo que eso podía significar, o mejor dicho, no esperaba de ninguna manera que significase lo que significó. Era un man realmente ingenuo, no conocía lo que era el desespero ¿pero ahora soy distinto o sigo siendo el mismo man ingenuo que sigue sin poder comprender lo que está ante sus ojos? Estoy tan confundido, pero en aquel tiempo todo era claro para mí, o eso pensaba, tenía que tener a Valentina así que la llamé y nos volvimos a encontrar en la universidad, fumamos marihuana y nos vacilamos y ella me preguntó cómo me había ido con mi novia, le dije que todo seguía igual, es decir, pendiendo de un hilo.

—Y ¿le piensas terminar? —me preguntó.

—Todo terminara más temprano que tarde —le dije.

—O tal vez no termine nunca —dijo ella.

A mí jamás se me había pasado por la cabeza terminar con Susana, y tampoco estaba entre mis planes. Sabía que ella era mi faro a tierra entre el mar de mujeres que se presentaban a mis ojos, así que básicamente Valentina tenía razón, pero yo tenía que seguir echándole el cuento de que mi relación con Susana estaba a punto de acabarse hasta que la pudiera enamorar y así lo hice. Me miraba con Valentina en la universidad siempre con el máximo cuidado de que Susana no pudiera vernos y después nos comenzamos a ver fuera de la universidad. Un día la invitó a mi casa y ella aceptó aunque con algunas reservas dado que no quería verse involucrada en ningún problema de infidelidades y aunque ese día intente hacerle el amor no lo logré como era de esperarse dado que no había pasado ni siquiera un mes desde que nos habíamos conocido.

Mientras tanto mi relación con Susana seguía en los mismos términos, yo aun le dedicaba más tiempo a ella que a Valentina, los fines de semana por ejemplo solamente salía con Susana y con ustedes y la pasaba bien, pero Valentina nunca salía de mi cabeza y por eso cada vez que tenía la oportunidad la llamaba y le pedía que nos viéramos y en cada una de esas ocasiones nuestra relación se estrechaba más; yo quería conocerla más y un día le pregunté por sus amigos, me dijo que no tenía muchos y que no eran precisamente lo que se podría llamar amigos.

—En el colegio tuve tres buenas amigas, que más que amigas eran mis hermanas, pero dos de ellas murieron y la otra se fue para Bogotá -me dijo.

—Qué pena —le dije— debe ser muy triste perder a tus amigos

—No te imaginas cuánto.

—Y novios ¿has tenido muchos?

—Pues lo que se podría llamar novios novios solo dos, uno en el colegio que se llamaba Luis y otro que se llamaba Marcelo que conocí cuando estaba en un preicfes y con el que pasé los primeros semestres de la universidad, pero le surgieron algunos problemas y tuvo que irse para Cali.

No me quiso dar suficiente información sobre sus exnovios y yo tampoco quise insistir, pero le pregunté de otras cosas, sobre las amistades que actualmente tenía, sobre su colegio, hasta que tuve la suficiente información para darme cuenta de que Valentina se encontraba sola, es decir, a pesar de que conocía a mucha gente, no tenía nadie con quien sentirse a gusto, alguien a quien querer de verdad, alguien en quien confiar y eso la hacía vulnerable, lo cual me convenía, ya que entonces yo podía estar ahí para ella.

Poco a poco la iba conquistando pero al mismo tiempo yo también cada vez me enredaba más en sus redes y mi necesidad por estar con ella fue aumentando, hasta que un viernes la invitó a salir nuevamente y me zafé de Susana con la excusa de que estaba haciendo un trabajo con un amigo en un barrio muy lejano.

—¿En qué barrio? —me preguntó.

—En el Alto Sol —le dije.

Pero como era de esperarse me fue muy difícil convencerla, me dijo que le diera la dirección de la casa para que pudiera ir a verme, le dije que no se preocupara por mí y que disfrutara del viernes tranquilamente que yo le caería lo más pronto que pudiera.

—No estoy preocupada por vos —me dijo— sé que estas bien, lo que quiero es comprobar que me dices la verdad tonto.

Al escuchar esto no me quedó más opción que fingir ponerme bravo.

—No te conviertas en una acosadora —le dije.

—Jajaja —se rio ella— ¿acosadora yo? ¿Acaso crees que no me doy cuenta lo que haces? ¿me crees tonta? Sé que estas con otra, que me las haces, vos sos un hijueputa, pero todo bien, no te preocupes por mí, seguí haciendo de las tuyas que un día de estos me voy a cansar de vos —dijo y me colgó.

Yo ya estaba acostumbrado a ese tipo de reacciones de Susana, era natural que reaccionara así y yo la comprendía, pero al final de cuentas siempre terminaba por perdonarme y seguíamos con lo nuestro, pero Susana no sabía que esa noche me iba a ver con una china de la cual me estaba enamorando.

Así que esa noche no quería estar en el centro porque sabía que Susana estaría histérica buscándome por todo ello, por eso invite a Valentina al Hendrix, el cual era de mis bares preferidos para llevar a las chicas porque era lejano y a Susana ni se le pasaba por la cabeza que pudiera estar metido ahí. Valentina aceptó sin más y a las ocho de la noche estuvimos en el Hendrix, nos compramos una jarra de hervidos y nos pusimos a beber. Fue una noche fantástica, hablamos de música, de la universidad, de los falsos amigos y de tantas otras cosas y cuando ya estábamos bien entrados en copas nos pusimos a hablar de amor y ella me preguntó por Susana, que como la había conocido. Le conté que nos habíamos conocido en el colegio y le dije que habíamos estado enamorados por un buen tiempo, pero que todo se había ido a la mierda poco a poco.

—¿y eso por qué? —preguntó.

—No sé, supongo que fue la rutina, es que ya no teníamos nada que hac...

—No tienes por qué seguir mintiendo —me interrumpió ella sorpresivamente— me di cuenta que me mentías desde la primera noche en que salimos, dime la verdad porque no me gusta que me mientan como a una tonta.

Se puso seria al decirme esto y yo noté que hablaba de verdad, supe que si seguía mintiéndole sería una idiotez peor que contarle la verdad.

—Pues sí, estoy enamorado de mi novia, te mentí porque me pareces una chica demasiado hermosa y no quería perder la oportunidad de conocerte —le dije intentando hablar lo más sinceramente posible.

—Si, los perros siempre dicen eso —dijo ella dejando ver en su rostro que estaba ofendida— se creen los más sagaces, los más duros, piensan que todo el mundo se cree sus mentiras.

Valentina dejó notar sus celos, aunque los trató de ocultar, eso me hizo sentir bien, pues si tenía celos era por que algo serio empezaba a sentir por mí. Yo le seguí hablando sinceramente, le dije que en verdad sentía algo por ella y que con el pasar de los días ese sentimiento se iba haciendo cada vez más grande, que en verdad me gustaba, entonces Valentina me vio a los ojos, y pude ver en ellos una especie de fuego, un fuego que me revelaba que no podía seguir tratando lo que me pasaba con ella como un juego, fue como si un hueco se abrirá alrededor de Valentina y me tragara para tenerme ahí por siempre.

—Te creo —me dijo— yo sé que te gusto, es fácil tragarse de alguien, lo difícil es cuando eso se convierte en amor y entonces todo lo que el otro haga se vuelve para ti en lo esencial y el más mínimo fallo te hacer sentir en la completa miseria.

—Pero además de sufrimiento el amor también te da vida —le dije— no es recomendable estar solo por mucho tiempo.

—Tienes razón —dijo— no es bueno estar solo, y yo no lo estoy, yo también tengo quien me quiera.

—¿Y quién es? ¿Conseguiste nuevo novio? —le pregunté.

—Eso no importa —dijo— aquí no venimos a hablar de estas cosas, sino a disfrutar de la noche.

Esas palabras de Valentina me dejaron pensativo hasta cuando iban a cerrar el bar y nos pidieron que salgamos, estábamos tremadamente prendidos y Valentina dijo que conocía un lugar que lo mantenían abierto hasta el amanecer y que sería bueno ir a allá, le dije que ya no me quedaba mucha plata y ella me dijo que no me preocupara que ella gastaba.

El lugar era una especie de subterráneo y precisamente se llamaba así, El Subterráneo, en su interior se encontraba una sala amplia con bar y con excelente sonido, ponían de toda la música bailable. Apenas estuvimos adentro Valentina se encontró con una amiga con la cual nos sentamos, entonces, Valentina le dijo algo al oído y vi cómo se pasaron algo entre las manos, después, se acercó a mi oído.

—¿Quieres oler perico? —Me preguntó.

Hasta entonces con Valentina solo nos habíamos emborrachado y fumado marihuana y apenas me enteraba de que le gustaba el perez.

—Si claro —le dije.

—Entonces acompáñame al baño —me dijo.

Me agarró de la mano y me llevó hasta el baño de hombres en el cual solo había un par de manes que se peinaban frente al espejo y cuando estos se fueron Valentina sacó una bolsa de perez y las llaves. Me dio dos pases y después se metió dos ella, sentí como el perez me comenzaba a fluir por la sangre y me eché agua en el cabello mientras Valentina se miraba en el espejo. De repente, Valentina me cogió de la mano y se acercó y me comenzó a besar, entonces me hizo meter a uno de los baños y cerró la puerta con el pasador, le quité la camisa y le besé las tetas, después se bajó los

pantalones y un panti que le quedaba excelente, y mientras un montón de chinos bailaban afuera yo me garchaba a Valentina.

Cuando salimos del baño los chinos que estaban en el bar no se dieron ni la más mínima cuenta, todos estaban en sus rollos, cuando estuvimos en la mesa de la amiga de Valentina ella nos quedó viendo con picardía.

—¿ya hicieron lo que tenían que hacer? —nos preguntó con una sonrisa en la boca.

—Sí, ya lo hicimos —le dijo Valentina también sonriendo.

Yo también sonréi, me sentía totalmente feliz estando ahí cogido de la mano con Valentina. Despues de haberla follado.

La noche fue larga, el perico nos repuso casi por completo y seguimos bebiendo hasta que comenzó a amanecer y el bar cerró, entonces nos quedamos farreando en la calle con unos amigos de Valentina hasta que se fueron y ella me dijo que quería culiar de nuevo, así que reunimos la poca plata que nos quedaba, pero no pudimos encontrar un hotel que nos alquilara una pieza por tan poco y nos pusimos a caminar por esos barrios, hasta que Valentina se quedó quieta y miró al alrededor.

—Lo podríamos hacer aquí —dijo.

Yo eché un vistazo, eran aproximadamente las seis de la mañana y evidentemente las calles se encontraban vacías; estaba detallando esto cuando Valentina me agarro del brazo y me empujó hacia un porche que tenía una de las casas y entonces se bajó un poco los pantalones, lo suficiente para que pudiera metérselo, se puso contra la pared y me la comencé a coger, fue un polvo tan rico, de los mejores de mi vida, aunque duro poco, pero si duro poco fue precisamente por lo arrecho que estaba y por lo rico que estuvo, esa perra de Valentina me lo ordeño como una diosa y cuando acabamos nos fuimos contentos de aquel barrio hasta que ella consiguió un taxi y se despidió de mi con un beso.

Así fue como lentamente le comencé a dedicar más tiempo a Valentina mientras a Susana le inventaba las mentiras que se me ocurrían y le comencé a dejar de contestar sus llamadas. Ella siempre me preguntaba con quien se las estaba haciendo, pero obviamente yo nunca le decía nada, hasta que una noche en la que me estaba vacilando con Valentina en un bar sentí que alguien se posaba a nuestro lado. Cuando volteeé a ver vi la cara de Susana llena de lágrimas. Me quedé mudo y repleto de vergüenza, no pude mirarla a los ojos, pero ella si me quedó mirando fijamente a mí y también a Valentina, especialmente a ella, y Valentina también la miró como si por fin conociera a la chica que era mi novia. Susana salió del bar y yo salí detrás de ella, tuve que sujetarla fuerte para que se detuviera y me dejara hablarle.

—Ella no es nada importante, solo alguien con la que paso el rato —le dije.

—Sí, ¿y por ella es que has estado ignorándome?

—Eso no es así, yo no te ignoro.

—Si que lo haces, ya no quiero más mentiras, ya no quiero estar con un man que no sabe lo que es apreciar a alguien.

Dijo y echó a caminar, yo no sabía que más decirle, parecía un bebé balbuceante detrás de ella que intentaba encontrar un taxi, me quedé en blanco y cuando un taxi paró no tuve más opción que montarme también, aunque ella trató de impedírmelo, pero yo le dije que no quería dejarla sola y quería que arregláramos las cosas y ella me dejó pasar.

No hablamos ni una palabra en todo el trayecto hasta cuando llegamos a su casa y con dificultad logré que me dejara entrar, sus papás ya dormían y nosotros nos pusimos a discutir en su cuarto, claro lo suficientemente bajo para no despertarlos, me preguntó quién era Valentina, cuento tiempo llevaba haciéndoselas con ella, y también me preguntó si estaba enamorado de ella.

—No —le dije— la única mujer a la que amo es a vos, ella para mí no es más que un simple juego.

—¿Y yo también soy un juego para vos?

—No, vos no.

—¿entonces por qué me las haces?

No supe que contestarle ¿Qué le podía decir? ¿Qué soy un adicto a las mujeres? ¿Qué las sueño desnudas? ¿Qué cada vez que tenía una nueva entre mis brazos el mundo se me volvía un enjambre repleto de miel? No podía, eso la hubiera herido mucho más de lo que estaba y además no le hubiera dicho eso, aunque estuviera loco.

—¿Acaso te aburres de mí? —me preguntó.

—No, no me aburro de ti, yo te amo, solo que yo soy así.

—¿Así como? ¿Cómo un perro que se enloquece al oler a todas las perras en celo?

Yo no sabía que contestarle, de verdad, Susana estaba tan alterada como nunca antes en alguna de nuestras discusiones, era verdad todo lo que me decía, yo era un perro, un man que no podía ver a una vieja linda y con un culo bueno porque inmediatamente enloquecía, era algo enfermizo, me gustaba conquistar mujeres, lo disfrutaba, era algo que me daba placer y no podía dejar de hacerlo.

—Vos sos alguien muy inmaduro —me dijo— pareces un niño que ve por primera vez a una vieja desnuda, alguien que no ha sabido controlar sus instintos de puberto.

—Si, soy todo eso, pero estoy sinceramente enamorado de vos.

—Vos no estas enamorado de ninguna, a vos te gustan todas.

En realidad, que era verdad lo que me decía, yo no tenía respuestas frente a sus palabras, Susana me conocía bien, pero esa vez sus palabras me sonaron tan reales, palabras que me revelaban quien era y me dejaban desnudo frente a ella, sin ninguna especie de protección o excusa; la discusión iba a proseguir, pero de repente el papá de Susana golpeó la puerta del cuarto y le preguntó qué estaba pasando, que por que estaba llorando.

—No pasa nada papá, no es nada —dijo Susana.

—Ojo no quiero tener problemas aquí —dijo el papá de Susana.

—Tranquilo papá -dijo Susana —todo está bien.

El papá de Susana se fue a acostar nuevamente y Susana y yo nos quedamos callados sentados en la cama, hasta que yo me le fui acercando y llegué a ella y le comencé a besar el cuello. Ella al principio se mostró brava, me empujó para apartarme, pero yo insistí y le besé la boca, y comencé a tocarla hasta que cedió y terminamos cogiendo de una manera salvaje. Al finalizar quedamos agitados y tendidos en la cama, Susana apagó la luz y nos metimos debajo de las cobijas, pero ni Susana ni yo nos pudimos dormir rápido, ella me dio la espalda y yo me quedé mirando al techo y me puse a pensar en Valentina. La había dejado botada en el bar y tuve ganas de hablar con ella y pedirle disculpas pero en ese momento me era imposible, me puse a pensar en la manera en que culiaba ¿era mejor que Susana? sí, lo era, su cuerpo era puro fuego cuando lo hacíamos, aunque hasta entonces lo habíamos hecho pocas veces, pero esas pocas veces habían sido suficientes para demostrarle que Valentina era mucho mejor que Susana para coger, es más, Valentina era mejor para coger que todas las demás chicas que había conocido, no podía olvidarme de la imagen de su cuerpo desnudo, pero entonces ¿por qué estaba acostado ahí con Susana? ¿por qué había dejado votada a Valentina para irme con ella? me puse a pensar en todo lo que me había dicho, en que yo era un puberto incapaz de controlar mis instintos, eso era posible, pero entonces, si era un puberto eso significaba que no era un verdadero hombre, que no tenía la seriedad y firmeza de un hombre y que por eso era como un puberto indeciso, sin capacidad de tomar una decisión y mantenerme en ella, eso hizo que sintiera movido mi orgullo varonil. Sentí a mi lado la respiración de Susana, con ella a mi lado me sentía bien, a pesar de todo, estaba enamorado de ella.

Al otro día Susana me preguntó quién era Valentina y hace cuánto tiempo había estado saliendo con ella, le dije que no era nadie importante y que apenas la conocía hacia algunos días.

—¿Hace cuantos? —Preguntó.

—No sé, hace un par de semanas —le dije.

—Ya no quiero volver a verte con ella nunca más —me dijo fríamente y sin ningún titubeo.

Pero muy en el fondo de su voz pude sentir miedo, un miedo que nunca antes había percibido en ella, un miedo que expresaba su temor a perderme.

—No la volveré a ver más —le dije.

Pero apenas me hubo despedido de Susana y tuve la oportunidad, llamé a Valentina, al principio no me contestó y supuse que estaba brava conmigo por haberla dejado tirada la noche anterior, pero le seguí insistiendo hasta que contestó y como esperaba y era lógico estaba dada al putas, le dije que me disculpara, que todo había pasado tan inesperadamente que no había sabido qué hacer.

—¿Y por eso tuviste que dejarme tirada sin decirme absolutamente nada? —me reclamó.

—No era mi intención, pero no tuve más opciones —le dije.

—Claro que tenías más opciones, pero elegiste irte.

Le tuve que jurar y recontra jurar que eso no iba a volver a pasar, pero ella sencillamente colgó el teléfono sin decir nada. No seguí insistiendo, esperé a encontrarla en la universidad, me costó algunos días volvérme a hacer de buenas y mientras tanto Susana no me despegaba el ojo de encima, no era fácil lidiar con ella, así que cuando me hice de buenas con Valentina tuvimos que ser lo más cuidadosos posible, pero por más cuidadosos que pudiéramos ser no podíamos escondernos para siempre y faltó poco para que Susana nos encontrara juntos nuevamente y entonces increpó a Valentina, la insultó y le preguntó si es que estaba muy enamorada de mí, Valentina se quedó callada pero se mantuvo firme y con la mirada en alto y entonces Susana la empujó y se comenzaron a mechonear y tuve que separarlas con ayuda de otro man y entonces Susana me quedó mirando con ojos de sufrimiento y se fue de ahí con paso ligero, tuve el impulso de seguirla pero no quise dejar tirada a Valentina por segunda vez, así que me contuve y me quedé ahí, al lado de ella.

Me imagino lo duro que debió ser eso para Susana, lo más probable es que pensara que yo iba a salir corriendo detrás de ella, pero en lugar de eso me quede con Valentina y terminamos haciendo el amor. Cuando ya me encontraba dormitando en mi cama con Valentina abrazada a mí me llamó Susana llorando y me preguntó en donde estaba, le dije que en mi casa y entonces me preguntó si estaba con Valentina y le contesté que no.

—¿Entonces por qué no viniste a mi casa conmigo? —me preguntó.

—Simplemente quería pensar en lo que está pasando —le dije.

—¿Y te quedaste pensando con ella? —dijo.

—No Susana, estoy solo —le dije.

Quise decirle que la amaba, pero tenía a Valentina a mi lado y no quise provocarle ningún disgusto, así que me levanté y me fui a hablar a la terraza. Allí le dije a Susana que la amaba y que no quería que lo nuestro se acabara y ella me pidió que fuera a su casa porque quería pasar la noche conmigo, pero yo le dije que ya era muy tarde para eso. Ella obviamente no creyó en mis razones porque no era tonta y siguió insistiendo y recriminándome el que me encontraba con Valentina, y no valieron para nada todas las mentiras que le inventé hasta que al final simplemente me colgó el celular y yo me quedé parado en la azotea mirando la ciudad.

Desde aquella noche la situación fue un paso más allá, Valentina y yo nos volvimos mucho más descarados para ignorar a Susana, a veces pienso que Valentina lo disfrutaba, el tener un amor furtivo, el tener a alguien que no le pertenecía por completo, alguien que era capaz de dejar a la novia con la

que había durado años para estar con ella, pero para mí era diferente; claro que disfrutaba el poder tener a Valentina conmigo, pero no podía dejar de estar enamorado de Susana, aunque la ignoraba y le sacaba el cuerpo y cada vez me alejaba más de ella, pero no podía abandonarla por completo, jamás; nos seguíamos viendo aunque esos encuentros eran solamente peleas, pero al final las cosas se calmaban y más de una vez terminábamos haciendo el amor. Una noche en la que habíamos acabado de coger y nos encontrábamos sudorosos en la cama, Susana de repente se levantó y de su chaqueta sacó una cajetilla de cigarrillos, le pregunté desde cuando compraba cajetillas.

—Desde el día en que preferiste comenzar a salir con esa perra que conmigo —me contestó.

Yo no supe que responderle y me quedé en silencio.

—Decime una cosa ¿vos me amas? —me preguntó.

—Eso no lo tienes ni que preguntar, claro que te amo —le contesté.

—Hay algo que no comprendo —dijo— como alguien que está enamorado de una persona prefiere andar con otra.

Yo no tuve palabras para contestar.

—Y ¿Cómo se llama la vieja con la que estas saliendo ahora? —preguntó.

Yo permanecí en silencio.

—Valentina ¿así se llama no? —dijo.

No sé con quién averiguó el nombre, pero ya lo sabía, obviamente Susana había estado indagando acerca de lo mío con Valentina, y tal vez, ya sabía más de lo que yo me esperaba. Susana al ver mi silencio salió de la habitación y se fue a la terraza con la cajetilla de cigarrillos.

El gusto de Susana por el alcohol, los cigarrillos y la bareta fue aumentando cada vez más, se comenzó a descuidar en su cuidado personal, se la miraba cada vez más desarreglada, en las ocasiones que teníamos la oportunidad de salir sus borracheras eran monumentales y fumaba como si no hubiera mañana. A veces se portaba cariñosa y me pedía que no la dejara, que volviera a quererla como antes, yo le decía que no la había dejado de amar ni un segundo. Otras veces me peleaba y me insultaba y me decía que era un man despreciable.

—¿Por qué no tienes los huevos de abandonarme de una vez por todas? —me gritó una noche— ¿sabes por qué? Porque sabes que esa otra perra no te va a amar como yo ¿sabes por qué ella está con vos? Porque disfruta haciendo sufrir a las personas, por que disfruta viéndome sufrir, pero te aseguro que si tienes las huevas de dejarme, ella te abandonará al otro día, porque ya no habrá nadie quien sufra con lo suyo, el único que quedará sufriendo sos vos, porque el día que me dejes te juro que yo te voy a dejar de amar.

Esas palabras de Susana me quedaron sonando en la cabeza ¿Cuál era la verdadera motivación de Valentina para estar conmigo? Claro que ya le había preguntado y me había dicho que le parecía un man atractivo y que se sentía bien estando conmigo, pero las palabras de Susana hicieron darme curiosidad y me movieron a preguntarle nuevamente.

—Ya te dije —me contestó— me gustas, me siento bien estando con vos.

—¿Y qué piensas de Susana? —le pregunté.

Valentina guardó un breve silencio y pareció molestarte con esa pregunta y después me dijo por qué le preguntaba eso.

—Solamente tengo curiosidad —le dije.

—Pues me parece una chica muy bella —dijo.

—¿y disfrutas cuando yo estoy contigo y ella sufre por mí? —le pregunté a quema ropa.

—¿y por qué debería disfrutarlo? —contestó— Lo que pienso es que es una tonta al ser una china tan bella y estar con un man como vos, que no hace más que engañarla ¿y vos que piensas de mí, piensas que soy tan mala como para disfrutar con el sufrimiento de los demás?

Le respondí que simplemente quería saber por qué estaba conmigo.

—Pues ya te lo dije, ahora decime vos que es lo que sientes por tu novia ¿estas enamorado de ella?

—Ya sabes la respuesta —le dije— ella es alguien con la que puedo contar.

—Pues tal parce que vos puedes contar con ella, pero ella con vos no —dijo Valentina con malicia.

—Ella también puede contar conmigo —le contesté.

—Si claro —dijo y se rio.

Lo que yo decía era cierto a pesar de la risa irónica de Valentina, yo estaba dispuesto a estar ahí para Susana en cualquier episodio difícil que le pudiera suceder, pero lo que ella quería era que estuviera pegado a su piel por siempre y para siempre y eso me resultaba imposible, y esa querencia de Susana y la imposibilidad mía de complacerla hizo que cada vez se fuera sumergiendo en pensamientos equivocados y una noche me di cuenta de que estaba oliendo perico de una manera frenética. Le dije que no metiera tanto, pero ella ni siquiera pareció escucharme y continuó oliendo de una manera tan desbocada que no me podía caber en la cabeza. Intenté quitarle la bolsa de perico, una bolsa de 20 lukas, pero ella se puso como una fiera, el rostro se le desfiguró de la rabia, tanto, que me pareció alguien desconocido.

—¿acaso ahora quieres venir a decirme lo que tengo que hacer después de que me abandonaste por una perra? —me gritó empujándome.

Y me pegó una cachetada durísima, sus ojos parecían los de un águila endemoniada.

—No vengas aquí a hacerte el que me cuidas —me dijo— vos no me cuidas, por el contrario, me haces daño.

¿en verdad le hacía tanto daño? ¿o el daño que ella decía que le hacía solo era una excusa para seguir drogándose como ella quería y tal vez hasta más? Al menos eso me parecía a mí en algunas ocasiones, sobre todo en esas ocasiones en las que se enfurecía tanto cuando le recriminada la adicción tan fuerte en la que estaba cayendo.

—¡Todo esto es culpa tuya! —me decía llena de rabia.

Y seguía metiendo perico hasta saciarse, a veces, me daba impresión y asco al ver como Susana metía esas toneladas de perez, sobre todo cuando yo ya estaba asqueado de tanto oler y ella continuaba haciéndolo.

Eso mismo me dio más facilidad y voluntad para verme con Valentina, Susana perdió el interés por el estudio y poco a poco solo iba a la universidad a conseguir y consumir perico y marihuana y también guaro; pero al fin y al cabo no había día en que no me llamara y cuando le decía que no podía verla ella respondía con un tren de insultos, que iban desde poco hombre hasta hijo de la gran puta; pero a pesar de sus adicciones y sus groserías yo la seguía amando y la seguía yendo a ver a su casa.

Una tarde la fui a visitar y me abrió su mamá, que reflejaba el odio que me tenía, porque ella y el papá de Susana pensaban que yo era el causante de que su hija se estuviera hundiendo en el abismo de las drogas, y ya en varias ocasiones me habían preguntado que qué era lo que le estaba haciendo, yo les contestaba que solamente teníamos los problemas que toda pareja tiene, pero ellos a medida que la situación de Susana empeoraba me odiaban más y más, sin embargo, me seguían abriendo la puerta porque sabían que eso hacía que el ánimo de Susana mejorara, animo que a medida que pasaba el tiempo se hacía víctima de la depresión, pero esa tarde pude entender y comprobar que esa depresión no era a causa de mí sino de lo que estaba metiendo.

Cuando golpeé a su cuarto nadie me abrió, así que la llamé y le pregunté si podía pasar, pero nadie contestó y decidí entrar. Cuando abrí la puerta miré a Susana sentada en una silla de espaldas a mí y de frente a la ventana por la cual entraba una luz que hacía translucir los contornos de su cuerpo. Cuando oyó que alguien entraba se sobresaltó y volteó y al mirar que era yo se afanó y trató de ocultar algo, pero fue demasiado tarde porque yo ya estaba encima de ella y miré la tira con la que tenía apretado el brazo y en una de sus manos una pequeña jeringa, entonces, me concentré en la vena de su brazo y noté el pequeño pinchazo y enrojecimiento.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté pasmado.

—No, no estoy haciendo nada —me dijo con pánico.

—¿y entonces qué es lo que haces inyectándote? —le dije.

—Estás loco —me dijo e intentó guardar en el bolsillo la jeringa que tenía, pero yo la detuve y se la quité.

—¿entonces que es esto?

Susana no supo que decir, su cara se puso roja y me quedó mirando con ojos llorosos.

—No me preguntes nada más —dijo y se levantó de la silla y se tiró en la cama— vos más que nadie sabes porque hago esto.

—No me culpes nuevamente a mi —le dije— vos no haces esto porque yo te haga daño sino porque te gusta.

Al escuchar estas palabras, Susana ardió de la rabia y me dijo que yo era un descarado, un cínico que había perdido la vergüenza. Yo le iba a responder, pero entonces el papá de Susana pegó un grito desde el piso de abajo preguntando qué pasaba. Susana le respondió que nada, pero su papá ya había comenzado a subir las gradas al segundo piso, entonces se apuró a quitarse la tira del brazo y bajarse la manga de la camisa y yo tiré la jeringa debajo de la cama. Cuando el papá de Susana llegó a la puerta del cuarto nos preguntó con cara furiosa que era lo que sucedía, entonces Susana fue rápidamente hacia él y le dijo que no pasaba nada, pero él me quedó mirando a mí secamente.

—¿hay algún problema Stefano? —me preguntó.

—No, no hay ninguno señor —le respondí.

—Ahh bueno, eso espero —dijo con tono desafiante.

—No te preocupes papá, en serio, no pasa nada —le dijo Susana.

Cuando el papá de Susana se fue ella cerró la puerta con seguro y se quedó parada mirándome y después de un breve momento se fue acercando hacia mí y me dio un beso y me sacó la chaqueta y me desabrochó la camisa con tal rapidez que se hizo notar las ganas tan grandes que tenía de hacerlo, esa excitación de Susana hizo que yo también me calentara y la desvistiera y comenzamos a follar. Las expresiones del rostro de Susana y su cuerpo ardiente ante mí hicieron que la sangre se alborotara en mis venas y no pude durar demasiado. Al final Susana me abrazó y me quedó viendo fijamente como si le pareciera el man más hermoso sobre la faz de la tierra y noté en sus ojos cristalinos que la heroína ya le había hecho efecto.

—No me dejes nunca más —me dijo y me comenzó a besar; yo sentí sus ricos labios y un calor que emanaba de su cuerpo, un calor que me envolvía y me unía aún más al cuerpo de Susana.

Apenas terminamos de coger me quise ir porque no valía la pena estar con alguien que se encontraba en otro mundo, pero apenas me levante de la cama Susana me preguntó a donde iba, le dije que tenía que hacer unas vueltas de la universidad, pero ella de inmediato se levantó y se puso en frente de mí y me dijo que era un mentiroso, que en realidad me iba a ver con Valentina, yo le dije que en verdad necesitaba hacer vueltas importantes e intenté esquivarla, pero ella me empujó y se me colgó al cuello y me comenzó a besar y con una mano a tocar el chimbo que lo tenía embadurnado de semen. Sentir

esa fricción del semen con mi piel por obra de la mano de Susana, sentir la carne de sus labios, los pezones de sus tetas rosándome el pecho, todo eso me calentó tanto, que a pesar de que apenas me había acabado de echar el primer polvo, se me volvió a parar y entonces la tiré en la cama y la eché patas al hombro y se lo metí y ella cerró los ojos y comenzó a gemir de tal manera que me fue necesario taparle la boca para que sus padres no escucharan, después abrió los ojos, me quedó mirando fijamente y se quitó mi mano de la boca, me jaló de los brazos hacia ella y cuando tuvo su boca en mi oído me susurró:

—Cada vez que me lo metes me inyectas veneno.

Aquel día hicimos el amor un montón de veces, Susana estaba enardecía y se notaba que la heroína era la causante de ese enardecimiento, acabábamos un polvo y faltaba poco para que ella me empezaría a tocar y me lo hiciera parar de nuevo y comenzáramos a culiar otra vez. Cada uno de los polvos fue extremadamente placentero, hasta que al final, después de eyacular la última gota de semen, me quedé extendido y extasiado en la cama y sin darme la más mínima cuenta me dormí no sé por cuanto tiempo, pero cuando las caricias de Susana me despertaron ya estaba oscuro y miré la cara de Susana sonriendo encima de mí, con los ojos brillantes y atrás la ventana con la cortina corrida y la luz que entraba por ella nos cubría y daba a la cara de Susana un toque rosáceo en medio de la oscuridad mientras me acariciaba el pecho.

—¿con qué estabas soñando? —me preguntó; noté que aún no le pasaba el efecto de la heroína, o tal vez, se había inyectado más.

—Con nada —le dije.

—¿Estabas soñando conmigo? —me preguntó.

Miré sus ojos y su sonrisa y su nariz respingada, era realmente una chica hermosa, me sentí con mucha suerte de saber que esa chica que tenía ahí y que me sonreía estaba enamorada de mí.

—Si estaba soñando contigo —le respondí.

—¿en serio? —dijo.

Y se acercó a mí y me empezó a besar y al mismo tiempo comenzó a bajar su mano de mi pecho hacia mi chimbo y cuando lo tuvo apretado me comenzó a pajear y nuevamente eso me puso como un semental, entonces comenzó a bajar con su boca besándome la cumbamba, el cuello, el pecho, el abdomen, hasta que llegó a mi verga que aún estaba húmeda de semen y me lo comenzó a mamar, yo sentí que me iba a venir ahí mismo, la verga se me puso dura como concreto y tan caliente que parecía que estuviera envuelta en fuego y después de mamarla y dejármela bien tonificada se me trepó encima y me empezó a cabalgar y entonces siguieron otra seguidilla de polvos que realmente me asombro de la capacidad que tuve aquella noche para aguantar tanto. Al final, cuando ya había amanecido, Susana por fin se durmió, y entonces yo también caí en un sueño profundo y delicioso. Cuando desperté Susana aún permanecía dormida, el sol ya entraba por la ventana con vigor y miré la hora, eran la una de la tarde, la cara de Susana reflejaba que soñaba plácidamente y decidí no despertarla, así que me vestí y me fui, pero pasaron pocas horas para que me llamara preguntándome a donde estaba, le dije que en la casa descansando y no le mentía porque realmente estaba en la casa, pero ella comenzó a llorar y a decir que me encontraba con Valentina y que yo era un mentiroso y me reclamó por qué no me había quedado con ella.

—Porque quería descansar —le dije.

—¿y no te podías quedar descansando aquí conmigo? —me reclamó— si es verdad que no estas con esa zorra ven a mi casa y quédate conmigo.

El escuchar su llanto me conmovió y pensé que tenía razón, que podía descansar a su lado, así que le dije que me esperara que ya iba y al escuchar esto su voz cobró fuerza y brillo.

Así que ese resto de tarde la pasé con ella y al llegar la noche Valentina me llamó, pero no le quise contestar porque me sentía bien con Susana y no quería echar a perder el momento, así que me mantuve acostado con ella y volvimos a hacer el amor y después de eso nos pusimos a conversar, recordamos la época del colegio en la que nos conocimos y lo felices que éramos a pesar de mis infidelidades y nos reímos y ella me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—Cuanto quisiera volver a sentir la felicidad de cuando nos conocimos —me dijo y se fue quedando dormida.

Pero al otro día faltó poco para que nos pusiéramos a discutir, yo le reclamé el que estuviera inyectándose heroína y ella contestó, como siempre, echándose la culpa de todo, así que yo salí airado de su casa y ella se quedó gritándose todo lo que se le ocurría. Un par de horas después ya me encontraba con Valentina y decidí contarle que había descubierto a Susana consumiendo heroína. Ella me quedó mirando con asombro y me preguntó si era enserio.

—Es totalmente en serio —le contesté.

—¿y tú qué le dijiste?

—Que por qué lo hacía y me contestó simplemente que todo era culpa mía por engañarla. Cuando Valentina escuchó esto se quedó mirando al suelo pensativa.

—¿y tú crees que tiene razón? —me preguntó.

—No, eso lo dice simplemente para tener una excusa y seguir metiendo —le respondí.

Pero Valentina me quedó mirando y noté que sus ojos estaban llenos de duda.

—¿en qué piensas? —le pregunté.

—En que puede ser verdad lo que te dice —me contestó.

—Créeme, si vieras la forma en la que mete perico, fuma marihuana, bebe guaro, y ahora, se inyecta, incluso cuando estoy con ella, no pensarías lo mismo —le dije.

Y no le mentía, la forma como Susana consumía era increíble, y me pareció aún más increíble cuando me di cuenta de que cada vez consumía más, era sorprendente el nivel de resistencia que su cuerpo tenía para soportar los fines de semana despampanantes que vivía.

Con la heroína la actitud de Susana empezó a tornarse distinta, al principio me seguía llamando y entonces me pedía que fuera a verla, y cuando llegaba a su casa yo podía notar en sus ojos ese matiz cristalino que me indicaba que se había inyectado, y entonces me besaba y se portaba cariñosa y cogíamos hasta mas no poder, pero al siguiente día las peleas se encendían nuevamente porque yo no quería que se siguiera inyectando y mis reclamos siempre la tornaban agresiva.

Una tarde mientras me encontraba en la universidad Susana me llamó, me dijo que necesitaba que vaya a su casa, escuché a su papá al fondo gritando.

—¡Que venga ahora mismo ese cabrón! —decía.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Susana.

—Mis papás me acaban de descubrir —me dijo— por favor te necesito, no me dejes sola.

Yo salí directo hacia su casa y cuando llegué Susana me abrió la puerta con los ojos repletos de lágrimas, me hizo seguir y en la sala nos esperaban sus papas, su madre llorando y su papá rojo de la rabia. Cuando los saludé ellos no me devolvieron el saludo, yo ya presentía de lo que se trataba: Susana les había dicho que si se inyectaba heroína era por mi culpa. Y no me equivocaba porque apenas su mamá me comenzó a hablar me preguntó si estaba contento con lo que estaba causándole a su hija, que, si acaso no me daba cuenta de todo el daño que estaba haciéndole, que por qué no la valoraba. Yo no tenía palabras para responder, solo dije que yo valoraba a Susana más que a cualquier mujer, pero entonces su papá se enardecío y me dijo que yo era un desgraciado y un mentiroso.

—¿sabes lo que está haciendo esta asquerosa por tu culpa? —me preguntó— ¿lo sabes o no lo sabes? -me dijo alzando la voz.

—No, no lo sé —le dije.

—No me salgas con esas imbecilidades ahora —me dijo— estoy seguro que vos lo sabes todo ¿sí o no?

—No sé nada —le dije alzándole la voz y mirándolo a los ojos.

—¿ah no? Pues te voy a mostrar algo para refrescarte la memoria —dijo.

Y se fue a paso ligero a su habitación y cuando regresó tenía en su mano una jeringa la cual me mostró.

—De esto es de lo que te hablo —me dijo.

Y me tiró la jeringa que se estrelló en mi pecho y se vino hacia mi decidido a pegarme, pero yo me paré duro y me preparé para pelear, pero entonces Susana y su mamá lo agarraron e hicieron que se calmara en la medida de lo posible, todos estábamos sobresaltados y obviamente que razones sobraban.

—Esta relación ya no puede seguir más, ya no quiero volverte a ver nunca por aquí, andate y no vuelvas jamás —me dijo la mamá de Susana.

Entonces Susana les dijo llorando que por favor no le hicieran eso, pero su papá le dijo con voz fuerte que se callara y me gritó a mí que saliera inmediatamente de su casa y que no quería volverme a ver en su vida. Yo me iba a ir pero Susana se pegó a mí y aunque su papá la intentó separar ella comenzó a gritar como loca diciendo que no tenían ningún derecho a meterse en nuestra relación y mucho menos a acabar con ella, sus papas también le gritaron diciéndole que abriera los ojos, que esa susodicha relación no era más que un juego para mí y que la estaba hundiendo en la drogadicción, pero Susana me abrazó más fuerte y les dijo que por ningún motivo se iba a separar de mí y me intentó jalar hacia su pieza, pero su mamá se interpuso y le preguntó si es que no había oído lo que su papá le decía pero Susana la empujó con fuerza y la hizo a un lado, entonces su papá la jaló del brazo y le preguntó que le pasaba, que por qué empujaba a su mamá y entonces Susana lo quedó mirando con crudeza y pude mirar sus ojos lacrimosos y noté en ellos lo que le pasaba y es que estaba en pleno efecto de la heroína, entonces, Susana lo ignoró e intentó seguir de largo pero su papá la regresó con tremendo sacudón.

—¡Déjame en paz! —le gritó entonces Susana.

Y levantó la mano para pegarle una cachetada, pero yo la detuve y le dije que se calmara, que yo me iba a ir y ya charlaríamos otro día de todo lo sucedido, pero ella no me soltó.

—Si te vas, yo me voy con vos —me dijo.

Y se aferró de tal manera a mí que me despertó todo el amor que sentía por ella y sentí que no debía dejarla sola.

—Está bien, vámonos —le dije.

Entonces su papá la emprendió contra mí y me intentó agarrar del cuello pero yo se lo impedí y comenzamos a forcejear, entonces Susana y su mamá nos agarraron hasta que nos separaron y Susana empujó a su papá y le gritó que la dejara tranquila, que no se metiera en su vida, pero Susana aún no había terminado de hablar cuando su papá ya la tenía agarrada del brazo y la comenzó a arrastrar hacia su cuarto. Yo intenté caerle encima y frenarlo, pero la mamá de Susana me detuvo diciéndome que me fuera, que no me buscara más problemas y que no complicara más las cosas, de tal modo que volví un poco en mí y pensé que tenía razón, que lo mejor era irme y ver a Susana otro día con más tranquilidad.

A Susana verdaderamente le disgustó que sus papás me impidieran la entrada a su casa, por supuesto que nosotros no terminamos nuestra relación y continuamos viéndonos, aunque claro, mucho menos de lo que ella hubiera querido, porque yo aún seguía con Valentina y me la pasaba el mayor tiempo con ella, pero aun así me quedaba tiempo para llevar a Susana a mi casa y hacer el amor. Una noche me ofreció que me inyectara heroína con ella y yo me negué, diciéndole que eso era de las peores mierdas que podía haber.

—¿y por qué dices eso? —me preguntó.

—Porque es muy adictiva —le contesté.

—No —me dijo— vos dices eso porque eso es lo que te han dicho, lo mismo te decían del perico y la marihuana y, sin embargo, hoy hueles y fumas y yo no veo que seas un indigente como se supone que deberían ser los que consumen esas drogas. Lo mismo pasa con la heroína, la gente ha inventado muchas cosas sobre ella, pero al fin y al cabo no llegan a ser nada más que habladurías, lo único que hace es darte una sensación como ningún otra y a mí me gustaría compartir esa sensación con vos, por favor, inyéctate aunque sea solo un poco conmigo.

Ella sacó la jeringa llena de heroína y me la ofreció.

—Inyéctate la mitad y yo me inyecto la otra mitad —me dijo.

Pero yo me negué y le dije que guardara eso porque no lo iba a hacer.

—¿sabes cuándo lo vas a hacer? —me dijo— el día en que esa perra te haga mierda como vos me hiciste mierda a mí, ese día nos inyectaremos juntos y verás que no es tan mala.

Demás está decir que yo no dejaba que Susana se inyectara en mi casa y por eso casi siempre llegaba bajo los efectos de la heroína y nos poníamos a culiar. Pero las visitas de Susana no siempre eran en buenos momentos, en más de una ocasión llegó justo cuando me encontraba con Valentina y entonces teníamos que dejarla golpeando hasta que se cansaba y se iba.

La sociabilidad de Susana eventualmente empezó a cambiar, se empezó a alejar por completo de sus amigos. Una tarde me dijo que no necesitaba a ninguna persona más que a mí a su lado y yo noté en su cara que unas grandes ojeras se le empezaban a formar y que tenía los cachetes chupados y sus dientes se empezaban a tornar amarillos.

Un día inesperadamente recibí una llamada de la mamá, me dijo que por favor fuera a la casa porque necesitaba hablar conmigo. Expectante de lo que pasaba agarré el bus hacia la casa de Susana y cuando llegué me abrió su mamá con los ojos rojos, me hizo pasar y en la sala nos esperaba su esposo. Me dijeron que Susana estaba mal y yo les pregunté qué le pasaba, pero ellos no contestaron nada y afanados me llevaron a su habitación y cuando entramos la encontramos tendida en la cama con los ojos medio cerrados y fijos en el techo y con la boca sonriente.

—La encontramos así, con estas tres jeringas en el suelo —dijo su mamá indicándome las jeringas que sostenía en una mano.

Yo me senté en la cama junto a ella, le acaricié el rostro y le pregunté como estaba, pero no me contestó, como era obvio, a pesar de que estaba despierta parecía que se mantenía soñando en un lugar muy lejano de donde nosotros estábamos, evidentemente estaba al filo de sufrir una sobredosis.

—Conocemos el estado en que esta maldita droga la pone —dijo su papá— pero ahora está mucho peor, parece que cada vez consume más y más, esto está acabando con mi niña —dijo y se puso a llorar.

Después de que estuvimos un rato contemplando en silencio a Susana estirada en la cama, su mamá nos pidió que saliéramos a la sala. Una vez estuvimos ahí me pidió que me sentara y entonces me comenzó a decir que la situación de Susana cada vez empeoraba más y que ya no sabían que hacer,

que intentaban enderezarle el camino por todas las formas, pero ella no mostraba signos de recuperación.

—Por eso te queremos pedir que nos ayudes —me dijo— sabemos que ella te hace más caso a ti y que puedes convencerla, por favor, dile que se aleje de todas esas drogas que tanto daño le hacen y que vuelva a la universidad, y por favor, ya no la hagas sufrir, ya no le hagas más desplantes.

¿Qué le podía contestar yo en esos momentos? Susana se encontraba en una situación lamentable y en los ojos de sus papás se notaba una angustia que se los comía a pedazos.

—Yo ya he hablado muchas veces con Susana sobre esto —le dije— le he dicho muchas veces que deje las drogas, pero ella no me hace caso.

—Ella ha sufrido mucho por culpa tuya —me dijo entonces su papá— lo mejor que puedes hacer para ayudarla es dejarla de hacer sufrir.

Yo no supe cómo explicarles que la causa de las adicciones de Susana no era yo, que así me mantuviera las veinticuatro horas de los siete días de la semana con ella, no iba a dejar de consumir, pero no podía decirles eso en esos momentos, así que les dije que iba a intentar arreglar las cosas que iban mal en nuestra relación.

Después de que terminamos la conversación regresé a la habitación de Susana, ella aún permanecía en la cama bajo el efecto de la heroína, me acerqué y me senté a su lado, estaba totalmente fugada de este mundo y me pregunté qué es lo que estaría sintiendo, evidentemente sentía placer, un placer que la tenía perdida y ciega, tan ciega que no se daba cuenta en el abismo escabroso por el que iba bajando. Pasé mi vista por sus brazos y noté algunos enrojecimientos, me acerqué más y pude ver en su brazo derecho varios pinchazos de aguja, sentí una profunda tristeza de que la mujer que amaba se encontrara en esa situación, entonces, me acosté a su lado y me puse a contemplarla y a recordar tantos momentos que habíamos pasado y estaba en esto cuando de repente sentí un olor agrio, un olor aún tenue, pero fastidioso e incómodo. Me pregunté de donde emanaba y me puse a mirar por el suelo y las paredes de la habitación y también debajo de la cama y el cuerpo mismo de Susana, pero no encontré nada que pudiera ser fuente de ese olor, así que supuse que era producto del rastro que dejaba la heroína, aunque yo no sabía a ciencia cierta a que olía la heroína, pero fue lo único que se me ocurrió. Parecía que aquel olor había permanecido flotando en la habitación desde hacía muchas horas y me pareció extraño que no lo hubiera sentido antes, pero supuse que todo era a causa de que era un olor débil, muy débil, sí, pero también muy desagradable, de repente Susana se rio suavemente y volteé a verla, se había dormido, me pregunté con qué podría estar soñando que le provocara risa, parecía que el efecto poco a poco le iba bajando, la metí debajo de las cobijas y entonces noté que ya había comenzado a anochecer, así que le di un beso en la boca y me fui.

Aquella noche me puse a pensar en la conversación que había tenido con los papas de Susana y en la situación en que ella se encontraba, realmente estaba dispuesto a ayudar para que mejorara, pero desde el principio tuve mis dudas sobre lo productivo que resultaría esa ayuda, pues yo sabía que las adicciones son bastante pesadas y difíciles de solucionar, pero aun así me decidí a pasar más tiempo con Susana y a dejar de verme tan seguidamente con Valentina.

Le expliqué a Valentina todo lo que pasaba, pero ella digamos que no se mostró tan comprensiva como yo esperaba, noté en su cara algo de rabia, yo sabía lo que pensaba, se sentía como aquella mujer que tiene que conformarse con ser la del segundo lugar, como un residuo. Tuvimos una breve discusión y después de que nos despedimos me puse a pensar quien ocupaba el primer lugar entre Susana y Valentina. Las dos eran hermosas. Por un lado con Valentina me sentía vivo, pasar el tiempo con ella era más revitalizante para mí que pasarlo con Susana, quien cada vez se hundía más en el fango de las drogas, pero por otro lado con Susana tenía un vínculo fuerte e íntimo y seguía sintiendo

un amor tan profundo y peculiar por ella que me impedía hacerla a un lado. A la hora de la verdad las dos eran importantes para mí y no estaba dispuesto a dejar a ninguna, así que me pareció absurdo poner a una por encima de la otra.

Pero aunque las dos tenían para mí la misma importancia, tenía que pasar más tiempo con Susana para ayudarle con su adicción, aunque, como dije, yo sospechaba desde el principio que eso no iba a servir para nada, pero aun así hice el intento y comencé a visitarla con más frecuencia, comenzamos a salir más seguido y le comencé a contestar más las llamadas. Yo me sentía bien con ella cuando estaba de buen humor, me sentía en el seno de una mujer que me conocía desde hace tanto tiempo y me abrigaba con su amor, pero las peleas nunca faltaban y el fantasma de Valentina salía a flote, aunque Susana nunca se refería a ella por su nombre sino como a una zorra, como a una perra descarada. El consumo de drogas por parte de Susana como yo esperaba tampoco disminuyó, a lo largo de semana fumaba marihuana, olía perico y se inyectaba heroína, pero todo eso explosionaba los fines de semana en los cuales Susana creó que llegaba a triplicar sus niveles de consumo y al final siempre terminaba sumergiéndose en un mundo aparte, comenzó a desvariuar y algunas veces incluso llegó a tener alucinaciones. Igualmente fracasaron mis intentos por convencerla que volviera a la universidad, decía que no le interesaba para nada ese lugar y que mucho menos estaba dispuesta a volver para escuchar por horas enteras las chacharas de viejos desagradables, así que terminó por alejarse definitivamente de sus amigas y empezó a volverse más callada.

Entre tanto la situación con Susana no daba vistos de mejorar yo no me dejaba de ver con Valentina, aunque fuera por menos tiempo, hablábamos casi todos los días, a veces la llamaba yo y a veces ella me llamaba a mí, pero aunque el tiempo que le dedicaba a Valentina era menor, Susana no faltaba en llamarme y reclamarme, yo siempre le salía con excusas inútiles y estúpidas; un día, mientras me encontraba con Valentina, Susana me llamó especialmente histérica, comenzamos a alegar y yo dado al putas le saqué en cara todo el tiempo que le había estado dedicando.

—¡Ese tiempo no es suficiente para mí! —me grito— ¿acaso no entiendes? Yo quiero todo tu amor para mí, mientras haya alguien más a quien ames, yo no voy a tener paz, vienes ahora a la casa o te juro que me inyector hasta tener una sobredosis.

Intenté responderle pero ella no me dejó pronunciar palabra diciéndome que no quería excusas y me colgó, yo me quedé con el celular en las manos y me llené de rabia. No tuve más opción que explicarle a Valentina lo que pasaba y me despedí de ella y fui a la casa de Susana. Pero no valió de nada porque cuando llegué Susana ya estaba en su cuarto sumergida en el efecto de la heroína. Apenas entre sentí ese olor agrio de su habitación que me parecía que cada vez se hacía más fuerte y eso aumento la rabia que ya de por si tenía, Susana me vio y se tiró hacia mí.

—Mi amor, me alegro muchísimo de que estés aquí —me dijo.

Pero yo ni siquiera la abracé porque estaba dado al putas al ver cómo me manipulaba.

—¿Qué es lo que tienes en esta habitación? —le pregunté.

—No tengo nada, solo estoy yo —me dijo.

Y no sé por qué, pero su voz pareció cambiar al pronunciar estas palabras.

—No te estoy preguntando si alguien más aquí —le dije— lo que pasa es que hay algo que me huele raro.

Ella me quedó mirando con severidad, pero al instante cambió su expresión y me sonrió, pero alcance a mirar un filo en sus ojos que me dieron la impresión de que Susana era una mujer totalmente diferente.

—No sé, a mí no me huele a nada —me dijo— pero eso no es lo importante, lo importante es que estamos juntos.

Entonces me agarró y me llevó hacia la cama y comenzamos a hacer el amor, nos echamos un polvo después del cual inesperadamente me quedé dormido sintiendo el cosquilleo de las caricias que Susana me daba en el pecho; entonces, tuve una sucesión de sueños horribles, soñé con personas deformes, soñé que yo mismo era un man grotesco y deformé que le daba asco a las mujeres, soñé que había nacido sin pene y que vagaba por el mundo excitándome con cada mujer que veía sin nunca poder cogerme a ninguna, soñé con personas que me perseguían para matarme, soñé que habitaba en una ciudad desértica en la que el cielo siempre permanecía oscuro y nunca paraba de llover, soñé que estaba preso en una mazmorra por cuyas paredes se filtraba el agua y en la que los vigilantes eran unas sombras que me alimentaban con vísceras de animales crudas, en fin, tuve una seguidilla de pesadillas horripilantes, muchas de las cuales ya no recuerdo, hasta que al final sentí una caricia en el rostro que me despertó (o algo que me pareció una caricia) pero cuando abrí los ojos no había nadie a mi alrededor. Estaba sobresaltado y además de eso el olor agrio de aquel cuarto me había llenado de nauseas. Busqué a Susana pensando que había sido ella la que me había acariciado para despertarme, pero no estaba por ningún lado. Sentí una especie de desahuciamiento o de despojo, quise escapar de aquel olor asqueroso de la habitación y me levanté y me vestí, entonces, salí de la habitación y llamé a Susana, pero nadie me contestó, la casa estaba vacía dado que su papá estaba trabajando y su mamá se había ido a hacer una vuelta, la llamé de nuevo sin obtener respuesta y cuando la iba a llamar una vez más escuché el sonido de la ducha encendida. Cuando estuve a un par de pasos del baño escuché como Susana susurraba.

—Un olor fuerte, un olor fuerte, en realidad no sabe lo que es un olor fuerte, no sabe nada —decía. Pero su voz era distinta, era igual a la voz que le había escuchado antes en su habitación cuando apenas había llegado. Me quedé parado en la puerta escuchándola por un rato, hasta que su voz me pareció tan irreconocible que hasta llegué a pensar que no era Susana la que se encontraba en el baño, entonces le golpeé la puerta y ella se calló al instante, como si de repente la hubieran descubierto haciendo o diciendo algo inapropiado.

—¿Susana? —pregunté como para comprobar si en verdad era ella.

—¿si mi amor? —contestó ella con su voz de siempre desde adentro del baño.

—¿Te demoras en salir? —le pregunté como por decirle algo.

—No amor, no me demoro nada, salgo en un momento.

—Está bien —le dije.

Y me quedé en el corredor esperando a que se acabara de bañar y no tardó mucho en salir envuelta en una toalla y con el cabello húmedo, me quedó mirando con una seriedad que me pareció fría y extraña.

—¿te pasa algo amor? —me preguntó.

—No me pasa nada —le dije— ¿Por qué?

—Por qué pareces algo irritado, te noto un poco perdido.

—Ahh es que tuve unos sueños feos, pero nada más.

—Ay amor acompáñame a vestirme y me los cuentas ¿sí?

Yo no tenía el ánimo ni el estómago para entrar nuevamente a esa habitación, así que le dije que tenía que irme porque tenía algunos trabajos pendientes, y justo cuando esperaba que ella insistiera en que me quedara, se acercó a mí, me dio un beso y se despidió.

—Nos vemos mañana ¿sí? —me dijo.

—Claro amor —le dije— mañana nos vemos.

Desde ese día comprendí aún mejor que todo era infructuoso, que no podía seguir dejándome manipular por Susana, así que decidí que no debía continuar haciendo a Valentina a un lado como lo

venía haciendo, porque si no en verdad cualquier otro más podía quitármela, yo sabía lo mucho que la ofendía el que yo la dejara para ir a encontrarme con Susana, aunque lo ocultaba bien. Así que al otro día en la universidad me encontré con ella totalmente dispuesto a permanecer a su lado y cuando Susana me llamó no le contesté, pero ella siguió insistiendo una y otra vez hasta que decidí que era mejor apagar el celular y cuando llegó la noche salimos con Valentina y nos emborrachamos y terminamos cogiendo en un hotel. El cuarto de aquel hotel en el que estábamos me pareció límpido y luminoso y pensé que era totalmente diferente al cuarto de Susana con aquel olor insoportable.

Al otro día, al llegar a la casa por la mañana mi mamá me informó que Susana me había ido a buscar muy alterada y al escuchar que yo no estaba había pedido pasar a la casa para comprobar que mi mamá no le mentía. Mi mamá la había hecho pasar y Susana se había puesto a buscar por todos los rincones que podía y al comprobar que en verdad yo no estaba se había soltado a decirle a mi mamá todo lo que yo le hacía y a insultarme sin cesar.

—Su cara estaba totalmente descompuesta, hasta me dio miedo —me dijo mi mamá— sería bueno que la fueras a ver porque en verdad estaba muy alterada ¿Por qué no dejas de jugar con esa pobre niña? —me dijo enfadada mi mamá— si quieres andar con otra dile que ya no quieres nada con ella, pero no la mantengas en ese limbo, me dijo que vos no le contestabas ni querías estar con ella y que eso era lo que la estaba volviendo adicta a las drogas ¿acaso no has visto la cara de esa muchacha? ¡Esta irreconocible!

—No es culpa mía que ella sea una adicta —le dije— todo lo que dice de mí es solo una excusa para poder drogarse como le plazca, he estado dedicándole tiempo y no ha dejado de consumir ninguna de esas chimbadas.

Mi mamá y yo seguimos discutiendo hasta que al final me dijo como conclusión que sea lo que sea que pasara entre Susana y yo lo mejor era que la fuera a ver, yo me dejé convencer de sus palabras así que me arreglé, desayuné y salí a la casa de Susana, pero cuando estuve allí nadie me abrió. Pensé que tal vez su mamá había salido a alguna parte y que lo más probable es que Susana se encontrara drogada y que lo menos que le importaba era abrir la puerta, aun así la llamé al celular pero no me contesto, así que no tuve más opción que volver a mi casa y tomar un descanso de la farra de la noche anterior. Por la tarde estuve con Valentina en la universidad y cuando llegó la noche volví a la casa de Susana, me abrió su mamá y cuando le pregunté por ella me respondió con asombro que no se encontraba, que había pensado que estaba conmigo, así que preocupada la llamó pero tampoco le contesto, igualmente llamó a algunas de las amigas de Susana pero no se encontraba con ninguna de ellas, así que fue y le contó a su marido lo que pasaba y en tan solo un momento se montaron al carro y salieron a buscarla. Yo por mi parte cogí el bus y fui hasta el centro y la comencé a buscar por todos los bares que sabíamos frecuentar, le pregunté a los meseros y a los barman y a algunos conocidos, pero ninguno la había visto. Al final no me quedó de otra más que regresar a la casa, estaba totalmente preocupado, Susana se había desaparecido todo el día y no me había hecho ninguna llamada, lo cual era absolutamente nuevo, ni una llamada para preguntarme en donde estaba o para pedirme que fuera a su casa. En ese momento quise que por lo menos me diera una de las tantas llamadas que me había hecho el día anterior, pero me fui a la cama y no me llamó hasta que me quedé dormido y soñé que Susana se encontraba caminando hacia una ciudad lejana, cuyos edificios y casas se encontraban sumidos en la oscuridad y yo salía corriendo detrás de ella e intentaba alcanzarla pero me resultaba imposible, entonces le comenzaba a gritar que se detuviera, que la ciudad a la que iba era tremadamente fea, pero ella seguía caminando como si no me escuchara y yo continuaba corriendo y gritando tras ella hasta que sentía que el corazón se me iba a estallar de la agitación y entonces el timbre del celular me despertó. Al ver que era Susana la que me llamaba sentí

una sensación de alivio; le contesté, pero nadie habló, solo se escuchaba un ruido parecido al de un televisor sin señal, luego se escuchó la voz de Susana entrecortada y la llamada se cortó, entonces la llamé nuevamente y nuevamente la voz de Susana se escuchó entrecortada, hasta que por fin se la pudo escuchar claramente.

—Halo halo —decía.

—Sí, halo.

—¿Mi amor me escuchas bien?

—Si te escucho —le dije.

—Ay mi amor, discúlpame es que la señal de mi celular está muy mala, no sé qué le pasa —me dijo evidentemente borracha.

—Está bien, no te preocupes. ¿en dónde estabas metida? Tus papás y yo estábamos buscándote como locos —le dije.

—Estaba con unas amigas tomándome unos tragos —contestó.

—¿en dónde?

—En un bar que no conoces ¿me imagino que no estas bravo no? Porque vos haces lo mismo y te vas y nunca contestas

—No estoy bravo, solamente estaba preocupado.

Aunque la verdad era que si estaba molesto, pero no tenía como reclamar al ver como ella me recalcaba que yo tampoco le contestaba cuando salía.

—No te preocupes —me dijo— ya estoy en casa, tuve una pequeña discusión con mis papás, pero eso es todo.

Desde aquel día Susana dejó de llamarme con tanta insistencia, yo noté de inmediato que algo le pasaba, cuando iba a visitarla se la miraba mucho más abstraída de todo, se volvió más callada, mucho más de lo que ya se había vuelto y se mostraba mucho menos emocionada cuando me miraba llegar, una noche le pregunté qué era lo que le pasaba.

—¿Qué es lo que me pasa de qué? —me preguntó.

—Pues te noto más distante ¿acaso ya no te gusta estar conmigo? —le dije.

—No digas eso amor, estar contigo es lo que más me gusta.

Sus palabras me confundían, por un lado, parecía ser sincera, pero después parecía olvidarse de todo lo que la rodeaba y se sumía en silencios prolongados, incluso a veces sin necesidad de drogarse.

La segunda vez que Susana desapareció fue entre semana, ya era de noche y sus papás llegaron a buscarla a mi casa, pero yo no la había visto en todo el día, entonces, me pidieron que los llevara a los bares o los lugares en los que yo pensaba que podría estar y aunque no fue una idea que me agradara, acepté y nos fuimos a los bares del centro. Preguntamos por ella pero nadie la había visto, después les dije que fuéramos a unos bares más alejados del centro que eran aquellos a los que yo iba cuando estaba con otras chinas y no quería que Susana me encontrara. Recorrimos la ciudad de extremo a extremo pero no estaba en ningún lado, resignados decidimos regresar, todos estábamos en silencio, mirando por las ventanas por si de casualidad observábamos a Susana en alguna de esas calles, pero entre las caras que miramos, ninguna era la de Susana. En el auto se respiraba un aire de tensión, si yo estaba subido en aquel carro no era por que los papás de Susana así lo quisieran o porque lo quisiera yo, sino porque en tales situaciones uno tenía que tragarse el odio y buscar a aquellas personas que podrían ayudar a solucionar el problema, pero en ese momento el problema no estaba resuelto y Susana seguía sin aparecer, de repente la tensión que había en el aire hizo ¡toc! Y el papá de Susana rompió el silencio.

—Si hubieras sido fiel con mi hija no estaríamos pasando por esta situación —dijo.

Yo guardé silencio.

—Deberíamos dejarte tirado aquí mismo, eso es lo que te mereces —dijo.

—Si eso es lo que quiere pare y yo me bajo —le contesté.

Pero el siguió conduciendo.

—No entiendo como mi hija puede estar enamorada de alguien como vos, alguien que vale tan poco —dijo.

Entonces no pude aguantarme más ¡era suficiente! Ya había aguantado demasiados insultos y acusaciones.

—Si Susana mete drogas no es culpa mía —le dije con rabia— sino porque le gustan mucho como para dejarlas.

Entonces el papá de Susana paró el carro y alzándose la voz me dijo que me bajara.

—Bájate ahora mismo del carro cabrón —dijo.

Yo me bajé y apenas hube cerrado la puerta del carro este echó a andar y yo eché a caminar lleno de una rabia que era una combinación de todo un poco, rabia de la situación en la que se encontraba Susana, rabia de mi incapacidad de entregarle mi tiempo por completo a Valentina o a Susana, rabia de que me culparan por las adicciones de Susana, rabia de que Susana no me contestara el celular, rabia de no saber en dónde estaba, rabia de ser un man que no podía conformarse con una sola mujer, rabia de tener que caminar hasta mi casa, tenía rabia con el mundo entero y conmigo mismo.

En vista de que el trayecto era largo me compré unos cuantos cigarrillos para que me ayudaran a distraer, todo el camino estuve pensando en cosas que me exasperaban. Cuando llegué a la casa me había fumado todos los cigarrillos, la piedra no se me quitaba y así me metí a la cama, quería decirle tantas cosas a un montón de personas, me sentía como un tigre enjaulado que anhelaba atacar a sus captores, pero no podía hacer nada más que rugir y dar vueltas de una lado para otro en la jaula que lo mantenía atrapado sin llegar a alcanzarlos; y así me quedé dando vueltas en la cama y soltando insultos entre dientes, sin poder dormir, hasta que de pronto el celular sonó. Era Susana, le contesté con la intención de decirle unas cuantas cosas, pero lo único que escuché fue el ruido de una interferencia, me quedé esperando para ver si la señal mejoraba, pero la interferencia siguió chirreando, así que colgué y faltó poco para que Susana me volviera a llamar, pero cuando le contesté la cosa no había cambiado, la interferencia se mantenía resonando y yo esperé para ver si lograba escuchar a Susana, de repente, escuché su voz que decía halo halo, me escuchas, pero se la escuchaba entrecortada, lenta y con ecos y extremadamente grave, al final, no tuve más opción que colgar y esperar a que llamara de nuevo, pero no lo hizo, por lo cual la llamé yo, pero la interferencia no desaparecía, eso hizo que me exasperara más de lo que estaba.

—Esa piroba se puede ir al infierno —dije.

Y colgué y tiré el celular al nocheo.

Al otro día tuve que timbrarle varias veces para que me contestara, cuando lo hizo escuché su voz apagada, como si tuviera la garganta adormecida, le pregunté en dónde había estado la noche anterior.

—Estuve con unas amigas —me dijo.

—¿Y cuáles amigas son esas? —le pregunté.

—No las conoce —me dijo.

—Tus papás y yo estuvimos buscándote por toda la ciudad.

—Pues no deberían haberse molestado, yo se cuidarme sola.

—Eso deberías decírselo a tus papás, para que no me echen la culpa de todo lo que haces.

—No te preocupes ya se los deje bien claro.

Sus palabras eran cortantes, parecía que no quería hablar conmigo y yo todavía estaba con rabia, así que sin más, nos despedimos.

La tercera vez que Susana desapareció fue unos cuantos días después, en los cuales yo no la había ido a visitar, porque no podía tragarme mi orgullo frente a sus papás ni frente a ella y en los cuales ella tampoco se había preocupado por ir a visitarme ni llamarme, así que era yo quien la llamaba y entonces me encontraba con una Susana cortante y seca, una Susana que ya no me preguntaba con quién estaba ni en donde y que no me pedía que la fuera a visitar. Por aquellos días algunas de sus amigas de universidad me preguntaron qué había pasado con ella que ya no la habían visto por ningún lado, yo les contesté que estaba afrontando algunos problemas personales.

—¿entonces es definitivo que ya no volverá a la universidad? —me preguntó una de ellas.

—Quien sabe —le dije— de pronto cuando resuelva sus problemas.

—Yo la he ido a visitar —dijo otra— pero a veces nadie me abre y cuando lo hacen sus papás me dicen que no está, aunque una vez noté que alguien corría la cortina para ver quien golpeaba y cuando volteé a ver la cerraron con rapidez, tal vez lo único que no quiere es abrir la puerta ni hablar con nadie —me dijo en tono como de reclamo.

—La verdad no sabría decirte —le contesté— hay veces en las que se encuentra muy indispuesta.

—Parece que se está volviendo una persona muy solitaria —dijo otra.

¿con quién salía Susana? me había dicho que eran amigas que yo no conocía y no sabía si creerle o no, pero si era verdad, lo más seguro es que fueran amigas adictas al igual que ella, o tal vez no fueran amigas sino amigos. Mi curiosidad aumentaba y me di cuenta que la Susana que tanto conocía de repente se me había vuelto una incógnita ¿Qué tipo de relación era la que manteníamos? Ya llevábamos más de 15 días sin vernos, en los que el único contacto que habíamos mantenido eran las llamadas que yo le hacía y en los que además yo me los había pasado con Valentina. Pero yo la seguía queriendo, aunque ciertamente ya no era la Susana que yo había conocido, pero ¿ella me seguía queriendo a mí? No sé por qué, pero yo me sentía seguro de que si, que aun teníamos un lazo fuerte que nos unía.

Una noche, después de un día muy estresante en la universidad, decidí salir con un par de amigos a tomarme unos guaros, primero estuvimos en los bares cercanos a la universidad y después decidimos subir al centro a buscar a una hembra que le gustaba a uno de mis parceros. Cuando mi partero la encontró ella estaba con algunas amigas que estaban buenas y se prestaban para pasar una buena noche, empezamos a beber con ellas y yo me comencé a hablar a una a la cual al cabo de un rato me la comencé a vacilar y después a manosear; estaba cerca de llevármela para la casa y cogérmela pero de buenas a primeras la vieja que le gustaba a mi partero dijo que se tenían que ir y no pudimos retenerlas aunque mi partero, que estaba bien tragado, le rogó a la vieja que le gustaba que se quedara. Así que nos quedamos los tres y mi partero se quedó despechado y empezó a gastar hervidos, llegó un momento en el que me sentí muy prendido y decidí salir a tomar aire y cuando estuve en la calle quise dar una vuelta para ver si me encontraba a alguna hembrita que me bajara la arrechera que me había dejado la amiga de la hembra de mi partero; así que me encontraba caminando, cuando de repente alguien que ni siquiera vi llegar me interceptó con efusividad.

—¿ey partero estas buscando a Susana? —me preguntó.

Era un tipo de cabello corto y despeinado, aunque lo tenía embadurnado en gel, de ojos saltones y cara chupada, flaco y vestía un gabán negro que le llegaba hasta los pies, no lo había visto en mi vida.

—¿acaso vos la conoces? —le pregunté.

—Partero déjeme decirle que su mujer se encuentra en el basurero —dijo.

—¿en el basurero? ¿y vos como sabes eso?

—Mi socio, yo solo le doy la información, pero si no quiere creerme vaya y mírelo con sus propios ojos. Se notaba que el man estaba hasta el culo de perico, cajiaba tanto que daba la impresión de que tenía la mandíbula zafada, después de decirme eso se fue a paso ligero con el gabán ondulándole.

Esas palabras me dejaron frío, claro que yo ya me había imaginado que Susana se podría estar yendo a meter a alguno de esos lugares frecuentados por drogadictos, lugares que yo conocía y en los cuales me había pegado una que otra farra, lugares además en los cuales yo ya la había buscado sin ningún éxito, el único de esos lugares al que no había ido a buscarla era el basurero, porque no se me había ocurrido que fuera capaz de ir a meterse a un lugar de esas características, en el cual se encontraban los desecharables más llevados y desagradables.

Sin pensar en más agarré un taxi y me fui a buscar a Susana, cuando ya estábamos cerca al basurero el taxista me dijo que para allá ya no seguía así que me bajé y le pagué la carrera mientras él me veía como si pensara que yo era uno de aquellos drogadictos que frecuentaban aquel sitio. El taxi arrancó y yo continúe hasta que llegué al pequeño bosque y me comencé a adentrar entre esos árboles hasta que quedé en total oscuridad y para alumbrarme un poco tuve que prender el celular y de repente escuché una voz.

—Ey parcer que busca —dijo.

Yo miré a mi alrededor y entonces de los árboles salieron tres sombras, yo sabía que no podía decirles que estaba buscando a alguien porque entonces no me permitirían seguir.

—Estoy buscando un perico —les contesté.

—Claro parcer, se le tiene ¿de cuánto? —me dijo uno de ellos.

—Uno de 10 —le dije.

—¿solo de 10? —dijo con impresión para darme a entender que esa cantidad era muy poco.

—Si parcer es que ya no tengo casi nada de plata.

—Ahh bueno socio —dijo con tono de decepción o de rabia.

Entonces uno de ellos encendió una linterna y me apuntó directo a los ojos, cosa que me encandilo; el otro buscó entre un canguro que tenía amarrado al cuerpo y sacó una bolsa de diez y me la pasó, yo busqué en mi bolsillo y saqué los pocos billetes que me quedaban.

—Pero ahí tienes más de 10 lukas mi socio —dijo uno.

—Sí, pero necesito para regresar a mi casa que queda en la puta mierda —le contesté.

—Ahh bueno parcer no se preocupe, de todos modos, sepa que usted puede venir acá cuando quiera y en total confianza que aquí lo tratamos bien ¿y mi parcer piensa entrar al basurero o solo vino a comprar?

—Voy a entrar —le contesté.

—Bueno parce entonces siga de aquí derecho hasta que encuentre un peladero en donde hay una choza y unas carpas armadas y si necesita más por aquí vamos a estar.

—Todo bien mis socios —les dije.

Y eché a caminar y ellos apagaron la linterna y se pusieron a conversar.

Caminé más o menos un par de minutos hasta que escuché un quejido y cuando volteé a ver miré una sombra apoyada contra un árbol, era un man desvariando; de ahí pa allá seguí encontrando manes, algunos tirados en el suelo, otros hablando solos, otros totalmente callados. El lugar olía a mierda por lo cual me di cuenta que los drogadictos se cagaban en donde podían, tuve que llegar casi al final, hasta que vi dos sombras en el suelo, una encima de otra, reconocí los quejidos de Susana y entonces aceleré el paso y vi como un desecharable le chupaba las tetas a Susana con sevicia mientras ella se mantenía en el suelo totalmente alucinada, entonces, le di un zapatazo al man que lo hizo estirar en el suelo y trató de ver quien le pegaba, quiso decir algo pero la lengua se le enredaba, me llené de

rabia al ver a Susana con la blusa bajada, se habían aprovechado de una de las personas que más amaba, entonces le comencé a dar patadas a ese indigente en el suelo, todas en la cara, no podía frenarme, quería matarlo, sentía como los golpes sonaban y el desechable gritó pero no por mucho, hasta que noté en la oscuridad que su cara era una mancha roja por la sangre y me di cuenta que lo había dejado inconsciente y solo ahí pude parar y contener la rabia, entonces me ocupé de Susana, le limpié los senos que los tenía repletos de babas, le bajé la blusa y le pégue algunas palmadas en la cara para ver si reaccionaba, pero todo fue en vano, así que la cargué y empecé a caminar de vuelta tratando de no seguir el mismo camino por el que había llegado, para no encontrarme con los neas que vigilaban en el bosque; pero aunque me alejé lo más que pude de ese camino, todo fue infructuoso porque en determinado momento resonó una voz en medio de los árboles.

—Ey parcero ¿Qué es lo que lleva ahí? —dijo.

Noté que no era la voz de ninguno de los manes con los que me había cruzado antes al llegar, entonces, de entre los árboles surgieron dos sombras que se dirigieron hacia mí y uno de ellos me volvió a preguntar qué era lo que llevaba en los brazos y de inmediato prendió una linterna con la que me encegueció y después apuntó a Susana.

—Esta es la hembra que llegó hace poco ¿A dónde te la llevas? —dijo.

—Ella es mi novia —les dije— vine a traerla.

—Claro, eso ya lo vemos ¿pero a vos quien te dio permiso para que te la llevaras? Yo veo que tiene piernas, y si se quiere ir puede irse ella sola —dijo

la encandilación me pasó y entonces pude ver a los dos manes que estaban al frente mío, uno mulato con trenzas y otro trigueño que era el que me preguntaba y tenía los dientes partidos; los dos tenían cara de chirretes y eran flacos y altos.

—No me dio permiso nadie, pero ella es mi novia y me la voy a llevar —le contesté.

—¿entonces te vas a poner de muy aletoso? —me dijo el mulato agresivamente apretándome del brazo.

—No la voy a dejar aquí —le dije en tono duro— un man estaba a punto de violarla ¿vos crees que la voy a dejar tirada en esta situación con un montón de perdidos?

Los dos manes miraron a Susana.

—Esta hembra ya está más perdida que un culo —dijo el trigueño— incluso más que los que vistes allá, ya no la salva es nadie.

—Puede ser —respondí— pero yo por lo menos no la voy a dejar tirada.

Los dos manes se quedaron callados, como pensando, mirándonos a Susana y a mí.

—¿Sabes qué? que se la lleve —le dijo entonces el mulato al otro— pero esta es la primera y última, porque si vuelves acá para llevarte a quien sea, no vas a resultar bien librado ¿me entendiste mechudo?

—Sisas.

—Entonces andate de aquí, pero volando —dijo.

—Anda a aprovechar a tu novia —dijo el trigueño y los dos se echaron a reír.

Yo empecé a caminar a paso rápido, hasta que salí del basurero, y tuve que caminar unas cuantas cuadras en ese barrio, hasta que logré encontrar un taxi y le pedí que me llevara a mi casa.

En el taxi Susana no reaccionaba ni siquiera un poco, la senté a mi lado y la hice recostar en mis piernas. Ya habíamos avanzado un trecho cuando Susana comenzó a carraspear, entonces le pedí al taxista que prendiera la luz y cuando esta estuvo encendida vi como Susana movía la boca como si tuviera algo en ella, se la abrí un poco para ver que era y entonces escupió unos gusanos que cayeron en mis piernas y se comenzaron a retorcer y yo los sacudí de inmediato. Me quedé atónito ¿Cómo

había sido posible que esos gusanos llegaran a la boca de Susana? ¿acaso le habían subido desde el estómago? ¿acaso se le habían metido mientras permanecía tirada en la hierba del basurero? ¿acaso aquel desechable que se había montado en ella la había besado en la boca y se los había pasado? Miré más atentamente a los gusanos que se mantenían retorciendo en el suelo del taxi, eran amarillentos y con sus extremos blancuzcos, tuve asco y deseos de vomitar, los pisé hasta dejarlos molidos y después le abrí la boca a Susana para ver si tenía más, el aliento le apestaba, no encontré ningún otro gusano, pero lo que sí miré es que las muelas de Susana estaban tremadamente podridas, entonces, me planteé la posibilidad de que aquellos gusanos hubieran podido nacer de la podredumbre de aquellas muelas, pero no me cupo en la cabeza que unos gusanos de casi un centímetro y medio pudieran anidar en los dientes de una persona.

Cuando llegamos a mi casa tuve que cargar a Susana hasta mi habitación, intenté darle un poco de agua pero todo fue inútil pues parecía haberse dormido profundamente, entonces subí a la terraza a tomar algo de aire fresco, no me podía dejar de preguntar como carajos habían llegado esos gusanos a la boca de Susana, por otra parte también pensaba en lo poco aseada que estaba. Después de tener la cabeza dándome vueltas resolví irme a dormir y me fui a meter a las cobijas junto con Susana, sentí su respiración caliente en mis mejillas y el vaho tan desagradable de su aliento se me metía en la nariz, hasta que me vi a mí mismo en la sala de la casa de Susana, entonces la llamaba y aunque no me contestaba yo sabía que estaba en su habitación, así que subía por las gradas al segundo piso y caminaba por el pasillo hasta que llegaba a la habitación y entonces abría la puerta y de inmediato me daba de golpe en la cara el olor asqueroso de aquel cuarto y cuando miraba hacia la cama me encontraba con el cuerpo morado de Susana como si estuviera descomponiéndose, repleto de gusanos y agujeros, y después, cuando volteaba hacia una de las esquinas del cuarto, miraba una especie de sombra que se mantenía parada allí, mirándome fijamente, y entonces me daba cuenta de que aquel olor nauseabundo provenía de aquella sombra.

Al otro día cuando me desperté, Susana ya no estaba en la casa, la llamé, pero no me contestó, tuve sospechas de que era probable que hubiera vuelto al basurero, y decidí matar la sospecha yendo a ver si se encontraba en su casa, así que me vestí, me cepillé y salí hacia allá, no me importó estar disgustado con sus papas, tenía que estar seguro de que no había vuelto a aquel lugar. Cuando llegué me abrió su mamá, pensé que me iba a decir que me largara, pero no fue así, me saludó secamente y me hizo pasar y antes de que me diera oportunidad de preguntarle me dijo que Susana se encontraba en su habitación; escuchar eso me hizo sentir aliviado. Eché a caminar hacia el cuarto pero había algo que hacía mis pasos lentos, era una especie de expectación o una anomalía que se había impregnado por todo el ambiente, sentía la atmósfera pesada sobre mis hombros, hasta que llegué y abrí la puerta, y tal como en el sueño de la noche anterior el olor nauseabundo de aquel cuarto me pegó de golpe en la cara, un olor que se había hecho aún más fuerte desde la última vez que había estado allí, me tapé la nariz con la mano y miré a Susana sentada frente a la ventana, a la cual se le había cambiado la cortina por una que apenas dejaba entrar la luz del sol, por lo cual la habitación se encontraba repleta de oscuridad a no ser por la poca luz que entraba por la puerta abierta, me acerqué a ella, pero ella ni siquiera se inmutó para ver quién era que entraba a su habitación. Cuando estuve a su lado, pude ver su rostro inmóvil cubierto por las sombras.

—Hola Susana —le dije, pero ella no contestó— ¿Por qué te viniste de la casa sin avisar?

Ella permaneció muda, era como si no se hubiera dado cuenta de que yo estaba a su lado hablándole, entonces, no pude soportar más esa oscuridad y corrí la cortina de la ventana y vi el rostro pálido de Susana sin ninguna expresión, con los ojos puestos en el suelo, entonces, le agarré la cara con las dos manos e intenté hacer que me viera, pero aunque sus ojos se posaron en mí, permanecieron

inexpresivos, opacos, como si fueran los de un muerto, entonces, miré en el suelo para revisar si había alguna jeringa o tirilla o algo más que me diera un indicio de que Susana se había inyectado, pero no había nada, le revisé los brazos pero no tenía pinchazos frescos ¿entonces cuál era la razón para que Susana se encontrara ahí sentada, sin mostrar ningún rastro de animación a no ser por su respiración?.

Le dije que se fuera a la cama, pero todas las palabras que le decía caían en el vacío sin respuesta, entonces, la cargué y la llevé a la cama y la cobijé. No soportaba el olor de la habitación así que decidí marcharme, pero cuando ya estaba en el umbral de la puerta recordé el sueño y la sombra y la esquina en la cual se mantenía parada, así que me di la vuelta y miré esa esquina y fui hacia ella. Una vez estuve ahí me puse a mirar en el piso, y en las paredes y el techo, me mantuve buscando algo que no sabía exactamente qué era pero no noté nada extraño ni fuera del lugar, entonces escuché sollozos detrás de mí y cuando me di la vuelta vi a la mamá de Susana observando a su hija en la cama sin ninguna reacción, como un cuerpo sin vida, lloraba mientras con una mano se mantenía la nariz tapada, al igual que yo, así que salí de la habitación y ella salió detrás de mí, iba a despedirme e irme a la universidad, pero tenía una pregunta que no podía dejar de hacerle.

—Disculpé doña Consuelo —le dije— ¿Por qué será que el cuarto de Susana tiene ese olor?

Ella me miró con ojos de arpía.

—No lo sabemos —dijo— hemos buscado por todas partes, pero no hemos logrado encontrar nada que huela así, tal vez es un desagüe en alguna de las paredes ¿eso es todo lo que quería preguntarme?

No sabía si debía contarle que había encontrado a Susana en el basurero, pero viendo la actitud tan desposta de esa señora hacia mí, pensé que no era un buen momento, así que le dije que eso era todo y me fui.

Ese día estuve con Valentina, pero ella pronto se despidió y me dijo que se tenía que ir con unas amigas. Cuando salí de la universidad y llegué a la casa me encontraba en un estado de ánimo muy particular, era una mezcla de frustración y tristeza, no paraba de pensar en Susana, en el estado tan deplorable que estaba.

Estuve dos días llamando a Susana tratando de que me contestara, pero después acepté que era algo ridículo pensar que me iba a contestar, pensé en que tal vez ya ni siquiera tenía el celular. Así que al tercer día me arreglé temprano y fui a visitarla a la casa, su mamá me abrió la puerta y contestándome el saludo secamente me hizo pasar.

—Susana está en su habitación —me dijo.

Yo seguí e hice el trayecto que había hecho desde que estaba en el colegio y me hice novio de Susana: subí las escaleras, atravesé el pasillo hasta que llegué a su habitación y abrí la puerta, pero ya no encontré un cuarto reluciente ni una Susana hermosa como en aquellas épocas escolares, no, ahora me encontraba con un olor asqueroso, un cuarto oscuro y una Susana flaca y callada, sentada en una silla frente a una ventana con la cortina cerrada; me tapé la nariz y seguí hacia ella.

—Hola Susana —le dije.

Pero ella no me respondió, entonces corrí la cortina y me hinqué frente a ella y cogiéndole la cara a dos manos hice que me viera.

—Hola mi amor —le dije— ¿no me reconoces, soy yo, Stefano, tu novio, estamos juntos desde el colegio.

Pero sus ojos se mantuvieron totalmente ausentes y yo no pude retener las lágrimas y la abracé y me puse a llorar.

—Desde hace tres días que no sale —escuché a la mamá de Susana.

Entonces levanté la cabeza y la vi parada en la puerta y me apuré a secarme las lágrimas.

—Son los mismos días desde que está en esta situación de no querer hablar y tampoco comer — continuó la mamá de Susana— lo único que hace es mantenerse sentada en esa silla; así se la acueste y se vuelva a poner la silla en su lugar y se corra la cortina para que entre luz, cuando volvemos a entrar la encontramos nuevamente sentada en la silla frente a la ventana con la cortina cerrada y la habitación oscura. Llamamos al doctor para que la revisara, le tomó unas muestras de sangre, de las cuales pronto se conocerán los resultados, le tomó la temperatura y dijo que la tenía un poco alta al igual que su presión y que además mostraba rastros de no estar durmiendo bien, nos dijo que comenzáramos a darle comida licuada si es que aún persistía en no comer en sólido, pero que si la situación se mantenía tendríamos que hospitalizarla para meterle la comida vía sonda; le pregunté desesperada que era lo que tenía, y me dijo que a primera vista era algo parecido al autismo pero que deberíamos consultar a alguien más especializado es estos temas.

Escuché atentamente todo lo dicho por la mamá de Susana y después cargué a Susana y la llevé a la cama y me afané a salir dado que ya no podía con el olor de la habitación.

No supe que fue lo que movió a esa señora a contarme todo lo que me había contado, tal vez, aún seguía pensando que yo podía contribuir a la recuperación de Susana y quería mantenerme al tanto de las cosas o tal vez aun me seguía teniendo un poco de cariño, porque a pesar de todo yo había llegado a su casa como novio de su hija cuando todavía era un colegial, fuera lo que fuera, eso me dio la confianza para contarle lo del basurero.

—Doña consuelo tengo algo que contarle —le dije.

—¿y como que sería? —me preguntó.

—Lo que pasa es que la otra noche encontré a Susana en el basurero.

—¿el basurero? ¿y qué es eso?

—Es un lugar a donde van los adictos para drogarse.

Ella abrió los ojos cuando escuchó esto y su rostro se tornó sombrío.

—¿y eso en donde queda o qué? —me preguntó.

—Por el barrio Las Piedras.

—¿por Las Piedras? —dijo con impresión— no, imposible que me hija se vaya a meter en un barrio de esos ¿y cómo fue que la encontraste? No será que vos la llevaste por allá.

—No, a mí me dijeron que la habían visto allá y me di el trabajo de irla a buscar.

—Aja si ¿y quién te lo dijo?

—No sé, era un hombre desconocido que parecía que ya me había visto antes buscando a Susana.

—No, no, no ¡mi hija no es de esas que se va a meter a esos barrios! Eso fue que vos la llevaste, vos siempre has sido una mala influencia para ella y ahora ve como estamos, sabes qué, mejor salí de mi casa.

—Está bien —le dije— yo solo cumple con avisarles, para que si algún día Susana se vuelve a perder tengan alguna idea de donde buscarla.

—¡Salí de una vez de mi casa! —me gritó furiosa.

Ese mismo día la mamá de Susana había llamado a mi mamá para quejarse.

—Su hijo ha sido una mala influencia para mi hija —le había dicho— el otro día vino acá a la casa y lo encontré en el cuarto de Susana parado en una esquina tocando la pared y mirando para arriba y para abajo ¡como un loco! quien sabe que vaina habría metido.

—Mire señora, usted viendo como tiene a su hija no tiene derecho ni cara para hablar de los hijos de los demás —le había respondido mi mamá.

Todo había terminado en una peleadera y cuando llegué de la universidad a la casa mi mamá me reclamó qué era lo que había estado haciendo con Susana, que esa cucha Consuelo la había llamado dada al putas a darle quejas. Yo le conté todo lo que había sucedido, que había encontrado a Susana en el basurero y de la reacción de la cucha Consuelo al enterarse de eso.

—Ellos te van a culpar de todo a vos —me dijo— tienes que acabar de una vez por todas con la relación que tienes con esa muchacha.

Esa noche me puse a pensar en lo mío con Susana, evidentemente cualquier rastro de una relación sexual había desaparecido entre los dos ya que ni siquiera la podía besar, pero aun así, yo le seguía guardando un gran amor que me impedía dejarla sola. Cuando me quedé dormido, soñé que me encontraba en el cuarto de Susana parado en la esquina en la que había soñado a la sombra, me encontraba mirando y tocando las paredes buscando algún rastro de ella y después de pasar algún rato explorando me daba la vuelta y entonces miraba a Susana estirada en la cama con el cuerpo lleno de pequeños agujeros por los cuales entraban y salían gusanos y entonces miraba a mí alrededor y notaba que el espacio más cercano a mí era más oscuro que el del resto de la pieza, caía en la cuenta también que el olor nauseabundo de la habitación no me resultaba desagradable, por el contrario, me parecía exquisito y entonces miraba mi cuerpo y era una sola ola negra y entonces me daba cuenta que la sombra era yo y que era yo el que desprendía aquel olor tan asqueroso de la habitación de Susana.

Cuando me desperté me sentía como una basura, la alarma del celular sonaba y todo me daba vueltas, me sentía como un ser totalmente extraño a mí mismo, como si aun fuera aquella sombra del sueño y permanecí quieto en la cama tratando de reconocerme, tratando de recordar quien era, mientras la alarma sonaba una y otra vez, hasta que sentí el compás de mi respiración y poco a poco fui volviendo en mí, entonces apagué la alarma y me senté al filo de la cama, pensé en Susana, me pegué unas palmadas en la cara para despabilarme y fui a arreglarme para ir a la universidad.

Aquel día todo transcurría con normalidad, el transito fluía sin problemas, y en la universidad reinaba el ambiente de los viernes, todos se mostraban más vivaces e inquietos; por mi parte, aquella sensación horrible que me había dejado aquella pesadilla desapareció por completo, y las clases transcurrían con sosiego. En un breve receso mañanero llamé a Valentina y quedamos de mirarnos más tarde, nada daba indicios de la noticia que estaba por llegar.

A eso de la una de la tarde salí de clases y me parché en la plaza con unos parceros, esperando a que iniciaran las horas que nos faltaban, estábamos recocando y al lado de nosotros teníamos a unos manes compañeros de Susana, yo me di cuenta como me miraban y me miraban y hablaban entre ellos, pensé que de pronto estarían comentando mierdas de mí y el humor se me empezó a agriar, hasta que uno de ellos se acercó.

—Que más parceros ¿Cómo vamos? —me dijo.

—Bien pana —le contesté.

—Parce lo que pasa es que necesito hablar con vos una cosa a solas.

Yo acepté y nos alejamos un poco de la plaza hasta un lugar en donde no nos podía oír nadie.

—Parce no sé cómo decirte esto eh... —dijo el man cavilando.

Yo de inmediato sentí una coronada que me llenó de pánico, el amigo de Susana no podía mirarme a los ojos y movía las manos con ansiedad.

—Parce lo que pasa es que mi mamá es enfermera en el Hospital del Bosque —dijo— y me llamó hace un rato para decirme que Susana entró de urgencias, tal parece que se tiró desde el segundo piso hacia la sala y cuando llegó al hospital faltó poco para que se quedara sin signos vitales.

Me parecía que esas palabras eran una broma de mal gusto, no podía creerlas.

—¿de qué me estás hablando? —le dije atónito.

—Susana se suicidó, lo siento mucho —me dijo mientras me ponía una mano en el hombro.

Me pareció que esas palabras salían de lo más profundo de un averno.

—¿me estás hablando en serio? ¿Cómo sabes eso? —le dije sin poder creerlo.

—Porque mi mamá es enfermera, ella conocía a Susana y me llamó hace un par de horas, para contarme todo, algunas compañeras ya están en el hospital...

No recuerdo las palabras que siguió diciendo el man, estaba agitado y salí corriendo de la universidad y paré un taxi que me llevó hasta el hospital; entré a la sala de urgencias y le dije a la enfermera encargada de dar información que estaba buscando a una muchacha que se había tirado desde un segundo piso, ella se levantó e intentó calmarme.

—No me puedo calmar —le grité— solo dígame en donde está mi novia.

Entonces llegó un vigilante e intentó razonar conmigo y me pidió igualmente que me calmara.

—¡Que no me puedo calmar! ¿¡no me entienden!? —grité— ¡solo quiero saber en dónde está mi novia!

—Está bien, está bien —dijo la enfermera— déme el nombre de su novia.

—Susana Hernández —le dije y ella se puso a buscar en el computador.

—¿Rebeca Susana Hernández García? —preguntó.

—Sí —le dije.

—Lo siento, ella no está aquí —dijo.

—¿En dónde está?

La enfermera se quedó callada y me quedó viendo con unos ojos sombríos mientras que nerviosamente con la uña del dedo gordo se sobaba los dientes.

—¿En dónde está!? —le grité

—Ella falleció —me dijo desesperadamente— lo siento, según el informe poco después de llegar al hospital quedó sin signos vitales.

Sentí que la cabeza se me volvía una licuadora, el vigilante me ayudó a sentarme en una de las sillas de la sala de espera, y fue por un vaso de agua el cual me dio a beber con una pastilla, escuchaba voces desconocidas, los ecos que resonaban en las salas del hospital, miraba caras desconocidas que con unos ojos desconocidos me observaban como apiadándose de mi dolor o como apartando apiadarse de mi dolor y no quise permanecer allí, me levanté y fui de nuevo donde la enfermera.

—Me puede decir a donde llevaron a mi novia —le dije.

—Ella está en la morgue —dijo con tono condescendiente— están revisando el cuerpo para determinar las causas de su muerte.

La enfermera era una mujer joven y hermosa, los ojos con los que me miró eran tiernos y comprensivos.

—Muchas gracias —le dije y caminé a la salida.

—Siento mucho su perdida, mucha fuerza en estos momentos —escuché la voz de la enfermera detrás de mí.

Me senté en una banca del pequeño parque que hay afuera del hospital, ya no me salía ninguna lágrima, sentía como si mi cuerpo se hubiera vaciado de todo, como si me hubiera quedado sin vísceras, el viento movía las hojas de los árboles y los taxistas se amontonaban afuera del hospital dejando y recogiendo pasajeros; había gente que salía y entraba al hospital, algunos parecían muy enfermos y sus rostros reflejaban una gran amargura, había otros que leían formulas, otros que hablaban por celular y otros que caminaban a paso acelerado, de repente el celular me timbró, era Valentina, le contesté.

—Hola ¿en dónde estás? —me preguntó.

—Estoy en el hospital —le dije.

—¿en el hospital? ¿y eso? ¿Qué haces por allá?

—Susana se acaba de suicidar —le dije sin más.

Todo se quedó en silencio, ni ella ni yo dijimos nada.

—Y... ¿Cómo paso? —dijo al fin Valentina.

—No sé, un compañero suyo de la universidad me lo contó, dijo que se había tirado desde el segundo piso a la sala, estoy muy confundido, no sé nada más.

—¿quieres que vaya a verte?

—No, ahorita me voy a casa de Susana, tengo que hablar con sus papás, necesito saber lo que paso.

—Está bien, si necesitas algo me llamas.

—Está bien.

Después que terminé de hablar con Valentina, cogí un taxi que me llevó a la casa de Susana, estaba lleno de incertidumbre, yo sabía lo que me esperaba, pero no podía quedarme así, con tantas dudas. Cuando llegué y golpeé la puerta una de las tías de Susana se asomó por la ventana para ver quién era, y cuando me vio a mí puso cara de espanto y de inmediato cerró la cortina, después escuché un alboroto y a alguien que decía cálmate cálmate y entonces la puerta se abrió como un relámpago y en un instante tenía al papá de Susana encima mí, diciéndome que era un hijo de puta asesino, me alcanzó a dar dos puños bien asentados en la cabeza que me desorrientaron, después, cuando los tíos de Susana lo separaron de mí me alcanzó a dar una patada en las piernas que me mandó al suelo y cuando me puse de pie una de las tías de Susana me dio un empujón diciéndome que me largara.

—¡Yo solo quiero saber lo que pasó! —les grité a todos.

—¡Vos no tienes nada que hacer aquí hijueputa! —me gritó el papá de Susana desencajado mientras lo sostenían contra una pared.

Entonces vi a la mamá de Susana mirándome, con una mano cubriéndose la boca y con los ojos repletos de lágrimas y después vi a la mejor amiga de universidad de Susana que caminó hacia mí y agarrándome de la cintura me dijo que era mejor que me vaya para evitar problemas mayores.

—Yo no me voy de aquí hasta saber lo que pasó —dije.

El papá de Susana se enardeció más al escucharme y casi se les zafa a los dos que lo tenían.

—¿quieres saber lo que paso aquí? ¡Que mi hija se mató por tu culpa! ¡eso fue lo que pasó! —me gritó la mamá de Susana.

Entonces salió corriendo hacia mí y me comenzó a jalar arañosos, mientras me gritaba que me largara y una de las tías de Susana también se me tiró y me comenzó a jalar del pelo tratándome de arrastrar lejos de la casa, y entonces unos cuantos vecinos de los que habían salido para ver el escándalo, se metieron y nos separaron y me llevaron a rastras lejos de ahí, mientras la amiga de Susana iba a mi lado y me decía que ella me iba a contar todo pero que por favor me calmara y nos fuéramos a otro lugar; al final, los dos vecinos me alejaron lo suficiente y la amiga de Susana me agarró de la cara y me repitió que me calmara, que ella me iba a contar todo lo que había pasado.

—Entendé que ahorita la familia de Susana está repleta de dolor, por favor, respeta eso y evítate problemas —me dijo.

—Pero si yo no soy el culpable de nada —le dije.

—Este no es el momento para discutir quien es o no culpable —me dijo— solamente respeta el dolor de esa familia, entendé, perdieron a su hija, no te imaginas lo que están sufriendo ¿quieres saber lo que pasó? Cálmate y yo te lo cuento ¿sí?

La amiga de Susana me hizo entrar un poco en mis cabales y terminé por aceptar su propuesta, así que nos alejamos hasta una esquina y ahí tomó un respiro y comenzó a hablar.

—Pues mira Stefano, doña Consuelo hoy había entrado a la habitación de Susana y la había encontrado sentada en una silla, cosa que ya era algo normal, según nos contó, le había llevado el desayuno el cual se lo había tenido que licuar porque Susana ya no quería comer sólido, Susana había dado algunos sorbos y el resto se lo había dejado en el nochero por si se animaba a comer más y, entonces, se había puesto a preparar el almuerzo y a hacer el aseo, a desempolvar, barrer y trapear y cuando entraba en la habitación de Susana para asearla ella aún se mantenía sentada sin haber probado nada más del desayuno. La mamá de Susana había estado trapeando en la cocina y entonces había escuchado un estruendo en la sala y había salido corriendo para ver qué era y se había encontrado con Susana tirada en el suelo, había corrido a levantarla pero cuando lo hizo vio que Susana tenía el cuello totalmente flojo; llamó entonces a una ambulancia y mientras esta llegaba intentó reanimarla. Cuando la ambulancia llegó la subieron y la llevaron al hospital aun con algunos signos vitales pero faltó poco para que estos desaparecieran, eso fue todo, Susana se tiró desde el vacío que hay entre el segundo piso y la sala.

No pude asistir al velorio de Susana, sus papás no me dejaron acercarme, después, el día del entierro, tuve que mantenerme alejado viendo como la enterraban; cuando su bóveda quedó solitaria me acerqué y me despedí, así que el último adiós se lo tuve que dar con unas palmadas en el cemento que la enclaustraba.

En mi luto estuve acompañándome Valentina, no sabía lo que ella pensaba acerca del suicidio de Susana, pero pocos días luego de eso pude asegurar que la vi contenta como nunca antes y me dio la impresión de que se alegraba, al fin de cuentas ella siempre había sufrido disgustos a causa de mi relación con Susana y después de su suicidio ella se convirtió en el recipiente único de mi amor.

—Entiendo cómo te sientes —me dijo poco después de lo sucedido— yo perdí a dos amigas que eran como mis hermanas y un man me dejó votada como si no valiera nada, pero al final, todo se termina por aclarar hasta que uno vuelve a recobrar la risa.

Pero esas palabras resultaron falsas, antes por el contrario, a medida que fueron pasando los días todo se me comenzó a tornar más oscuro y la risa se ha esfumado por completo de mis labios.

Después de que Susana murió me concentré en Valentina, nuestra relación hasta entonces había sido intensa, una mezcla de amor, de desengaños y traiciones, yo sabía que ella no era una santurrona y que estaba enredada con más de un man, sabía que le gustaba que le den y más de una vez me había hecho enloquecer de celos, pero sabía también que me amaba y que le gustaba estar conmigo la mayor cantidad de tiempo que nos fuera posible, pero Susana se había mantenido como un obstáculo entre los dos y siempre había hecho que Valentina se amargara, por eso, después de que Susana se suicidó yo pensé que nuestra relación se iba a estrechar mucho más, pero no fue así.

Los primeros días después del suicidio de Susana, Valentina y yo estuvimos juntos y parecía que todo iba a resultar como yo quería, pero Valentina empezó a volverse más posesiva, no soportaba ni siquiera verme conversar con otra china porque sus celos la corroían, y así, de un día para otro se comenzó a alejar; ahora ya no me contesta las llamadas y no quiere salir conmigo, y siento que me detesta por completo y estoy con las manos vacías, con muchas preguntas y sin ninguna respuesta...

Sábado 9 de agosto de 2003

No sé por qué hago esto, ponerme a escribir, supongo que es porque no sé qué más hacer, me siento tan... confundida... desesperada y necesito distraerme con algo, no quiero salir, no quiero emborracharme ni meter ninguna mariconada, siento como si estuviera a punto de estallar así que cuando vi este cuaderno y este lapicero pensé que era la mejor opción, siento unas ganas enormes de expresar lo que me pasa, no sé cómo pude llegar a este punto, todo se fue fraguando tan lentamente que cuando me di cuenta de lo que sucedía tenía un montón de voces encima y el camino de regreso se había hecho muy oscuro como para poder regresar.

Últimamente me he puesto a pensar mucho en mi infancia y adolescencia, en esas épocas nada me hacía prever el día de hoy, en el que me siento a escribir esto, en el que me siento al filo de un acantilado. En esos tiempos todo era diferente, ahora que lo recuerdo me doy cuenta de que era una nena muy alegre, mis padres me daban lo necesario y aunque no me satisfacían todos mis caprichos si me aguantaron más de un berrinche y me dieron muchos regalos, porque, aunque mi familia no posea grandes cantidades de plata, si tenemos la suficiente para no pasar necesidades y darnos nuestros gustos. Comparada con la de antes mi vida ahora es un montón de mierda, no sé si todos los de mi edad experimentan lo mismo, si todo es cuestión de edad, pero lo dudo, quisiera que fuera así, pero la verdad es que muy pocas personas han vivido lo que yo he vivido, estoy segura; los amigos que tengo están envueltos en un manto lúgubre, no encuentran otra cosa más que emborracharse y meter drogas, pero son buenos parceros, nunca me han dejado morir; también tengo amigos sanos, claro, que no les gusta beber ni una gota de alcohol, pero son aburridos, ellos desean tener una vida tradicional, tener una familia, un hogar y pasarse trabajando hasta cuando les llegue la pensión y yo no soy así. Desde que estaba en el colegio me di cuenta que no quería pasar mis días encerrada en una oficina, solo de pensarlo me asfixiaba, pero, a veces, cuando paso por la calle de algún barrio tranquilo y miro alguna casa con las luces prendidas, me imagino que una familia feliz vive allí, me imagino una nena de mi misma edad, que va cada día a la universidad, que no tiene vicios, que cada noche se acuesta a ver películas con el man que ama en una habitación confortable, entonces pienso en lo lindo que sería tener una vida así, pero para mí ya no es posible.

Recuerdo la primera vez que me metí con un man, se llamaba Orlando, vivía en mi barrio y éramos amigos, un 28 de diciembre salimos a tirar bombas y baldados de agua, jugamos toda la mañana y en la tarde, cuando ya estábamos completamente mojados, me pidió que lo acompañara a una esquina de una calle que no era muy transitada. Cuando estuvimos allí me dijo que yo le gustaba mucho y que me pensaba todos los días, después me dijo que si le podía dar un beso; yo se lo di, aunque no me gustaba mucho pero me parecía un chico interesante. Desde ese día cada vez que nos veíamos nos besábamos y a mí me parecía rico, teníamos un escondite arriba de nuestro barrio, en un montón de arbustos en los cuales se formaba una especie de túnel, ahí nos gustaba ir a hablar y vacilar. Un día el chino tomó confianza y se puso de manilargo, intentó subir sus manos desde mi cintura hasta mis tetas pero yo no lo dejé, después intentó tocarme el culo pero tampoco lo dejé. Un día se puso a hablar bonito, me dijo que llevábamos un tiempo y que deberíamos intentar nuevas cosas.

—¿cosas como qué? —le pregunté.

—Mmm no se —dijo— ¿Por qué no me dejas tocar tus pechos?

No me sorprendí con lo que me pidió, al contrario, lo esperaba, miré su cara y me pareció algo atractivo, así que le dejé tocarme las tetas y cuando quiso tocarme el culo también se lo permití, desde entonces, cada vez que nos veíamos nos tocábamos; yo le tocaba el pene, me gustaba sentir como poco a poco se iba parando, claro está que nos tocábamos por encima de la ropa. Pero llegó el día en

el que el guagua maricón quiso ir más allá e intentó meterme la mano por debajo de la blusa, lo paré en seco, le dije que no, que se quedara quieto, pero el forcejeó y alcanzó a agarrarme una teta, entonces lo empujé lo más fuerte que pude y lo mandé a la mierda y salí de inmediato del escondite. Desde ese momento el man dejó de interesarme, mmm no sé si esa es la palabra correcta, porque en realidad nunca me interesó, al menos no lo suficiente, me comenzó a parecer un chino burdo, alguien muy poco apto para enamorar y tratar a las mujeres. Me siguió buscando y llamando, pero a mí ya me daba fastidio estar con él, hasta que le dije que ya no quería nada.

En aquel tiempo tenía quince años y estaba en decimo grado y tenía amigas con las que me la pasaba muy bien, nos gustaba ser coquetas, ver cuántos mancitos se interesaban realmente en nosotras, y muchos lo hacían, algunos nos llamaban y se declaraban pero nosotras les sacábamos el cuerpo y los poníamos a sufrir, éramos malísimas. Un día llegó a dictarnos clase de español un practicante muy joven y atractivo, una amiga, Andrea, empezó a coquetearle, le decía que era un papasito, le silbaba; todas creíamos que él no le iba a hacer caso, pero un día Andrea nos contó que el practicante la había llamado para invitarla a cine y ella le había dicho que estaba ocupada. En clases de español, nos fijábamos en las miradas que el practicante le daba a Andrea, se notaba que había caído en el juego y se había enamorado, no lo culpamos, pues Andrea era una niña muy hermosa; después el practicante acabó sus prácticas y Andrea nos contó que la seguía llamando y que la tenía mamada, que no encontraba qué excusa sacarle para no aceptarle sus invitaciones, hasta que le dejó de contestar y el practicante después de un tiempo se cansó y dejó de llamarla. La última vez que lo vi fue en la calle, yo bajaba y él subía por la acera de alado pero no me miró, supongo que consiguió un buen trabajo porque era muy buen profesor, me gustaban sus clases, la forma en que nos engatusaba para enseñarnos cosas que normalmente nos hubieran parecido aburridas, me parecía un chico atractivo y por eso también lo molestaba y le coqueteaba, todas lo hacíamos, pero el eligió a Andrea, ella era mucho más directa, más espontánea, no es que las demás no lo hubiéramos sido, pero es que Andrea tenía un carisma muy natural que ninguna de las demás poseía.

Además de Andrea tenía otras dos amigas, Tatiana y Teresa, no la pasábamos haciendo bobadas, a muchos del salón y del colegio les parecíamos unas guaguas insoportables e intensas, pero a nosotras nos daba igual, muchas nos tenían envidia porque enamorábamos a los chicos que les gustaban y los poníamos a sufrir y de paso las poníamos a sufrir a ellas.

Una mañana una china que se llamaba Jerly empezó a buscarle pelea a Tatiana por que se estaba metiendo con un guagua que le gustaba, Tatiana era una niña delicada a la cual no le gustaba pelear, entonces Andrea tuvo que sacar la cara, defendió a Tatiana y comenzó a darse golpes con Jerly, se mechonearon y se dieron patadas, pero Andrea le clavó las uñas en el cachete y le arrancó unos buenos tirones de carne, Jerly empezó a chillar como cerdo y todas sus amigas se tiraron hacia Andrea, pero nosotras también nos metimos y nos comenzamos a mechonear como locas. En ningún momento tuve miedo, al contrario, lo único que sentía era adrenalina y ganas de arrancarle la cara a cualquiera de esas chinas, recibí un par de puños y unos rasguños en el cuello pero ni los sentí. A consecuencia de esa pelea nuestros padres fueron llamados ese mismo día y cuando la mamá de Jerly vio como tenía la cara intentó coger a Andrea para hacerle lo mismo, pero la mamá de Andrea se metió y se comenzaron a mechonear, el director tuvo que intervenir para separarlas. La mamá de Jerly exigió que expulsaran a Andrea del colegio, pero la institución no lo hizo, porque, a pesar de que éramos unas cabras locas, también éramos buenas estudiantes, lo que hicieron fue ponerle matrícula condicional y advertirle que si algo parecido volvía a pasar la expulsarían, o mejor dicho, nos expulsarían, porque la advertencia fue para todas. Eso sí, los papás de Andrea le dieron una paliza que según nos contó jamás olvidaría y la mamá de Jerly demandó a los papás de Andrea, a los cuales

les tocó pagar una indemnización de no se cuanta plata. En cuanto a mí lo que recibí fue un regaño del putas, lo que más me daba miedo en ese tiempo era cuando mi papá se ponía bravo, era horrible, sus gritos retumbaban por toda la casa y me llenaban de terror y me hacían temblar.

Bueno, el tal es que seguimos en el colegio haciendo de las nuestras, coqueteando e ilusionando a los mancitos y partiéndoles el corazón, hasta que un día llegó Teresa diciendo que se había tragado de un chino que se llamaba Oscar, y que quería estar con el enserio, así que se cuadraron, después, Tatiana se cuadró con un chino que se llamaba Andrés, la tercera en conseguir novio fui yo, estaba tragada de un chico que se llamaba Luis que también estaba tragado de mí, así que nos cuadramos, por último Andrea se cuadró con un chino de grado 11 que se llamaba Jhonatan; Luis también era de grado 11, Oscar era de grado 9 y tenía 15 años, es decir, era mayor de Teresa por un año pues ella tenía 14, en cuanto a Andrés, estaba en grado 10, igual que nosotras. Tal parece que escribiendo uno se acuerda de muchas cosas.

Nosotras estábamos realmente tragadas de los chinos, casi en todos los recreos andábamos juntas, es decir, los ocho, a veces una pareja se perdía o cada pareja cogía por su lado, pero por lo general no la manteníamos juntas. Los fines de semana Luis empezó a ir a mi casa a visitarme, los primeros días nos quedábamos en el sardinel, hablando de cosas poco importantes y juguetear, un día mi mamá nos dijo que siguiéramos a tomar café y ahí fue cuando se los presenté a mis padres; mis papás no fueron descuidados con los novios que tuve, por el contrario, se la pasaban diciéndome que fuera cuidadosa y responsable. Un día decidí llevar a Luis al escondite al que solía ir con Orlando y le gustó mucho, dijo que tenía el ambiente de una película de fantasías, y tenía razón, a mí también me gustó ese lugar desde el primer momento en que lo vi, me agrada estar ahí, en parte era por eso que había aceptado salir con Orlando. En el escondite Luis y yo no la pasábamos besuqueando y haciendo tonteras, el día en que Luis intentó tocarme no se lo impedí, a diferencia de Orlando Luis tenía una naturaleza mucho más transparente, era un adolescente muy apasionado y dejaba fluir sus sentimientos espontáneamente, eso me encantaba, él fue al primero que le permití tocarme los senos por debajo de la blusa, esa fue la primera vez que me sentí realmente excitada, los senos se me pararon y se pusieron duros, desde ese día lo dejaba que me los tocara cada vez que quería, también me gustaba mucho cuando me apretaba las nalgas, me sentía deseada y eso me llenaba de satisfacción, lo que no le permití fue que me tocara la vagina, aun no me sentía preparada para eso, en verdad, no se lo permití porque me desagradara la idea, sino porque sentía pena, sentía pudor, pero me gustaba la manera en cómo Luis insistía en que lo dejara bajar ahí, su sonrisa era tan linda, tenía unas pocas pequititas en las mejillas y en la nariz, tenía unos ojos verdes oscuros muy vivaces e inquietos, era un papasito, en realidad estaba muy tragada de él. Un día mientras estábamos en el escondite llegó Orlando con una china que a decir verdad era un poco agraciada, nos preguntó si nos íbamos a quedar mucho allí y yo le dije que sí, que pensábamos quedarnos mucho rato, me miró feísimo y se fueron. La segunda vez que nos encontramos con Orlando y su novia en el escondite, las cosas no fueron tan simples, Orlando nos preguntó si ya íbamos a salir y yo le respondí secamente que no, entonces nos dijo que si nos creíamos dueños del escondite.

—Pues si —le contesté.

—¿Cómo así que sí? —me dijo bruscamente.

Entonces Luis se metió y le dijo que de malas que nosotros habíamos llegado primero.

—Como así guagua hijueputa ¿vos quien sos? —le dijo Orlando.

—A vos que te importa guagua cabrón —contestó Luis.

Entonces Orlando le dijo que salieran y que se dieran golpes, Luis le dijo que breve, que él no era ningún cagado, yo le dije a Orlando que se largara e intenté detener a Luis pero no me fue posible,

nos fuimos a un potrero y ahí Luis empezó a amarrarse bien los zapatos, me di cuenta que sus manos temblaban, tenía miedo, pero aun así se paró y se comenzaron a dar duro, yo ya había visto peleas, pero esa fue la primera vez que sentí miedo, miedo de que golpearan a Luis, de que resultara herido, la china de Orlando y yo nos quedamos mirando, gritando a cada puñetazo que se mandaban, se hicieron sonar la cara muy duro, cuando se agarraron a fuerza Orlando votó al suelo a Luis y le iba a comenzar a dar golpes, yo ya me iba a meter para repelar a Orlando pero no fue necesario porque Luis lo agarró del cuello y lo tiró para un lado y en el suelo comenzaron a forcejear y a rodar, mientras tanto la china de Orlando y yo les dábamos ánimo para que no perdieran, hasta que se cansaron y se soltaron.

—Cuando quieras peleamos de nuevo guagua hijueputa —le dijo Orlando.

—Como quieras guagua malparido —le contesto Luis.

En esos tiempos lo que más deseaban los chicos era ser respetados, cualquiera que se negara a pelear era tachado como un cagado y todo el mundo lo comenzaba a coger de bate, los chicos tenían pánico a ser tratados como unos pelagatos, me parece que ese era uno de sus mayores temores, y Luis no era la excepción, a pesar de que era un chico buena gente tenía fama de ser parado y era algo que no estaba dispuesto a perder. En el colegio hubo muchas peleas, había unos que se armaban con cuchillos, bisturís, chupasangres, hasta destornilladores. Existían dos maneras de ganar respeto, una era siendo un tesón para los golpes a mano limpia, la otra era siendo muy hábil para voltear, es decir, para manejar cuchillo o cualquier otro tipo de arma blanca, claro que esos eran los más gamines y ninguno de nuestros novios era un gamín, pero eso sí, tampoco eran cagados, no les quedaba de otra si no querían ser tratados como unos bobas, por lo demás, a ninguna de nosotras nos habría gustado andar con cagados, nos gustaban los manes que nos hacían respetar, eso es lo mínimo que espera una mujer de un hombre. El más tesón para pelear de todos nuestros novios era Oscar, el novio de Teresa, había perdido un año pero desde eso se había hecho un chico... no digamos responsable, pero si había mejorado en la disciplina ya que no quería volver a tirarse un año; a pesar de que no era muy alto era acuerpado, le gustaba hacer barras y tenía un cuerpo espectacular, Teresa estaba enloquecida por él y no paraba de celarlo; un día se dio golpes con un chino de 11, la pelea duró poco porque Oscar lo jaló de las piernas y lo hizo caer al suelo y ahí le comenzó a dar puños en la cara de seco y lo reventó muy feo hasta que los demás tuvieron que intervenir.

Oscar, Andrés, Luis y Jhonatan se llevaban muy bien, de tanto andar juntos en los recreos con nosotras se hicieron buenos amigos, un día en el descanso se pusieron a hablar de que deberíamos formar un parche, empezaron a hablar de como deberíamos llamarnos, uno dijo que las serpientes negras, otro dijo que los trolls, pero ese nombre fue descartado de inmediato ya que los trolls eran criaturas muy feas, otro dijo que los legionarios, otro dijo que los a mano limpia ya que a ninguno les gustaba pelear con cuchillo, yo les propuse que se llamaran las bestias, pero no les gustó porque eso podía hacer pensar que eran brutos, al final se decidieron por las serpientes negras, porque además de que era un nombre que pegaba, estaba en femenino y eso hacía que nosotras nos sintiéramos a gusto con él. En unos días habían conseguido marcadores y se pusieron a escribir en los pupitres y en las paredes el nombre del parche, nosotras también escribíamos cuando estábamos con ellos, era algo que nos unía más y nos gustaba, nos hermanaba. Algunos fines de semana hacíamos planes juntos, solíamos ir a parques, solíamos ir a un pequeño bosque llamado el pulmoncito y también solíamos ir a los centros comerciales, a la sección de juegos, un día intentamos entrar al casino, pero por más que le rogamos el vigilante no nos dejó entrar debido a nuestra edad.

Un día Jhonatan, el novio de Andrea, nos dijo que el fin de semana un amigo suyo iba a hacer una fiesta a la que sería bueno que fuéramos todos, la idea nos entusiasmó, aunque el problema eran

nuestros padres. Mis padres en particular casi no me dejaban salir de noche y cuando lo hacían tenía que salir con algún familiar o con alguien de total confianza, además, tenía que estar en casa a las nueve máximo, sabía que no me iban a mandar a la fiesta así que les inventé que era un cumpleaños de una amiga pero ni así quisieron mandarme aunque me la pasé insistiéndoles toda la semana. La fiesta era un sábado y cuando llegó el viernes decidí que no podía perdérmela y que tenía que escaparme, me puse a cranear el cómo, la única opción era salir cuando mis papás estuvieran dormidos, para entrar nuevamente no le veía mucho problema puesto que tenía llaves, así que le pedí a Luis que el sábado a las 12 de la noche me esperara una cuadra más abajo de mi casa, a esa hora mis padres estarían dormidos con seguridad. El sábado me pasé repasando el plan y les insistí a mis padres por última vez para que me mandaran pero se negaron, así que cuando llegó la noche me empiyame y me hice la que me acostaba, a eso de las diez y pico mis papas apagaron el televisor y yo me comencé a cambiar de ropa, ya me había maquillado utilizando un pequeño espejo sin necesidad de salir de la habitación. Cuando se hicieron las once y media y ya no escuchaba ningún ruido decidí que era momento de salir, obviamente dejé cerrando la puerta de mi habitación para que mi mamá o mi papá no sospecharan si es que se levantaban, rogué para que a ninguno de los dos se les ocurriera entrar, en tal caso había dejado un montón de ropa por debajo de las cobijas para que simulara mi cuerpo, era mejor que nada. Lo más difícil fue abrir la puerta de la casa y aún más cerrarla ya que era dura y rechinaba al empujarla, pero una vez me vi afuera no pensé en nada más y salí corriendo, una cuadra más abajo me encontré con Luis que me había estado esperando con Tatiana y Andrés, bajamos un par de cuadras más y tomamos un taxi.

Mi plan era quedarme hasta las dos de la mañana y volver a casa, estaba muy agitada pues no podía sacarme de la cabeza lo que pasaría si mis papás se daban cuenta de que me había volado, pero Tatiana, Luis y Andrés intentaron calmarme y de cierta manera funcionó, así que cuando llegué a la fiesta me encontraba más tranquila. Fue la primera vez que estuve en una fiesta de esas características, había muchos chinos del colegio y otros más viejos o a mí me lo parecieron, Andrea y Jhonatan ya estaban ahí, cuando me los encontré estaban sudando y con la cara roja y es que hacía un calor muy rico. Estaban poniendo puro reguetón, al principio no quise bailar, pero cuando sonó la canción Carnaval de Baby Rasta y Gringo y Luis me invitó a bailar acepté inmediatamente, esa canción era de mis preferidas y Luis lo sabía, me fascinaba el principio, cuando empezó a sonar "junta tu cuerpo junto al mío así" me puse frente a frente con Luis y él me agarró de la cintura, el equipo tenía un sonido brutal, duro y límpido, no se distorsionaba para nada, la canción sonaba "yo, quiero tenerte junto a mí, los dos viajaremos hasta el fin..." y yo me fui soltando cada vez más, me di la vuelta y me puse de espaldas a Luis, bien pegadita, la luz del estrober pintaba de diferentes colores a las personas, cuyos cuerpos, perlados y brillantes por el sudor, se meneaban de una manera muy bacana, miré a Tatiana disfrutando la canción con los ojos cerrados, miré a Andrea y Jhonatan vacilando mientras bailaban y me olvidé de todo, de mis padres, de las consecuencias resultantes si llegaban a descubrir mi ausencia, sentí las manos de Luis en mi cintura, nuestros cuerpos pegados, y un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo, sentía el calor y el sudor brotando de mis poros, esa fue la primera vez que baile reguetón y nunca lo voy a olvidar, porque lo hice con una canción que me gustaba y con un chico que me tenía muy tragada, además, tenía a mis amigas, así que todo eso me hizo olvidar de cualquier preocupación. El reguetón me gustaba mucho en aquel entonces, mucho más que ahora claro está, a veces me ponía a bailar sola en la habitación, nada raro, supongo que muchos chicos y chicas lo hacían ya que bailar bien era algo importante, eso, y estar bien vestido y aseado. Esa noche bailé mucho, era mi primera fiesta propiamente dicha así que no podía ser de otro modo. En determinado momento me encontré con Oscar, el cual se encontraba con unos amigos, le pregunté de Teresa y

me dijo que no se había podido volar de la casa, me dio mucho pesar, sin ella nos sentíamos incompletas, además, Teresa había estado muy animada por la fiesta a lo largo de la semana, quería estar con Oscar, me puse a pensar en lo mal que se debía sentir por no poder estar con él y con nosotras y no era para menos, ya que en verdad se perdió de algo muy bueno; Oscar olía a guaro y nos ofreció una copa a Luis y a mí, Luis la aceptó pero yo le dije que no, que no tomaba, por lo demás Luis, Andrés y Jhonatan recibían cualquier copa que les ofrecían sus amigos, Jhonatan se compró una botella y fue el que más se emborrachó, Andrea y yo no tomamos pero Tatiana si aceptó algunas copas, ella era la mayor de todas, tenía diecisiete, por lo tanto, de nosotras era la que más se había liberado de la autoridad de sus padres, entre comillas, porque sus padres aun la seguían controlando y arruinando muchos de sus planes, aun así, se daba la libertad de tomarse sus chorros, aunque no tantos para emborracharse, por eso siempre al final chupaba halls o se comía un pan para que le ayudaran a mermar el tufo. Nosotras éramos unas chicas sanas a comparación de unas que andaban besuqueándose con cuanto man podían y se emborrachaban hasta el punto que no podían hablar ni pararse y al final tenían que cargarlas, muchas resultaban embarazadas, aunque eso no les parecía un problema, al contrario, parecían sentirse orgullosas de eso. De nosotras la que más cerca estuvo de cometer una tontería así fue Teresa, un día nos dijo que quería que Oscar le hiciera un hijo, que estaba muy enamorada de él y que no quería perderlo nunca; nosotras pusimos el grito en el cielo, le dijimos que ni se le ocurriera hacer algo tan estúpido, le hablamos de todos los problemas que tendrían que enfrentar con sus padres, le dijimos que tendrían que ponerse a trabajar y que sus estudios y futuro se verían arruinados, además le dijimos que qué tal si Oscar no respondía, pero Teresa se puso furiosa al escuchar esto, dijo que el jamás le haría eso porque la amaba, de todas nosotras puedo decir que fue Teresa la que más se enamoró, claro, las demás queríamos a nuestros novios, pero ella estaba obsesionada con Oscar, eso se dejaba ver en lo mucho que lo celaba, le gustaba controlarlo, le armaba pelea cuando no le daba gusto, pero Oscar se la aguantaba porque también la quería. En fin, esa noche fue fantástica, bailamos, recogchamos y nos reímos a carcajadas, todo fue excelente hasta que el dueño de la casa apagó la música de golpe y empezó a gritar que nos salgamos por que habían llegado los tombos. Todos salimos a empujones, afuera había un camión con tambos, vi como todos salían al pique, entonces Luis me jaló de la mano y también salimos corriendo, a las puertas de las casas vecinas había salido la gente a ver lo que pasaba, recuerdo que una señora me vio y mientras me alejaba alcance a oír que decía "ay no, pero si apenas son unos niños", no entendía nada, hasta que estuvimos lo bastante lejos y paramos de correr, entonces Tatiana me explicó que si dejaba que los tombos me cargaran a ese camión me llevarían a la casa de justicia que era un lugar del cual solo se podía salir si mis padres me iban a sacar o si esperaba hasta las ocho de la mañana para que me soltaran. Después de eso cada cual se fue a donde debía, Luis me acompañó en taxi hasta mi casa y el miedo nuevamente me empezó a carcomer ¿será que mis padres se dieron cuenta? Cuando llegué a la casa entré lo más silenciosamente posible y cuando estuve en mi habitación supe que lo había logrado, que mis padres no se habían dado cuenta; me puse la piyama y me acosté con un cansancio bien sabroso y satisfactorio, había sido una noche magnífica, todo había salido bien. Esa fue la primera vez que desobedecí a mis padres en el sentido propio de la palabra, de ahí en adelante lo seguiría haciendo. En ese entonces las minitecas abundaban y cada fin de semana nos enterábamos de por lo menos tres fiestas y aumentaron aún más cuando acabamos el grado décimo y salimos de vacaciones. Ya desde esa época no soportaba quedarme los fines de semana en la casa, me ponía a pensar en cómo la estarían pasando los demás y me sentía como diablo en botella; logré escaparme un par de veces más pero en una de esas ocasiones por poco y me descubren, así que una noche en la que había una fiesta decidimos con Luis que era necesario hablar con mis padres

para tratar de ablandarlos. Fue Luis quien tomó la palabra, les dijo que era una fiesta de amigos y no íbamos a hacer nada malo y después de tanto insistirle mi papá dijo que podía ir pero que tenía que estar en la casa a las diez máximo.

Pero a la larga esa estrategia no resultó, porque en ocasiones mis padres no me mandaban, y también porque las diez era una hora muy temprana para volver, a esa hora la fiesta apenas se estaba poniendo realmente buena y el tener que irme no me gustaba para nada y tampoco a Luis le gustaba, se notaba que no le agradaba el tenerme que ir a dejar a la casa para después regresar a la farra, una vez le dije que no era necesario, pero él me respondió que no pensaba dejarme ir sola y que además a mi padre le molestaría que el hiciera eso. Por eso decidí que era mejor retomar las escapadas, me hice una profesional en ello, Luis siempre iba a esperarme, a veces también iban las chicas, todo era muy bacano en esas minitecas, especialmente cuando estábamos todos juntos, Teresa también se daba sus mañanas para escapar de sus padres. Lo único que no me gustaba era cuando Luis se ponía a bailar con otras guaguas, pero lo dejaba tranquilo y mientras tanto yo bailaba con otros chinos, pero no era lo mismo, algunos querían pegarse demasiado y sobármelo exageradamente y eso me fastidiaba. Aguanté lo más que pude los bailoteos de Luis con otras, hasta que un día lo vi muy contento sobándoselo a otra china, una guagua horrorífica, con cara de orco, que lo único bueno que tenía era el culo; le reclamé y me dijo que me calmara, que él no me decía nada cuando yo me ponía a bailar con otros guaguas.

—Bailo con otros por que vos me dejas sola —le dije.

—Deja de ser mentirosa ¿Cuántas veces me he tenido que quedar parado viéndote como le sobas las nalgas a otros gonorreas?

Me le cagué de la risa en la cara y le pregunté si es que acaso pensaba que yo era una perra, se quedó callado y me quedó mirando hecho el ofendido, yo no le comí de cuento y lo dejé ahí parado y me fui con mis amigas ¿Qué significa ese silencio de Luis? ¿acaso sí pensaba que yo era una perra y por eso no quiso decir nada? ¿o es que simplemente no pronunció palabra por su orgullo?

Cuando llegué donde mis amigas les comenté lo que había pasado, Andrea me dijo que no me dejara afectar, que si él quería bailar con ogros era su problema, que mejor disfrutara de la fiesta que bien buena si estaba y así lo hice, dejé a Luis en su rollo y yo me puse en el mío. Cuando todo acabo les dije a las chicas que me acompañaran a coger un taxi y cuando ya estaba a punto de irme Luis llegó corriendo y me jaló del brazo bruscamente, lo empujé y le dije que qué le pasaba, que no me tratara de esa manera, me dijo que no me iba a dejar ir sola pero yo le dije que no se preocupara que podía seguir bailando con sus orcos tranquilamente y me subí al taxi y eché seguro a la puerta, entonces Luis intentó entrar por la otra puerta pero yo le dije al taxista que arrancara y el taxi despegó dejando a Luis plantado en medio de la calle.

Cuando llegué a la casa estaba con una piedra tremenda, me puse la pijama, me acosté y me imaginé a Luis bailando con esa china tan fea que tenía una cara tan desigual y unos dientes montados horrorosos, después me puse a pensar en las palabras de Luis, en que yo le sobaba las nalgas a otros manes.

—Pensándolo bien, tiene razón —me dije a mi misma.

Y es que la mayoría de las veces me daba fastidio bailar con otros manes diferentes a Luis, pero había otras veces en que me sacaban a bailar manes bien pintos y buenos, entonces me olvidaba de que Luis estaba por ahí vigilándome, me daba la vuelta y me dejaba sobar todo lo que quisieran, pero en ese momento no quise tener sentimientos de culpa ni remordimientos.

—Todas las chicas son así —me dije a mi misma— hasta las más santurronas, porque si uno va a una fiesta es para pasarlo bueno.

Al otro día Luis fue a buscarme y hablamos de lo sucedido, me pidió disculpas y yo se las acepté, le dije que lo quería, que no quería que nos peleáramos y que debíamos sernos fieles, lo que le decía era sincero, lo quería y no quería que lo nuestro se empezara a fragmentar y además de todo no quería perder mi aliado máspreciado para escaparme y salir de fiesta, así que seguimos con lo nuestro y el me siguió yendo a esperar cada vez para ir a farrear. Así se pasaron las vacaciones y entramos al grado 11 todas nuevamente en un solo curso, al 11-4 académico, que buenos tiempos fueron esos, a veces me pongo a pensar en esas tardes soleadas del colegio, juntas todas con nuestros novios, todo era tan perfecto, aunque nosotros no nos diéramos cuenta de ello. Las tardes soleadas siempre fueron mis preferidas, sentía que el mundo era inmenso y límpido, bajo la luz del sol todas las cosas se bañaban de vida, yo también, pero ahora ni los días más soleados y vírgenes pueden sacarme de este valle rocoso y oscuro en el que he venido a parar.

Las fiestas en once siguieron pero no con la misma intensidad ya que muchos de los estudiantes nos ocupamos en nuestros estudios; yo procuraba hacer mis tareas a tiempo, es decir, antes del sábado, para poder escaparme a las fiestas. Mi relación con Luis siguió casi igual, digo casi, porque cuando salíamos de fiesta casi siempre aparecía una especie de atmósfera pesada cuando él o yo nos poníamos a bailar con otros, cosa que era inevitable, por que ir a una fiesta para bailar con una sola persona resultaría muy aburrido ¿o no? Claro que él trataba de comportarse bien cuando bailaba con otras y yo también, pero a veces se me olvidaba y es que estar en esa faena entre ese montón de jóvenes calientes con ese volumen de música que escapa a estallar las ventanas a cualquiera lo ponía frenético, claro que Luis y yo no éramos los únicos que se agarraban por asuntos de celos, Andrea y Tatiana también se agarraban con sus novios y ni hablar de Teresa cuando miraba a Oscar con otras guaguas, se erizaba como perro bravo, en términos generales las peleas abundaban en esas farras por cuestiones de celos y traiciones, así que todos debían estar pendientes de su pareja porque nadie quería que le montaran los cachos y quedar como un boboso; una vez por ejemplo, un par se metieron a coger a un baño, me imagino que estaban muy borrachos porque que se olvidaron de echar seguro a la puerta y cuando alguien entró miró como el man tenía a la vieja contra la pared clavándosela de lo lindo, todo el mundo se comenzó a amontonar para ver semejante escena mientras ese par gritaban que cerraran la puerta, el mierdero se armó cuando sus respectivas parejas llegaron, entonces solo se escuchó un estruendo y la sala de aquella casa se convirtió en un campo de batalla, se escucharon chillidos y gritos de mujeres, de hombres, botellas rompiéndose; yo estaba arrinconada en una pared con Luis protegiéndome del mierdero que se formó y de repente vi como de ese montón de cuerpos salía el man que se había estado comiendo a la vieja en el baño, desnudo, dándose puño con el novio de la vieja y cuando le miré el pene me impresioné y me quedé embelesada porque lo tenía muy grande, medio parado, revoloteándole de un lado para otro, pa arriba y pa abajo, la vagina y el culo me palpitaron, después, como escupida por esa masa de jóvenes que parecían diablos brincando, salió la hembra a la que le habían estado dando bala, totalmente desnuda, solamente cubriéndose los pechos con una camiseta, pero no alcanzó a dar ni tres pasos y otra vieja la agarró de los pelos y le dio un tirón tan fuerte que de una la mando al suelo y ahí le comenzó a dar pata, pero llegaron otras para defenderla y después otras para defender a la cachona y cada vez más gente se amontonaba en la pelea, Luis y yo nos abrimos paso a empujones hasta que logramos salir de la casa.

Esa noche después de la trifulca me encontraba tremadamente excitada, en el taxi Luis y yo nos comenzamos a tocar, no podía dejar de pensar en el pene de ese chino de la fiesta, al notar como estaba, Luis me propuso que nos bajáramos del taxi y que buscáramos algún sitio, le pregunté si tenía plata para algún hotel y me dijo que no, que fuéramos a algún potrero o algún lugar solitario.

—¿Por qué no vamos al escondite? —me dijo.

—¿Estás loco? son las dos de la mañana, ahorita hay mucho bazuquero por esos lados. Quiso convencerme, pero de una le dejé en claro que no pensaba hacerlo y el no tuvo más opción que resignarse y aguantarse las ganas y yo también. Cuando llegué a la casa y me acosté la excitación no se me quitaba, no podía sacarme de la cabeza ese cuerpo desnudo y ese pene que se me figuraba como si fuera de caballo. Comencé a tocarme los senos y, después, suavemente deslicé una de mis manos hacia mi vagina y comencé a acariciarla y poco a poco se me fue humedeciendo cada vez más y por poco y me meto el dedo pero paré en seco cuando pensé que esa no sería una manera bonita de perder la virginidad. Cuando terminé mi mano estaba tan húmeda que tuve que irme a lavar al baño, cuando volví a la cama noté que en la sábana había una gran mancha de fluido vaginal, me incliné para oler, olía como a pescado y aunque ese olor no era agradable volvió a encender mi excitación y me hizo pensar nuevamente en aquel guagua de la fiesta así que fui al baño y cuando estuve ahí me vi en el espejo desnuda, mis pechos que yo ya sabía que eran lindos me parecieron más grandes de lo común, eso me calentó aún más y comencé a tocarme nuevamente con una mano los pechos y con la otra la vagina. Estaba tan excitada que mis mejillas se ruborizaron como un ají, pensaba en el chino de la fiesta y su verga, pensé en Luis y en Orlando cuando les tocaba el pene en el escondite y también pensé en Oscar, el novio de Teresa, cuando se quitaba la camisa para jugar micro y el cuerpo le comenzaba a sudar mientras le pegaba ese sol tremendo, descarnado, que en algunas tardes suele hacer. De un momento a otro me di cuenta que mis gemidos eran muy fuertes y entonces noté que la luz del sol ya había comenzado a salir, fluidos vaginales fluían por mis muslos e incluso llegaban hasta mis canillas y pies, era la hora en que mis papas estaban por levantarse ¿Qué dirían si me encontraban desnuda en el baño inundado con ese olor a vagina? Así que me lavé las manos, tomé papel higiénico, me sequé las piernas y volví a la cama, mire la hora, eran las cinco y media de la mañana, me acuerdo bien, había llegado a la casa a las dos de mañana, así que había permanecido tocándome por tres horas, no lo podía creer, tanto tiempo parada en el baño y yo ni siquiera lo había notado.

Al otro día me despertó mi mamá golpeando la puerta.

—Valentina, Valentina levántate que ya es el medio día.

Un sol radiante entraba por mi ventana, mi mamá seguía golpeando la puerta y llamándome; le dije que en un momento me levantaría.

—Pero rápido, ni que estuvieras muy cansada para dormir tanto —me dijo.

—Jajaja si te imaginaras mamá —pensé dentro de mí.

Amanecí extraordinariamente, me sentía más joven de lo que era, mi cuerpo estaba empapado en sudor, me pregunté a qué se debía esa magnífica sensación de bienestar, la respuesta solo podía ser una, todo se debía a la “masturbación” que me había hecho la noche anterior; esa fue la primera vez que me toqué. Me levanté y me fui a bañar, cambié las sabanas y cobijas de la cama y después de almorzar y ayudarle a mi mamá a hacer algunas cosas de la casa llamé a Andrea, al principio no pude contarle lo que había hecho, así que nos mantuvimos hablando de otras cosas, me contó que todo había terminado bien para ella y Jhonatan y Teresa y Oscar.

—Pero los que no terminaron tan bien fueron Tatiana y Andrés, dado que Andrés aprovechó para perderse durante el tropel y no contestaba el celular. Fue llegando como a la media hora y mientras tanto Tatiana echaba chispas. Cuando llegó se agarraron como perros y gatos.

Cuando la conversación ya comenzaba a decaer y a ponerse aburrida le conté lo de la noche anterior, claro que no le dije todo el tiempo que había permanecido en el baño, ni que había pensado en Oscar ni el chico de la fiesta, solo le dije que había pensado en Luis, Andrea se echó a reír y me sonrojé.

—Es la primera vez que hago eso —le dije.

Le pregunté si ella se había masturbado alguna vez y en ese mismo instante, como un centellazo, se me vino a la cabeza que quizás Andrea ya hubiera perdido la virginidad.

—Pue si, si me he tocado —dijo Andrea— pero digamos que eso no es de mis pasatiempos preferidos. Esa noche, ya acostada en la cama me puse a pensar en que si ya era tiempo de perder la virginidad, tenía 15 años, por lo tanto formalmente ya se podía decir que estaba en edad para ello, pero estaba confundida, porque a pesar de que era más atrevida que muchas otras niñas también era pudorosa, además (pero esto no me parecía tan importante) pensaba que la primera vez era dolorosa. Me puse a pensar en la propuesta que Luis me había hecho la noche anterior en el taxi, pensé en que si hubiéramos encontrado el lugar apropiado hubiera tenido sexo con él, pensé en cuantas niñas de mi edad ya lo habían hecho, también me pregunté si Tatiana, Andrea y Teresa ya no eran vírgenes.

—Teresa si creo, pero tal vez Andrea y Tatiana ya no lo son —pensé.

Si eso era así yo no quería quedarme atrás, me dije a mi misma que dado el caso ahí tenía a Luis, un man lindo al cual quería mucho y al cual estaba dispuesta a entregarle mi virginidad sin remordimiento alguno.

Al otro día quise hablar del tema con las chicas y en un momento del descanso en el que estábamos sin nuestros novios y nos encontrábamos en el baño casi solas, a no ser por un par de niñitas que parecían de grado sexto, les comencé a hablar de que Luis y yo habíamos estado muy cariñosos la noche del sábado y que por poco nos bajamos del taxi para hacer “cosas locas”; las chicas se rieron y eso me dio confianza para preguntarles de golpe si ellas ya lo habían hecho con sus novios, las niñitas de sexto que se arreglaban al igual que nosotras frente al espejo se nos quedaron mirando con ojitos tiernos esperando como con ansias la respuesta; Andrea, Tatiana y Teresa se quedaron mirando entre sí y después todas me dijeron que no.

—¿Aún son vírgenes? Pues yo por lo menos si —dijo Andrea.

Tatiana y Teresa dijeron que ellas también eran vírgenes. Cuando escuché esto sentí alivio.

—¿Por qué preguntas eso, acaso vos ya no sos virgen? —me preguntó Tatiana.

—Sí, yo también soy virgen —le contesté.

Nos miramos al espejo, nos dimos la última retocada y salimos del baño, las bellas niñitas de sexto salieron corriendo y riendo por delante de nosotras, eran dos, una tenía el cabello cogido en una gran trenza y la otra tenía el cabello castaño ondulado suelto, revoloteándole en el aire, precioso.

Cuando llegó la siguiente fiesta hice todo lo acostumbrado y pude escaparme con éxito. Como siempre, Luis me esperó una cuadra más abajo de mi casa y llegamos a la fiesta juntos, ahí nos esperaba el parche completo, incluida Teresa que también había logrado escaparse. Teresa y yo envidiábamos a Tatiana y Andrea, ellas no tenían que darse el trabajo de volarse, sus padres les tenían confianza y ellas correspondían bien a esa confianza pues no se metían en maricadas ni se emborrachaban, bueno, Tatiana si se tomaba unas copas, pero como ya he dicho, se daba sus mañas para eliminar el tufo.

—Es por la edad -nos sabían decir Andrea y Tatiana con cierta prepotencia.

—Pero si apenas son un par de años mayores —les decíamos nosotras.

—Pero esos añitos cuentan —decían ellas bufonamente.

Yo lo que pensaba era que si a Teresa no la mandaban era hasta cierto punto comprensible pues ella apenas tenía 14 años, pero que a mí mis padres no me dejaran salir libremente era algo que me llenaba de rabia y resentimiento, pero como he dicho, una vez me encontraba de fiesta me olvidaba de mis padres. Así que ese sábado me encontraba gozando, habían pasado una hora y la fiesta cada vez se encendía más. Estaba bailando con un man cuando llegó Luis y me jaló del brazo, pensé que era uno de sus ataques de celos; salimos afuera de la casa donde había varios pelados y peladas

recochando, bebiendo y fumando, le pregunté a Luis qué quería, que por qué me había sacado de esa manera de la fiesta, pensé que íbamos a comenzar a pelear pero quedé fría al escuchar a Luis.

—Tu papá me acaba de llamar, se acaban de dar cuenta que no estás en la casa, me dijo que te habían llamado pero que no contestabas y me preguntaron si estabas conmigo.

—¿Y tú que le dijiste?

—Pues no me quedó de otra que decirles que sí, lo más posible es que hayan escuchado la música de fondo.

Saqué el celular y miré las llamadas, tenía más de diez llamadas perdidas de mi papá, me había sido imposible escuchar el sonido del timbre debido a la música. En un estado como de idiotez le pregunté a Luis qué debíamos hacer, ese fue el momento en que más lo amé, el no ver en su rostro, ni sentir en su voz un ápice de duda en su decisión de acompañarme a dar la cara a mis padres fue algo espectacular, lo abracé fuerte.

—Gracias por no dejarme sola —le dije.

—Tranquila, siempre voy a estar contigo —me dijo.

Así que cogimos un taxi, estaba tan llena de miedo y ansias que me puse a llorar, eran la una y media de la mañana, una hora que para mi papá era imposible imaginarse que yo anduviera en la calle. Pensamos en qué debíamos decir y justo cuando íbamos a buscar excusas mi celular comenzó a sonar, era mi papá y las manos me comenzaron a temblar, el miedo me hizo pensar en no contestarle, pero Luis me puso una mano en la pierna y me dijo que lo mejor era que le contestara sino se pondría más furioso de lo que podría estar, pensé que tenía razón así que fui valiente y le contesté. Apenas dije hola me encontré con una cadena de insultos que jamás pensé que mi papá me pudiera decir, me trató de malparida y hasta de vagabunda.

—¡Te quiero ver ahorita mismo en la casa! —me gritó.

Yo le intentaba decir que se calmara, pero él no me dejaba pronunciar palabra, sus gritos se escuchaban en todo el taxi hasta que me colgó. Todo el cuerpo me sudó y me tembló aún más y me puse a llorar con más ganas, tenía la seguridad de que me esperaba la peor situación que hubiera podido tener con mis padres, sentí que el aire me comenzaba a faltar y tuve ganas de decirle al taxi que parara para que nos dejara ahí mismo, pero ahí estaba Luis nuevamente para convertirse en mi polo a tierra, lo abracé mientras él me decía que me calmara, que todo iba a estar bien, entonces el taxista comenzó a decir que la adolescencia era una etapa muy jodida en donde a las personas parecía poseerlas una especie de locura, y que era inevitable no tener problemas con los papás.

—Solo los entumidos no tienen problemas con los papás —dijo.

—Si eso es cierto —dijo Luis intentando calmarme.

—Recuerdo cuando era un sardino —siguió el taxista— me gustaba salir a tomarme unos guaros con mis amigos y por más palizas que me daban mis papás no entendía y seguía saliendo, pero si hay algo que le puedo decir señorita es que la pela pasa y el culo queda y nadie nos quita lo bailado.

—Si, eso es muy cierto —dijo Luis.

Esas eran las palabras que los jóvenes siempre se decían a sí mismos o a los otros para consolarse y ya las había oído muchas veces, pero esa vez era a mí a quien iban dirigidas y en ese momento por lo menos me hicieron sentir más rebelde. Recordé todas las fiestas que había disfrutado sin cesar, pensé que mis papás me podían cascarr o lo que quisieran pero que si se devolviera el tiempo y tuviera que decidir si escaparme para ir a bailar o quedarme durmiendo, aun a sabiendas de lo que me esperaría después, siempre elegiría escaparme, sin lugar a dudas.

—Pero déjeme decirle otra cosa —siguió el taxista— los padres solo quieren lo mejor para uno, se lo digo yo que ya tengo a mis padres descansando en el santo cielo y que berraco uno pa llorar cuando

se acuerda de ellos, esos consejos que le dan sus papás le van a servir mucho para la vida señorita, hay que ver las cosas por el lado positivo. Yo sentía que las tripas se me revolvían, las palabras del taxista me comenzaron a causar repulsión, lo miré por el retrovisor, era un tipo viejo, marcado por unas desagradables patas de gallina en sus ojos, con un saco de lana desgastado ¿Qué podía saber ese viejo de la situación en la que me encontraba? Nada, pudo haber vivido todo lo que decía en su adolescencia, pero no por eso podía entender cómo me sentía en ese preciso instante; aunque ahora que pienso en él me da tristeza, era un hombre humilde que se le notaba muy cansado.

El taxi entró a mi barrio y deseé con todas las fuerzas ser de hierro o poder volar para irme lejos de ahí sin que mis padres me pudieran alcanzar, sentí como los brazos de Luis me apretaban más fuerte, él también estaba tenso y por supuesto que estaba asustado, pero no más que yo, eso era seguro. Cuando por fin dimos la vuelta en la cuadra de mi casa, después de ese trayecto que me había parecido un suplicio eterno, miramos a mi papá y mi mamá en el sardinel esperándonos, llegamos ahí, le pagamos la carrera al taxista y nos bajamos. Mi papá me quedó mirando fijamente con los ojos oscurecidos, como si me mirara desde el fondo de un lago oscuro, esa fue la mirada más cruda que ha podido darme mi papá, me miraba como si no fuera su hija sino una criatura aborrecible, nacida de las entrañas de algún monstruo asqueroso, yo no pude soportar esa mirada y agaché la cabeza, entonces mi papá me agarró del brazo y de un tremendo jalón comenzó a arrastrarme a la casa, cuando llegamos a la puerta volteé a ver a Luis, mi mamá le decía que se vaya y que no querían volverlo a ver por la casa, el me miró y pude notar en sus ojos una mezcla de preocupación y tristeza. Mi papá me arrastró hasta mi pieza y cuando llegamos ahí me mostró el montón de ropa que había dejado en mi cama para que simulara mi cuerpo y me comenzó a preguntar a gritos que significaba eso. Yo le iba a pedir perdón pero él no me dio tiempo a nada sino que me tiró con fuerza a la cama y agarró un cable que había dejado en el suelo y me comenzó a dar azotes con toda la rabia mientras me repetía una y otra vez que qué significaba eso. Cada azote que recibía me quemaba y me dolía tremadamente, le comenzé a gritar a mi papá que me perdonara, que por favor parara, mientras me protegía la cara con los brazos, pero él estaba como poseído por el diablo y parecía que ni siquiera escuchaba los gritos que le daba, hasta que llegó mi mamá y espantada con semejante escena intentó detenerlo pero él la apartó con un empujón y siguió pegándome mientras le decía ¿acaso piensas defender a esta hijueputa?, entonces mi mamá se tiró sobre mí para protegerme, mi papá le pegó dos juetazos y después intentó apartarla pero ella me abrazó fuerte y no se despegó de mí; mi papá comenzó a gritarle diciéndole que no me protegiera, que yo era una hijueputa, una malparida, una malcriada que no merecía nada, pero mi mamá se quedó conmigo mientras le decía a mi papá que ya era suficiente, que ya había recibido mi castigo, mi papá le dijo que era una alcahueta y que después no se vaya a estar quejando por tener a una basura en la casa, si, "una basura", de todos los insultos que me dio mi papá esa noche del demonio, ese fue el que más me dolió; mi papá tiró el cable y se fue a la pieza y mi mamá me soltó, se paró, me miró ahí todo estropeada.

—Eso es lo que te consigues para que vayas aprendiendo que uno tarde que temprano recibe lo que merece —me dijo.

—Yo no merezco esto —le respondí llorando.

Ella se quedó callada y después salió de la pieza y dejó cerrando la puerta, entonces me senté en la cama y miré el cable tirado en el suelo, sentía que las venas de la cara se me habían hinchado y estaban a punto de explotar, todo el cuerpo me ardía, me pareció que el cable en el suelo empezaba a moverse como una culebra, jamás mi padre me había tratado así, tenía la cara inundada de calor y la habitación comenzó a ondular, así que arreglé la cama, me puse la piyama, apagué la luz y me acosté. Pensé en que las fiestas habían llegado a su fin, que de ahí en adelante ya no podría volver a

salir y eso me llenó de preocupación, me pregunté si Luis habría escuchado desde la calle los gritos de mi papá y los míos, pensé en que Luis y mis amigas y sus novios seguirían yendo a las farras sin mí, me sentí inquieta, ansiosa, ahora ni siquiera las salidas hasta las diez de la noche, tan insípidas, a las que me daban permiso mis papás, me estarían permitidas, me imaginé mis sábados de ahí en adelante, acostándome temprano, como una monja en un claustro, y me planteé la posibilidad de que si eso iba a ser así tendría que irme de la casa ¿Qué había hecho para merecer eso, por qué tenía que estar encerrada sin poder salir a disfrutar? Era una chica responsable y siempre que salía me portaba bien y no hacía nada malo, nunca me había emborrachado ni había fumado marihuana ni oido perico a pesar de que había visto a muchos guaguas de mi edad e incluso menores hacerlo; lo único que hacía era bailar, bailar y recochar con mis amigas ¿Qué podía haber de malo en eso? Nada. Se me vino a la cabeza la manera como a veces me sobaba con Luis y con otros manes mientras bailaba y pensé en que lo que mis papás temían era que quedara embarazada, de súbito tuve la seguridad de que esa era la única razón para que no me dejaran salir y me hubieran tratado así esa noche, aunque seguía conservando mi virginidad había estado a punto de perderla aquella noche de la pelea en que estaba en el taxi con Luis extremadamente excitada después de ver a ese guagua desnudo, pero aun si hubiera tenido sexo, eso no significaba que iba a quedar embarazada pues a pesar de que no tenía mucha experiencia y conocimientos en métodos anticonceptivos sabía que el hombre tenía que acabar afuera y con eso se eliminaría cualquier riesgo de embarazo. Por supuesto que había chinas que habían quedado embarazadas pero eso era porque ellas así lo habían querido. Alguna vez me enteré de un grupo de chinas tan estúpidas que habían hecho una apuesta para ver cual quedaba embarazada primero, pero yo no era así ¡quedar embarazada jamás! Eso se lo dejaba a las guisas, a las gaminas, a las zonzas, a las descerebradas, a los estropajos que los guaguas poco o nada valoraban, pero yo no, yo no era de esa calaña, yo era otra cosa, otro nivel, otra casta, de eso estaba segura y estaba orgullosa de ello, tenía un futuro por delante con todas las posibilidades abiertas ¿Por qué iba a arruinar mi vida de tal manera? Nunca, ni aunque hubiera estado con el chico ideal, y pensando en esto, me fui quedando dormida.

Al otro día mi papá llegó a despertarme muy temprano con agresividad, me dijo que me levantara para que le ayudara a hacer aseo a mi mamá, yo había pensado en no salir de mi cuarto aquel día, pero al escuchar a mi papá me levanté y salí. Cuando miré a mis papás sentí vergüenza, pero también tenía rabia con ellos pues estaba segura que todo lo que había hecho no era nada malo, estaba llena de remordimiento, así que no les pedí la bendición como era mi costumbre y tampoco desayuné, fui directamente a traer la escoba y comencé a hacer el aseo. Cuando terminé y me iba a encerrar a mi cuarto mi papá me llamó, yo me quedé quieta, de espaldas a él, esperando a que comenzara a hablar.

—De hoy en adelante ya no quiero volver a ver a tu noviequito por aquí, no vas a salir a los supuestos cumpleaños de tus amigas y si necesitas hacer trabajos del colegio con compañeras ellas tendrán que venir aquí, y de hoy en adelante se comenzara a echar llave y pasador a la puerta ¿entendiste?

Yo ya estaba preparada para escuchar eso, así que no me impresionó, me quedé parada en medio de la sala sin responder nada.

—¿Entendiste! —gritó mi papá.

—Sí —le respondí seca y arrogante y me fui rápido a mi cuarto.

Cuando estuve ahí me encontré con el cable con el que me había pegado mi papá, lo agarré y lo tiré afuera y cerré la puerta y me tiré en la cama agitada, me quedé mirando al techo y después de un par de horas mi mamá me golpeó la puerta y me dijo que fuera a almorzar, le respondí que no quería, mi mamá no insistió y se fue refunfuñando; cuando se hicieron las siete de la noche mi mamá llegó a llamarla de nuevo para que fuera a cenar, le dije que no quería.

—Ahh bueno, entonces aguanta hambre —dijo.

Escuché como sonaban los platos en el comedor mientras mis papás comían, después el sonido de los platos lavándose, después el sonido del televisor de la pieza de mis papás, estaban dando una película de humor y de vez en cuando se reían, aunque no con muchas ganas, pero se reían, eso me encolerizó ¿Cómo era posible que se rieran después de la paliza que había recibido y después de que yo, su única hija, no había comido en todo el día?

—¡¡Que se jodan!! —dije irritada apretando la mandíbula y reprimiendo la rabia.

Después mis papas se pusieron a hablar pero con un volumen de voz tan bajo que, además se veía opacado por el sonido del televisor y no me fue posible entender lo que decían aunque agucé mis oídos lo más que pude. Después apagaron el televisor y todo quedó en silencio y yo me quedé sumergida en la sombra de mi cuarto, tenía un hambre voraz pero no quise darle el placer a mis padres de comer ni un grano de arroz, así que endurecí mi voluntad y me aguanté el hambre; quería que se sintieran culpables, que mi papá se sintiera por los suelos por haberme maltratado tan crudamente, así que me dormí con hambre y al otro día me fui al colegio sin desayunar. Estaba a punto de desmayarme del hambre pero cuando llegué al colegio Luis me estaba esperando en la entrada, al verlo me sentí un poco avergonzada porque pensé que tal vez había escuchado los gritos de cuando mi papá me estaba pegando, me quedó viendo con unos ojos de expectación y cuando llegué a él nos saludamos, lo abracé y lo primero que me preguntó, como era de esperarse, era qué había pasado la noche del sábado, le pregunté si no había escuchado nada, me dijo que no, me contó que mi mamá le había dicho que no quería que volviera a la casa, ni a buscarme, que me dejara tranquila y que tanto ella como mi papá querían que lo nuestro acabara, Luis le había dicho que nosotros no hacíamos nada malo, pero mi mamá le había reafirmado sus palabras y le había pedido que se vaya inmediatamente, así que Luis se había marchado en el mismo taxi que habíamos llegado, me volvió a preguntar sobre lo que había pasado pero yo le dije que si podía gastarme algo de comer ya que me estaba muriendo del hambre y no había querido recibir la plata que mis papás me daban para el descanso, él me dijo que si, así que fuimos a una tienda que quedaba enfrente del colegio y me compró un paquete grande de papas, cosa que le agradecí en el alma ya que en ese momento hubiera sido capaz de comerme hasta una bandeja de gusanos si me la hubieran servido ¡así era el hambre que tenía!

Mientras me comía las papas le conté la paliza que mi papá me había dado y después le dije que mis papás ya no me dejarían salir más y que no podría escaparme ya que se comenzaría a echar llave y pasador a la puerta, me dijo que sin embargo yo tenía llaves, que con eso yo podía desasegurar la puerta y que después el pasador solo era cuestión de correrlo y listo, le expliqué que no era tan fácil, ya que cuando uno desaseguraba la puerta el estruendo era monumental y peor cuando se corrían los dos pasadores, que con ese estruendo hasta la persona con el sueño más profundo se despertaba, su cara al escuchar esto fue de angustia y tristeza.

—Entonces... ¿ya no podrás seguir saliendo? —me preguntó.

Estas palabras refiriéndose a mí en particular, a mí solamente, me irritaron, si, era yo la que no iba a poder salir mientras que él, y mis amigas y sus novios, seguirían disfrutando de las fiestas futuras. Aunque yo ya sabía que Luis no dejaría de salir solo porque a mí no me mandaban, en ese momento deseé que sus palabras fueran más empáticas, quería que me dijera "si no puedes salir entonces yo tampoco saldré" y eso me hubiera hecho sentir mucho menos furiosa, mucho menos sola en esa condena que me parecía el tener que quedarme en la casa para dormir como si fuera una bebita de cinco años.

—Así es, ya no podré salir, pero vos podrás seguir saliendo tranquilamente —le respondí.

Luis notó de inmediato mi tono irónico, no dijo nada, volteó la cara, parecía que estaba buscando las palabras apropiadas para afirmarme que así era, que no iba a dejar de disfrutar de las farras solo porque yo tenía unos papás esquizofrénicos o cavernícolas o... no sé, unos papás malnacidos triples hijueputas que no me permitían salir.

—No sé, es que vos sabes que los sábados no hay nada más que hacer, además tus papás me prohibieron ir a verte.

Le dije que me encargaría de hablar con ellos para que nos dejaran estar juntos tranquilamente y que así él podría irme a ver todos los sábados, quería acorralarlo, sabía que la idea no le gustaba para nada, pero quería ver con qué me salía para no quedar mal.

—Pues si tus papás me dejan ir a tu casa ahí estaré cada sábado.

En un primer momento me sorprendió esta respuesta, pero después pensé que todo era una artimaña con la que Luis solo quería salir del paso y que así mis padres le permitieran ir a visitarme en realidad no lo haría, pero después al ver su rostro, sus lindos ojos que me miraban fijamente, pensé que hablaba en serio.

—No, todo es una mentira —pensé después— lo único que quiere es tramarme.

Jajaja el pensamiento es toda una locura, uno puede pasar por los pensamientos más disímiles y contradictorios en apenas unos segundos.

—Bueno —le dije— hablaré con mis padres, es seguro que nos dejarán seguir con lo nuestro.

Entonces se me pasó la rabia, el rostro de Luis parecía el de un ángel y me sentí afortunada por tenerlo a mi lado, así que lo abracé y le dije que le agradecía con todo el corazón por no haberme dejado sola la noche en que mis padres descubrieron que me volaba.

—Te quiero mucho —le dije.

—¿me quieres o me amas? —dijo él al tiempo que se zafaba de mi abrazo y se quedó mirándome con unos ojos vivaces y una sonrisa picaresca.

—Pues obvio que te amo —le contesté.

Luis sonrió dejando ver sus dientes que relucieron con el sol y me abrazó.

—Yo también te amo —me dijo.

La primera hora de clases ya había comenzado y los estudiantes ya habían entrado, así que Luis y yo decidimos no entrar y nos fuimos a un lugar muy bonito del colegio en donde había plantados muchos árboles. Era un día despejado de un azul alucinante y el sol matutino comenzaba a brillar y a alumbrar el mundo, así que Luis se acostó a la sombra de un árbol y yo me recosté en sus piernas, nos pusimos a hablar de muchas cosas mientras pasaba la hora; hablamos de las fiestas, de las puestas de cachos, de los tropeles, del man de verga grande y la vieja que habían encontrado follando en el baño, de los profesores, de Andrea y Jhonatan, de Teresa y Oscar, de Tatiana y Andrés y de otros estudiantes que no vale la pena mencionar, de mis padres y del amor; en algún momento vi una pequeña flor amarilla, la arranqué y me la quedé mirando, me pareció una flor como de otro mundo, todo relucía tan maravillosamente y eso tuvo un efecto relajante en mí que me hizo sentir enormemente feliz.

—Al fin y al cabo, la pela pasa y el culo queda —dije.

Luis se rio.

—Si, así es —dijo.

Así que esa tarde después del colegio llegué a mi casa mucho más tranquila, con la rabia apaciguada, comí y me puse a ver tele en mi cuarto, aunque esto es un decir porque en verdad estaba pensando en cómo convencer a mis papás para que dejaran que Luis pudiera verme y para que me dejaran salir aunque sea hasta las diez de la noche, no importaba, pero no podía permitir que me dejaran recluida

en la casa, tendría que rogarles, llorarles, suplicarles, e incluso arrodillarme, no importaba, tenía que convencerlos como fuera.

El primer paso era evidente, tenía que restablecer una buena relación con ellos, así que esa noche cuando mi mamá me llamó para comer, hice un esfuerzo y salí. Las cenas con mi familia no eran frecuentes ya que casi siempre yo me iba a comer a mi pieza para ver televisión, pero esa noche me quedé en el comedor, el objetivo estaba clavado en mi cabeza, tenía que comenzar a hablar con mis papás de una manera doliente, como la víctima, y es que en verdad lo era, no era justo que me tuvieran en la casa como un pájaro en una pequeña jaula, no lo era. Pero a pesar de que estaba decidida a solucionar las cosas a la hora de la verdad no logré hablarles, no pude abrir la boca ni siquiera para dirigir la más mínima palabra a mi madre, que era mucho más blanda, el silencio reinó en el comedor a no ser por unas pocas palabras entre mis padres, me sentía incomoda, quería con todas mis fuerzas pararme e irme a comer a mi cuarto, o mejor dicho, dejar la comida tirada, por que estar ahí comiendo de ese plato después de tanto orgullo y capricho por no hacerlo era una humillación, sentía miedo ¿y es que acaso era vergüenza? Si, era una vergüenza que no desaparecía a pesar de que me decía a mí misma que yo no era culpable de nada, sino que mis padres eran los rufianes e injustos, no pude, no pude abrir la boca, era de las sensaciones más horribles que había tenido, me sentía impotente, toda la fortaleza que creía tener de repente se me reveló como una mentira, así que comí lo más rápido que pude y me fui a mi habitación sin decir una palabra.

Por lo tanto no logré re establecer la comunicación con mis padres, a no ser por unas cuantas palabras con mi mamá y llegó el primer sábado de la prohibición; el jueves y el viernes se habían dado a conocer un par de fiestas y todos estaban entusiasmados como siempre que llegaban los fines de semana, pero yo me sentía excluida, con ansiedad, me remordía el saber que no iba a poder salir, todos trataban de calmarme y hasta cierto punto funcionó pero el desespero siempre terminaba por adueñarse de mí. Luis me consintió, trató de consolarme, me dijo que era una lástima que no hubiera podido convencer a mis padres para que pudiera ir a verme por qué sino él iría a acompañarme para que no me sintiera sola, yo le dije que si me enteraba que me la estaba haciendo con otra lo nuestro se acababa de inmediato.

En la tarde de ese sábado llamé a Teresa y le pregunté si pensaba salir, me dijo que si y al escuchar esto sentí resquemor, ella era más niña que yo y aun así, aunque fuera volándose, iba a salir de fiesta. Me puse a ver televisión para distraerme y me mantuve relativamente tranquila, hasta cuando comenzó a caer la noche y apareció ese color mortecino del crepúsculo, entonces comencé a llenarme de inquietud. Llamé a Luis y le pregunté qué hacía, él no me quiso mentir porque sabía que no valía la pena y me dijo que se estaba alistando para salir, en ese momento el rojo crepuscular se hizo más profundo e intenso, como si surgiera de las cosas mismas, le recalqué que no quería enterarme que andaba con alguna otra china y le dije que lo llamaba más tarde.

—Tranquila mi vida linda que yo me porto bien —me dijo.

Cuando se hizo más de noche escuché como mi papá echaba llave y pasador a la puerta, ya era seguro, ese iba a ser el primer sábado que no iba a salir desde hace mucho tiempo, me dije que lo mejor era aceptar las cosas, intenté relajarme en vano, a cada hora me preguntaba qué estarían haciendo Luis y mis amigas, miraba el reloj, las 7, las 8, las 9, un parche de guaguas se parchó un momento cerca a mi casa haciendo escándalo, hablando de que la fiesta iba a estar buena y que tenían que comprar guaro, alcance a escuchar que uno decía que el perez también iba a hacer falta. Me pregunté quienes serían, creí reconocer la voz de uno y de otro, pero la mayoría de las voces me resultaban irreconocibles. Casi no salía con chinos de mi barrio, casi, no, no salía con ninguno. En la infancia habíamos sido buenos amigos con algunos pero después cada quien fue haciendo amistades

aparte y casi todos me comenzaron a parecer unos babosos, pero en ese momento escuchando el ruido de esos guaguas me pregunté si había algún parche en el barrio conformado por muchachos que tal vez no conocía, pensé que sería buena idea encontrar un parche cercano a mi casa ya que así probablemente tendría más opciones de que mi papá me dejara salir, después, el parche se comenzó a ir y la bulla se fue haciendo cada vez más lejana hasta que desapareció por completo, entonces miré la hora, eran las diez y pico de la noche y decidí llamar a Andrea. Tuve que marcarle varias veces para que me contestara y cuando lo hizo nos saludamos y de inmediato sentí la música de fondo y los gritos que algunos chinos y chinas daban, le pregunté como estaba la fiesta, me dijo que más o menos, que no había mucha gente, tuve la sospecha de que Andrea me estaba mintiendo y que en verdad la fiesta estaba del putas, le dije que solo era cuestión de tiempo para que se llenara, me contestó que eso era lo más probable, de repente escuché a Teresa y Oscar y a Tatiana y Andrés gritando mi nombre y diciendo que pronto íbamos a volver a farrear todos juntos, le dije a Andrea que me los saludara a todos y le pregunté si había visto a Luis, me dijo que sí, que estaba con sus amigos. —¿no ha estado con alguna china? —le pregunté.

—No, ha bailado con una que otra, pero todo normal, no te preocupes que nosotras te avisamos si pasa algo —me dijo.

Le di las gracias y nos despedimos, después de un rato llamé a Luis, cuando me contestó se notaba que había estado tomando, me comenzó a decir que me amaba, que me extrañaba, que se sentía solo sin mí y entonces comenzó a llorar, cosa que me enterneció, aunque yo sabía que era por el efecto de los tragos. En ese tiempo todo muchachito que se ponía a tomar terminaba llorando por cualquier bobada, aunque en este caso no era una bobada, porque yo sabía que Luis en verdad estaba tragadísimo de mí y que le hacía falta. Le dije que tranquilo, que el lunes nos veríamos en el colegio, al fondo se escuchaba reguetón retumbando y la algarabía de la gente, le pregunté como estaba la fiesta, me dijo que estaba regular, que todo era distinto sin mí, le pregunté por mis amigas, me dijo que por ahí andaban y que en ese momento se encontraba con Andrés y Jhonatan tomándose unos guaros, me preguntó si quería hablar con ellos, le dije que no, pero él los puso al teléfono y ellos comenzaron a gritar evidentemente prendidos, me decían que pronto iba a poder salir, que hablaría con mis padres para que me dejaran salir de farra, que me querían y que me apreciaban, que si no quería tomarme un chorro con ellos, fue necesario que tapara el parlante del celular porque sus gritos eran muy fuertes, después Luis se puso al teléfono de nuevo, siguió diciéndome que le hacía falta y que teníamos que hacer lo posible para que mis papás me dejaran salir así sea por unas horas, si, “que teníamos que hacer”. Me encantaba eso de Luis, siempre estaba dispuesto a estar conmigo en los momentos clave y eso me hacía sentir mucho más segura y al mismo tiempo hacía que sintiera miedo ante la posibilidad de que lo pudiera perder, porque no quería perder a un chico tan lindo, así que le pregunté si se estaba portando bien, me dijo que se estaba portando tan bien como un chico virgen, apenas Luis terminó de pronunciar estas palabras una pregunta saltó a mi cabeza como un leopardo ¿Luis era virgen? ¿Por qué nunca se lo había preguntado? Así que las palabras se deslizaron espontáneamente por mi lengua.

—Claro que te debes comportar como un chico virgen, porque eres virgen ¿o no?

Luis se quedó callado por un momento, como sorprendido, como si no se esperara esa pregunta.

—Claro Valentina, yo soy virgen, no me queda de otra más que comportarme como tal —me dijo y escuché algunas risas al fondo.

—¿Con quién estás? —le pregunté.

—Con Jhonatan y Andrés —me contestó— ¿quieres hablar con ellos?

Le respondí que no y le dije que se cuidara y que el lunes nos veíamos en el colegio y nos despedimos, entonces me puse a pensar ¿Por qué me había preocupado más por saber si mis amigas eran vírgenes que por saber si mi novio lo era? Las risas que me había parecido escuchar cuando le pregunté a Luis si era virgen seguían resonando en mi cabeza y quise inmediatamente llamarlo de nuevo, no sabía para que, era como si algo se hubiera quedado en el aire vibrando, quería preguntarle nuevamente si era virgen, pero ¿Qué ganaría con eso? Pues si me estaba mintiendo o si me decía la verdad igualmente obtendría la misma respuesta: que si era virgen. Pero había algo más, era algo que se mantenía suspendido en la habitación, mientras el ladrido lejano de un perro rasguñaba el silencio, tal vez eran las ansias que se habían profundizado tanto hasta volverse imperceptibles, tal vez era la quietud de la habitación o esas risas que se mantenían resonando en el ámbito, era como si un monstruo se mantuviera inmóvil escondido en el silencio, las paredes en las que me mantenía encerrada parecían hechas de metal frío. Ahora estoy encerrada en la misma habitación en la que estaba encerrada aquella vez, encerrada en las mismas paredes y con una infinidad de sonidos que como unas garras escarbando en la tierra rasgan el silencio una y otra vez, pero ahora no salgo porque mi papá me lo prohíba sino porque no quiero seguir cayendo en ese vacío que parece que me tendrá atrapada por el resto de mis días, ya no quiero seguir alimentando a eso que en mi cabeza parece una sierra que nunca se apaga.

Esa noche me mantuve despierta hasta tarde, cuando se hicieron las dos de la madrugada volví a llamar a Luis, se había puesto más borracho, tanto que casi no podía hablar, volvió a llorar, volvió a decirme que me amaba, que me extrañaba y que se había vuelto mierda por mí, ya no se escuchaba música, solo las voces de algunos manes que discutían, le pregunté en donde estaba, me dijo que con sus amigos del barrio, quise preguntarle nuevamente por su virginidad pero me pareció ridículo teniendo en cuenta la borrachera que tenía, así que le dije que se fuera a acostar porque ya estaba muy borracho y después de cruzar otras tantas palabras nos despedimos, inmediatamente hube colgado llamé a Andrea pero no me contestó, así que llamé a Teresa y a Tatiana pero tampoco me contestaron. Pensé que tal vez aún estaban en la fiesta y el sonido de la música no les dejaba escuchar el celular, pero ya era tarde para que una miniteca se mantuviera y si la fiesta hubiera seguido Luis se hubiera quedado en ella; pensé que no me querían contestar pero no había razones para ello, era imposible, así que lo más probable era que ya estuvieran dormidas, por lo tanto no quise seguir molestandolas y me sentí más tranquila porque el sábado prácticamente ya se había acabado, las chicas ya estaban en sus casas (eso era lo más seguro) y Luis pronto lo estaría, ahora todos estábamos en igualdad de condiciones y ese pensamiento me dio la tranquilidad para quedarme dormida.

Al día siguiente me desperté un poco tarde, había dormido bien y mi cuerpo estaba fresco, me levanté, desayuné y le comencé a ayudar a mi mamá a hacer el oficio y aproveché para hacérmela de buenas. Por la tarde hablé con Luis y me dijo que tenía un guayabo insopportable, y se le notaba, ya que hablaba con un hilo de voz, me dijo que se había peleado con su mamá, le pregunté en broma si ya no lo iban a dejar salir y él se rio diciéndome que él no tenía esos problemas, que él podía salir cuando quisiera. Ese domingo una extraña sensación de bienestar me acompañó y el lunes estuve con toda la buena energía en el colegio, pero me comencé a sentir un poco frustrada al ver como todos (o casi todos) hablaban de las fiestas a las que habían ido, me sentía como una niñita ñoña que no sabe ni como limpiarse los mocos, lo que quiero decir es que me sentía infantilizada, como si todos los demás fueran más maduros que yo, la irritación se me calmó cuando las chicas me contaron que nada extraordinario había pasado el sábado, que no me había perdido de la gran cosa. En el descanso nos encontramos con los chicos y se pusieron a hablar de la fiesta, yo quería hablar con Luis a solas, así que le dije que

me acompañara a sacar unas copias de unas guías que necesitaba; cuando ya estuvimos solos le dije que quería hacerle una pregunta muy seria, que me la respondiera con toda la sinceridad, él me dijo cuál era la pregunta.

—¿Si eres virgen o no? —le pregunté a quema ropa mirándolo fijamente a los ojos.

Quería ver en ellos si dudaba, si se azaraba, si sus pupilas se ponían inestables, pero nada de eso pasó, me sostuvo la mirada y me respondió con voz estable que sí, que era virgen.

—Tu eres la primera chica con la que quiero estar —me dijo y me cogió de la cintura y me pegó a él con seguridad— ¿Cuándo vamos a poder estar juntos?

Quise desesperarlo, aumentarle la expectativa, así que le dije que tenía que tener paciencia y estar más calmado y que si se portaba bien tal vez se lo daba más temprano que tarde. Luis no pareció para nada satisfecho con la respuesta, como si fuera una respuesta aburrida y ya conocida y eso me causó un mal sabor de boca, pues sentí que no había complicidad entre los dos, quiero decir, ese saber lo que piensa el otro y saber que el otro te quiere y quiere estar contigo, por el contrario, tuve una horrible sensación de que entre nosotros había una disonancia, una incompatibilidad insalvable de la que no me había dado cuenta, así que no quise estar sujetada de sus brazos y se los quité de mi cintura.

Esa semana logré algo importante y es que comencé a hablar con mi papá, no fueron las grandes conversaciones ni los tonos más dulces, pero por algo se comenzaba, sin embargo, eso no era ni por una pisca lo suficiente para que mi papá me diera permiso de salir, así que el sábado nuevamente le puso llave y pasador a la puerta y yo me vi de nuevo acostada en mi cama con una inquietud que se expandía lentamente dentro de mí con el correr de cada segundo.

Las chicas y sus novios habían quedado en ir a una fiesta, yo le había preguntado a Luis que si pensaba ir con ellos y él me había dicho que lo más probable era que no, que pensaba ir a una fiesta de un chino de once que vivía en el barrio Colina Bella, un barrio modesto, yo diría de clase media baja, por no decir que baja. La duda de adonde iba a ir a fin de cuentas me hizo llamarlo, se demoró en contestarme, me dijo que recién salía de la ducha, me dio la impresión de que estaba agitado y le pregunté que si bañándose era que se había agitado tanto.

—Me agité porque salí corriendo de la ducha para venir a contestarte —no le creí, pero no quise darle demasiada importancia así que no le discutí.

—¿Entonces ya decidiste a qué fiesta vas a ir?

—Sí, voy a ir a donde mi partero de Colina Bella.

—Eso significa que no vas a estar con mis amigas.

—Así es.

Su voz se puso seca y tosca, como si de un momento a otro se hubiera puesto molesto o tedioso, me sentí afligida, en ese momento hubiera dado lo que fuera por estar afuera, pensé que sería bueno intentar abrir la puerta, tenía llaves, lo único que tenía que hacer era quitar el pasador y desechar la llave lo más cuidadosamente posible, así me demorara una hora en ello, quise decirle a Luis que me viniera a traer, que yo encontraría la forma de salir de la casa, pero en el último momento mi ímpetu se frenó, no podía hacer venir a Luis tan a la ligera ¿y si no lograba salir? Sentí miedo de que eso pudiera molestar a Luis, el hacerlo venir para nada, si, esa fue la primera vez que sentí miedo de que un chico me pudiera dejar.

—Entonces quiero que te portes bien ¿sí?

—Claro, usted sabe que yo no le fallaría mi amor.

Nos despedimos y cuando colgué sentí la misma sensación que había tenido el anterior sábado, como si mi cuerpo estuviera suspendido en el aire, cayendo incesantemente al vacío, pensé en que si

intentaba escapar era casi seguro que mis papás se darían cuenta y no quise perder el camino andado para recuperar su confianza, así que tomé fuerza y me dispuse a aguantar un sábado más sin salir. Como siempre la televisión no sirvió pa un carajo, ni siquiera para bajarme un poquito las ansias, entonces me pregunté ¿era normal que una niña como yo, que tan solo tenía 15 años, se desesperara de tal modo solo porque no la dejaban salir? Me dije a misma que era obvio que sí.

—Todas las chicas de mi edad estuvieran en este estado si las obligaran a estar encerradas —pensé. Pensé en mis amigas.

—Ellas sin duda alguna estuvieran igual que yo si se vieran sometidas a estar encerradas en cuatro paredes como yo lo estoy.

Me puse a pensar en que a Teresa aun no la descubrían.

—Es una suertuda —pensé en mí misma.

Pero enseguida me sentí irritada al plantearme la posibilidad de que Teresa fuera más astuta que yo, más inteligente, y que por eso sus padres no habían descubierto vacía y oscura su habitación los sábados por la noche, en seguida me pregunté del por qué estaba encerrada en una habitación que me parecía desconocida ¿o excesivamente conocida? No lo sé ¿en que había fallado para que mis papás se dieran cuenta que me volaba? No había hecho sonar la puerta en lo más mínimo a la hora de escaparme, cuando mis papás me agarraron ya tenía la suficiente maestría como para abrirla en un santiamén sin que hiciera el más mínimo ruido, así que era imposible que los hubiera despertado el sonido de la puerta, no, no fue culpa mía el que me hayan descubierto, todo fue obra del azar, tal vez mi papá se levantó al baño, o mi mamá, y por alguna razón se les ocurrió empujar la puerta de mi habitación y extrañados al encontrarla sin llave, ya que yo siempre le pongo seguro cuando me voy a dormir, decidieron entrar para acurrucarme, pero al darse cuenta que esa no era yo prendieron la luz y encontraron que en mi cama no estaba yo sino un montón de ropa, debió ser así, Teresa aun contaba con la suerte de que a ninguno de sus papás se le ocurría empujar la puerta de su habitación.

—Pero tarde o temprano lo harán —pensé— solo que el azar fue mucho más malévolos conmigo.

En pensamientos de este tipo se me pasó el tiempo y cuando volví en mí, miré la hora, eran las diez y pico y decidí llamar a Teresa para saber en dónde estaban y qué estaban haciendo, inmediatamente le timbré, no se hizo esperar y contestó rápido, recuerdo que cuando me saludó noté en su voz algo de pánico o miedo o... ¿terror?

—¿Por qué hablas así? —le pregunté.

—¿hablar cómo? —me dijo.

—Como susurrando, como si estuvieras huyendo de alguien.

Teresa se rio y me dijo que solo eran videos míos.

—¿acaso no escuchas el tremendo ruido que hay? —me preguntó.

Evidentemente se notaba que había una gran fiesta con un magnífico equipo de sonido.

—Aquí no se susurra, aquí hay que gritar pa que te escuchen —dijo Teresa.

Con tremendo ruido eso era claro, pero aun así me siguió pareciendo que Teresa susurraba como si alguien la estuviera persiguiendo, pero pensé que solo eran películas mías como ella decía, me dijo que la fiesta estaba brutal.

—Si, eso se nota —le contesté.

Después le pregunté si estaba con Andrea y Tatiana, me dijo que estaban bailando y que ella había salido para respirar aire fresco, le pregunté si es que de casualidad Luis se había aparecido por ahí, me dijo que no. Justo cuando ya me iba a despedir Teresa se me adelantó abruptamente.

—Valentina, adivina —me dijo en tono picaresco.

—¿Qué pasó? —le pregunté aguzada por la curiosidad.

—Estoy un poco borracha —me dijo mientras daba risitas maliciosas.

—¿Cómo así? ¿estás tomando? —le pregunté.

—Sí, estoy tomando con Oscar.

Cuando acabé de escuchar esto una especie de histeria me carcomió, ahora Teresa ya no solamente se volaba sin ningún problema y disfrutaba de los buenos goces sino que también se daba el lujo de comenzar a emborracharse, de empezar a experimentar, de tomar antes que yo, que era mayor que ella pero me hallaba encerrada, en una habitación que me parecía que estaba construida sobre un pantano enorme, oscuro, horrendo, me sentía como un bicho raro, como si estuviera en una cloaca mal oriente, muy lejos de la gente, mientras mis amigas la pasaban divinamente con sus novios, sentí nuevamente el deseo de salir corriendo de la casa, pero no tenía más opción que reprimirme.

—Tienes que tener cuidado cuando llegues a la casa —le dije— porque si tus papás te llegan a pillar entonces...

—No no no —me cortó Teresa— mis papás no se van a dar cuenta ni por el chiras, nunca lo harán.

—¿Ahh si? ¿y como sabes eso? —le pregunté.

—Porque así va a ser —dijo— uno siempre tiene que tener energía positiva.

Cuando Teresa pronuncio estas palabras, su voz me sonó de una manera tierna, y quise desde lo más profundo que los papás no la descubrieran y que todo le saliera bien, le dije que le deseaba mucha suerte, ella me dio las gracias y nos despedimos.

Ahora que me pongo a pensar en Teresa me da tristeza, sin duda alguna la quería muchísimo, era una chica muy bonita, inteligente, vivaz, pero lo que más me llamaba la atención y me gustaba de ella, era su carácter, podría decir que ella era la que tenía el carácter más fuerte de las cuatro, aunque era la menor, y más cuando se trataba de Oscar, él fue el que tuvo la oportunidad de sentir ese carácter tan grande, avasallante, ahora que la pienso, Teresa se me figura como una chica muy particular, era totalmente abierta, transparente, como si nunca fuera a tener nada que ocultar, ningún pecado, pero al mismo tiempo, era una chica que daba la sensación de que uno no conocía en verdad de lo que era capaz, parecía que podía llevarse todo el mundo por delante, pero eso no le interesaba, ella siempre se preocupó por las cosas, digamos, más triviales y cotidianas, como estar bien peinada, bien maquillada, con buena ropa, por presentar la tarea a tiempo y porque Oscar la quisiera y nunca la traicionara y así fue hasta el final.

Así que nos despedimos y al colgar fui a la cocina y me tomé un vaso de agua, me sentía sofocada, volví a la habitación y llamé a Luis, le timbré una docena de veces pero no me contesto. La cabeza se me hizo un hervidero, me tiré en la cama y apreté las cobijas, el pensamiento de que no me quería contestar porque lo más seguro es que estuviera con otra me comenzó a palpitar en las sienes como un corazón recién sacado del cuerpo de un hombre; inmediatamente le marqué a Andrea, necesitaba hablar con alguien, sentía como si esas cuatro paredes me hubieran estado robando el oxígeno, pero ella tampoco me contestó por más que le timbré, le timbré a Tatiana y nuevamente a Teresa pero ninguna contestó. Sentí como si todos hubieran desaparecido, como si todo el mundo fuera una enorme esfera vacía girando eternamente en la oscuridad del espacio, sentía como si todo mi cuerpo estuviera siendo estrujado, pensé que ni Luis ni mis amigas querían hablar conmigo, como si los estuviera molestando con mis llamadas, como si les pareciera alguien repugnante, como si no hiciera parte de ellos y no quisieran verme nunca más. Quise calmarme y respiré profundo, le marqué nuevamente a Luis y obtuve el mismo resultado: el timbre sonado sin que nadie contestara. Le marqué de nuevo a Andrea, el celular se mantuvo timbrando y en determinado momento me sentí como una sanguijuela, como alguien lastimero que ruega por ser aceptado, así que dejé de timbrar, esa no era

yo, rogando, suplicando que por favor me contestaran, no, esa definitivamente no era yo, la esbelta, la Valentina con carácter, con carisma, la que nunca en su vida se había dejado pordebajear por nadie. —Que se vayan a la mierda todos esos hijueputas —pensé— no los necesito para nada, que sigan haciendo lo suyo que cuando logre salir de aquí vamos a ver quién es quién ¡partida de zopencos! Sin embargo, aunque había recuperado mi espíritu de dignidad, no podía controlar el ardor que sentía por dentro, esa rabia desbocada que no encontraba como desfogar en esa habitación cuyas dimensiones parecían balancearse. Pensé que lo mejor que podía hacer era dormirme, así que apagué la luz y el televisor que se había mantenido sonando aunque yo no lo había captado para nada, me envolví en las cobijas y me quedé despierta aun un buen rato, yo diría que más de una hora, escuchando como de vez en cuando ladraban algunos perros, cuando de repente, estaba en una sala oscura alumbrada tenuemente en un lugar delante de mí, por un momento todo se mantenía quieto y en silencio, pero de repente, una voz comenzaba a hablar, al principio me resultaba irreconocible, pero poco a poco esa voz iba cambiando su timbre hasta que se convertía en la voz de Luis.

—Ey muñeca ¿en dónde estás? —decía— no creas que no te quise contestar porque no quisiera o porque me parecieras muy intensa, solamente que estaba bailando y la música no me dejó escuchar el celular ¿Cómo estás? ¿Qué querías? Te amo mi amor, te amo.

La voz de Luis parecía venir del cielo, y esto es un decir, porque en ese lugar no había cielo, era una sala enorme de dimensiones ilimitadas. Despues empezaba a sonar la voz de Andrea.

—Oye amiga ¿Cómo estás? —decía— disculpa que no te haya contestado, pero estaba bailando y la música no me permitió escuchar el celular, tú sabes cómo es eso, pero ¿Qué querías decirme? ¿estás bien? Es una lástima que no te dejen salir, de verdad, pero no te preocupes que las fiestas se han puesto feas y también tenemos vigilado a Luis, se ha portado bien, puedes estar tranquila.

Despues de esto las voces de Andrea y de Luis comenzaban a hablar entre ellas.

—Jajaja —se reía Andrea— se la creyó toda, cree que no le contestamos porque no escuchamos el celular, pobre niñita.

—Jajaja pobrecita —hablaba a continuación Luis— debe ser muy feo tener unos papás con mentalidad de abuelos, pero ella es la que se lo pierde, y siéndote sincero, el que le prohibieran salir ha sido lo mejor para mí, así podemos estar tranquilos tu y yo, lo malo es que esa china es muy jarta y solo se la pasa llamándome.

—Si, a mí también —contestaba Andrea— que china tan jarta, deberíamos sacarla del parche de una vez por todas.

—Si, la próxima vez que no la encontremos le decimos que no queremos que se nos pegue más.

Despues de un breve silencio Luis y Andrea aparecían en la parte iluminada de la sala y entonces Luis le decía que se ponga de espaldas a Andrea, la cual estaba vestida con el uniforme del colegio con una falda tan corta que le dejaba ver las nalgas.

—Ah que ricas nalgas que se te ven con esa faldita de colegiala —le decía y le pegaba chirlazos en las nalgas y se la empezaba a coger.

Entonces Andrea comenzaba a gemir, al principio muy suave pero cada vez más y más duro hasta que terminaba gritando. Yo me quedaba parada en la oscuridad, sin poder pronunciar palabra, sin poder creer lo que habían dicho de mí, y sin poder creer que Luis se estuviera follando a Andrea.

—Pobrecita —decía Luis con voz agitada— la muy tonta se creyó que éramos vírgenes.

—Ay ay ay ay mmm si si pobrecita —decía Andrea entre gemidos— yo creo que se va a quedar toda la vida como una niñita virgen.

De improvisto irrumpían las voces de Tatiana y Teresa en coro detrás de mí.

—Pobrecita la niñita, le están poniendo los cachos —decían y se reían.

Y los gemidos de Andrea y las voces de Luis, Teresa y Tatiana se mezclaban en una sola tonada grotesca hasta que se convertían en un torbellino que chirreaba como unas uñas rasgando vidrios. Me desperté totalmente desorientada, con la habitación invadida por la oscuridad más abrupta, como una serpiente negra que reptaba hasta en los resquicios más insondables, quería saber la hora desesperadamente así que busqué el celular en el nochero, miré y eran las dos de la mañana pasadas. Sin pensar en nada le marqué al instante a Luis, el celular sonó dos veces, tres, cuatro, y cuando pensaba que nuevamente no me iba a contestar, contestó. Estaba completamente borracho, le pregunté por qué hijueputas no me había contestado en toda la noche.

—Amor perdóname, no he mirado el celular desde que salí, solamente me he dedicado a beber.

—¿Acaso me crees estúpida? —le dije.

—Mi amor no te estoy mintiendo toda la noche he pensado en ti.

—¿Entonces por qué no me llamaste?

—Ya te dije, me olvidé por completo del celular, apenas ahora lo vengo a escuchar.

Estaba tan borracho que sus palabras eran casi inentendibles, eso me exasperó más.

—¿Acaso me la estás haciendo con alguien? —le grité.

—Cálmate, cálmate, a mí no me grites.

Escuché al fondo que sus amigos se empezaban a reír.

—Velo velo, el cabeza de mango se puso bravo —le decían.

Ese era el apodo de Luis, cabeza de mango, dado que a veces, cuando hacía mucho viento, su cabello se levantaba y parecía mango chupado.

—Entonces jodete —le dije.

—Jodete vos —contestó.

—No, jodete vos baboso —le dije y colgué.

No quise llamar a ninguna de mis amigas, la pesadilla me había afectado particularmente y me sentía llena de rabia contra todo el mundo.

—Que se jodan esas babosas también —pensé.

Intenté dormirme pero no me fue posible, estuve dando vueltas en la cama toda la madrugada, sentía que mi cuerpo estaba cubierto por una especie de sustancia pegajosa, solo hasta cuando el sol crudo comenzó a alumbrar las paredes de mi cuarto, logré dormirme, pero no por mucho, ya que mis papás pronto se levantaron y comenzaron a hacer el ruido de comienzo del día, sobre todo mi mamá que con el resonar de los trastes de la cocina me despertó y ya no pude volverme a dormir, así que me levanté; un par de pesas me colgaban de los párpados, sentía el cuerpo gelatinoso, estaba extremadamente cansada y sentí que en cualquier momento me podía desvanecer, así que me preparé un buen desayuno para recuperar energías, pero de poco sirvió, el estado lamentable en el que me encontraba se dejaba ver de sobra y cuando mi mamá me vio detenidamente me preguntó qué me pasaba, le dije que había pasado una mala noche, que casi no había podido dormir.

—Estas pálida ¿quieres que te compre alguna pastilla? —me preguntó.

Le dije que no, que lo que necesitaba era dormir un poco y que así me pasaría ese malestar.

Estuve aproximadamente un par de horas retorciéndome en la cama sin saber qué hacer, mis papás disminuyeron el ruido y contra todo pronóstico logré dormirme unas cuantas horas. Me despertó el timbre del celular, era Luis y no le quise contestar, siguió insistiendo, pero en verdad no sentía ningún deseo de hablar con él, así que una y otra vez lo mandé a correo de voz y ya no pude volver a dormir.

—Grandísimo pirobo, me quitó el sueño —dije entre dientes.

Casi una hora después me timbró Andrea, no sé por qué, pero sentí una especie de energía oscura, como un vacío en medio de mis tetas, estuve expectante viendo el celular timbrar con el nombre de "Andrea" en la pantalla, hasta que contesté.

—Hola Valentina ¿Cómo estás? —dijo.

—Bien ¿y vos que tal noche pasaste?

—Fue una noche loquísima ¿a qué no adivinas?

—¿Qué pasó?

—Añoche nos emborrachamos todas con nuestros novios, estoy de un guayabo asqueroso, yo creo que me intoxiqué.

Me había perdido la primera farra con mis amigas, me sentí como una mierda y así se lo dije a Andrea, que escuchar eso me hacía sentir mal.

—No te preocupes, no te perdiste de nada bueno, si supieras lo duro que me está doliendo el estómago, nunca más voy a volver a tomar —dijo Andrea entre quejidos y después— Valentina tengo que colgarte, tengo ganas de vomitar nos vemos en el cole... —y cortó la llamada bruscamente.

Después de esa llamada de Andrea quedé confundida, me sentía como sola en una isla en medio del inmenso mar, me parecía que mis amigas y Luis y todos los chinos de mi edad maduraban y perdían sus miedos a pasos agigantados mientras yo permanecía en un caparazón alejada de toda tempestad, peligro y amenaza. Luego de un par de horas Luis volvió a llamarme, esta vez le contesté, hablamos de lo que había pasado, él me recalcó más de una vez que si no me había contestado era porque se había olvidado por completo del celular, yo le dije que no me había gustado la forma en cómo me había tratado, él me pidió disculpas pero no sin decirme que yo también había sido muy grosera, la conversación comenzó a subir de tono y por poco terminamos peleando de nuevo, así que decidimos cortar la llamada. La relación con Luis se estaba enfriando, lo notaba seco, agresivo, como si poco a poco se le estuviera acabando la ternura que tenía conmigo y yo también me sentía incomoda cuando hablaba con él, de a pocos se iba evaporando la emoción que sentía cuando estaba a su lado.

Aquella semana fue importante para acomodar las cosas con mis papás, la comunicación se restableció por completo y volvimos a tratarnos con cariño; por otro lado las cosas con Luis se pusieron cuesta abajo, los dos últimos fines de semana me habían removido las fibras y él había cambiado su forma de comportarse conmigo, se hizo serio, frío, y eso me desagradó tanto que llegó un momento en el que ya no me gustó andar con él y a él tampoco se lo notaba muy contento cuando estaba conmigo, así que nuestra relación se tornó tensa, había algo que nos teníamos que decir pero ninguno se atrevía, como si aún no estuviéramos 100% seguros de ello. Con las únicas que me podía sentir realmente bien era con mis amigas que me contaron riéndose como había sido su primera borrachera en la que desgraciadamente no había estado, como se habían caído en medio de las calles y en los potreros con sus novios atrás, como les habían armado bronca a sus novios y les habían pegado patadas y puños por nada, como casi que se habían dado golpes con unas cuchas y que a no ser por sus novios que estaban ahí lo más probable es que hubieran resultado bien ajetreadas. Mientras me contaban esto yo sentía que me había perdido de algo espectacular e irrepetible, les pregunté por qué habían decidido emborracharse, me dijeron que todo había comenzado por que Tatiana se había tomado un par de copas y que Oscar y Jhonatan habían animado a Teresa y Andrea a tomarse unas también y dado que la fiesta estaba del putas, como una bomba, y todo el mundo estaba embriagándose ellas habían aceptado. Pensé que las cosas estaban comenzando a tornarse más emocionantes allá afuera y que mientras eso pasaba yo no podía permitirme estar encerrada en una habitación, así que el próximo sábado tenía que salir sea como sea.

Con eso en mente esa semana llevé a cabo un plan el cual consistía en exagerar mis obligaciones, y en aparentar que el colegio me tenía agotada y que necesitaba distraerme, fingí que me habían hecho muchos exámenes, trabajos, talleres, de cada una de las materias y en cada momento me quejaba de lo cansada y estresada que me encontraba y cuando se hizo el sábado, estaba decidida a decirles a mis padres que me dejaran salir. Fui sincera, les dije la verdad, es decir, que había una fiesta a la cual quería ir con mis amigas, que me dejaran salir y que estaría puntualmente a las diez de la noche en la casa y así sucedió lo que esperaba, mi papá comenzó a ceder y al final terminó por aceptar.

—Pero no quiero que llegue más tarde de las diez —me recalcó.

—Claro que no —le dije y le di las gracias y un beso en la mejilla y un abrazo a mi mamá.

Me sentía como la joven más feliz del mundo, en verdad que estaba contenta, así que me bañé y me puse la mejor pinta que tenía, me maquillé y puse bien linda, y cuando llegó la hora llamé a Luis, el cual sabía todo lo que había hecho a lo largo de la semana para convencer a mis papás y estaba esperando mi llamada para saber si mis esfuerzos habían dado fruto. Cuando escuchó que mis papás habían aceptado mandarme, me dio la impresión de que no se alegraba mucho o, mejor dicho, no se alegraba para nada, habíamos quedado en que si mis papás me mandaban el me iría a recoger para ir juntos a la fiesta, así que media hora después él ya estaba esperándome en el sitio de siempre, le pedí la bendición a mis papás y ellos me recordaron cual era mi compromiso, les dije que no se preocuparan, que estaría puntualmente en la casa a la hora estipulada. Cuando estuve afuera y volví a sentir la brisa fresca de la noche, ese frío de esta ciudad que en ese momento me pareció como un regalo de Dios, cerré los ojos, respiré profundo y exhalé y sentí como si mi sangre se volviera cristalina. Cuando nos encontramos con Luis nos saludamos con un pico y no tardamos mucho en encontrar un taxi. El trayecto hasta la fiesta se me hizo totalmente incomodo, me sentía tensa a lado de Luis y sé que él también se sentía igual, en un momento pensé que hubiera sido mejor pedirles a mis amigas o a una de ellas que me fuera a recoger.

Cuando llegamos a la fiesta no había mucha gente, la sala de la casa era amplia y había un equipo con un excelente sonido, mis amigas ya estaban ahí con sus novios y nos parchamos a esperar que más gente llegara; un chino me sacó a bailar y yo acepté con gusto dado que era consciente que mi noche no iba a ser muy larga y que tenía que aprovecharla al máximo. Para mi suerte la gente comenzó a llegar rápido y media hora después la fiesta ya estaba tomando un voltaje considerable y entonces los chicos compraron una botella de norteño y empezaron a beber en forma. En los sábados que no había salido parecía que había aumentado su apetito por el alcohol, pero particularmente Luis estaba bebiendo como descocido, cuando se prendió dejó a un lado la antipatía y se puso cariñoso conmigo, me dijo que me había extrañado muchísimo los fines de semana en los que no había podido salir, pero sus palabras no me causaron casi nada a no ser que desconfianza, me sonaban tan fingidas y falsas que tuve que salir a bailar con un chino para poder quitármelo de encima; mientras bailaba miré como Luis fruncía el ceño, después miré que se entrometía entre la gente hasta desaparecer. Cuando terminé de bailar lo busqué por toda la sala, pero no lo encontré, le pregunté a mis amigas y a sus novios si lo habían visto, me dijeron que se había desaparecido pero lo más probable es que pronto volvería, que no me preocupara, sin embargo, yo quería saber a dónde diablos estaba, salí a buscarlo afuera y me encontré con un montón de chinos bebiendo y fumando pero él no estaba por ninguna parte, lo busqué nuevamente adentro, fui donde mis amigas para ver si había regresado pero no estaba, las entrañas me comenzaron a palpitar y en cada palpitó parecía que eran tragadas por un vacío que de repente se había formado en mi estómago. Seguí buscándolo, y al no encontrarlo comencé a alejarme de la fiesta para tratar de hallarlo, crucé un montón de cuadras, las calles estaban repletas de parches y aunque me daba miedo pasar por enfrente de ellos, lo hacía, y miraba si es que

acaso Luis se encontraba en alguno, pero no estaba; de repente me di cuenta que había llegado a un barrio en donde las pintas ya comenzaban a cambiar, manes choches, con caras chupadas, pelo pegajoso y hablado de ñero, es verdad que yo frecuentaba farras en las que aparecían choches, pero es que los chinos de aquel barrio en el que me encontraba parecían hundidos por completo en lo más bajo y descarnado de la calle, en una cloaca que se dejaba ver en sus ojos. Me sentía como un ser totalmente ajeno a ese lugar, tenía miedo y cuando ya me disponía a alejarme, escuché el sonido de una música que surgía de un callejón, un impulso irracional hizo que me adentrara en él y comenzara a caminar cuesta arriba, el callejón tenía a cada lado una hilera de casas de aspecto más bien oscuro, de abandono, entonces mire un montón de chinos parchados en una de esas casas que se mantenía casi escondida entre las demás en donde se estaba llevando a cabo el goce. Mi respiración se aceleró pero en ningún momento desacelere mis pasos pues no quería demostrar miedo y aunque me sentía totalmente extraña no quería que pensaran que era alguien demasiado gomelo, porque no lo era, nunca lo he sido, quería que no se dejaran llevar por mi ropa y no me vieran como un bicho raro, pero así fue como me sentí al llegar a la casa y todos esos chinos me quedaron mirando como preguntándose quien era yo, entonces un guagua con el pelo exageradamente embadurnado de gel, que usaba ropa que parecía un par de tallas más grande de la que necesitaba, me quedó mirando con admiración, como si se hubiera enamorado de mi a primera vista.

—Hola mi amor ¿Por qué tan sola por estos lares? —me dijo.

—Estoy buscando a mi novio —le contesté.

Los ojos de aquel chino se abrieron y se pusieron cristalinos al escuchar esto, por un segundo pensé que se iba a poner a llorar, pero al instante me di cuenta como cajaba y que estaba más embalado que un culo.

—¿y cómo se llama su novio mi amor?

—Luis.

—¿Luis? Luis... Luis... Luis... —repitió unas cuantas veces con cara de pensativo como si estuviera tratando de recordar a alguien con ese nombre— no mi amor —dijo— la verdad es que no me suena ningún Luis, pero si usted quiere puede entrar a buscarme con toda confianza, tranquila que aquí somos gente bien, aquí no le pasa nada.

Cuando entré noté que la casa era más oscura que las casas normales. Contrario de lo que yo esperaba, adentro había algunas nenas muy lindas, aunque pocas, y alguno que otro man bueno, en este aspecto no había mucha diferencia con las fiestas a las cuales iba, en las que tampoco se miraban muchos manes buenos, o eso me parecía a mí, aunque había algunas chinas que se desvivían por casi todos los manes, sobre todo cuando eran picados a malos y a gamines. Tuve que esperar un par de canciones para que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, varios manes me sacaron a bailar y más de uno también me ofreció chorro, pero yo no acepté, por lo demás, la música estaba bacana, unos buenos reguetones de esos bien picantes, hechos para sudar y sobar culo. Luego de que me acostumbré a la oscuridad comencé a visajear a Luis, en algún momento me pregunté qué estaba haciendo ahí, en ese barrio de chirretes ladrones, buscado a alguien del que se suponía ya estaba aburrida, pensé que no importaba si Luis estaba en esa fiesta, que tenía que salir de ahí inmediatamente, pero al mismo tiempo que pensaba esto seguía paseándose entre los chirretes buscándolo, el estrober parecía dañando y emitía una luz muy débil pero aun así permitía ver las caras y distinguir la ropa que cada cual usaba y así fue como de repente, como encogido en una esquina, miré a alguien con la misma chaqueta y peinado de Luis, si, era seguro que era Luis y al fijarme mejor noté que no estaba encogido sino que estaba abrazando a alguien, me abrí paso hasta que llegué a él y obtuve un ángulo que me hizo presenciar todo más claramente, no podía creer lo que estaba

viendo, Luis se estaba vacilando con una chirreta que usaba pupera y él le apretaba la cintura y encima de todo el cabrón tenía cerrados los ojos, me le acerqué y le apreté el hombro, volteó con cara de asustado, como si de repente una tractomula le hubiera pitado a sus espaldas. Cuando me vio se quedó pasmado, con los ojos fijos en mí, no atinó a pronunciar palabra, como si no pudiera creer que yo estuviera allí agarrándolo con su guaricha, me llené de emoción, en el sentido negativo, sentí que el corazón se me caía a los pies y aunque no quería me puse a llorar y salí rápido abriéndome camino entre todos esos choches a empujones y cuando estuve fuera de la casa aún estaba en la entrada el mancito que parecía que se había enamorado de mí y cuando me vio llorando recuerdo que me dijo "ay mami ¿qué le paso?" pero yo no le hice caso y pasé de largo. Lo único que quería era volver donde mis amigas, pero Luis me alcanzó y me agarró del brazo, le forcejeé y le grité que me soltara, estúpidamente me pidió que me calmara, después que lo había agarrado haciéndomela, le dije que dejara de ser tan bobo y tan malparido, intenté zafármele pero él me apretó con más fuerza el brazo y me pidió que lo escuchara, me puse roja de la rabia, no podía soportar que ese cabrón me tuviera agarrada y no me permitiera irme, entonces, puse toda mi fuerza en el brazo que tenía libre y le pegué una cachetada que le hizo voltear la cara y que hizo eco por todo aquel callejón, Luis me quedó mirando con los ojos rojos y me soltó.

—Lárgate de aquí si eso es lo que quieras —me dijo— pero ahora mismo llamo a tus papás, para que sepan que preferiste irte sola que conmigo y para que no me echen la culpa de nada si es que te llega a pasar algo.

No me importaron sus palabras y eché a caminar de vuelta a la fiesta, volví a recorrer todas las calles pero esta vez llorando, los parches de las esquinas ya estaban más borrachos, algunos guaguas me preguntaron por qué lloraba, pero yo pasé de largo casi sin escucharlos. En realidad me dolía la traición de Luis y lloraba sinceramente, aunque estábamos mal no me acababa de convencer de que me había engañado, o sea, él era mi Luis, el niño lindo de los ojos verde oscuro, con el que me había volado a las primeras farras de mi vida, el que había estado conmigo abrazándome cuando mis papás se dieron cuenta que me fugaba, con el que me había sentado a charlar bajo un árbol del colegio en una mañana soleada, el que pensaba que nunca me iba a dejar sola, me dolía, me dolía de verdad, el mundo se me caía a gajos. Llegó un momento en el que me encontré con una pandilla en la cual dos manos se estaban dando golpes, eran unos manos que parecían un poco mayores que yo, que dándose duro en medio de sus amigos parecían dos diablos en medio del fuego, me pareció que la noche había hecho arder toda la ciudad en llamas, que esta ciudad no era nada más que un inmenso fogón en el que todos nos quemábamos.

Cuando mis amigas me vieron llegar nuevamente a la fiesta corrieron hacia mí y al verme llorando me preguntaron que me pasaba, les contesté que había encontrado a Luis con otra y me abracé a Andrea, mis amigas no podían creer lo que les decía y trataron de consolarme de todos los modos posibles pero nada podía apaciguar el dolor que sentía, entonces Oscar me ofreció guaro y me dijo que con eso podía desfogar todo, dudé un poco pero cuando mis amigas me dijeron que ellas estaban bebiendo y que me acompañarían, me decidí, y me tomé la copa, entonces Andrea me secó las lágrimas, me agarró de la mano y me llevó a la fiesta, antes de entrar miré las horas, eran las nueve y media. La noche me había rendido, habían pasado más cosas de las que me hubiera podido imaginar, me quedaba media hora antes de regresar a casa, así que me bailé unas tantas canciones y me alcancé a tomar unas copas más pero aunque intenté olvidarme de Luis y dejar la tristeza a un lado no pude lograrlo. Cuando ya faltaba poco para que se hicieran las diez les pedí a mis amigas que me acompañaran a coger un taxi, ellas me acompañaron con sus novios, pero antes que todo me chupe un halls y me comí un pan para disimular el tufo, aunque no había tomado demasiado pero lo

menos que quería en ese momento era que además de descubrir a mi novio poniéndome los cachos se me presentara una nueva pelea con mis papás.

Cuando llegué a la casa no quise que mis papás notaran que había llorado, así que me calmé lo más que pude y me arreglé la cara; no sabía si contarles lo que había pasado, estaba confundida, pensé que tal vez las cosas con Luis se podían arreglar y entonces contarle a mis papás sería un error, después pensé que yo no podía ser tan estúpida como para volver con alguien que me había traicionado, al final de cuentas me decidí por no contarles. Mis papás estaban acostados viendo televisión, los saludé desde fuera de su habitación y aunque pensé que me iban a regañar por llegar 15 minutos tarde, no fue así y solamente me preguntaron cómo me había ido, les respondí que todo había estado bien y me despedí. Fui a mi habitación, me tiré en la cama y me puse a pensar en lo que había pasado, me había calmado un poco y eso me permitió pensar las cosas de mejor manera, no sabía si lo sucedido era bueno o malo, por una parte me veía liberada de alguien que en el último tiempo me había producido fastidio y con el cual me sentía incomoda, por otra parte me sentía abandonada y aborrecida, sola, entonces, el amor por Luis se reavivaba; me puse a pensar en cómo se había deteriorado nuestro amor, porque sí fue amor lo que había llegado a sentir por él. Todo pasó tan rápido, tan solo dos sábados en los que no pude salir y nuestra relación se quebrantó, me parecía que en el último tiempo Luis me tenía asco, en un momento pensé que eso era lo mejor que podía haber pasado, porque esa relación ya no tenía ningún futuro. Ese pensamiento me calmó mucho mas así que me puse la pijama, me lavé los dientes y me metí debajo de las cobijas y contrario de lo que esperaba logré quedarme dormida al poco tiempo. El sonido del celular me despertó a la media noche, era Luis y no quise contestarle, así que apagué el celular porque supuse que seguiría llamando y no me equivoqué, porque al otro día cuando prendí el celular encontré que tenía aproximadamente veinte llamadas perdidas, un par de Andrea y las demás de Luis, el cual me siguió llamando durante el resto del fin de semana pero no le contesté. Estaba con la cabeza más despejada y había desechar cualquier posibilidad de volver con él, no quería hablarle, por el contrario, quería que me dejara de molestar y me dejara tranquila.

Cuando llegó el lunes en el descanso del colegio Luis se acercó a mí y me pidió que habláramos, yo acepté. Fuimos a un lugar apartado del colegio y allí me dijo que me amaba, que la china con la que lo había encontrado no era nada, que solo se había dado amores con ella porque tenía rabia conmigo dado que yo lo había aborrecido en la fiesta para ponerme a bailar con otros manes y que no quería que lo nuestro se acabara. Llegó un momento en el que me puse a dudar, sus palabras parecían francas, y en el fondo sabía que aún lo seguía queriendo, pero no sé por qué, tal vez por capricho, tal vez por un ataque de orgullo y dignidad, pero le dije que no, que lo nuestro había terminado, que no quería nada con él porque yo se lo había advertido que si me ponía los cachos lo nuestro se acababa. Se quedó impactado al escuchar esa respuesta tan categóricamente, sin ninguna vacilación, parecía que había estado esperando que yo lo perdonara, parecía que había sentido lo mismo que yo había sentido la noche en que lo encontré haciéndome: dolor, desprecio, desesperación, ansiedad. Eso hizo que me embriagara de satisfacción, el verlo sufriendo casi al borde de las lágrimas me hizo sentir por primera vez lo que era el placer de la venganza, quería que el dolor lo hiciera revolcar, que se arrodillara llorando ante mí para suplicarme que no lo dejara y que me diera la oportunidad de decirle nuevamente que no, que no lo perdonaría así me lambiera la suela de los zapatos; pero Luis no hizo nada de eso, simplemente los ojos se le pusieron cristalinos y me pidió que lo pensara mejor.

—No hay nada que pensar —le dije— la decisión está tomada, lo nuestro se acabó, gracias por todo. Cuando terminé de decir esto quise irme y Luis me agarró del brazo pero yo lo empujé con fuerza y con mucha rabia le dije que no quería que me volviera a jalar ni a tocar de nuevo y él entendió que mi

decisión no tenía vuelta atrás. Entonces eché a andar y Luis se quedó parado ahí, en ese lugar apartado del colegio viendo cómo me alejaba y así fue como se acabó en definitiva mi relación con él. Claro que aun duró algún tiempo para que pudiera superarlo por completo, había veces en las que me sentía muy triste y pensaba que lo mejor era volver con él pero después me recuperaba y mi convicción de no perdonarlo se revitalizaba. El siguió llamando durante algunas semanas, hubo un par de veces que le contesté y él me volvía a pedir que lo perdonara, que nunca más me volvería a engañar, pero yo le contestaba que no, que mi decisión ya estaba tomada. Un día decidí que lo mejor para olvidarlo era no volverle a contestar, así que cada vez que me llamaba lo pasaba a correo, en el que algunas veces me dejaba mensajes de voz, algunos de los cuales, debo decirlo, eran muy tramadores y los escuchaba más de una vez pero me mantuve firme y no cedí, hasta que un día simplemente dejó de llamar y yo por fin pude superarlo.

Luis fue el primer chico del que me enamoré, ese niño era realmente lindo, ojos verde oscuro, piel oliva, nariz respingada, una cara totalmente simétrica, perfecta, adornada por un precioso cabello ondulado de color castaño. Muchas niñas del colegio estaban enamoradas de él pero él siempre me prefirió a mí hasta el día que me engañó y eso me hacía sentir en las nubes; que un niño como Luis no tuviera ojos nada más que para ti es algo parecido a un sueño, era varonil, atlético, le gustaba mucho el microfútbol y a mí me gustaba verlo jugar, era un excelente jugador. Especialmente me gustaba ver microfútbol en las mañanas que hacía sol, entonces los chinos se quitaban las camisas y sus cuerpos comenzaban a sudar y verlos pelear por el balón dándose cuerpazos y haciendo jugadas bacanísimas era como ver a un montón de gladiadores en la arena. El colegio fue una época maravillosa, mucho mejor que la de la universidad ahora que lo pienso, porque, al fin y al cabo, la época de la universidad fue la que me arruinó, ahí conocí a las personas que hicieron que mi vida se convirtiera en esto, en un despojo, pero ¿Por qué echarle la culpa a los demás? No, si mi vida se ha convertido en un cementerio repleto de huesos, fue por mi propia causa ¿Quién fue la que tomó todas esas decisiones, a la que no se le dio la gana de hacer un esfuerzo por controlar sus deseos, a la que no le importó el sufrimiento que le podía causar a otros? Yo ¡fui yo! Y casi nunca soy capaz de aceptarlo, porque me llena de rabia el no encontrar otro culpable más que yo, otra persona a la cual hacer responsable de mis desgracias. Ahora que escribo esto y que estoy más sola que nunca, cuento me gustaría tener a Luis o alguna de mis amigas a mi lado para abrazarlas y poder desahogarme en sus hombros, pero ya no soy una chica de 15 años, ya no tengo que levantarme temprano para ir al colegio y ya no tengo amigas con las cuales disfrutar de buenos momentos, me siento huérfana de todo amor, desnuda en medio de un valle congelado.

Así que quedé sin novio y pasó algún tiempo para que volviera a cuadrame con alguien. Mientras tanto seguí la joda con Andrea, Tatiana y Teresa en el colegio pero sin descuidarme en los estudios. Mis padres de algún modo se ablandaron y me permitían salir a fiestas y llegar a las 11 de la noche, no era mucho, pero por lo menos en ese lapso de tiempo podía gozárme con mis amigas y bailar algunos buenos temas. Debo decir que estar sin novio mientras mis amigas estaban con los suyos era para mí algo incomodo, me sentía como una violinista, por eso algunas noches, me parchaba con algún que otro man para no sentirme tan X y vacilar un rato, pero ninguno llegó a atraerme en serio. En el colegio igualmente hubo algunos chinos que me mandaban saludes y a decir que si podíamos hablar, acepté la invitación de un par que me parecieron lindos pero no fue más que mamadera de gallo y me tocó cortarlos cuando ya comenzaron a pedirme el número y se quisieron portar más serios. Hasta que llegó el día en que nos tuvimos que graduar del colegio y Teresa, Andrea, Tatiana y yo nos pusimos muy nostálgicas; sabíamos que eso significaba una nueva etapa en nuestras vidas y el día de la graduación nos abrazamos, nos dimos las gracias por estar siempre la una para la otra y por

tantos bellos momentos compartidos y nos pusimos a llorar mientras en el auditorio sonaba la canción de “porque un amigo es una luz, brillando en la oscuridad...” ese momento en verdad fue muy emotivo, me sentía confundida, no sabía lo que me depararía el futuro a partir de entonces, de alguna manera me había hecho a la falsa idea de que el colegio iba a durar para siempre.

Yo les había pedido a mis papás que me permitieran hacer una fiesta de graduación a la que pudieran asistir todos mis amigos, al principio ellos se mostraron dudosos, pero dado que tres meses atrás había cumplido los 16 años y les había pedido que me dejaran hacer una fiesta sin que ellos aceptaran, les eché en cara eso y además les dije que la despedida del colegio era algo muy especial para mí y que quería despedirlo de la mejor manera y en verdad mis palabras eran francas. Mis papás terminaron por aceptar, pero me dijeron que no querían que asistiera demasiada gente ni mucho menos gamines que pudieran causar problemas, les dije que solo asistirían mis amigos y que por supuesto que ningún gamín estaría invitado. El día de la fiesta me levanté temprano y después de arreglarme y de desayunar unos huevos con plátano que había preparado mi mamá y que me supieron delicioso aunque a mí no me gusta el plátano, pero ese día me pareció tan reluciente y lindo que hasta los plátanos me supieron a la mismísima gloria, bueno, decía que después de arreglarme y desayunar llamé a Andrea para que me ayudara a preparar la fiesta. Andrea ya estaba lista también, así que poco después nos encontramos y fuimos a recoger un estrober que nos iba a prestar un partero del curso, y que obviamente estaba invitado, que se llamaba Javier y que nos dijo que necesitaríamos a alguien que sepa instalar el estrober y que él sabía, así que fuimos los tres a mi casa. Cuando estuvimos en mi casa comenzamos a sacar los muebles de la sala, la casa estaba sola dado que mis papás se habían ido ya a su jornada de trabajo respectiva: mi mamá a atender una tienda y mi papá a ver estadísticas en un computador. Así que sintiéndonos en confianza comenzamos a hablar de las locuras que nos habían pasado a cada uno. El puyas, que así era como le decíamos a Javier, ya que era un poco aindiado y por lo tanto su cabello era puyoso y más cuando se peinaba y se echaba gel, el puyas digo, nos comenzó a contar la última que le había pasado y que había consistido en embalarse tanto con perico que se había puesto a caminar por casi toda la ciudad sin rumbo fijo. En un momento se había dado cuenta que estaba perdido y como ya era muy de noche y las calles estaban totalmente desiertas no encontraba a nadie a quien poder preguntarle en donde estaba, pero decidió seguir caminando aguzado por el perez, pensando que encontraría a alguien, pero una hora después se vio rodeado de casas que le dio la impresión que eran echas de barro negro, con cortinas que reflejaban el largo paso del tiempo y le había dado una especie de claustrofobia. Entonces sintió como si le clavaran una corona de espinas enormes que le flagelaban la cabeza hasta atravesarle el cerebro y en medio de la desesperación lo único que pudo hacer fue ponerse a gritar que alguien lo ayudara, que estaba perdido, y que en menos de un minuto habían salido varias personas a las puertas de las casas y le habían preguntado qué le pasaba, el puyas, al borde de las lágrimas, les había dicho que estaba perdido y que llevaba caminando más de tres horas tratando de encontrar quien lo ayudara pero que las calles estaban desoladas, la gente al verlo tan agitado le había dado agua y lo habían tratado de calmar.

—Pero había un man entre todos ellos —recuerdo que dijo el puyas— un flaco alto y carichupado que me quedó mirando como si supiera que estaba embalado, con unos ojos grandes como huevos que parecía que se le iban a salir de las cuencas, esos ojos me revelaron que ese hombre sabía lo que estaba pasándome, porque ya lo había experimentado en carne propia, y me revelaron también que ese hombre me odiaba por eso, porque sabía que yo era alguien innecesario en el mundo, que no merecía que me ayudaran, que era un desecharable que lo único que podía causar era desgracias, al igual que él. No soporté esa sensación y quise salir lo más pronto posible de ahí; la gente aunque era

pobre, era de buen corazón y después que les dije en donde vivía decidieron llamar a un taxi, dado que era imposible encontrar uno en esas calles carentes de todo rastro de vida, y me dieron plata para que lo pagara.

Por supuesto el puyas no se había ido a la casa, sino que había regresado a la fiesta en la que había estado en el momento de embalarse y ponerse a dar vueltas como un bobo, entonces Andrea le preguntó cómo era el voltaje del perez.

—¡Uff! —dijo el puyas— ¿acaso no me escuchas lo que te estoy contando? Ese es un voltaje rico, es como si se te fuera a explotar el corazón y te pone bien inquieto, pero si te da un mal viaje entonces si te hace ver el infierno.

Después de que el puyas terminó de hablar, yo comencé a contar una de las que me habían pasado, al principio pensé en contarles de cómo había descubierto que Luis me las hacía en una fiesta de chirretes, pero me arrepentí dado que no quise revelar algo tan vergonzoso delante del puyas, así que conté la historia de cómo mis papás habían descubierto que me volaba para ir a farrear y de los dos sábados horrendos que me tocó quedarme encerrada. Después que hubo escuchado esto el puyas dijo que él no soportaría por nada del mundo estar un sábado en la casa, pero que para él las cosas eran más fáciles dado que su papá se había ido a vivir con otra vieja y solo se había quedado con sus hermanos y la mamá, así que no tenía tantas complicaciones, dado que las mamás no son tan autoritarias ni difíciles como los papás.

—Para serles sincero —dijo— que ese viejo se haya ido de la casa es lo mejor que pudo haber pasado, gracias a eso puedo hacer lo que quiero sin que nadie me joda, así que espero que nunca se le ocurra regresar.

Y esto lo dijo de manera tal que se notó que hablaba sinceramente.

Después Andrea tomó la palabra y nos contó algo que había pasado dos días antes de la graduación y es que Jhonatan la había invitado a su casa para que pasaran un momento juntos, así que Andrea se había puesto linda y había ido a la casa de Jhonatan, nos contó que sus padres no eran la mata de la amabilidad y dulzura pero que tampoco eran unos viejos agrios. Obviamente ella ya había estado en otras ocasiones en la casa de Jhonatan, por lo cual ya se sentía en confianza, así que se habían puesto a cocinar papas fritas con arroz y salchichas y después de que habían comido Jhonatan había sacado sorpresivamente una botella de Casillero del Diablo y le había dicho que fueran a su cuarto para tomársela con mucha más confianza. Cuando Andrea le preguntó por qué había comprado un vino tan caro, en lugar de haber comprado algo más fuerte y barato, Jhonatan le había contestado que el vino era para celebrar las ocasiones especiales y que como la graduación se llevaría a cabo en apenas dos días había querido tener una pequeña celebración en privado con la chica que amaba y con la cual había vivido momentos tan extraordinarios.

—Sabes, me da un poco de tristeza saber que dentro de dos días ya no seremos más unos colegiales —le había dicho Jhonatan— pero saber que estás conmigo me quita todos los pesares y me da confianza para afrontar el futuro que es tan incierto.

Entonces Andrea lo había abrazado y le había dado un beso largo, muy largo.

—El beso más rico que nos hemos dado —dijo Andrea— al menos para mí lo fue, un beso que nunca en mi vida olvidaré.

Así que se habían ido a la pieza de Jhonatan y allí él había puesto música y destapado el vino.

—Brindo por el colegio, porque tú y yo hemos logrado graduarnos —había dicho.

Y después de brindar habían comenzado a beber y a conversar y a reírse y cuando la botella estaba por la mitad habían comenzado a bailar y después cuando la botella estaba en las últimas Jhonatan le había comenzado a tocar las piernas.

—Al principio me pareció una simple demostración de cariño —dijo Andrea— pero después Jhonatan me besó y comenzó a acercar su mano hacia mi vagina, sentí una especie de rayo bajándose por la columna vertebral, así que le agarré la mano pero... no se la detuve y mi mano siguió bajando junto con la de él hasta que llegamos a mi vagina y Jhonatan comenzó a acariciarla y yo comencé a sentir una sensación que no podría explicar, era como si todo mi cuerpo se hubiera llenado de pequeñas explosiones en cada milímetro y fue cuando Jhonatan comenzó a acariciarme los senos y después me quitó la blusa y el brasier y me los comenzó a besar, yo no sabía que mis senos podían causarme tal sensación, se pusieron duros y parados como nunca antes, después, me quitó los zapatos y las medias y me desabrochó el pantalón y a medida que me lo iba bajando yo me iba poniendo más y más excitada, hasta que solo me quedé en una tanguita negra que me había puesto y que a Jhonatan le encantó, entonces Jhonatan se desnudó y nos comenzamos a besar y me bajó suavemente la tanga, nos acostamos en la cama y se puso encima de mí y con su pene buscó el hueco en mi vagina y cuando lo encontró lo comenzó a meter suavemente para que no me doliera, pero a pesar del cuidado y delicadeza que tuvo, al principio si me dolió, pero después, mi vagina se fue humedeciendo cada vez más y entonces si comencé a sentir muy rico y comencé a gemir muy suave, porque no quería que los papás de Jhonatan escucharan, pero llegó un momento en el que Jhonatan me susurró en el oído que no gimiera tan fuerte, y entonces me di cuenta que mis gemidos habían subido de tono, así que me abracé al cuello de Jhonatan y nos quedamos mirando fijamente a los ojos hasta que a él pareció darle un corrientazo y lo sacó rápido, al principio no supe por qué, después caí en la cuenta de que se había venido, todo estuvo genial, fue mi primera vez y todo fue como lo esperaba, con un man que se merece que le de todo.

Andrea terminó diciendo esto con una sonrisa en la boca y los ojos diamantinos. ¡yo no lo podía creer! ¡Andrea ya no era virgen! Me pareció que era una chica con mucha más madurez que yo, pero además me sorprendió la manera en cómo había contado que había perdido la virginidad de la forma en que lo hizo, delante del puyas, claro que él era alguien buena onda, recochón y de una personalidad desinteresada, pero contar que había follado con Jhonatan de tal manera delante del él me dejó sorprendida; pero el puyas ni siquiera se sonrojó y escuchó todo lo que dijo Andrea con naturalidad y una sonrisa en la cara. Obviamente yo quedé impactada, no me esperaba una noticia así, pero Andrea me quedó mirando y al notar en mí la incredulidad se rio y no sé por qué pero yo también me reí. Esa sonrisa hizo que toda yo me alivianara, al fin y al cabo esa era Andrea, un nena que parecía que flotaba, una nena tan irreal, tan despreocupada que con una sonrisa te podía despejar todas las dudas y a mí esa sonrisa me dijo que el tiempo de la niñez había terminado, que no tuviera miedo por qué todo iba a estar bien.

—Es que el sexo es toda una locura amigas —dijo el puyas y sin saber por qué todos nos echamos a reír.

En la tarde terminamos de arreglar todo para la fiesta, habíamos vaciado la sala, barrido, trapeado, habíamos instalado el equipo y el puyas había instalado el estrober. A las tres de la tarde llegó Jhonatan y ensayamos el equipo que sonó de una forma brutal, yo tenía los buenos temas para bailotear, claro, y además Jhonatan había llevado un CD que tenía temas bien picantes.

A las seis de la tarde más o menos llegaron Tatiana y Teresa con Andrés y Oscar y al poco rato llegaron mis papás que se comportaron de manera amable, habían comprado arroz chino con gaseosa y nos preguntaron si teníamos hambre les dijimos que no y después de hablar un momento con nosotros y decirnos que deseaban que la pasáramos bien se fueron al segundo piso. Entonces Andrea propuso que sería bueno poner pa un chorro, para irse calentando, todos estuvimos de acuerdo, así que pusimos y los chicos se fueron a comprar y nosotras nos quedamos en la sala escuchando música,

esperando a que la gente comenzara a llegar; pero aun tuvimos tiempo para que Andrea le contara a Tatiana y Teresa que había perdido la virginidad y todas de algún modo nos pusimos contentas, creo que todas presentimos que había llegado el momento.

Después llegaron los chicos con el chorro y nos alcanzamos a tomar un par de copas y entonces la gente comenzó a llegar. Primero algunos compañeros del colegio, con los cuales brindamos y celebramos haber acabado el colegio con éxito, aunque había un par que había perdido el año y tuvieron que aguantar la recoccha que les hicimos, después llegaron amigos de nuestros compañeros y comenzamos a bailar y la fiesta se comenzó a poner buena, después comenzaron a llegar guaguas que ni siquiera conocía pero claro que eso ya me lo esperaba, todos los parches tenían su chorro, cigarrillos y algunos comenzaron a meterse al baño y cuando salían se notaba a leguas que estaban oliendo perico. A eso de las 9 de la noche la sala de la casa estaba a reventar de tanta gente y la fiesta se puso acalorada y todos se pusieron más calientes de lo que estaban y comenzaron a bailar con más arrechera, entonces un chirrete se acercó a mí y me sacó a bailar, yo acepté sin más. El man bailaba bien y además de eso usaba una loción que olía exquisito, todo eso, además de que ya estaba un poco prendida me motivó para que me diera la vuelta y le permitiera al man pegarse un poco, el man deslizó sus manos por mis muslos, cosa que me agradó y me excitó un poco, aunque eso no era algo nuevo para mí, en todas las fiestas existía por lo menos una ocasión en la que me excitaba bailando, hace poco escuché a un mancito decir que el reguetón es la mejor música para que las mujeres se pongan calientes y de cierta manera yo concuerdo. La canción se acabó y el man se fue con su parche y yo con el mío, pero pasó poco tiempo para que se acercara y me sacara a bailar de nuevo y después que acabamos de bailar por segunda vez nuevamente faltó poco para que se acercara y me invitara a bailar una tercera, entonces comprendí que yo le había tramado y me tenía ganas. Cuando me sacó a bailar por cuarta vez se atrevió a preguntarme como me llamaba.

—Valentina —le dije gritándole dado que la música no permitía escuchar absolutamente nada.

—Mucho gusto —dijo el man igualmente a los gritos— yo me llamo Camilo.

Una vez se hubo presentado me dijo que si podíamos salir un momento para conversar sin tanto ruido, el man era un poco pintoso así que acepté. Antes de salir el man le pidió una botella a sus amigos y una vez afuera me ofreció una copa la cual yo acepté y nos pusimos a charlar, me preguntó a qué me dedicaba y le dije que me había acabado de graduar del colegio, que la fiesta era mía y que la había hecho precisamente para celebrar lo de la graduación, me felicitó y después me preguntó con quién estaba y le dije que con unas amigas, en fin, nos quedamos charlando afuera el tiempo necesario para darme cuenta que el man era muy cómico y de buen humor. Después entramos y me llevó a donde sus amigos, los cuales eran un montón de chirretes, había un par de chinas que me quedaron viendo con curiosidad y me dieron la impresión de que tenían una muy buena vibra, me quedé tomando un momento con ellos y me bailé un par de temas, después le dije al man que fuéramos donde mis amigas, el aceptó y cuando se las presenté se presentó de manera amigable, entonces me sacó a bailar y sí que las cosas se calentaron. Después que se terminó la canción me pidió un beso y yo se lo di, y seguimos bebiendo y seguimos bailando y seguimos vacilando, a veces en el parche de él y a veces en el mío. Yo tenía cuidado de que alguno de mis papás bajara y me vieran vacilándome con semejante pinta, eso no me hubiera gustado para nada y a ninguno de mis papás tampoco, pero ninguno de ellos bajó y llegó un momento en que dejé de preocuparme por eso y me dediqué a disfrutar mi fiesta. Me sentía contenta porque la sala estaba llena y todos estaban bien parchados y, entonces, en algún momento el man con el que estaba vacilando me abrazó y me tocó el culo, no me molestó para nada, así que lo dejé, después, en un breve momento de silencio me dijo que fuéramos al baño.

—¿para qué quieres ir al baño? —le pregunté con una sonrisa.

—Porque quiero que estemos en un lugar más privado —me respondió.

Lo pensé por un momento, y pensé que no había nada de malo, así que acepté y nos fuimos al baño. Una vez estuvimos ahí el man cerró la puerta con llave y se puso hiperactivo y me comenzó a besar la boca y a tocar el culo con avidez, después subió las manos y me comenzó a tocar las tetas, primero por encima de la camisa y después por debajo, cosa que me molestó pero lo dejé, pero el man quiso más y con afán se desabrochó el pantalón y se bajó el bóxer, tenía el pene parado y cuando me agarró la mano y quiso que se lo tocara si no lo pude soportar, me dio asco y me solté de él y lo empujé y le dije que no se confundiera, que eso no iba a pasar nunca y cuando quise salir del baño el man se interpuso con rabia, entonces pude ver la cara tan berraca de chirrete que tenía, me agarró fuerte de los hombros y me quiso besar a la fuerza, pero yo no me dejé, e inmediatamente le zampé un rodillazo bien pegado en las huevas que lo hizo pujar e inclinarse agarrándose las pelotas y entonces le pegué una cachetada bien zampada y le dije que no quería verlo más en mi fiesta si no quería que lo sacara a patadas. Sali del baño y cuando llegué donde mis amigas y me vieron agitada me preguntaron que me pasaba pero les dije que después les contaba. Cuando salió el man me quedó mirando con ojos de buitre, obviamente no se fue de la fiesta, se quedó bailando y bebiendo con su parche, no quise decirle nada porque no quería que se armara un tropel en la casa. Andrea me preguntó qué había sucedido con el man, le dije simplemente que el man era un chirrete y que cuando acabara la fiesta le contaría lo que pasó, yo sabía que si le contaba ella era capaz de armar un bonche y como digo, eso era lo menos que quería; así que seguimos bailando y tomamos hasta volvernos mierda y como siempre Andrea y Teresa empezaron a formar pelea y pasó lo que tenía que pasar, Andrea comenzó a aletiar al man con el que había estado vacilando preguntándole que qué carajos me había hecho, y después la siguió Teresa, entonces las dos viejas que estaban en el parche del man también se aletiaron y se comenzaron a insultar hasta que Teresa y Andrea no aguantaron y se les tiraron y se comenzaron a mechonear, entonces Tatiana y yo también nos metimos y las comenzamos a cascar, pero el parche de chirretes se metió y uno de ellos le pegó un golpe en la espalda a Tatiana, entonces Andrés se metió y se comenzó a dar traques con ese cabrón, también se metieron Jhonatan y Oscar y mis amigos de colegio; recuerdo que el puyas cogió a un man y le comenzó a estrellar la cara contra la pared hasta que le torció la nariz y le reventó la ceja; los chirretes al ver que todo el mundo se iba en contra de ellos sacaron latas y comenzaron a amenazar a todos, de nuestro lado también hubo uno que otro que sacó cuchillo y entonces si me asusté, recuerdo que el puyas tenía la chaqueta envuelta en la mano y le gritaba a uno de los chirretes que soltara el cuchillo y que se dieran a puño limpio, recuerdo que Oscar, el novio de Teresa, también le decía a uno de los chirretes que se dieran golpes uno a uno, pero el chirrete tenía cara de asustado y no se le quiso parar, entonces mis padres bajaron y mi papá pegó un grito que retumbó como un trueno preguntando que hijueputas estaba pasando, la desorientación y admiración de mis papás aumentó aún más cuando vieron en medio de todos esos chirretes armados con cuchillos al chino al que el puyas había cascado y que tenía toda la cara cubierta de sangre, yo les dije que uno de esos chirretes se había puesto muy grosero conmigo y que les había pedido que se fueran de la fiesta pero ellos no habían querido, mi papá dijo que iba a llamar inmediatamente a la policía y que quería que todos se fueran de la casa, que la fiesta había terminado, todos comenzaron a salir pero afuera todo se volvió a encender, comenzaron a darse golpes de nuevo y a mandarse viajazos de cuchillo, Oscar le hizo una suplex a un man y le comenzó a dar golpes en el suelo y el puyas le pegó a un chino en el pecho con una piedra enorme, yo estaba llena de pánico porque parecía que en cualquier momento alguien podía resultar apuñalado y se podía morir justo enfrente de mi casa, mis papás estaban igualmente alborotados porque no sabían cómo calmar a ese montón de chinos borrachos y enloquecidos, pero finalmente el parche que estaba de mi lado comenzó

a ganar terreno y los chirretes terminaron por salir corriendo, entonces mi mamá me cogió del brazo y me arrastró hasta la casa pero yo le dije que no podía dejar a mis amigas en la calle, así que mis papás permitieron que ellas y sus novios y el puyas entraran a la casa. Todos estábamos agitados y mi papá me pidió explicaciones de lo que había pasado, claro que no le conté la verdad, le dije que esos chirretes habían llegado sin invitación (cosa que era cierta) y que uno de ellos había comenzado a molestarme y después a tratarme de manera grosera así que mis amigas se habían metido y los chirretes las habían comenzado a maltratar y que por eso el problema se había formado. Mis papás, contrario de lo que yo esperaba, se calmaron y se comportaron de manera comprensiva y después de darnos un sermón sobre portarse bien y de tener cuidado y decirnos que no siguiéramos bebiendo volvieron nuevamente al segundo piso. Me resultó totalmente sorprendente que mis papás no me reclamaran el haber estado borracha, se comportaron de manera tal que pareció que entendían por completo que si estaba borracha era por mi graduación y que ese era un buen motivo para beber. Nosotros nos quedamos en la sala y como teníamos un par de botellas, prendimos el equipo a un volumen moderado y nos pusimos a escuchar vallenatos y seguimos bebiendo y nos pusimos a conversar nuevamente del colegio y también del amor y llegó un momento en que yo me puse a llorar por Luis, dado que aún no lo superaba, y después Teresa se puso a llorar conmigo diciéndome que tenía que olvidarme de ese faltón y después Andrea se nos unió y después el puyas me abrazó y me agarró de la cumbamba y me zampó un beso, al cual yo correspondí en parte porque estaba muy borracha y despechada, pero también porque el puyas siempre me pareció un chino muy buena gente (me pregunto que habrá sido de él) pero después él también se puso a llorar diciendo que el vallenato que sonaba en ese momento era muy triste, y al fin de cuentas, creo que todos esa noche terminamos llorando por algo, lo último que recuerdo es a Teresa y Tatiana dormidas en una esquina de la sala y al puyas hablando con Andrés y Oscar.

Al otro día me desperté en mi cama sin saber cómo había llegado ahí, tenía un dolor de cabeza asqueroso y todo mi cuerpo estaba deshidratado, miré la hora, eran más de las 12 del día, me levanté y bajé a la sala para ver si alguna de mis amigas estaba ahí, pero no había nadie, todo estaba completamente limpio y los muebles ya estaban en su lugar, lo único que aun pendía del techo era el estrober. Encontré a mis papás en la cocina y les pregunté qué había pasado con mis amigos, me dijeron que al amanecer me habían encontrado dormida en el piso de la sala junto con ellos y que me habían llevado a mi cama.

—Sus amigos se fueron como hace tres horas —me dijo mi mamá— ellos sí tuvieron que dormir en la sala porque no había a donde meterlos.

Mis papás me ofrecieron jugo de naranja con consomé, lo cual les agradecí y acepté con ganas, especialmente el jugo el cual estaba bien frío y del cual me tomé dos vasos grandes. Después me fui nuevamente a la cama y llamé a Andrea, se demoró un poco para contestarme y cuando lo hizo me dijo que había estado durmiendo porque estaba muy cansada y con dolor de cabeza y ganas de vomitar, como siempre le pasaba después de beber demasiado, le pregunté cómo habían dormido, me dijo que bien pero que estaba preocupada por algo.

—¿por qué? —le pregunté.

—Lo que pasa es que anoche nos pusimos a culiar en la sala de tu casa y yo me vine en el piso, creo que dejé un gran charco —dijo.

—¿Cómo así, cogiste con todos? —le pregunté con asombro.

—No estúpida —dijo— solo con Jhonatan, los demás ya estaban totalmente dormidos, o eso creo.

—Mi mamá no me ha dicho nada, se debió haber secado —le respondí.

—Eso espero, pero cuando desperté y nos vinimos, yo creo que aún estaba ahí, aunque estaba muy borracha para recordarlo bien.

—No lo creo, créeme que mis papás ya me hubieran reclamado —le dije.

—Eso espero —dijo.

Seguimos hablando como una hora de todo lo que había pasado la noche anterior, y después nos despedimos y colgamos y recuerdo que me puse a pensar qué sería de mi amistad con Andrea de ahí en adelante. Las dos queríamos entrar a la Universidad Departamental, que es una universidad pública de la mejor calidad a nivel departamental y hasta nacional, ella quería estudiar química y yo aun no me decidía sobre qué carrera seguir, podíamos seguir llamándonos y armar parche para salir a farrear y podíamos hacer otras cosas para seguir viéndonos, no solamente con Andrea, sino también con Tatiana y Teresa. La verdad es que sentía miedo, una mancha negra comenzó a expandirse enfrente de mí, todo era tan indeciso, no sé si sentí miedo a quedarme sin mis amigas o era miedo a algo más, algo que no pude descifrar, pero sentí una especie de gusano en el corazón que se retorcía, fue un miedo que duro toda la tarde y cuando llegó el ocaso ese miedo se transformó en una profunda tristeza que no pude comprender, el cielo se puso primero amarillo, después transparente y después rojo.

Desde ese momento mi vida se sumergió en una especie de hiato que duró hasta que conocí a alguien del cual me enamoré. Con mis amigas seguimos saliendo por algún tiempo a fiestas, pero después Tatiana se puso a trabajar con su papá y comenzó a salir con sus nuevas amigas; por su parte a Andrea y Teresa les había ido bien en las pruebas de estado para ingresar a la universidad así que ingresaron a estudiar, aunque no en la Departamental sino en la del Sur, otra universidad pública de muy buena calidad, y comenzaron a salir con sus nuevos amigos. Respecto a mí me pareció increíble que no hubiera podido pasar ni a la Departamental ni a la del Sur, por lo cual mis papás me pagaron un preicfes que ya no recuerdo cómo se llamaba. Ahí conocí a un par de amigas con las cuales comencé a salir, aunque ya no a minitecas sino a sitios de música más variada como salsa, merengue, cumbias... eran sitios no tan formales como para que pidieran cédula así que la mayoría de veces podía entrar tranquilamente, excepto cuando los dueños de la discoteca temían que pudiera haber alguna visita inesperada de la policía y encontraran a algún menor de edad. Mis nuevas amigas eran más formales que Andrea, Teresa y Tatiana, a una le gustaba emborracharse y bailar y a la otra solamente bailar, y aunque eran muy buenas gentes y no la pasábamos bien, no era lo mismo que estar con mis amigas del colegio, no tenían la misma locura, no eran chicas a las cuales no les importara cometer errores o correr riesgos, a la hora de la verdad, cuando uno esperaba algo más, siempre se detenían y nunca daban ese pequeño pero definitivo paso hacia lo desconocido, por eso al final siempre resultaba decepcionada y aburrida, pero aun así no podía dejar de salir y como ese par eran las únicas con las que se me ofrecían planes más o menos buenos, pues, seguí saliendo con ellas.

La situación con mis padres siguió casi igual, tenían muchas expectativas puestas en mi sobre a qué carrera lograría pasar, pero al mismo tiempo se volvieron un poco más abiertos y menos estrictos y me dejaban llegar un poco más tarde, eso sí, no les gustaba que bebiera por lo que yo procuraba tomar solo hasta que me sintiera un poco prendida, pero nada más de ahí.

Una noche llamé a Andrea porque quería hacer algo más divertido, me dijo que le callera a un lugar cerca de la Universidad del Sur. El lugar en específico era una especie de miniteca, pero la casa era mucho más amplia y estaba completamente vacía, lo único que había en cada una de las amplias habitaciones era un estrober y un par de bafles, habitaciones que contando con la cocina eran cuatro, pero la cocina no era para bailar sino para fumar, beber y conversar. Cuando llegó llamé a Andrea y

ella salió a recibirme junto con Teresa, estaban más hermosas que la última vez que las había visto, mucho más luminosas y alegres, nos saludos con un abrazo y entramos a la fiesta. Adentro había chinos que vestían bien y casi ningún chirrete, casi todos tenían cuerpos que parecían trabajados en el gimnasio. La música era la misma de las minitecas a las que éramos acostumbradas a ir, aunque el sonido retumbaba muchísimo más brutal en la amplitud de esas habitaciones y había manes que parecían tener una edad que casi llegaba a los 30, pero el aura era diferente, todo era mucho más amigable y relajado, reinaba un ambiente de compañerismo sin tanto sectarismo. Teresa y Andrea me presentaron a una amiga de la universidad, una chica extrovertida igual que nosotras y buena gente. También estaban con unos manes que eran algo mayores que nosotras y los cuales bromeaban y nos molestaban diciendo que éramos unas primíparas, pero lo hacían con amabilidad. La amiga de Teresa y Andrea se estaba vacilando con uno de ellos y entonces le pregunté a Andrea en dónde estaba Jhonatan, me dijo que estaban peleados y que no quería hablar de eso, después, al notar que Oscar tampoco estaba le pregunté a Teresa por él, me dijo que estaba trabajando y que caería a la fiesta después de eso.

Faltó poco para que un man comenzara a caerme y como era atractivo le copie y nos pusimos a vacilar y a beber y a bailar. Todas estábamos felices de volvemos a ver, le pregunté a Andrea si se había visto con Tatiana, me dijo que un par de veces.

—Ahora se las mantiene con sus amigas del trabajo y con Andrés, pero de vez en cuando nos llama y farreamos —dijo.

Todo estuvo muy bueno y por eso me quedé una hora más de lo permitido y después, cuando llegó la hora, me despedí de ellas con un abrazo y les dije que quería volverlas a ver pronto y de todo corazón les deseé lo mejor del mundo.

Llegué feliz a la casa, mis papás no me dijeron nada, incluso, creo que estaban profundamente dormidos y desde esa noche empecé a sentir mucha más libertad frente a su autoridad.

Los meses pasaron y yo seguí en el preicfes y con mis dos amigas, había noches que salía con algunos manes pero ninguno de ellos llenaba mis expectativas. Comencé a conocer a más gente, las instalaciones del preicfes eran como un pequeño colegio, habían veinte cursos y en algunos de ellos había gente de muy buena vibra, gente a la que le gustaba disfrutar de lo que sea, sin complicaciones, salíamos, bailábamos, bebíamos y no faltaban los manes que querían cotizar conmigo y aunque ninguno de ellos me llegó a gustar de verdad, por lo menos eran divertidos, me hacían morir de la risa y se prestaban para pasar un buen momento. Hasta que conocí a José Marcelo, un chico recochón al cual le gustaba salir a farrear, al principio comenzamos a hablar en el preicfes y a los pocos días me comenzó a gustar y él me comenzó a tirar miradas y palabras tramadoras. Un día, poco después de conocerlo, me invitó a una fiesta y yo acepté complacida; así que el viernes por la noche fuimos a un lugar en el centro de la ciudad, un salón en el cual nos encontramos con unos amigos del preicfes. El ambiente estaba bueno, me sentía contenta a lado de Marcelo, yo quería que me pidiera un beso, o que me dijera algo, que se declarara, porque yo estaba segura que le gustaba. Comenzamos a beber y a bailar y más temprano que tarde, mientras bailábamos, me quedó mirando fijamente a los ojos, me agarró de la cintura y se fue acercando a mí poco a poco, yo me quedé quieta hasta que nuestros labios se comenzaron a rosar y entonces nos dimos un vacilón. Volví a sentirme fuera del planeta, una sensación que no sentía hace mucho y esa noche redescubrí, supe entonces que algo nuevo comenzaba y que ese hiato que me había chupado desde el final del colegio había llegado a su fin. Marcelo me dijo que le gustaba mucho y que le gustaría seguir saliendo conmigo, yo no me quise hacer la difícil y le dije que a mí también me gustaría mucho seguir saliendo con él, esa respuesta lo puso contento y yo también me sentía igual, eso hizo que bailáramos más y más pegaditos y que

bebiéramos con más ganas. La noche era luminosa, llena de risas y caras diáfanas, el tiempo pareció suspenderse y ninguno de los que estábamos en ese salón quería irse ni que la noche acabara, parecía que ese salón estaba en una isla solitaria rodeada del inmenso mar y alejada del mundo, isla en la que lo único que había era precisamente ese salón y nada más, solo el salón con su estrober brillando sin apagarse nunca y con un montón de personas en la flor de la juventud. Estábamos sentados en una meza y ya faltaban pocos minutos para la media noche, y de repente llegaron dos manos que tenían facha de ser un poco mayores que nosotros, vestidos despreocupadamente, uno peluqueado con el siete y el otro con el pelo mojado, como si se hubiera acabado de echar agua y peinado para atrás, saludaron efusivamente a Marcelo y después de cruzar algunas palabras entre ellos, palabras que no pude escuchar por la música, consiguieron un par de sillas y se sentaron con nosotros en la meza, entonces Marcelo me los presentó, no recuerdo el nombre del que tenía el siete, pero el de pelo mojado dijo:

—Hola, mucho gusto Ramsés.

—¿Te llamas así de verdad? —le pregunté.

—No, pero ya todos me dicen así y a mí me gusta —dijo

—Ahh bueno —dije yo— ¿entonces cuál es tu verdadero nombre?

—Jajaja —se rio— ese nombre ni siquiera a mí me gusta, no te gustara a ti tampoco, así que es mejor que no lo sepas.

Y después de esto volvió a dar una carcajada y se tomó una copa que Marcelo le había servido y se puso a hablar con él y con su otro amigo. No me gustó para nada esa actitud porque me hizo sentir que no le interesaba hablar conmigo, pero lo pasé por alto y no le quise dar importancia. Ramsés se quedó un rato hablando con Marcelo y se bailó un par de canciones y después de eso se despidió y se fue, entonces le pregunté a Marcelo por él, me dijo que era un amigo que estudiaba en la Universidad Departamental.

—¿ah sí? ¿y cómo se llama? —le pregunté.

—Se llama Ismael, pero ese nombre no le gusta mucho que digamos, por eso prefiere que le digan Ramsés.

Después de eso la seguimos pasando bien y como me sentía contenta me puse a beber más de la cuenta, pero cuando ya me vi demasiado prendida le dije a Marcelo que tenía que irme y él me insistió en que me quedara y por poco logra convencerme, pero yo le expliqué cómo eran mis padres y él no tuvo más opción que aceptar que debía irme. Me acompañó a coger un taxi y como me vio casi ebria él se montó conmigo y me acompañó hasta la casa, aunque le dije que no era necesario. En el trayecto vacilamos y conversamos, hasta que llegamos a mi casa y nos despedimos con un beso. Yo estaba muy contenta porque Marcelo se había comportado muy bien conmigo y porque sentía que con él una nueva historia iniciaba y no me equivoqué porque en el preicfes Marcelo me pidió que nos cuadráramos y yo por supuesto acepté, así que comenzamos a andar juntos en el preicfes y a salir a fiestas y un día me invitó a su casa.

La casa era humilde y de un solo piso, Marcelo me presentó a su mamá que se llamaba Catalina y era una señora buena gente. Después fuimos a su habitación y él puso música y nos pusimos a conversar y a juguetear hasta que Marcelo comenzó a besarme el cuello y a tocarme las tetas, después me sacó la blusa y me desabrochó el brasier y yo le quité la camisa, después nos quitamos los pantalones y nos recostamos en la cama y cuando quiso ponerse encima mío yo lo detuve y fui yo quien lo acostó y me puse encima de él; quería controlar el momento y la manera en que lo haríamos, así que me le monté encima, agarré su pene y lo ubiqué en mi clítoris; el corazón se me aceleró y cada vez me excitaba más, fui bajando suavemente y a medida que iba entrando en mí sentía una combinación de

dolor y placer hasta que entró todo y entonces sentí una especie de completud, como si al ser penetrada por Marcelo me hubiera realizado como algo más, como si un gran lastre se me volara de los hombros, así que seguí cabalgando, subiendo y bajando y aunque al principio sentí dolor después la sensación empezó a cambiar y yo comencé a acelerar mis movimientos hasta que el dolor desapareció completamente y lo único que quedó fue el placer. Eso hizo que me confianza aumentara, entonces permití que Marcelo se pusiera encima de mí e hicimos el misionero. Yo veía su pene entrando y saliendo en medio de mis piernas cada vez con más fuerza y entonces una especie de histeria se apoderó de mí y aunque trataba de controlar mis gemidos para que la mamá de Marcelo nos nos escuchara, en algunos momentos se me olvidaba que ella estaba en la casa y no podía controlarme. Sentí que estaba en medio de un mar sin fin que me balanceaba junto con sus aguas, y me olvidé del tiempo y de todas las cosas, eso fue para mí algo que nunca antes había sentido, una sensación única, así que cerré los ojos hasta que sentí las manos cálidas de Marcelo tocándome las mejillas, los abrí y vi su cara sobre mí, perlada en sudor, con su cabello ondulado y sus ojos cafés, sentí algo caliente en mi pupo y cuando miré vi un líquido blanco regado por todo mi abdomen y al instante me di cuenta que era semen.

—Que líquido tan extraño —pensé en mí misma.

Marcelo se estiró en la cama, estaba agitado y yo lo abracé y puse mi cabeza en su hombro, escuché el latir de su corazón palpitando cada vez más rápido y así nos quedamos unos minutos hasta que él se levantó y abrió un cajón de su closet y sacó una bolsita de marihuana.

—¿tú fumas? —le pregunté.

—Sí —me dijo— pero muy de vez en cuando, hace meses que no lo he pegado.

Marcelo al ver mi cara llena de dudas, me dijo que si yo no quería que fumara no lo haría, y Marcelo no se equivocaba porque realmente estaba llena de dudas y desconfianza, nunca me había llamado la atención nada más que el alcohol, a la marihuana y el perico les tenía desconfianza, y aunque ya me las habían ofrecido para que probara yo no lo había hecho, pensé en qué dirían mis padres, fumar marihuana sería romper todos los límites que ellos me habían establecido y eso sí que los pondría bravos de verdad, recordé la paliza que mi papá me había dado la noche en que descubrió que me escapaba para ir a farrear, pero en ese mismo momento me di cuenta que ya no era la misma de antes, ya era otra cuando me miraba al espejo, ya era otra acostada ahí desnuda en la cama de Marcelo, me sentí con las manos sueltas y el miedo se esfumó, así que le dije a Marcelo que yo quería fumar un poco de eso, Marcelo sonrió y se puso contento, como diciendo esa es mi nena, entonces se sentó en la cama al lado mío y metió la marihuana en el trillador y la molíó, después la sacó, la esparció en el cuero y lo pegó sin mucha maestría, así que el porro quedó como una empanada, Marcelo lo prendió, se pegó un plón y sacó una gran bocanada de humo espeso y blanco, le pregunté si su mamá no le decía nada, me dijo que ella lo dejaba fumar marihuana tranquilamente pero lo que no le gustaba es que metiera otras maricadas, entonces le pregunté si ya había metido perico, me respondió que todavía no.

—¿todavía no? —le pregunté— ¿o sea que si piensas hacerlo?

—Pues la verdad no se —dijo— no te niego que cuando veo a algunos manes oler y ponerse tan activos y aletas, me da curiosidad saber qué se siente, pero no quiero defraudar a mi mamá y también tengo miedo de que eso pueda enviciarme y que resulte revolcándome en un montón de mierda, aunque algunos dicen que eso de que la cocaína envicia es puro cuento, que solo es un tipo de estimulante para las noches en las que necesitamos estar despiertos y que no tiene nada de perjudicial ni adictivo.

A mí me gustó la forma en la que habló, se miraba sexy fumando marihuana y hablando de esas cosas. Después de que se hubo metido unos cuantos plones me pasó el porro, era un porro más bien mediano que como ya dije estaba mal pegado pero carburaba bien. Me fumé algunos plones, no más de cinco y muy pequeños y a diferencia de Marcelo que soltó bocanadas de humo yo apenas solté una breve estela, después se lo devolví y el fumó y me lo volvió a pasar, y entonces me atreví a carburarlo más, pero el resto se lo tuvo que fumar Marcelo porque yo ya no quise. A pesar de que fumé poco eso fue suficiente para trabarme, Marcelo y yo nos pusimos más alegres y juguetones de lo que estábamos y a mí me comenzó a dar risa por todo, por una palabra, por un gesto de Marcelo, por sus ojos pequeños y risueños, por anécdotas que cada uno recordó de sí mismo y más encima Marcelo se puso de cómico y casi me ahogo de tanta risa que me hizo dar. El genio de Marcelo era único, de cierta manera era un socarrón y esto no lo ofendía, por el contrario cuándo se emborrachaba decía de sí mismo que era un socarrón y que le gustaba esa forma de ser, pero no le gustaba humillar a la gente con alguna de sus jodas, aun así algunos sí que se ofendían e intentaban tacarlo, pero siempre perdían y Marcelo los dejaba ridiculizados y ofendidos. Así que esa tarde perdí la virginidad y probé la marihuana, y como era sábado, por la noche salimos a farrear y yo llegué a la casa prendida y agotada y lo único que hice fue tirarme en la cama y quedarme dormida.

Con Marcelo comencé a tener una relación con una vida sexual activa, toda la semana lo hacíamos mínimo cuatro veces, había días en que nos echábamos siete polvos y a mí eso me gustaba, me gustaba el sexo y entre más me pudiera dar Marcelo más lo disfrutaba y yo siempre le pedía más y él tenía una energía tan inacabable que siempre me complacía; Marcelo y yo nos volvimos dos devoradores sexuales, porque siempre nos calentábamos cuando se nos presentaba la oportunidad de hacerlo, lo hicimos en diferentes partes y de diferentes modos y los dos lo disfrutábamos al máximo. Cuando se acabó el preicfes yo me presenté a la Universidad del Sur y a la Universidad Departamental; Marcelo quería estudiar medicina y presentó el examen en la Departamental, pero no pasó, así que tuvo que ingresar a la segunda opción que eran ciencias sociales. Su mamá le había propuesto que siguiera en el preicfes para que lo intentara de nuevo, pero él se negó, si entraba en el preicfes tendría que esperar un año más para presentar el examen otra vez y eso no era una opción para él, no quería esperar más para entrar a la universidad, Ramsés estudiaba en la Departamental y le había dicho que esa universidad era lo mejor para disfrutar la vida.

—Me dijo que allí es donde uno puede ser libre en este maldito país —me dijo Marcelo.

Yo no quería ir a la universidad para disfrutar la vida precisamente, bueno, claro que sabía que en la universidad seguiría saliendo, bailando, farreando, pero el objetivo principal por el que yo quería entrar era para ser una buena administradora pública, profesión por la cual me había decidido ya que un tío había convencido a mis papás y a mí también que esa era la carrera que daba plata en un país como estos, subdesarrollado y de poco capital privado.

Pasé a la Universidad del Sur y a la Departamental con un buen puntaje, 67 de 100, les había ganado a Andrea y Teresa, las cuales habían sacado 61 y 64 respectivamente, eso me hizo sentir redimida del primer fracaso en el intento de entrar a la universidad y también de haber sacado un puntaje más bajo que el de Teresa y Andrea. Al principio quería entrar a la Universidad del Sur porque ahí estaban Andrea y Teresa, pero elegí la Departamental porque Marcelo entró a esa y además me había convencido de que esa era la mejor universidad de la ciudad.

Nuestros primeros días en la universidad, fueron una total recocha, nos encontrábamos con Ramsés, que resultó ser un man más buena gente de lo que creía, y con sus amigos y lo pegábamos.

Después las clases iniciaron formalmente y entonces si comenzamos a entrar, y comencé a conocer a mis compañeros de salón de los cuales no hay mucho que contar, o al menos que me llame la

atención para ser incluido aquí. Las personas con las que más me la llevaba eran de otras carreras y los primeros que conocí fueron los del parche de Ramsés, los cuales estudiaban por la mañana, igual que Marcelo y yo, por eso siempre nos juntábamos con ellos en los momentos de descanso, todos eran un poco mayores que nosotros e iban algunos semestres adelante. Marcelo y yo no la llevábamos bien con todos, pero de todos, el mejor amigo de Marcelo era Ramsés, el cual estaba en sexto semestre de botánica, y no solamente era el mejor amigo de Marcelo en la universidad sino entre todos los amigos que Marcelo tenía, Ramsés también lo apreciaba mucho a él, él era el que le había dado a probar marihuana a Marcelo y también le enseñaba como se debía pegar un porro, aunque Marcelo tardó mucho en aprender, al contrario de Ramsés, que dejaba los porros como un cigarrillo, pero más gruesos claro está. A mí me gustaba la marihuana porque todo se hacía más vívido, el sol alumbraba la hierba y esta parecía obtener filo, me ponía más alegre y con Marcelo junto a mí me sentía llena de amor.

Había algunos en el parche de Ramsés que no fumaban o que intentaban dejar de fumar, les pregunté por qué.

—Porque a veces la hierba da malos viajes —me dijo uno— y eso si es muy difícil de soportar; la marihuana hay que fumarla cuando estas sin problemas porque si tienes problemas muy graves te puede hacer nacer sentimientos y pensamientos indeseables.

Pero Ramsés no era uno de esos, a él le encantaba la marihuana y la disfrutaba, no sé quién era más socarrón, si Ramsés o Marcelo, pero lo cierto es que me hacían morir de la risa y me gustaba estar con ellos.

Cuando le pregunté a Marcelo por qué le decían Ramsés a Ramsés él me dijo que era porque un día había llegado con una planta de peyote y con ella había preparado una infusión de la que había invitado a varios amigos a tomar y cuando todos ya estaban reunidos y a punto de tomar de sus vasos, Ramsés les había dicho que el peyote era una planta mitológica y curativa que solo crecía en los desiertos y cuya sustancia psicoactiva primordial era la mescalina. Aquella noche todos los que bebieron de la infusión de peyote en la casa de Ramsés habían tenido una misma visión, todos se habían alucinado estando en Egipto viendo las pirámides de Giza y detrás de las pirámides habían visto un sol extraordinariamente inmenso ardiendo incesantemente.

Después del viaje todos se encontraban asombrados de que hubieran tenido la misma visión, Ramsés, que no había tomado la infusión porque había preferido cuidar de los que la tomaban por primera vez, había quedado igualmente atónito ¿Qué significaba esa visión de las pirámides de Giza y detrás de ellas un sol enorme? Se habían puesto a hablar de lo poco que sabían de Egipto, de los jeroglíficos, de las pirámides y en un momento se habían puesto a hablar de los faraones y entonces había surgido el nombre de Ramsés y alguien había dicho que Ramsés, es decir, Ismael, tenía figura de faraón y que por lo tanto sería bueno apodarlo Ramsés. Todo había comenzado como una recocha, pero después el apodo se regó y todo el mundo dejó de decirle Ismael y le comenzaron a llamar Ramsés, cosa que a él no le disgustaba, por el contrario, le gustaba ese apodo, o por lo menos le gustaba más que su nombre y por eso se había comenzado a presentar a sí mismo como Ramsés y contribuyó a que ese apodo se le quedara para siempre.

Cuando le pregunté a Marcelo hace cuánto tiempo fumaba me dijo que hace dos años, en ese momento él tenía 18 por lo tanto había comenzado a fumar a los 16 cuando Ramsés le había pedido que vayan a pasear a las afueras de la ciudad y entonces se habían ido a un pequeño día de campo y ahí Ramsés había sacado un porro y le había ofrecido y Marcelo había aceptado sin ningún capricho.

—Acepté porque ya tenía muchas ganas de saber qué se sentía fumar marihuana, por eso fumé sin mente cuando Ramsés me ofreció el porro —me dijo Marcelo.

Ramsés no solamente fumaba marihuana, sino que también la vendía y además también vendía perico, y no le gustaba menos el perico que la marihuana. Todos los viernes tenía sus gramos y olía de una manera descomunal, eso lo ponía al principio más inquieto y se ponía a bailar, bailaba de todo, desde salsa hasta reguetón, después se quedaba callado y se ponía a sufrir y decía que le daban malos viajes, entonces se mareaba y le daban náuseas y a veces vomitaba. Pero después de eso se reseteaba y seguía bebiendo y oliendo. Una noche Marcelo le preguntó qué se sentía oler perico y él le dio una respuesta que yo ya había escuchado muchas veces.

—Te pone más hiperactivo y despierto, aunque también te puede causar malos viajes —dijo.

—¿y los malos viajes son muy feos? —preguntó Marcelo.

—Obvio —contestó Ramsés— es un vacío total y es mucho más feo cuando te da náuseas ¿Por qué preguntas? ¿quieres probar?

Marcelo se quedó pensativo y después volteó a verme, como preguntándome con la mirada si yo era capaz de hacerlo si él se atrevía. Ramsés también me quedó viendo como si de mí dependiera la última decisión. Me pareció que la noche era joven y sentí como me envolvía y toda mi sangre se aceleró viendo la bolsa de perico que Ramsés sostenía entre sus dedos, y aunque yo quería decir que sí, cuando hablé dije que no, que no quería. Marcelo puso cara de desilusión y yo le dije que si él quería podía oler, pero él dijo que no, que tampoco quería, pero esto obviamente lo dijo para no hacerme sentir mal.

Marcelo sentía una curiosidad especial por las drogas, un interés que tenía algo de místico.

—Cada droga te causa una sensación diferente y produce emociones desconocidas —me dijo dos días después de que Ramsés nos hubiera ofrecido Pérez cuando le pregunté qué pensaba de las drogas.

—¿y cuántas drogas has probado? —le pregunté.

—Únicamente la marihuana, pero quisiera probar más —me contestó— solamente estar fumando marihuana me tiene un poco aburrido.

Era cierto, ya habíamos fumado demasiada marihuana, no había día en que no lo pegáramos, incluso los fines de semana Marcelo iba a mi casa y salíamos a algún lugar tranquilo donde pudiéramos pegarlo, pero eso era lo secundario porque lo principal era estar juntos.

Marcelo se la llevaba bien con mis papás, se comportaba de la mejor manera y ellos ni se imaginaban el tipo de muchachito que tenían al frente. En la universidad me iba bien y eso contribuyó a mejorar mi relación con ellos, se sentían orgullosos de mí y me correspondían dándome un poco más de libertad.

Pero como iba diciendo, Marcelo y yo ya habíamos fumado mucha marihuana, pero a diferencia de él, yo no estaba cansada de fumarla, por el contrario, era de las cosas que mejor me hacían sentir. Llevamos casi un semestre a punta de marihuana y en ese tiempo nuestra curiosidad por el perez había aumentado, especialmente la de Marcelo. Una tarde cuando estábamos hablando de ello en su casa, después de la universidad, Ramsés lo llamó y le dijo que vaya a su casa porque estaba tomando. La casa de Ramsés estaba cerca de la casa de Marcelo y era de un piso y estaba formada por la sala, una habitación, el baño y la cocina. La música se escuchaba desde antes de llegar y tuvimos que golpear con fuerza para que nos abriera. Cuando Ramsés abrió la puerta y nos miró puso una sonrisa de verdadera alegría, nos hizo seguir y le bajó el volumen al equipo para que pudiéramos conversar, estaba solo, con una botella de ron de la cual nos dio.

—Me alegro de que hayan venido —dijo— quería tomar un chorro, y bueno, pensé en ustedes que viven cerca de aquí.

—¿Y que estas celebrando? —le preguntó Marcelo.

—No estoy celebrando nada, simplemente me gusta el alcohol —respondió Ramsés. Marcelo le preguntó si había llamado a alguien más.

—A nadie más, muchos están ocupados con cosas de la universidad y además no quisiera que esto se llene de gente, para hoy prefiero algo más calmado —dijo Ramsés.

Yo le pregunté si esa era la casa en la que había tomado peyote la noche en que le pusieron el apodo.

—No, no es esta —dijo— fue en la casa que arrendaba anteriormente.

Le pregunté si aun hacia reuniones para tomar peyote.

—No, esa fue la única vez que hice una toma —dijo— el peyote es una planta difícil de encontrar, sobre todo porque no es de estos paisajes montañosos y fríos sino del desierto, por eso si quieres conseguir peyote debes viajar a algún desierto en el que se dé o tienes que pedir que te lo traigan o participar de una de las tomas que se hacen cerca de la ciudad, aunque son escasas -dijo Ramsés. Después nos siguió hablando de algunas plantas medicinales y de las experiencias que había tenido con ellas. La conversación fluyó naturalmente y la efervescencia subió en el ambiente y nos pusimos a bailar entre los tres con el equipo a todo volumen y seguimos recocando y jodiendo hasta que estuvimos prendidos y entonces Ramsés sacó una bolsa de perico y se puso a oler. La estábamos pasando delicioso así que me dejé llevar por el frenesí y le dije a Marcelo que nos diéramos unos pases, entonces su cara cobró un mayor esplendor del que tenía y le preguntó a Ramsés si podía darnos un poco y este se la pasó sin ningún reparo mientras se absorbía los mocos para que el perico le bajara. Marcelo sacó sus llaves y me preguntó si yo quería meter primero, le dije que no, así que el metió la llave a la bolsita y sacó un poco de perico, más bien bastante, y le preguntó a Ramsés si esa cantidad estaba bien para él, este le contestó que sí, que estaba perfecto, así que Marcelo se lo olió por un orificio de la nariz y después sacó otro poco y se lo metió por el que le faltaba y me lo pasó a mí; yo metí la misma cantidad que Marcelo había metido por cada orificio, absorbí fuerte para que me entrara bien y después de solo unos segundos el corazón me comenzó a latir más fuerte y después sentí que el perico me bajaba por la garganta agriamente y me pareció una sensación muy rica, los ojos se me abrieron y la mandíbula me quiso cajear pero la controlé y la mantuve quieta.

—Y entonces ¿Cómo se sienten? —preguntó Ramsés.

—Me siento agitada —respondí yo.

—Sí, eso es normal —contestó Ramsés.

El perico contribuyó a que el guaro no nos cogiera tanto, así que seguimos bebiendo y tuvimos una conversación muy amena mientras la música nos servía de fondo; le pregunté a Ramsés desde hace cuánto tiempo vivía solo.

—Como desde hace cuatro años —me contestó— me fui de la casa porque mi mamá y mi hermano me querían imponer demasiado sus límites que a mí me parecieron ridículos y que nunca respeté, eso hizo cada vez más áspera mi relación con ellos, por eso decidí darme un respiro. Al principio solo quería estar fuera de la casa por un par de meses, pero después me acostumbré a hacer lo que se me diera la gana sin tener a nadie reclamándome y ya vez, llevo cuatro años viviendo solo, pero esto es solo un decir, porque he vivido con algunas nenas, ya sabes, nadie soportaría vivir completamente solo y mucho menos a esta edad en la que el cuerpo te pide a cada momento sexo.

—¿y cuantos años tienes? —le pregunté.

—24 —contestó.

Le pregunté qué tan difícil era vivir solo en cuanto a gastos.

—Pues yo pago 200.000 pesos al mes por esta pequeña casa —dijo— lo difícil es encontrar trabajo, yo trabajaba en un restaurante pero el dueño invirtió mal en algunas cosas y se fue a la quiebra. Después trabajé en otros asuntos, pero la jornada era dura y la paga mala, así que un día decidí

comenzar a vender marihuana y me fue bien, pero aún no me era suficiente para poder vivir de la manera que quería, ya sabes, disfrutando con mis amigos y conociendo mujeres, así que comencé a vender perez y entonces sí que empecé a obtener el dinero con el cual me sentía a gusto y eso evitó que volviera a la casa y he podido sostenerme durante todo este tiempo.

Cuando terminó de decir esto Ramsés sacó nuevamente el perico, se metió dos pases enormes y nos preguntó si queríamos más, Marcelo dijo que si y sin ningún pudor y sin consultarme agarró el perez y se dio dos pases. Yo miré el reloj y aun me quedaban algunas horas antes de que tuviera que irme así que yo también me metí unos pases y volví a sentir ese palpitante del corazón que me pareció exquisito, no me preocupaban ni mis padres ni la universidad, sentí una sensación parecida a la primera vez que me volé de la casa para irme de fiesta. El perez nuevamente volvió a reactivarnos e hizo que las ganas de beber se mantuvieran intactas, así que seguimos bebiendo, hablando y escuchando música hasta que a Ramsés le comenzó a dar un mal viaje especialmente intenso, sus ojos se perdieron y en un momento pareció que se iba a desmayar, así que Marcelo fue corriendo a la cocina por un vaso de agua y se lo echó todo en la cabeza, Ramsés volvió en sí, pero siguió apretándose las sienes hasta que por fin se calmó y Marcelo dijo que sería mejor que no siguiéramos farreando.

—No te preocupes, yo puedo aguantar más —dijo Ramsés, al cual ya se le empezaron a notar los guaros y el embale de los pases

Marcelo trató de convencerlo para que ya no siguiéramos, pero Ramsés seguía insistiendo en que nos quedáramos y siguiéramos farreando. Por mi parte ya habían llegado las horas de irme, así que le dije a Marcelo que me acompañara a un taxi y después volviera con Ramsés para tratar de convencerlo. Me despedí de Ramsés y este me dijo que había sido un gusto beber conmigo.

Al otro día Marcelo me contó que había sido imposible convencer a Ramsés, dado que se había puesto como nuevo y el que había terminado dormido después de unas cuantas copas más había sido él.

Desde aquel día mi vida se convirtió en una avalancha, un torrente en el cual comencé a gravitar y en el cual me sentía bien; las farras se volvieron más endemoniadas y ardientes, la noche se abría con su sombra de misterio y eso a mí me inquietaba la carne, quería encontrarme con la noche y devorármela toda, hasta que no quedara nada.

Ese frenesí me llevó a enfrentarme nuevamente con mis padres, una noche en la que me excedí y llegué pasadas las cuatro de la mañana y mi papá y mi mamá me esperaban afuera de la casa. Mi papá cruzado de brazos con su figura autoritaria me preguntó por qué no le había contestado el maldito celular. Intenté responderle con una mentira, pero estaba tan prendida que la lengua se me trababa, entonces Marcelo, que me había ido a dejar a la casa, le dije que habíamos estado en una fiesta de cumpleaños de un amigo, cosa que por supuesto era falsa y que además era una mentira que mis papás ya conocían de sobra.

—¡Usted cállese joven! —le dijo mi mamá con alteración— mejor váyase a su casa.

Entonces mi papá me cogió del brazo y me comenzó a jalar hacia la casa y Marcelo, que estaba igual de borracho que yo, quiso alterarse con mi papá, pero yo como pude le dije que se calmara y que por favor se vaya que yo solucionaría el problema, Marcelo me hizo caso y se calmó y se quedó parado en la calle hasta que yo entré a la casa o, mejor dicho, hasta que mi papá me entró. Esa noche mi papá me dio una paliza, pero fue mucho más suave que la que me había dado cuando descubrió que me volaba para ir a bailar.

Me dio igual que mis padres se molestaran conmigo, intentaron castigarme nuevamente no dejándome salir, pero yo ya no era una colegiala sino una universitaria y no podían castigarme porque simplemente les decía que tenía clases, cosa que no era mentira. Así que los viernes al salir de clase

en la tarde, me quedaba con Marcelo y Ramsés y su parche hasta que llegaba la noche y nos poníamos a farrear. Farris espectaculares que se volvían largas y yo siempre llegaba a la casa después de la hora que me habían impuesto mis padres. Eso les molestaba y me regañaban y me advertían y una vez mi papá me amenazó que si no me comportaba me enviarían a un reformatorio, pero yo nunca le creí, hasta que poco a poco ellos se fueron acostumbrando y se hicieron a la idea de que tratar de impedir mi rebeldía e independencia era una batalla perdida, y al fin y al cabo sacaba buenas notas en la universidad y eso hacía que se despreocuparan y se suavizaran. Por mi parte, siempre ocultaba lo mejor posible que fumaba marihuana y metía perico, de eso si no podía permitir que mis papás se enteraran ni por el putas porque eran capaces de hacer cualquier cosa al ver que su hija, su única hija, se estaba perdiendo. Con el perico pocas veces abusaba, había noches en que metía unos cuantos pases y eso era suficiente para disfrutar y pasara bien; mi vida se mantuvo en un frenesí ininterrumpido, sentía que había encontrado mi lugar, tenía a Marcelo, tenía amigos y tenía más libertad de la que nunca antes había tenido.

Una tarde cuando apenas había llegado a la casa después de la universidad alguien me llamó de un numero desconocido, cuando contesté escuché la voz de Tatiana, me alegró sobremanera escucharla después de tanto, pero inmediatamente noté su tono de voz apagado y ronco, le pregunté cómo estaba.

—Mal —me dijo— Valentina estoy mal —y comenzó a llorar e inmediatamente una sensación de que algo trágico había sucedido me sacudió.

—¿Qué te pasa Tatiana? —le pregunté— cuéntame por favor.

—Lo que pasa es...—comenzó a decir con palabras entrecortadas, indecisa, como si no supiera cómo decir lo que tenía que decir— lo que pasa es que Andrea y Teresa tuvieron un accidente de tránsito y... se mataron —dijo y se soltó a llorar.

Cuando escuché eso, todo mi mundo se fracturó en mil pedazos, me parecía que todo era una ilusión, que nada era cierto, me parecía imposible que Teresa y Andrea estuvieran muertas ¡mis amigas muertas! No podía ser verdad, eso no podía estar pasando, no tenía palabras para decir y lo único que pude hacer cuando volví del shock fue ponerme a llorar. Le pregunté a Tatiana cuándo había pasado, me dijo que ese mismo día, que un amigo de Teresa la había llamado y le había dado esa nefasta noticia, que no sabía como había sido el accidente pero que en definitiva Andrea y Teresa estaban muertas. Me preguntó si podíamos encontrarnos y yo le dije que por supuesto que sí, así que quedamos de encontrarnos inmediatamente en la casa de Andrea.

Cuando llegué Tatiana ya estaba ahí esperándome, nos vimos y nos afanamos la una hacia la otra y nos abrazamos y lloramos sin contenernos, sentíamos que nos habían arrancado una parte de nosotras mismas. En la casa de Andrea no había nadie así que supusimos que estaban en algún hospital, pero no teníamos ningún contacto el cual nos pudiera dar algo de información, así que nos pusimos a esperar a que los papás de Andrea llegaran. Mientras tanto conversamos de lo que había pasado en nuestras vidas en ese tiempo que no nos habíamos visto, yo le conté que todo me iba bien en la universidad, que había conseguido un novio que se llamaba Marcelo del cual estaba profundamente enamorada y también le conté como había perdido la virginidad con él; al escuchar esto se esbozó una estela de alegría en la cara de Tatiana en medio de tanta tristeza, la tarde era soleada y la luz del sol la iluminó e hizo ver con toda claridad y plenitud su belleza. Tatiana era una chica linda, en el colegio había manes locos por ella y ahora que me la encontraba nuevamente, su rostro, aun cuando estaba repleto de dolor por la pérdida de Teresa y Andrea, era un rostro que encantaba. Le pregunté qué había pasado de su noviazgo con Andrés.

—Terminamos hace 5 meses —dijo.

—¿y por qué? —le pregunté.

—Porque yo me aburrió de él y él se aburrió de mí, así que un día simplemente nos dijimos adiós. No he encontrado otro novio y tampoco me ha hecho falta, pero en momentos como estos, hace falta tener un hombro en que llorar —dijo como recordando y extrañando a Andrés.

—Me tienes a mí —le dije.

Tatiana me miró y de sus ojos comenzaron a resbalar lágrimas.

—Por supuesto que sí —dijo— te tengo a ti —y yo la abracé.

Después de un momento llegaron los papás y el hermano de Andrea que al vernos comenzaron a llorar, su mamá nos abrazó y lloró aún más, como si su vida se hubiera manchado de dolor hasta el último de sus días.

Dentro de la casa nos explicaron lo que había sucedido.

—Lo que pasa es que Andrea se fue temprano con su novio y Teresa a pasear a las aguas termales del Rosario —comenzó su mamá.

—¿con Jhonatan? —la interrumpí— ¿Jhonatan también estaba con ellas?

—No, Jhonatan no —dijo— Andrea ya había terminado con él hace algunos meses, con su nuevo novio Santiago, él le había pedido el carro a su papá para ir a las termales y en el camino de ida un derrumbo les cayó encima y los arrastró casi medio kilómetro por una pendiente. Las autoridades nos informaron que habían tardado más de seis horas en desenterrar el carro y rescatar los cuerpos. En la morgue nos dijeron que era mejor que no las viéramos, porque podría ser muy traumático, pero nosotros exigimos que nos den el derecho a ver a nuestras hijas pero... pero... ¡mi hija quedó irreconocible! —dijo y comenzó a llorar y a reclamarle a Dios por qué se había llevado a su hija y más de esa manera tan despiadada.

Yo sentía un dolor profundo y no podía parar de llorar, y aún más viendo el sufrimiento de los padres y hermano de Andrea, recordé las caras tan bellas que tenían Teresa y ella, y el corazón se me constrictió aún más cuando me imaginé como habían quedado después de que un montón de piedras enormes cayeran sobre ellas. Después los padres de Andrea regresaron a la morgue no sin antes que la mamá nos diera su número, entonces, Tatiana y yo nos fuimos a un parque, nos sentamos en la hierba y comenzamos a recordar cuando estábamos en el colegio y así se nos pasó el resto de la tarde, acordándonos de las locuras que hacíamos con Andrea y Teresa, de las fiestas, de los vacilones ¿Qué era lo que sentíamos Tatiana y yo en ese momento? No lo sé, una combinación de dolor y orfandad, nunca nos habíamos imaginado que alguna de nosotras pudiera terminar de esa forma, yo en todo el tiempo que no había visto a Andrea y Teresa había pensado que estaban pasándola bien en la Universidad del Sur al igual que yo la pasaba en la Departamental y de repente me encontraba con Tatiana sentadas en un parque viendo el crepúsculo que parecía un corazón abierto, con Andrea y Teresa muertas, tratando de hacernos a la idea de que ya no volveríamos a verlas jamás.

Cuando empezó a aparecer la noche Tatiana y yo nos despedimos y cada una cogió su camino, cuando llegué a la casa le conté a mis papás lo que había pasado y se pusieron muy tristes, mi mamá se puso a llorar y cuando vieron que yo también lloraba intentaron consolarme. Es bueno contar con el calor del hogar en momentos así, pero yo necesitaba una compañía más íntima, así que llamé a Marcelo y le conté lo sucedido. El ya estaba enterado de quienes eran Tatiana, Teresa y Andrea, pues yo le había contado casi todo de lo que había vivido con ellas y estaba muy interesado por conocerlas y aunque habíamos pensado que sería bueno armar un plan algún día con ellas, nunca llegamos a concretarlo. Yo me había sumergido totalmente en el ambiente de la Departamental y lo que más me importaba era pasar el tiempo con Marcelo, así que todo lo demás para mí se había vuelto secundario,

incluidas mis amigas. Recordé la última vez que estuvimos juntas, en aquella fiesta en la que la pasamos tan bien, recordé sus sonrisas diamantinas, sus cuerpos, sus ojos, el cabello largo de Andrea y el de Teresa que le llegaba por los hombros, su manera de bailar y de besar a sus novios, en verdad las quería, pienso que así debe ser el cariño que uno tiene por los hermanos.

Cuando Marcelo llegó me sirvió de consuelo para el sufrimiento que llevaba dentro, y aunque mis papás tenían una relación rancia con él, puedo decir que esa noche estaban agradecidos de que hubiera llegado para consolarme y darme fuerzas. Con la perdida de Teresa y Andrea sentía que un pilar fundamental se había derrumbado en mi vida, que había perdido a dos personas que siempre habían estado ahí para mí y eso me hacía sentir miedo, porque no tenía a más personas como ellas, tenía a Marcelo claro, pero un novio y una amiga son cosas distintas, porque aunque yo no quería, sabía que tarde o temprano mi relación con él iba a terminar, en cambio pensaba que mi amistad con Tatiana, Teresa y Andrea iba a ser para siempre, nunca me había planteado las más mínima posibilidad de que alguna de ellas muriera y más de una manera tan atroz, pero ahora, solo me quedaba Tatiana.

En determinada hora llamamos a la mamá de Andrea, para enterarme como iban las cosas con los cuerpos, me dijo que dentro de poco se los entregarían y que mañana ya estarían velándolas, le pregunté si necesitaba ayuda en algo.

—Tranquila mija —me dijo— tu preocúpate por tus deberes por favor, te agradezco mucho por brindarle tu amistad a mi hija, ella te quería muchísimo.

—Yo también la quería doña Amanda —le dije— yo también la quería muchísimo.

Esa noche me quedé hasta muy tarde en mi cuarto charlando con Marcelo, me hubiera gustado dormir abrazada a él, pero mis papás no me lo permitían, no, eso no, aunque ellos ya sabían de alguna manera que yo ya no era virgen, así que cuando Marcelo se fue me quedé sola en la oscuridad, recordando muchas cosas.

Al otro día llamé nuevamente a la mamá de Andrea y me dijo que los cuerpos estaban siendo arreglados y que en pocas horas ya estarían en las casas, después llamé a Tatiana y quedé de encontrarme con ella en la casa de Teresa, queríamos ir a dar nuestras condolencias a su familia. Pasado el mediodía estuvimos ahí, golpeamos y el que nos abrió la puerta fue Oscar, Teresa había seguido con él, nos quedó mirando fijamente y de sus ojos ojerosos empezaron a caer lágrimas, nosotras lo abrazamos y le dijimos cuánto lo sentíamos. Cuando entramos en la sala nos encontramos con sus padres y sus dos hermanas junto con otros parientes, llorando alrededor del ataúd y cuando nos vieron lloraron aún más, sus hermanas se lanzaron a abrazarnos, era tanto su dolor, podía sentirlo, palparlo, un dolor como un veneno en el corazón que no mata sino que lo mantiene a uno en una agonía eterna.

Después de darles nuestras condolencias y tocar el ataúd, que estaba cerrado, tomamos asiento.

Estar con el ataúd de Teresa justo al frente, rodeado de velas y de flores, era algo horroroso, había algo insano en la sala, algo que se impregnaba en la llama de esas velas y en los pétalos de esas flores, esas flores con ese olor particular que tienen las flores de los funerales. Yo tenía ganas de abrir el ataúd para poder ver a Teresa por última vez y darle el adiós, pero no me atrevía, me daba terror de lo que podía encontrar, si los familiares de Teresa habían cerrado el ataúd completamente era por algo, no querían que viéramos como había quedado y yo pensé que eso era lo mejor, tener un recuerdo lindo de Teresa, con su linda cara, con su cuerpo lábil, pero de pronto, la hermana mayor de Teresa se levantó, fue hacia el ataúd, lo abrió y nos quedó mirando.

—¿Quieren darle el último adiós a Teresa? —nos preguntó.

Todos los parientes nos quedaron viendo expectantes de nuestra respuesta, nosotras respiramos profundo, nos paramos y caminamos hacia el ataúd, la angustia me hizo agarrar la mano de Tatiana y las dos nos apretamos con fuerza, la hermana de Teresa se hizo a un lado y entonces pudimos ver a nuestra amiga, Tatiana y yo comenzamos a llorar ¿en verdad esa era Teresa? no podía ser posible, todo el rostro desfigurado e hinchado como un balón, tenía la boca llena de algodón, le faltaba un pedazo del labio superior, casi la mitad, y tenía todos los dientes totalmente partidos, su nariz básicamente no estaba, lo único que había en su lugar era dos orificios sangrientos, su ojo derecho estaba reventado y grotescamente hinchado, a punto de estallar, y su otro ojo estaba completamente blanco, como si se hubiera volteado para atrás, tenía toda la cara raspada con cortadas muy profundas, algunas de las cuales habían sido suturadas, tenía vendada toda la cabeza pero se notaba que en ella hacía falta un pedazo. El estómago se me revolvió, tuve nauseas, ganas de vomitar, pero me contuve por respeto a Teresa y su familia; no pude seguir presenciando a Teresa, aunque esa no era Teresa, es decir, no era su cara, quien estaba en el ataúd me pareció alguien totalmente desconocido, alguien por completo imposible, así que aparté mis ojos y regresé a mi asiento, seguida de Tatiana que tenía el rostro pálido. Cuando estuvimos sentadas la hermana mayor de Teresa la miró de nuevo por un momento y volvió a cerrar el ataúd y regresó a su asiento, sin dejar de llorar.

Un momento después me llamó Marcelo con el cual ya había hablado por la mañana y me había preguntado si quería que me acompañara al velorio de mis amigas.

—No —le dije— no quiero que me acompañes.

—¿y eso por qué no? —preguntó Marcelo extrañado.

—Porque primero quisiera ir a ver a mis amigas a solas con Tatiana, siento que esto es algo íntimo entre las dos y Andrea y Teresa —le dije.

—Entiendo —dijo Marcelo.

Cuando le contesté me preguntó a donde estábamos.

—Con Teresa —le dije.

—¿ya nos podemos ver? —preguntó.

—Todavía no, aun nos falta ir con Andrea, yo te llamaré para que vengas ¿sí?

—Está bien amor —dijo— cuando me necesites por favor llama.

Después de estar más de tres horas con Teresa, Tatiana y yo decidimos ir a la casa de Andrea, así que nos despedimos de los familiares de Teresa y de Oscar, no sin antes preguntarles a qué hora sería mañana el entierro.

—A las 2 de la tarde empieza la misa —dijo el papá— en la iglesia de la Divina Virgen.

De camino a casa de Andrea Tatiana y yo casi no hablamos, una especie de estupor o... de pavor se había apoderado de nosotras, yo no podía sacarme de la cabeza el rostro de Teresa en el ataúd, esa imagen volvía una y otra vez, aunque yo trataba de pensar en otras cosas.

El bus paró, nos bajamos y caminamos unas cuantas cuadras hasta que llegamos a la casa de Andrea, nos abrió su madre completamente vestida de negro, nos abrazó y nos hizo seguir, caminamos a la sala y ahí nos encontramos con el ataúd de Andrea repleto de flores y rodeado de velas, toda su familia se encontraba ahí.

A diferencia del de Teresa el ataúd de Andrea estaba abierto, eso me hizo pensar que Andrea no había quedado en las mismas condiciones de Teresa, un momento después de haber llegado Tatiana me dijo que fuéramos a verla, así que nos levantamos y fuimos hacia al ataúd y cuando estuvimos ahí nos encontramos con algo diferente a lo que nosotras esperábamos, el cuerpo de Andrea estaba completamente cubierto con una manta blanca, incluida la cara, estuve confundida ¿Por qué taparla de tal manera? Lo único que se me ocurrió es que había quedado igual que Teresa y sus familiares

no querían que la gente la viera así, pero después su hermano me aclaró las cosas, cuando salimos a tomar aire fresco.

—Lo que pasa es que Andrea quedó peor que Teresa —dijo— desearía no haber entrado nunca a ver su cuerpo a la morgue, no saben lo que se siente ver a tu hermana por última vez ¡por última vez! Y de esa manera, discúlpennme si me pongo a llorar es que esto para mí es muy duro, de verdad, no se imaginan cuánto.

Es verdad, nosotras no podíamos sentir lo que el sentía, aunque estábamos muy pero muy tristes, pero el hermano de Andrea tenía dentro de sí un dolor que parecía que se lo comía vivo, como si en esos momentos hubiera preferido desaparecer para siempre.

La impresión que recibí al escuchar que Andrea había quedado peor que Teresa fue inmensa, la vida a veces puede llegar a ser monstruosa y la muerte se nos pone enfrente cuando menos lo esperamos.

—Dejamos el ataúd abierto porque queremos que la gente mire por última vez, aunque sea su silueta —dijo el hermano de Andrea.

Regresamos a la sala y después de algún tiempo llamé a Marcelo, le di la dirección de la casa y él llegó más pronto de lo que esperaba. Cuando le presenté a Tatiana le dije que yo le había hablado mucho de ella y de Teresa y Andrea y que era una pena conocerla en esa situación.

—Si, en verdad es una pena —dijo Tatiana.

Estuvimos un momento sentados hasta que noté la inquietud de Marcelo y como de vez en cuando miraba el ataúd.

—¿quieres ir a mirar a Andrea? —le pregunté.

—Sí, quisiera poder ver a la chica de la que tanto me has hablado, aunque este muerta, pero me da vergüenza —dijo.

—No puedes verla —le dije.

—¿no? Y ¿Por qué? —preguntó.

—Porque está totalmente cubierta por una sabana —le dije.

—No se preocupe mijo —nos interrumpió una señora que estaba a un par de sillas de nosotros— si quiere ir a despedirse de ella puede hacerlo.

Entonces Marcelo me pidió que lo acompañara y aunque yo no quería volver, me levanté y fui con él. Cuando llegamos al ataúd y vimos a Andrea algo había cambiado, en la manta, que momentos antes se encontraba limpia, habían comenzado a aparecer algunas manchas de sangre, principalmente en el área de la cara que era donde más marcada estaba la manta. Las náuseas que había sentido horas antes al ver a Teresa se me revivieron, y tuve que apartar la vista y endurecer el estómago y apretar la boca; fui donde la mamá de Andrea y le avisé lo que pasaba, ella y su esposo fueron a dar un vistazo al cuerpo y fueron a sacar otra manta y se la pusieron encima.

—Si esta manta llega a mancharse tendremos que cerrar el ataúd —dijo el papá de Andrea.

—Si sigue sangrando, el ataúd se puede empezar a llenar de sangre —me dijo Marcelo en voz baja cuando ya nos habíamos sentado.

Ese comentario me pareció descarnado e hizo que me irritara.

—No te olvides que estás hablando de mi amiga —le dije con molestia.

—Lo sé, no lo digo de mala manera sino porque es algo a tener en cuenta —dijo el.

Pero eso no pasó, el cuerpo de Andrea dejó de sangrar, aunque alcanzó a manchar un poco la nueva manta por lo cual tuvieron que ponerle otra.

Cuando comenzó a anochecer alguien golpeó la puerta, el hermano de Andrea fue a abrir y al momento vimos entrar a Jhonatan y cuando nos vio se dirigió hacia nosotros y nos saludamos con un fuerte abrazo. Se notaba en los ojos de Jhonatan que había llorado, después de presentarse con Marcelo se

sentó a nuestro lado y todos nos quedamos callados por un momento, Jhonatan miraba el ataúd de Andrea rodeado por las llamas de las velas que a medida que la noche se profundizaba se ponían más brillantes, hasta que nos preguntó si ya la habíamos visto, le dijimos que sí.

—Y... ¿Cómo esta? —nos preguntó.

—No te preocupes —le dijo Tatiana— puedes ir a despedirte de ella con tranquilidad.

Jhonatan se levantó y caminó hacia el ataúd y cuando pudo ver a Andrea puso la cara que supongo todos poníamos al ver su cuerpo totalmente cubierto por esas mantas, una cara de sorpresa o de estupor, con la cual nos volteó a ver como si no estuviera seguro de lo que veía y quisiera que nosotras se lo confirmáramos. Después se puso a hablar con el cuerpo de Andrea, palabras que nadie escuchaba, pero que se notaba que las decía con un gran sentimentalismo, sentimentalismo que poco a poco fue aumentando y se puso a llorar sin dejar de hablar hasta que dijo "te amo" de tal modo que todos pudimos escuchar y después de darle un par de palmadas al ataúd volvió donde nosotras y nos pidió que saliéramos por un momento porque necesitaba aire fresco. Afuera nos encontramos con la noche, sentí como el aire frío entraba a mis pulmones para refrescarlos, realmente ese día había sido algo así como un sótano, estar sentada en una sala frente al ataúd de tus mejores amigas provocaba que lentamente el aire se volviera pesado y se contaminara de muerte, asfixiante.

Jhonatan prendió un cigarrillo y nos preguntó si queríamos uno, Tatiana y yo le dijimos que no, tenía asco de todo y lo menos que hubiera querido es tener en mi boca ese asqueroso sabor de cigarrillo, Marcelo si recibió uno y después de haberlos prendido Jhonatan nos preguntó si ya habíamos visto a Teresa, le dijimos que sí.

—¿y ella también está tapada con mantas? —nos preguntó.

Le dijimos que no, que Teresa tenía la cara descubierta.

—Entonces ella quedó en mejores condiciones que Andrea

—Eso nos dijo el hermano de Andrea —le dijo Tatiana— pero no quedó en buenas condiciones, tiene la cara totalmente dañada.

Tengo que ir a despedirme de ella, era una china muy buena gente —dijo Jhonatan y fumó de su cigarrillo y soltó bocanadas de humo que se fueron con el aire— ni en mis peores pesadillas me imaginé esto —continuó diciendo— terminamos hace como 6 meses, pero seguimos hablando hasta que consiguió nuevo novio. Yo no la he dejado de amar y desde que terminamos no he parado de sufrir y aún más cuando me enteré que había conseguido a alguien. Me pidió que la dejara de llamar, que ella ya tenía un camino diferente al mío y que lo mejor era que la olvidara, aun así yo la seguí llamando pero ella me dejó de contestar. Un día mi orgullo me dijo que no la buscara más, que yo no era ese tipo de man que mendiga amor, pero a pesar de todo no pude dejar de pensar en ella y, en la noche, cuando llegaba de trabajar y me metía en la cama pensaba que aunque Andrea no estuviera conmigo por lo menos existía y eso era suficiente para que algún día, tal vez, pudiera estar con ella nuevamente y entonces me llenaba de esperanza, pero de repente me encuentro con esta noticia y ahora ya no hay ninguna posibilidad de volverla a tener a mi lado, ya no puedo hacer nada, pero me he preguntado a mí mismo ¿acaso no es mejor que esté muerta a que esté con otro man? Reflexiono y siempre llego a la conclusión de que no, que preferiría mil veces que Andrea sea feliz con otro a que esté muerta.

Nosotros al ver su total tristeza no pudimos hacer nada más que consolarlo.

Cuando se hizo totalmente de noche más gente comenzó a llegar y la sala se llenó y no pasó mucho tiempo para que se pusieran a rezar y, no sé por qué, pero eso hizo que mis nauseas se reavivaran, así que salí de la casa para tomar aire puro junto con Marcelo y nos encontrábamos conversando cuando llegó Oscar y después de saludarnos y de que le presenté a Marcelo todos volvimos a entrar

aunque esta vez nos tocó quedarnos parados porque ya nos habían quitado los asientos, entonces, pensé en Luis, en que si se había enterado de la muerte de Andrea y Teresa y si llegaría para despedirse de ellas, pero pasó el tiempo y no llegó. Mis nauseas aumentaron y además de eso me comenzó a doler la cabeza, hasta que llegó un momento en el que me sentí mareada y le pedí a Marcelo que nos fuéramos, le dijimos a Tatiana y ella decidió irse con nosotros porque también se sentía mal y después de despedirnos de Jhonatan y Oscar, fuimos a despedirnos de la familia de Andrea y preguntamos a qué hora sería el entierro, nos dijeron que Andrea sería enterrada en el cementerio de La Luz Eterna y que la misa sería a las 2 en la iglesia de la Divina Virgen ya que iban a hacer las misas de Teresa y Andrea juntas.

Cuando llegué a la casa el dolor de cabeza se había hecho más agudo y lo único que quería era dormirme y me metí en las cobijas sin ni siquiera cenar, además de eso, porque las nauseas enormes no me permitían comer ni una cucharada; ver la cara totalmente desfigurada de Teresa y la sangre del cuerpo de Andrea manchando las mantas en las que estaba envuelto me había llenado de asco y de un malestar que se fue intensificando a medida que pasaba el tiempo, lo único que quería era cerrar los ojos y olvidarme de la cara de Teresa y del cuerpo cubierto de Andrea.

Al otro día me desperté temprano, me sentía agotada, como si no hubiera dormido nada, la noche se me había hecho extremadamente corta y mi sueño extremadamente superficial. Intenté volver a dormir, pero no me fue posible, sentía que mi cuerpo estaba untado por alguna especie de sustancia viscosa así que me levanté y fui a bañarme; mis papás ya se habían ido a trabajar y me encontraba sola en la casa, el agua de la ducha me pareció maravillosa, tan refrescante y relajante, y eso ayudó a reconfortarme un poco. Después de bañarme llamé a Marcelo, me dijo que estaba en la universidad pero que en poco tiempo estaría en mi casa, así que me recosté en la cama y me puse a esperar, la casa estaba totalmente en silencio y sin quererlo me quedé dormida y soñé que estaba en el descanso del colegio, que tenía 15 años y que el día estaba maravillosamente soleado y fresco, los niños de los grados más pequeños revoloteaban por aquí y por allá corriendo unos detrás de otros, mientras que los chicos más grandes recocían abrazados a sus novias y de sus bocas salían sonoras carcajadas; yo caminaba a la parte del colegio donde quedan los árboles porque sabía que allí estaban mis amigas y cuando llegaba encontraba a Tatiana, a Teresa y a Andrea con sus novios y también estaba Luis, todos riendo, sus cuerpos brillaban con la luz del sol, entonces yo corría repleta de emoción y felicidad hacia ellos y me abrazaba con todas las fuerzas a Andrea y a Teresa.

—¿Qué te pasa? —me preguntaba Teresa— ¿Por qué lloras?

—Por qué creí que estaban muertas —le respondía.

—¿Muertas? —me preguntaban y se reían con sus dientes relucientes bajo los rayos del sol.

—No, no estamos muertas, todo fue un mal sueño —decía Andrea mirándome fijamente y secándose las lágrimas.

—¡Estamos vivas tonta! —me decía Teresa con su hermosa cara totalmente recomuesta y me abrazaba y su voz se volvía una especie de eco que se perdía en la infinitud del cielo azul.

Los golpes de Marcelo a la puerta me despertaron, mis mejillas estaban empapadas en lágrimas, me sequé y fui a abrir.

Cuando le conté lo que había soñado a Marcelo no pude evitar llorar, por un momento me había sentido nuevamente en el colegio, con Andrea y Teresa vivas. Ese sueño me sumergió en una pena aún más profunda, me sentía totalmente sensible, me daba tristeza pensar en lo corto de las vidas de Andrea y Teresa. Si ellas vivieran mi situación no sería tan lamentable, pero no tengo a nadie, todos me miran como si fuera una cosa extraña, alguien apesadumbrado que nadie quiere tener cerca, pero todo esto no fuera así si Teresa y Andrea vivieran, ellas me hubieran brindado su apoyo y amistad sobre

todas las cosas, ellas hubieran sido mi amuleto contra esto que no sale de mi cabeza. Me pregunto si vale la pena vivir así, tal vez hubiera sido mejor morir junto con ellas o que yo hubiera estado en aquel carro en lugar de ellas, porque mi vida es un desperdicio ¿para qué puede servir la vida de alguien repleto de miedo? Ya no queda ni siquiera la sombra de lo que era antes, ni siquiera una pisca de la confianza y la fortaleza, nada, estoy sola y totalmente desnuda en un lugar desconocido y frío; yo ahí, después de soñar con mis amigas, llorando en los brazos de Marcelo, no sabía aún que más tragedias me esperaban, que yo también como ellas iba a morir, porque eso es lo que soy, una muerta, una muerta que camina entre los vivos, un espectro.

Toda aquella mañana la pasé hablando con Marcelo, como estábamos solos en la casa sentí que Marcelo estaba excitado, aunque él no me dijo nada, pero yo lo sentía, el latido de su corazón acelerado y sus manos inquietas, pero yo no quería nada y él lo entendió sin necesidad de que se lo dijera. Solo quería hablar y tratar de olvidarme por un momento de las muerte de mis amigas, así que conversamos de muchas cosas, subimos a la azotea a recibir un poco de sol y miramos la ciudad extendiéndose con el brillo de las casas y los edificios que se observaban a lo lejos, y cuando fue suficiente bajamos nuevamente sin dejar de hablar; hasta ahora, siempre me agrado hablar con los hombres de los que me he tragado de verdad.

—¿Por qué tu casa es de dos pisos si ustedes son solamente tres? —me preguntó Marcelo.

—No lo sé —dijo— supongo que mis papás quieren tener más hijos.

—¿y tú quieres tener hermanos?

—Si, me gustaría tener un hermano.

—¿y tus papás qué dicen?

—Que conmigo ya tienen suficiente, pero yo creo que si quieren tener más.

—Pues si no se mueven se les va a hacer tarde —dijo Marcelo.

La mañana pasó hasta que se hicieron las 11 y almorzamos, aunque yo no quería, pero Marcelo me dijo que comiera porque en el entierro iba a perder mucha energía y sería peor sino comía nada; cuando acabamos de almorzar salimos hacia la iglesia de la Divina Virgen. Al llegar nos encontramos en la puerta de la iglesia con Tatiana, Jhonatan y Oscar, nos saludamos y después entramos porque queríamos estar en los primeros puestos. Al frente estaban los ataúdes y más allá los símbolos religiosos, la iglesia transmitía ecos de las pisadas de la gente que poco a poco iba llegando y se saludaban unos a otros. Pasado poco tiempo la iglesia ya estaba llena y el cura inició la misa, habló de la muerte y de la vida eterna, de las vidas que se van jóvenes, del dolor que dejan en sus familias y amigos, y de la resignación y de la fortaleza que nos da Dios que según el padre nunca nos abandonaba y era crucial su compañía para momentos como esos. Esas palabras de una u otra manera reconfortaron a las personas que ahí estábamos, la promesa de una vida después de la muerte, carente de cualquier sufrimiento, era linda. Pero eso ya no tiene ningún sentido para mí, si es verdad que el cielo y el infierno existen lo más posible es que yo me vaya al infierno.

Cuando el padre acabó la misa, los familiares de Andrea y Teresa llevaron sus ataúdes hacia la salida a lo largo de la iglesia, el dolor nuevamente se reavivó y los llantos empezaron, en la puerta de la iglesia el padre dio algunas oraciones y roció en los ataúdes agua bendita y entonces fueron subidos a los carros y cada uno partió a su lugar de entierro, Andrea al cementerio de Cristo Señor y Teresa al de Luz Eterna, entonces Tatiana y yo decidimos dividirnos, ella se fue con Teresa y yo con Andrea, pero Marcelo y yo no teníamos quien nos llevara, hasta que los papás de Andrea nos consiguieron unos puestos en el carro de un familiar. El familiar en cuestión era un tío de Andrea y su esposa los cuales aceptaron llevarnos amablemente. El carro no era muy vistoso que digamos, pero era amplio

y de asientos cómodos, una vez nos pusimos en camino el tío de Andrea nos preguntó quienes éramos.

—Soy una amiga de colegio de Andrea, me llamo Valentina y él es mi novio —le dije.

—Mucho gusto señor, me llamo Marcelo —dijo Marcelo.

—Mucho gusto —dijo el tío de Andrea y nos dio su nombre y su esposa también se presentó, pero ya no recuerdo cómo se llamaba ninguno de los dos.

—¿Y conocía hace mucho a mi sobrina? —preguntó el tío de Andrea.

—Sí —le dije— pasamos juntas todo el bachillerato, básicamente pasamos juntas más de seis años.

—Es muy triste lo que le pasó a mi sobrina, era una niña tan linda e inteligente, tenía un gran futuro por delante, mi hermana está totalmente devastada, toda la familia está de luto, nadie se esperaba esto, pero ya ven, la desgracia tarde o temprano toca a nuestras puertas, tarde o temprano —repitió el tío de Andrea.

Palabras infalibles aquellas, la tragedia puede tocar a nuestras puertas no solo una sino un montón de veces, a veces nos llega en forma de muerte, pero, otras veces, en forma de vida.

Cuando llegamos al lugar donde sería enterrada Andrea, miré el agujero profundamente cavado y me dio escalofríos saber que ahí iba a reposar para siempre uno de mis seres más queridos; miré alrededor las lapidas de las tumbas con nombres de muertos, con fechas de nacimiento y fechas de fallecimiento. El padre que había venido con nosotros dio las últimas palabras y entonces comenzaron a bajar el ataúd de Andrea a su tumba y todos lo tocamos por última vez y a medida que iba bajando la gente le tiraba rosas. Yo le tiré dos rosas de color amarillo.

—Adiós Andrea —le dije— descansa en paz y gracias por todo.

Una vez la tumba estuvo totalmente tapada la gente comenzó a irse, de últimos nos quedamos Marcelo y yo y la familia de Andrea, hasta que me despedí de ellos y de Andrea dando unas palmaditas en su tumba, diciéndole que pronto volvería para visitarla.

Al otro día estuve ahí junto con Tatiana que antes ya me había mostrado la tumba de Teresa. En el cementerio había personas limpiando tumbas, los pájaros cantaban en los árboles y Tatiana preguntó cómo era posible que cantaran en un lugar como esos con esencia a muerte y tenía razón, los cementerios son los lugares más perturbadores ¿no es así? Hasta las rosas pierden su brillo allí y se vuelven opacas y no tardan en marchitarse, es el lugar de la nada, donde todo termina.

Después de visitar a Teresa y Andrea, Tatiana y yo decidimos ir al colegio y cuando estuvimos allí sentí un soplo de vida y a la misma vez de nostalgia, llegamos justo en el descanso, y nos parchamos en la plaza principal la cual había sido uno de nuestros lugares favoritos del colegio, después fuimos a las canchas las cuales estaban llenas y por último fuimos al lugar más arbolado del colegio y ahí nos sentamos; ese era el lugar predilecto de los enamorados y había algunas parejas mimándose bajo la sombra de los árboles, eso me hizo recordar varios momentos vividos con Luis cuando íbamos a sentarnos ahí, pensé en él, en qué sería de su vida, después me puse a pensar que sería lindo visitar ese lugar con Marcelo, estaba pensando en ello cuando escuché a Tatiana que me decía que sería bueno que nos viéramos de nuevo.

—Claro que sí —le dije— tenemos que salir y cuando quieras puedes ir a la universidad que allá hay parches muy bacanos.

—Si claro, yo te caigo de una —dijo.

Entonces le pregunté si tenía pensado entrar a la universidad, me dijo que por el momento no, que estaba ayudándole a su papá en su almacén de mecánica y que él le pagaba y de paso le enseñaba a administrar.

—Pero tal vez algún día entre —dijo— ya que los títulos son importantes hoy en día.

—Deberías entrar —le dije— la universidad es una chimba.

Una vez tocó la campana para la finalización del descanso los chinos comenzaron a entrar y después de quedarnos un momento más hablando y rememorando entre los árboles Tatiana y yo decidimos que era tiempo de irnos. Fue lindo visitar el colegio, resultó ser un buen aliciente para calmar la tristeza por la muerte de nuestras amigas.

Que muera un amigo querido es algo difícil, al principio uno piensa que no puede ser verdad, que tal vez todo sea un error, pero después, cuando la muerte está clara, sientes una sensación de despojo y de profundo dolor, después viene la resignación y el pasar del tiempo y los días van cubriendo el dolor casi por completo, digo casi, porque de vez en cuando, en momentos particulares, te pones a recordar y la tristeza llega.

Un viernes Tatiana me llamó y me dijo que nos viéramos, yo me puse contenta y le dije que si podía caer a la universidad para que la conociera y que de paso le presentaría a unos amigos, ella aceptó, así que en la tarde de aquel viernes llegó con una amiga de trabajo a la U y yo la recibí junto con Marcelo y después de pasear por la universidad nos encontramos con Ramsés y su parche que estaban fumando marihuana, yo les presenté a Tatiana y su amiga y después le pregunté a Tatiana si ella fumaba y me respondió que sí, que había probado la marihuana hacia algunos meses cuando aún era novia de Andrés.

—Fueron estas las que me metieron en esas vueltas —dijo Tatiana acusando a su amiga y ella se rio y dijo que mentira que era Tatiana quien las había dañado a ella y a otras amigas de trabajo y todos nos reímos.

Así que Tatiana y yo fumamos y nos pusimos en ambiente.

—Me hubiera gustado que una de ustedes entrara a esta universidad —le dije.

—Si alguna vez entro a la universidad te aseguro que entro a esta para parchar juntas —dijo Tatiana y en su mirada afloró todo el amor que me tenía.

Yo también la amaba a ella y a Andrea y Teresa, pero ahora solo quedábamos las dos de las cuatro y por eso el aprecio mutuo que nos teníamos aumentó.

Esa noche fuimos a una discoteca que se llama El Bailadero en donde suenan de todo lo bailable y nos compramos una de ron o, mejor dicho, los chicos compraron una de ron. Tatiana y yo nos pusimos a beber, pero no queríamos bailar, así que nos quedamos sentadas junto con su amiga y Marcelo viendo como los demás bailaban. Cuando la botella de ron estaba a punto de acabarse Ramsés llegó a preguntar si queríamos perico, el único que olió fue Marcelo e inmediatamente hubo un momento de silencio en la discoteca Tatiana aprovechó para preguntarme si ya había metido perico, le contesté que sí.

—¿hace cuánto que lo probaste?

—Como hace seis meses

—¿y la marihuana?

—Hace un poco más de un año, cuando aún estaba en el preicfes, la probé el mismo día que perdí la virginidad con Marcelo.

Tatiana y su amiga miraron la cara de Marcelo que en ese momento pareció lo más inocente y tierno del mundo y se echaron a reír.

—¿y cómo se siente hacerle el amor a Valentina? —le preguntó Tatiana.

—De lo mejor del mundo —contestó él y me dio un beso que me supo delicioso.

—¿y vos ya perdiste la virginidad? —le preguntó Marcelo a Tatiana.

—Sí, ya la perdí —dijo Tatiana.

—¿y cómo fue? —le preguntó Marcelo.

—Eso pregúntaselo a Valentina, ella lo sabe —le dijo Tatiana sonriendo y con las mejillas sonrosadas. Era cierto, yo lo sabía, Tatiana me lo había contado el mismo día que nos volvimos a ver y nos quedamos conversando afuera de la casa de Andrea esperando a que sus papás llegaran. La música comenzó a sonar nuevamente e interrumpió nuestra conversación, un chico atractivo invitó a bailar a Tatiana pero ella le dijo que no e igualmente Marcelo y yo nos quedamos sentados, porque yo tampoco tenía ánimo de bailar, cosa particular en Tatiana y yo que nos habíamos aficionado a bailar desde el tiempo que comenzamos a salir en el colegio, pero a pesar de que no bailamos la pasamos bien; hasta que la fiesta se acabó y junto con Marcelo y Ramsés fuimos a dejar a Tatiana y su amiga a un taxi y después esperamos un taxi para mí, mientras tanto Marcelo y Ramsés me dijeron que Tatiana era una niña muy linda y me preguntaron si Teresa y Andrea habían sido igual de lindas, les respondí que sí, que habían sido igual de bellas.

—El novio de Tatiana es un suertudo al quitarle la virginidad —dijo Marcelo.

A veces Marcelo era muy despreocupado para hablar, muy imprudente, y eso me sacaba la piedra, aunque no lo hacía con malas intenciones, simplemente tenía esa forma abierta de decir las cosas.

—¿y es que acaso te gustó mucho mi amiga? —le pregunté.

Él se rio y me alzó de la cintura.

—Vos sabes que a la única que a amo es a vos —me dijo.

La segunda vez que nos vimos con Tatiana yo la llamé, era viernes y le propuse que saliéramos a bailar y ella aceptó sin complicaciones. Tatiana llegó con dos amigas a la universidad y nos parchamos hasta que se hizo de noche y fuimos a una discoteca. Desde la muerte de Andrea y Teresa ya habían pasado un par de meses y el dolor de su partida se había empezado a disimular considerablemente, así que Tatiana y yo estábamos contentas y como ella tenía plata decidió gastar una de ron y nos pusimos a bailar. Cuando estuvimos prendidas Tatiana me preguntó si Ramsés tenía perico, yo le contesté que él siempre tenía y Tatiana me dijo que le pidiera un poco porque la curiosidad la había carcomido y quería probar, apenas Marcelo escuchó esto le dijo a Tatiana que se despreocupara y fue y habló con Ramsés e inmediatamente volvió y me pasó una bolsita de perez, así que junto con Tatiana y una de sus amigas fuimos al baño y nos metimos unos pases. Cuando salimos Marcelo y Ramsés nos estaban esperando, yo le pasé el perez a Ramsés y él le preguntó a Tatiana que tal le había parecido.

—Siento que la nariz y la boca se me encogieron —dijo Tatiana saboreándose y absorbiendo.

—Eso es porque este perez es de la mejor calidad —le dijo Ramsés.

—Si, así parece —dijo Tatiana y Ramsés se echó a reír e invitó a Tatiana a bailar y lo propio hizo Marcelo conmigo.

La discoteca estaba a reventar, una ola de calor se apoderó del ambiente y Tatiana nos gastó cervezas a Ramsés, Marcelo y a mí, cervezas que me supieron a la mismísima gloria, Tatiana y yo nos sentíamos felices y ella me dijo que así es como les hubiera gustado vernos a Teresa y Andrea y yo pensé que tenía razón, con Teresa y Andrea pasamos noches fenomenales en las que todo aquello que nos preocupaba y mortificaba desaparecía, así que el mejor homenaje que podíamos hacerles era mantener ese espíritu vivo. ¿Qué dirían Andrea y Teresa al verme ahora? Seguramente les resultaría imposible reconocerme y a mí me daría vergüenza, no podría estar en frente de ellas ¿Quién se podría imaginar que una chica que se comía la vida como una fruta madura terminaría por despertarse con miedo en cada nuevo día y pensando que lo mejor sería no despertar?

Con Tatiana nos seguimos viendo seguido y siempre que estábamos juntas la pasábamos estupendo, estar con ella me hacía sentir como en casa, en mi hogar, hasta que un día me contó que su papá

tenía pensado trasladar el negocio a Bogotá y que lo más posible era que se mudaran para allá. Escuchar eso me entristeció sobremanera, le pregunté cuáles eran las razones para que su papá quisiera llevarse el negocio a otra parte.

—Es que mi papá ha venido hablando con unos empresarios alemanes que están instalados en Bogotá y quiere concretar negocios con ellos —me dijo.

Me explicó algo de costos de transporte, algo de inversión extranjera, y algunas otras cosas que no entendí muy bien. Al fin de cuentas la decisión de su padre estaba tomada así que yo quise aprovechar al máximo los últimos días que Tatiana pasó en la ciudad y ella también quería aprovechar el tiempo que le quedaba conmigo, así que cuando teníamos algún espacio libre entre semana yo la iba a visitar al negocio y ella me iba a visitar a la universidad o a mi casa. Cuando faltaba un día para que se fuera fuimos a visitar las tumbas de Andrea y Teresa, Tatiana les llevó un ramo de rosas de color amarillo a cada una y después fuimos al colegio y ahí nos pasamos la tarde conversando, viendo las nuevas generaciones de estudiantes con sus caras luminosas y las sonrisas infranqueables que un día nosotras también habíamos tenido en ese mismo colegio.

Al otro día Marcelo me acompañó a despedir a Tatiana, viajaban en avión y su vuelo salía a las tres de la tarde, pero nosotros estuvimos ahí casi una hora antes, junto con Tatiana, su hermana menor y sus papás y algunos amigos y familiares, todos dejaban ver en sus caras la nostalgia de dejar la ciudad en la que habían vivido toda su vida y yo estaba embargada de una ansiedad y un sentimiento que a medida que pasaban los minutos se hacían más intensos, mientras conversábamos de la ciudad, de que era linda, con un clima envidiable.

—Sobre todo por las tardes —dijo Tatiana— porque en las noches hace demasiado frío.

Después hablamos de las personas de la ciudad, que como en todo lugar había gente buena y gente mala.

—Pero más es la gente buena —dijo el papá de Tatiana abrazando a sus amigos y agradeciéndoles todo lo que habían hecho por él.

Hasta que llegó un momento en el que todos se quedaron callados y la mamá de Tatiana dijo que había llegado la hora y yo no pude contener el llanto, abracé a Tatiana fuerte, no quería dejarla ir, ella también lloró y me abrazó con fuerza.

—Te quiero mucho —me dijo— siempre estarás en mi corazón junto con Andrea y Teresa.

Yo también le dije lo mucho que la quería, que se cuidara y que viniera cuando tuviera la oportunidad, mientras el salado de las lágrimas empapaba mis labios. Después Tatiana recogió su maleta y se dirigió a abordar el avión y cuando estuvo en la puerta de salida volteó a verme por última vez con una sonrisa y los ojos llenos de lágrimas y con su mano me dijo adiós. Marcelo y yo nos quedamos viendo el avión a través del ventanal hasta que en contados minutos echó a volar y desapareció en el cielo y yo deseé con todo el corazón que les fuera bien a Tatiana y a su familia en la nueva vida que iniciaban. Hay ocasiones en que extraño a Tatiana, me gustaría que volviera y me ayudara a sobrelevar esta carga, hay tantas cosas que han pasado y quisiera contarle. La última vez que hablé con ella me contó que Bogotá era una ciudad con un ambiente más cosmopolita y que allí los negocios prosperaban bien, pero que el transporte público era una porquería y que había lugares inundados de indigentes. Hasta que un día la llamé y me contestó una voz diciendo que el celular de Tatiana estaba fuera de servicio. Mi antiguo celular se dañó así que quedamos totalmente incomunicadas y ya no he vuelto a saber nada de ella, de seguro no ha venido a la ciudad porque de ser así me habría visitado. Espero que algún día pueda volverla a ver y conversar con ella nuevamente ¿puede ser que piense que estoy loca? No me extrañaría para nada, hasta yo misma me he planteado esa posibilidad, ¿Quién más que un loco puede tener los pensamientos y sueños que yo tengo? ¿Quién más que un loco puede ver lo

que yo miro? ¿pero acaso lo peor que podría pasar es estar loco? ¿o sería peor que lo que se supone que es producto de la locura no fuera más que una realidad aplastante y terrorífica? Tengo miedo, tengo mucho miedo, cada mañana al abrir los ojos, cada tarde al sentir como las personas pasan a mi lado, cada noche al acostarme en la cama y cerrar los ojos, tengo miedo, espanto, es como si algo se hubiera metido en mí y estrujara mi corazón con un odio irracional; solo quiero que las cosas sean como antes, como cuando mis amigas estaban conmigo, cuando estaba enamorada de Luis o de Marcelo, pero ya ninguno de ellos está, aquel tiempo se corroyó como una roca que ha aguantado demasiado el caer de la lluvia.

Después de que Tatiana se fue Marcelo se convirtió en el destinatario único de mi amor, con él y con Ramsés era con las personas que mejor la pasaba, pero tiempo después Marcelo comenzó a comportarse extraño, no me contestaba las llamadas, dejó de visitarme a mi casa con la frecuencia corriente e incluso su apetito sexual pareció decaer pues después de que lo hacíamos se quedaba muy callado y pensativo; su amistad con Ramsés se estrechó más y parecía que tenía más confianza en él que conmigo para contarle lo que le pasaba. Un día me sentí ofuscada y le pregunté qué le sucedía, que si acaso ya no me quería, pero él me dijo que no pensara eso ni en broma, que me amaba con todo el corazón.

—¿entonces por qué te comportas así? —le pregunté.

—¿así como? —dijo.

—Así, como estas justo ahora, parece que no escucharas lo que te digo, no me contestas cuando te llamo y parece que ya no te interesa pasar tiempo juntos.

—Es que he tenido algunos problemas en la universidad y mi mamá se ha puesto furiosa por eso, pero no es nada, pronto arreglaré todo —me decía.

Pero yo no le creí, algo me decía que me mentía, conocía a Marcelo y sabía que sus asuntos universitarios no podían preocuparlo y afectarlo tanto como para cambiar su forma de ser de tal manera. Todo se profundizó aún más cuando un día la policía allanó la casa de Ramsés y encontró toda la marihuana y perico que tenía. Su condena fue de siete años por microtráfico y porte ilegal de armas dado que Ramsés tenía un 38 largo y una pistola calibre 29 guardadas en su casa que según él eran para defenderse si alguien intentaba entrar a robarle la merca o la limpieza social quisiera cazarlo. Marcelo quedó como un barco a la deriva, su adicción por la marihuana, perico y alcohol aumentó, las fiestas dejaron de interesarle, así que los fines de semana no la pasábamos en su barrio con algunos de sus amigos, decía que quería alejarse de la gente de la universidad, que todos querían aparentar algo que no eran y le daban asco. Su cambio se fue haciendo cada vez más radical y yo trataba de sacarle la verdad que me ocultaba por todos los medios posibles, pero todo me resultaba infructuoso, simplemente me respondía que se sentía cansado. Un día tomó la decisión de retirarse de la universidad, me dijo que la carrera de ciencias sociales no era para él, que lo único que hacía en la universidad era perder el tiempo y lo que obtenía de ello solo era estrés y malgenio.

—Estoy mamado de esos profesores que lo único que hacen es dejar los trabajos más largos que pueden, estoy mamado de tener que sentarme cada día en un salón estrecho a lado de gente que me sabe a mierda, nada de eso es para mí, estoy mamado de todos los marihaneros, periqueros y alcohólicos que lucen sus vicios como si eso tuviera algún puto merito, vos y mi mamá son lo único que vale la pena para mí en este mundo —me decía.

Yo me sentía impotente, sentía que no era capaz de brindarle a Marcelo la ayuda que estaba necesitando, aunque yo le daba todo mi amor, y eso me llenaba de frustración y rabia, hasta que una noche en la que un aguacero arreciaba la ciudad, salí de la universidad y me dirigí a la casa de

Marcelo. Su mamá me abrió la puerta y me hizo pasar apurándome para que no me mojara, yo me había percatado de que la mamá de Marcelo también había cambiado, se la notaba cansada, preocupada, unas ojeras se le habían comenzado a marcar en los ojos y un día, mientras esperaba a que Marcelo se terminara de bañar, la había escuchado llorar encerrada en su habitación, se había vuelto callada, pero esa noche estaba más callada de lo normal, se notaba sombría, como si una sombra se hubiera posado en su rostro y su mirada, me dijo que Marcelo estaba tomando mientras me llevaba a su habitación. Marcelo tenía la puerta con llave así que le golpeé y cuando me abrió un olor de marihuana nos dio de golpe a su mamá y a mí, al verme me dio un beso y la boca le sabía agria, la mamá le dijo que ventilara un poco la habitación y que echara algo para quitar el mal olor. Marcelo me hizo seguir y cerró la puerta, escuchaba música a bajo volumen en una pequeña grabadora, la lluvia sonaba en el tejado, me ofreció una copa la cual acepté, noté en los ojos de Marcelo que había llorado, se había hecho presa de un decaimiento que cada vez parecía atraparlo más, le pregunté qué le sucedía, me dijo que no pasaba nada y me preguntó cómo me había ido en la universidad, le dije que bien y él se quedó callado por un momento, se tomó una copa y me dio una a mí y apagó la grabadora y lo único que quedó sonando fue el aguacero que violentamente golpeaba el techo de la casa.

—Te tengo que contar algo —comenzó a hablar Marcelo mirándome a los ojos.

—Puedes contarme lo que quieras mi amor, yo escucharé todo lo que quieras decirme —le dije.

—Esto es algo muy duro para mí, no había querido contarte porque me da vergüenza... —dijo y guardó silencio por un momento y tomó un respiro— lo primero que te tengo que decir es que la mujer con la que vivo no es mi mamá sino mi hermana.

—¿Cómo? —le pregunté, porque a la primera no había podido captar lo que me quería decir.

—La mujer con la que vivo es mi hermana y yo te mentí diciéndote que era mi mamá —dijo.

—Pero... ¿Por qué hiciste eso? —le pregunté, estaba confundida.

—Porque mi verdadera mamá está en un manicomio —dijo Marcelo de golpe y yo no supe qué decir, Marcelo miró hacia el techo y pareció concentrarse en la lluvia que caía mientras que de sus ojos caían al mismo tiempo lágrimas.

—Pero... ¿Por qué? —le pregunté.

—Porque mató a mi papá —contestó Marcelo y sus palabras sonaron de tal forma que parecía que hace mucho hubiera querido contarme todo lo que me estaba diciendo— mi mamá tuvo una vida que ninguna mujer desearía tener —continuó— ¿sabes que es lo peor que le puede pasar a una mujer? Yo me quedé en silencio expectante y pensando en sus palabras.

—Ser violada, eso es lo peor que le puede pasar a una mujer, pero es aún peor cuando el que la viola es el mismo padre, y eso le pasó a mi mamá, su padre la violó cuando apenas era una adolescente y la dejó embarazada y el fruto de ese embarazo es mi hermana, la mujer que vive conmigo y yo he mentido a todo el mundo diciendo que es mi mamá.

Las palabras de Marcelo me dejaron impactada, él miró la expresión de mi rostro.

—Eso es lo que odio —dijo— la cara que ponen las personas cuando se enteran de todo esto, nos miran a mi hermana y a mí como si no fuéramos humanos.

Cuando me dijo esto intenté calmarme y disimular un poco la impresión que sus palabras me habían causado.

—Yo no te miro así —le dije— solo que...

—Tranquila —me interrumpió— no tienes que explicarme nada —y se tomó un trago y me dio uno a mí— no entiendo como puede ser que una mujer que ha sido violada tenga que soportar las miradas de la gente —continuó— esos ojos de lastima o de repugnancia, como si ella fuera la culpable de

haber sido abusada, como si no valiera nada. El bastardo de mi abuelo violaba a mi mamá y la bastarda de mi abuela no hacía nada para impedirlo, quería mantener a su esposo contento y como su cuerpo ya no era apetitoso para él quiso mantenerlo contento ofreciéndole el cuerpo de su hija. Un día el bastardo de mi abuelo raptó a una niña de su hogar, pero contó con la mala suerte de que un grupo de campesinos lo encontró entre las matas de maíz encima de la niña que gritaba pidiendo auxilio con su ropa desgarrada, intentó correr, pero los campesinos lo alcanzaron y en el suelo lo comenzaron a patear como la basura que era hasta que uno de ellos con su machete le despegó la cabeza de los hombros. La única que lloró por él fue mi abuela, cuando vio su cuerpo sin cabeza, como carne molida por tantas patadas y palazos que le habían dado. Nadie más derramó una lagrima por un ser tan asqueroso como ese. La bastarda de mi abuela se llenó de furia y rabia y como no podía descargarla contra los campesinos que mataron a su esposo, la descargaba con mi mamá y mi hermana, se convirtió en el mismísimo demonio para ellas, hasta que un día mi mamá la encontró pegándole a mi hermana, que tan solo era una niñita, con una tira de cuero, con una ira monstruosa y no pudo soportarlo, quería a su hija a pesar de que había sido producto de una violación, así que comenzó a pelear con la hija de puta de mi abuela, cayeron al piso agarrándose de donde podían, la malnacida de mi abuela estaba poseída por una rabia tan negra que por su boca salía espuma y logró ponerse encima de mi mamá y comenzó a ahorcarla pero mi mamá estiró las manos en el suelo en busca de algo hasta que dio con una roca y le pegó en la cabeza a esa bruja bastarda dejándola casi inconsciente en el suelo, hasta que pudo volver en sí y vio a mi mamá de pie enfrente de ella, intentó pararse pero mi mamá le asestó otro golpe con la piedra que la hizo nuevamente tenderse en el suelo. Entonces mi mamá cargó a mi hermana y fue a dejarla segura en una de las habitaciones de la casa, después, fue a la cocina y agarró el cuchillo más grande que encontró y dirigió sus pasos nuevamente hacia la mal nacida, esta al ver a mi mamá ir hacia ella con un cuchillo en la mano se comenzó a arrastrar en el piso intentando huir, pero ya no tenía salvación, mi mamá le asestó varias puñaladas en la espalda y enterró su cuerpo en un lugar en que nadie se le ocurriera excavar. Nadie de aquel pequeño pueblo se preocupó por la vieja bruja, todos conocían el alma negra que tenía y todos sabían que estaba ardiendo en el infierno junto con su esposo, nadie preguntó por ella cuando no la volvieron a ver, aunque todos de cierta manera sabían lo que mi mamá había hecho, pero nadie la reclamó. Después de un tiempo mi mamá no soportaba seguir en aquella casa, por las noches sentía a lo lejos el latir del corazón de aquella vieja bruja bajo la tierra en la que la había enterrado como si aun estuviera viva, escuchaba pasos afuera de la casa como si los bastardos de sus papás la estuvieran buscando, no la dejaban en paz ni en muertos, hasta que un día no aguantó más y decidió irse para siempre, dejó aquella casa abandonada y emprendió el rumbo hacia Cali junto con mi hermana. Con el dinero que le habían dado algunos campesinos arrendó una casa por unos meses y en ese tiempo pudo conseguir algunos trabajos, se la rebuscaba de distintas maneras y así pudo mantener a mi hermana, hasta que un día, cuando se encontraba trabajando de mesera conoció a un hombre que quedó flechado apenas la vio y la invitó a salir. Mi mamá se negaba porque le tenía miedo a los hombres, pero el hombre seguía yendo al restaurante y la seguía cortejando; el hombre era atractivo y buena gente así que un día mi mamá aceptó su invitación. En esa cita le contó que venía de un pueblo del Caquetá, que sus papás habían muerto y que tenía una hija, el hombre no vio ningún problema en ello y dentro de un tiempo se hicieron novios y el hombre la invitó a vivir a su casa. Mi mamá se había enamorado, el hombre era un buen tipo y amaba a mi hermana como a su propia hija y le dio su apellido, así que mi mamá aceptó y se fue a vivir con él. El hombre en cuestión se llamaba Armando y era mi padre y en verdad era un buen tipo —dijo Marcelo y se tomó una copa de guaro mientras la lluvia seguía arreciando como si no hubiera mañana.

—De aquel amor nací yo —continuó Marcelo— aunque no le fue fácil a mi padre embarazar a mi mamá, las veces que ella aceptaba hacer el amor mi papá casi nunca podía acabar, hasta que al fin un día mi mamá le dio la noticia de que estaba embarazada. Mi mamá era un mujer vigorosa a pesar de todo, tengo recuerdos maravillosos de ella de cuando era un niño, junto con mi papá y mi hermana, pero un día caí en la cuenta de que mi mamá era un poco diferente a las demás personas, que fumaba mucho, que le gustaba encerrarse en una habitación desocupada de la casa por horas en donde a veces se la escuchaba llorar, pero lo hacía muy de noche, cuando mi hermana y yo estábamos dormidos, pero una noche el sonido del viento que arremetía contra las casas y los cables de energía me despertó y entonces pude escuchar como mi mamá sollozaba, me levanté y fui a golpearle la puerta y la llamé, al escuchar mi voz dejó de llorar.

—¿Qué quieres amor? —preguntó.

—¿Por qué estas llorando mamá? —le dije.

—No estoy llorando —me dijo— por favor váyase a dormir.

Pero yo le seguí golpeando, entonces, mi papá salió de su habitación y me dijo que mi mamá estaba bien que a ella no le gustaba que la molestaran cuando estaba encerrada en ese cuarto.

—¡Pero está llorando! —le dije.

—No, ella simplemente quiere estar sola —dijo papá.

Y justo cuando mi papá me convenció de regresar a la cama mi mamá abrió la puerta, me cargó, me dio un beso sonriendo y me dijo que todo estaba bien y junto con mi papá me llevaron a la cama, me metieron debajo de las cobijas y me acurrucaron hasta que me quedé dormido, pero nunca me voy a olvidar de los ojos tristes de mi papá y mi mamá aquella noche.

La locura de mi mamá comenzó desde el mismo día en que su papá la violó por primera vez y progresivamente se fue haciendo más aguda, se volvió cada vez más irritable y un odio inexplicable hacia mi papá comenzó a nacer en ella, lo gritaba, le decía que era un bueno para nada hasta que llegó al punto que no soportaba tenerlo cerca y se fue a dormir a la habitación que hasta entonces había permanecido desocupada. Yo no sabía lo que le pasaba a mi mamá, no había día alguno en el que dejara de gritar, dejó de cocinar y de ayudar en la casa y mi hermana tuvo que hacerse cargo de ello. Un día sufrió un ataque nervioso que le puso a temblar todo el cuerpo y la dejó sin voz, nos miraba como si no supiera quienes éramos y mi papá llamó a un doctor, cuando este terminó de examinarla nos dijo que mi mamá estaba sufriendo cargas muy elevadas de estrés y nos recomendó unas gotas para ayudarla a mejorar, después salió de la casa junto con mi padre para poder charlar en privado. Esa misma noche, mientras mi mamá dormía gracias a una pastilla que le había dado el doctor, mi papá nos dijo a mi hermana y a mí que era necesario llevar a mi mamá a un psiquiatra para que la ayudara, le pregunté qué era un psiquiatra y después de que mi papá me lo explicó comprendí que mi mamá tenía problemas mentales, que esa era la causa por la que se comportaba diferente a las demás personas, entonces pregunté cual había sido la razón para que mi mamá terminara en ese estado, cuál era la razón de su locura y mi papá y mi hermana se quedaron mudos, la sala se sumió en el silencio.

—Porque tuvo una relación muy difícil con sus padres —dijo al fin mi papá.

—¿Pero que le hicieron los abuelos? —pregunté.

—Simplemente la trataron muy mal —dijo mi papá.

—¿Y dónde están ellos? —pregunté.

—Ya están muertos —dijo papá.

—¿y la trataron tan mal como para enloquecerla? —pregunté.

—Si, así es —dijo mi hermana— pero eso es algo de lo que no se debe hablar porque mi mamá se pone muy triste ¿entendiste?

—Si, entiendo —dije yo.

Cuando mi papá le comentó a mi mamá lo del psiquiatra ella se mostró dispuesta y comenzó a asistir a sus citas, pero su situación no mejoraba hasta que llegó esa noche que jamás olvidare. Los gritos de mi papá me despertaron, gritos llenos de terror, gritos pidiendo auxilio a mi hermana y a mí, después escuché los gritos de mi hermana y me levanté al instante, salí corriendo a la pieza de mi papá y vi a mi hermana gritando y después vi a mi mamá en la cama montada sobre mi papá dándole cuchilladas por todo el cuerpo.

—¿Por qué me violabas, por qué me violabas!? —le gritaba.

Pero mi papá ya no se movía, ni podía escucharla, pues estaba muerto, simplemente recibía las cuchilladas mientras un charco de sangre se amontonaba en la cama. Yo salí corriendo a detener a mi mamá, aunque mi hermana me gritó que no lo hiciera, pero estaban matando a mi padre ¡a mi papá! ¡a mi viejo! No podía soportar el ver cómo me lo arrebataban, así que me abalance sobre mi mamá y le agarré la mano en la que tenía el cuchillo, mi mamá intentó zafarse y comenzamos a forcejear y caímos al suelo, ella se levantó al instante con su cara llena de rabia, como si algo la hubiera poseído, se dio la vuelta hacia mí decidida a matar a quien se encontrara, pero cuando me vio, se detuvo, se quedó como congelada viendo mi rostro y, después, lentamente giró su cabeza hacia mi padre y cuando lo vio tirado en la cama, con su ropa empapada de la sangre que no paraba de salirle por cada una de las heridas y miró también el cuchillo completamente rojo que sostenía en su mano, lo soltó, se agarró la cabeza y se dejó caer al piso, llorando desesperadamente. Yo estaba temblando, las manos me tiritaban como si me encontrara en el frío más atroz sobre la tierra, estaba paralizado y no podía reaccionar a lo que estaba pasando. Mi hermana lloraba y me daba palmadas en la cara preguntándome si estaba herido y pidiéndome que reaccionara, hasta que golpearon la puerta tan fuerte que escaparon a tumbarla y mi hermana fue corriendo a abrir, entonces, los vecinos entraron a toda mierda y cuando vieron a mi papá todos dieron una exclamación de horror; alguien dijo que llamaran a una ambulancia lo más rápido posible, algunos se acercaron a mí y me levantaron. Yo aun me mantenía en estado de shock, sin saber a ciencia cierta lo que pasaba, miraba a un montón de gente tocando a mi papá, a alguien tocándole el pulso en el cuello, escuchaba a mi mamá y a mi hermana llorando y a alguien que me decía que reaccionara, hasta que me dieron a beber un vaso de agua y entonces pude tener total conciencia de lo que sucedía y me tiré encima del cuerpo de mi papá y me puse a llorar, le pregunté al que le había tomado el pulso si aún estaba vivo, este me quedó mirando fijamente y no respondió nada, pero yo pude entender que la respuesta era no. Después llegó la ambulancia y los médicos no hicieron más que corroborar que mi papá ya estaba muerto, la sangre se había derramado al piso y una de las vecinas tuvo que trapear. Poco después llegó la policía y al ver tal escena preguntaron por el responsable de “esa atrocidad”, entonces, mi mamá, que se había encerrado en la habitación en la cual dormía y no había parado de llorar, al escuchar a los agentes salió y dijo que ella era la responsable; inmediatamente los agentes la esposaron y quisieron llevarla a la patrulla parqueada enfrente de la casa, pero mi hermana y yo nos opusimos pegándonos a ella y diciéndole que por favor no se la llevaran, que ella era el único ser que teníamos para que nos cuide, y aunque los agentes forcejeaban para hacernos a un lado, nosotros seguimos peleando para que no aparataran a nuestra mamá de nuestro lado, hasta que ella nos dijo que por favor nos calmáramos, que ella iba a estar bien y que nosotros también íbamos a estarlo y que nos amaba con toda el alma. Mientras duró el juicio contra mi mamá, mi hermana y yo nos quedamos con mis abuelos, que no podían creer lo que había pasado y sufrieron un dolor indecible. El mismo día del entierro de mi papá

yo le pregunté a mi hermana por qué mi mamá había dicho que mi papá la violaba, no podía quitarme de la cabeza esas palabras, aún tengo en la memoria la imagen de mi mamá gritándolas mientras mataba a mi papá.

—¿Acaso mi papá violó a mi mamá? —le pregunté a mi hermana llorando.

Mi hermana se quedó callada, lloró y después me contó todo lo que mi mamá había tenido que vivir con sus padres, me contó que ella no era hija de mi papá sino de su propio abuelo.

—Soy una aberración, soy una hija bastarda —dijo llorando.

No te puedes imaginar lo que eso significó para mí, el mundo en el que había vivido era totalmente una mentira, había sido engañado por mi propia familia, sentía que no podía confiar en nadie, me sentía raro, diferente a todos los demás, a mis amigos, a mis vecinos ¡a todos! Como si no pudiera encajar entre las demás personas. Me encerré en mi habitación con el deseo de nunca más volver a salir de ahí, pensaba en mi papá, en que ya nunca más lo tendría a mi lado, pensaba en mi mamá, en todas las aberraciones que había tenido que sufrir, que la habían condenado a no poder ser feliz nunca más y me la imaginaba encerrada sola en una celda sin que nunca más pudiera ver la luz del sol.

El juicio contra mi mamá duró poco, no había mucho para definir, ella dijo que tenía alucinaciones y que la noche en que mató a mi papá había alucinado que él era su papá, el que la violaba, y que por eso había hecho lo que había hecho. Cuando se le pidió que profundizara en la relación que había tenido con sus padres, mi mamá logró con dificultad contar todo lo que ellos le habían hecho y confesó que había matado a su mamá; además de todo, el psiquiatra que hasta entonces había atendido a mi mamá dijo que sufría de una locura aguda, gravemente avanzada y muy difícil de tratar. La decisión del juez fue sentenciar a mi madre a estar en un manicomio hasta que lograra recuperarse y no significara ningún peligro para la sociedad.

Mi hermana y yo quedamos como dos huérfanos, el panorama más oscuro se abría ante nosotros, el estado inicio un proceso para determinar cuál era el mejor futuro para mí, si entregarme al ICBF o dejarme con mi hermana y gracias a Dios mi hermana ganó junto con el apoyo de mis abuelos los cuales nos ofrecieron su casa. Pero después de un tiempo las cosas comenzaron a complicarse, mis abuelos estaban dispuestos a vivir conmigo pero no con mi hermana, ella no tenía nada que ver con ellos, solamente con la mujer que había matado a su hijo, y además de todo la veían como una deformidad producto de una violación de un padre a su misma hija, comenzaron a odiarla, a humillarla; yo no podía soportar ver como la trataban y siempre salía en su defensa aunque ella sabía defenderse por sí sola, hasta que la situación llegó a un punto en que se hizo insostenible y mi hermana decidió que era mejor volver a la casa de mi padre así que me dio a elegir entre irme con ella o quedarme con mis abuelos. Yo le dije que iría con ella sin dudarlo ni un segundo, así que empacamos nuestras cosas y nos fuimos; pero faltó poco para que las cosas en aquella casa nos comenzaran a amargar, era feo estar en la casa en la que mi mamá había asesinado a mi papá, para mí particularmente, y además, la gente del barrio nos miraba diferente al resto de las personas, algunos con lastima, otros con miedo, otros con desprecio y otros con asco, de alguna manera todos se habían enterado de la vida de mi mamá, esas miradas eran tan... insoportables, todos huían ante nuestra presencia, nadie quería estar con nosotros, éramos los apestados, algunos nos saludaban, pero esa mirada seguía ahí surgiendo de sus ojos, como diciéndonos ustedes son otra cosa, no hacen parte de nosotros.

Así que un día mi hermana decidió que era mejor irnos para siempre, no solo del barrio, sino de la ciudad, quería comenzar todo desde el principio en un lugar donde no hubiera la más mínima posibilidad de encontrarnos con alguien que conociera nuestra historia o la historia de mi mamá, le pregunté a dónde nos iríamos y ella me dijo que vendríamos a esta ciudad, que aquí tenía un amigo el cual le tenía un trabajo disponible.

—¿y mi mamá? —le pregunté.

—Escúchame bien —me dijo mirándome a los ojos— mi mamá tal vez nunca se recupere, esa es una verdad que tenemos que aceptar, pero tú y yo podemos iniciar una vida nueva, tenemos que olvidarnos de todo lo que ha pasado, iniciaremos un nuevo camino y de hoy en adelante yo seré tu mamá y tú serás mi hijo ¿entiendes lo que digo? ¿comprendes por qué hacemos esto?

Si, lo comprendía, teníamos que estar en un lugar donde la gente nos viera como personas y no como monstruos.

El día en que estuvimos preparados para irnos fuimos a despedirnos de mamá, le contamos todo lo que pensábamos, que queríamos comenzar una nueva vida y ella estuvo de acuerdo, y aunque se puso a llorar en sus ojos también se reflejaba alegría, nos dio un fuerte abrazo y nos dio la bendición, y ese día llegamos a esta ciudad, en donde hemos logrado construir una vida, pero aunque hemos tratado de olvidarnos de nuestro pasado eso es imposible. Hace algunos meses nos llamaron del manicomio y nos dijeron que la situación de mi mamá había empeorado, que no quería comer, que sus alucinaciones se habían intensificado, que estaba perdiendo la memoria y que su cuerpo presentaba niveles tan altos de estrés que era posible que en cualquier momento mi mamá... sufriera un colapso que la matara. Es por eso que he estado comportándome así, no quería contarte esto porque simplemente no deseaba que lo sepas, el único que lo sabía era Ramsés, ese man fue la única persona que no me miró como una basura cuando se enteró de todo. Ahora mi hermana y yo no sabemos que hacer, mi mamá es una mujer buena, porque dime ¿Qué mujer puede querer a un hijo que es producto de una violación? —dijo Marcelo bajando la voz como para que su hermana no escuchara sus palabras— mi mamá lo hizo, amó a mi hermana y mi amó a mí y amó a mi papá y nosotros la amamos a ella pero tenemos que seguir con nuestras vidas.

Cuando Marcelo terminó de contarme todo, la lluvia no había cesado ni por un segundo su intensidad, yo lo abracé y él lloró desconsolado en mis brazos y después me pidió que me quedara a dormir con él esa noche, así que llamé a mis padres y les dije que algo serio había pasado en la casa de Marcelo y que él necesitaba que estuviera a su lado y aunque mis papás se mostraron renuentes no tuvieron más opción que aceptar que esa noche no llegaría a la casa. La lluvia no paró en toda aquella noche y cuando nos metimos a la cama Marcelo comenzó a tocarme y comenzamos a hacer el amor, pero faltó poco para que Marcelo se levantara y se fuera corriendo a vomitar al baño; yo me sentía rechazada y ofendida, pero también entendía la situación por la que él estaba pasando, así que no quise decirle nada. Cuando regresó se metió debajo de las cobijas sin ningún deseo de acabar lo iniciado, pero no pudo dormir, se mantuvo dando vueltas hasta que se levantó y dijo que iba para la sala. Yo también iba a levantarme para acompañarlo pero él me lo impidió diciendo que no me preocupara y que durmiera tranquila, que quería estar un momento a solas, así que le hice caso y me quedé en la cama esperando a que regresara, escuchando la lluvia caer hasta que me quedé dormida. Al otro día Marcelo me despertó temprano con el desayuno en la cama para que fuera a la universidad, acción que me pareció tan linda y maravillosa que me hizo sentir que Marcelo era el hombre más espectacular en la tierra, me dijo que me amaba y yo le dije lo mismo dándole un pico. Aquel día yo quería quedarme con Marcelo, no quería dejarlo solo, pero él insistió en que debía ir a la universidad y aunque a mí me pareció raro desde el principio, porque en condiciones normales se hubiera sentido encantado de pasar un día juntos por fuera de la universidad, supuse que todo se debía a que su estado anímico estaba por los suelos. Antes de que me fuera me dio un gran abrazo y me dio las gracias por haberlo escuchado y por haberlo comprendido y me dio un beso y me dijo que me amaba. —Yo también te amo —le dije.

Fui a la casa me arreglé a toda prisa y salí a la universidad. Estuve pensando en todo lo que me había contado Marcelo, pensé que era cierto lo que me había dicho de que todo el mundo lo miraba diferente después de escuchar su historia porque mi percepción de él había cambiado, pero no se equivoquen, yo no lo miraba como un monstruo, por el contrario, lo amaba más, quería darle todo mi amor para curarle todas las heridas que llevaba por dentro. Cuando se hicieron las 10 de la mañana lo llamé y hablamos un momento, le pregunté qué estaba haciendo y me contestó que ayudándole a su hermana a hacer el aseo de la casa; me sonaba tan raro escucharle llamar hermana a la mujer que yo me había convencido que era su mamá, me pareció igualmente curioso que aquel día ella no hubiera ido a trabajar, mi percepción de ella había cambiado también, no del modo negativo, por el contrario, yo la apreciaba, era una mujer amable que siempre me había tratado de la mejor manera, quería darle todo mi apoyo pero no quería que pensara que era por lástima, porque no lo era, lo único que quería era hacerle saber que no me importaba todo lo que le había pasado, que yo iba a ayudarle en su propósito de construir una nueva vida.

A las 12 del día volví a llamar a Marcelo, pero no me contestó, aunque le timbré varias veces, supuse que era uno de esos días en los que se sentía indisposto para todo, días que cada vez se hacían más comunes, o que estaba ocupado, así que dejé de insistir, pero cuando dos horas después lo volví a llamar y no me contestó si comencé a inquietarme y esa inquietud se hizo más grande cuando lo llamé por tercera y cuarta vez sin obtener respuesta, entonces decidí coger el bus y fui a su casa.

Cuando me faltaban unas cuadras para llegar alcancé a ver que la casa de Marcelo estaba sin cortinas, el corazón me comenzó a latir más rápido y aceleré el paso. Todo fue peor cuando al golpear en la casa nadie me abrió, así que llamé a Marcelo nuevamente pero no contestó, entonces decidí ir a una tienda cercana en la que Marcelo y su hermana eran acostumbrados a comprar. Cuando el señor salió a atender y me vio dijo que me había estado esperando.

—El joven Marcelo le dejó algo —dijo y se dirigió hacia la parte de atrás de la tienda, buscó algo y vino hacia a mí con un sobre en la mano— le dejó esta carta.

Cada palabra que leía de aquella carta me parecía una mentira, una especie de broma nacida del humor socarrón de Marcelo o eso quería creer, pero no era así. En ella Marcelo me explicaba que tenía que viajar a Cali para ver a su madre que se encontraba en estado crítico, me daba las gracias por haberlo amado y me pedía perdón por ser tan cobarde y no tener el valor de despedirse de mí, pero que era mejor así, decía que no sabía qué sería de su vida y que lo único que deseaba era poder vivir como una persona cualquiera y por último la carta terminaba con un “te amo” y un “adiós”.

No pude contener el llanto, dirigí mis pasos nuevamente hacia la casa de Marcelo y con una esperanza inútil volví a golpear, pero nadie abrió, entonces me senté en la acera con tantos pensamientos atravesando por mi cabeza, pensé que no sabía nada de Marcelo ¿Por qué habían tomado esa decisión él y su hermana a pesar de que con sus vidas aquí habían conseguido felicidad? Tal vez fue culpa mía, tal vez ese mismo día después de que Marcelo me había contado todo, su hermana notó en mis ojos la misma mirada de aquellos que los veían como adefesios, tal vez Marcelo nunca me amo y por eso ni siquiera tuvo la decencia de despedirse, tal vez lo que decía era cierto e iban a ver a su madre que se encontraba al borde de la muerte o tal vez es que él y su hermana nunca encontrarían paz y estaban condenados a bogar de un lado a otro hasta el día de su muerte. Leí la carta una y otra vez, tratando de encontrar una respuesta, hasta que una llovizna empezó a caer y a mojar el papel, después, la llovizna se fue haciendo cada vez más intensa hasta que se convirtió en un aguacero típico del mes de noviembre, pero yo me quedé sentada ahí, hasta que estuve totalmente empapada; me sentía desolada, triste, hasta que esa tristeza se convirtió en rabia y rencor contra todo y todos, entonces arrugué la carta y la eché al suelo y vi como el agua la arrastraba, me levanté y miré

la casa de Marcelo con las ventanas sin cortinas en las cuales se escurría la lluvia, y tuve la certeza de que nunca más volvería a verlo y eché a caminar hacia mi casa bajo ese cielo repleto de nubes oscuras con la lluvia que caía sobre mi cara y se mezclaba con mis lágrimas.

Superar a Marcelo me costó mucho, la forma en que me dejó hizo que me deprimiera en demasía, lo pensaba todos los días y a veces me llenaba de rabia, pero no le deseaba el mal, quería con todo el corazón que encontrara una vida mejor en la que ya nadie más lo volviera a mirar como decía que lo miraban. Pasé varios días en la habitación con un manto oscuro envuelto en el corazón, no tenía a nadie que pudiera ofrecerme una compañía satisfactoria y revitalizante. Compraba guaro y bolsas de perico y me metía a mi habitación a tomar y oler, hasta que una noche decidí que ya no podía pasar más tiempo así y salí a dar una vuelta al centro; me metí a un bar y no tardaron los manes en empezarme a caer. Al final resulté vacilándome con uno que me pareció atractivo y el susodicho me invitó a su carro, propuesta que yo acepté, ahí nos pusimos a escuchar música y el man me empezó a tocar las piernas y al ver que no se lo impedía me comenzó a tocar las tetas y después la vagina y yo me emppecé a mojar. Después el man condujo hasta un lugar solitario y me pidió que nos pasáramos al asiento de atrás, mi única intención en ese momento era borrar de mi mente a Marcelo, pero no lo lograba y eso me irritó tanto que acepté la propuesta y me pasé al asiento de atrás con el man, quería desfogar la rabia que sentía por el abandono de Marcelo, quería engañarlo aunque él ya no estuviera allí para ver como otro se follaba a la hembra que tanto había dicho que amaba. Así que esa noche follé con el man en el asiento trasero de su carro. Desde aquel día empecé a aceptar las invitaciones que algunos manes de la universidad me hacían y también comencé a salir con algunas amigas, pero al final de cuentas siempre terminaba pensando en Marcelo, preguntándome en dónde y cómo estaría, si encontraría a alguien más, si su mamá había muerto, recordaba las palabras de su carta de despedida, a veces me costaba dormir pensando en él y en esas palabras, pensando en su hermana y su mamá, en la historia que habían tenido que vivir. Ahora que me encuentro en esta situación, me he puesto a pensar en lo que Marcelo me contó de su mamá, en aquello de que escuchaba los pasos de la vieja bruja que había matado y del viejo asqueroso que la violaba, me pregunto si es que eso era producto de la demencia o en verdad era que aquellos fantasmas la acechaban; tal vez no estaba loca, tal vez vivía algo que muy pocos eran capaces de creerle y por eso no le quedó más que un camino directo al manicomio, me hubiera gustado conocer a aquella mujer.

Así que Marcelo no salía de mi mente y aunque el dolor que sentía por su abandono iba aminorándose, se mantenía ahí, como una braza prendida en la oscuridad; pero todo empezó a cambiar una mañana en la que salí de clases aun breve receso y me senté en la plaza para pasar el rato y respirar el aire libre fuera de esos horribles y estrechos salones de clases en el que el aire parece comprimirse. Me encontraba sentada tomando el sol cuando vi que un mancito de cabello largo y pinta de rockero caminaba directo hacia mí, era atractivo y me sentí un poco inquieta, cuando estuvo a mi lado me saludó con desenvolvimiento y me preguntó cómo me llamaba.

—Valentina —le dije.

—Mucho gusto, Stefano —dijo él estirando la mano.

Yo le di la mano y entonces él se sentó a mi lado con mucha soltura y comenzamos a conversar, hasta que me preguntó si tenía algo que hacer al día siguiente y yo le dije que nada en especial y entonces me invitó a salir. El man tenía carisma, no me había hecho sentir presionada en ningún momento y además era muy chusco, así que acepté.

Esa noche por primera vez en mucho tiempo, otro man se metía en mi cabeza, además de Marcelo, sentía esa emoción de cuando alguien te atrae y una sonrisa se me escapó de la boca. Al otro día

amanecí con una revitalización que me resultaba extraña por el mucho tiempo que me había sido ajena; me sentía contenta y me arreglé con esmero, me di cuenta que mi cara estaba un poco descuidada y entonces se me vino a la cabeza Marcelo y la muerte de Teresa y Andrea y la ida de Tatiana a Bogotá y me dio la impresión de que todo eso había pasado hace siglos o... milenios, que todo eso era tiempo muerto y que ese día la luz del sol me alumbraba el comienzo de un nuevo tiempo. Toda la tarde estuve expectante hasta que se hizo la hora y fui a encontrarme con Stefano; cuando llegué a la plaza él ya estaba allí y cuando me vio caminar hacia él, noté en su mirada esa estela que me indicaba que yo le había calado. Nos saludamos y salimos de la universidad hacia un bar cercano en el cual ponían solamente rock, para mí hasta entonces el rock no era una música que estuviera entre mis preferidas, yo era más acostumbrada a la música bailable, tampoco los rockeros me habían llamado la atención, aunque en la universidad había muchos y siempre los había visto emborracharse hasta quedarse tirados en cualquier lado, cuando los miraba con su pose de orgullo, como de gente superior solo porque escuchaban rock o metal, me parecían ridículos y pedantes, en pocas palabras, gente odiosa, y nunca me había llamado la atención ser parte de ellos, ni tampoco alguno de esos manes me había parecido interesante, hasta ese momento, en que me encontraba con un rockero sentada en un bar escuchando rock y tomando hervidos; pero Stefano era diferente de los rockeros que yo había visto, claro, tenía ese deje de orgullo estúpido y ridículo, pero cuando me explicaba de las bandas y canciones que sonaban, de la época que eran, del tipo de rock o metal que hacían parte, yo me sentía bien y en verdad hizo que me interesara por el tema. En determinado momento comenzamos a hablar de amor, yo le pregunté si tenía novia y aunque él lo trató de ocultar, en su cara había algo evidente que delataba que mentía, así que no le quedó de otra que aceptar que sí tenía novia. Yo fingí que no me importaba, que al fin y al cabo él y yo nos estábamos conociendo y yo no era una niñita que se ilusionaba a la primera, pero la verdad era que me ardió, fue como si me volviera a zambullir en aquel tiempo muerto del cual ya me creía liberada, aunque Stefano trató de arreglar las cosas diciéndome que la relación con su novia estaban mal y ya no veía futuro, le pedí que me contara algo de su novia, y me dijo que se habían conocido en el colegio y que habían tenido un tiempo bacano pero que en determinado momento las cosas se habían puesto detestables, hasta que la relación había llegado a un punto insostenible. La noche siguió y yo no quise mostrar indignación, tampoco quería dejarme arrastrar por la amargura, por aquel sentimiento que me había invadido cuando Marcelo desapareció, por eso me concentré en gozarme el momento y en olvidarme que Stefano tenía novia, así que cuando estuvimos prendidos a mí se me alborotaron las ganas de bailar y como adivinándolo Stefano me preguntó si quería ir al Salón del Fuego y bueno, la respuesta fue obvia. Allá me encontré con algunos amigos y me puse a bailar y a medida que me iba poniendo más borracha me iba concentrando más en gozar y más me iba olvidándome de Stefano dado que él no sabía bailar, hasta que él se me acercó y me dijo que lo acompañara afuera, que tenía que hablar conmigo. Una vez afuera me dijo que quería verme otro día y yo le dije que sí, me pidió mi número, se lo di y le dije que la había pasado muy bien con él y se lo agradecí y cuando ya me iba a entrar a la discoteca me agarró de la mano, y fue acercándose a mí hasta que me dio un beso, entonces nos despedimos y él se fue y yo me entré a la rumba con el corazón acelerado, estaba completamente feliz y me puse a bailar y a beber con más devoción y no supe como llegué a la casa.

Después de eso nos seguimos viendo en la universidad. Una noche me invitó a salir y nos fuimos a un bar llamado Hendrix que quedaba alejado del centro; la pasamos bien, disfruté el momento, hasta que cerraron el bar y yo invité a Stefano al Subterráneo, un lugar que se mantenía abierto hasta cuando el sol empezaba a salir, y él ni corto ni perezoso aceptó lleno de alegría. Cuando llegamos a aquel bar nos encontramos con unos amigos y yo les presenté a Stefano y nos pusimos a bailar y después de

un momento le dije a Stefano que me acompañara al baño y lo agarré de la mano y lo llevé hacia allá; encontramos a un par de chinos viéndose en el espejo y yo me puse a retocarme esperando a que se fueran, y una vez que nos quedamos solos saqué una bolsa de perico que tenía y le dije que nos metiéramos unos pases y él aceptó sin ningún pero, yo noté en su cara que se le hacía agua la boca de solo ver el perez, que le gustaba mucho y eso hizo que me excitara. Una vez olimos y sentí que la mandíbula se me empezaba a poner tesa, estallé y agarré a Stefano y lo metí a uno de los baños y ahí me bajé el pantalón y también se lo bajé a él, mientras él me desabrochaba la camisa y me comenzaba a tocar y chupar las tetas, mientras tanto yo me encargaba de masturbarlo y cuando ya estuvimos al punto, él me cargó y me apoyó la espalda a un lado del baño y yo abrí las piernas rodeando su cadera, entonces me lo metió. Yo sentí como si en ese momento algo más además de su pene hubiera entrado en mí, algo que se expandió por todo mi cuerpo como un líquido negro, que hizo que me estirara completamente toda, desde la punta de las manos hasta la punta de los pies, era como si el cuerpo se me quisiera arrancar. Cuando terminó y sentí su semen estrellarse con fuerza contra mi abdomen, perdí completamente la noción de donde estaba, fue como si me quedara suspendida en el aire, como suelen decir, fue como si me hiciera a la mar, a un mar tumultuoso, no sé cómo describir aquel momento, fue una sensación agridulce, por un lado sentí como si un montón de espinas hubieran sido incrustadas en mí junto con el pene de Stefano y por otro lado tuve un orgasmo como nunca antes lo había tenido; pero de una manera u otra, sentí que algo nuevo se despertaba en mí como una flor que se abre y extiende sus pétalos, mi cuerpo rebozaba energía, vida, fue como si mi cuerpo se hubiera bañado con un agua que rejuvenecía su carne. Quizás en ese momento no pude darme cuenta de la otra parte, de la que me invadía de oscuridad, de la que alojaba en mi cuerpo la larva de la muerte.

Después de que cerraron el Subterráneo Stefano y yo aun seguimos merodeando por la calle, no queríamos separarnos, hasta que llegamos a un barrio solitario y yo vi una casa con un porche, y entonces sin pensarlo jalé a Stefano hacia allá y allí me bajé el pantalón hasta dejarme el culo desnudo y me le puse contra la pared, él mientras tanto ya se había bajado los pantalones y entonces lo volvimos a hacer, la pasión que sentía era tan grande, incluso se podría llegar a comparar a la pasión que sentía cuando hacía el amor con Marcelo ¿o más? No lo sé, a pesar de que a Stefano apenas lo estaba conociendo, pero cuando sentí sus besos en el cuello, en las mejillas, en los hombros, me pareció que todo debajo de mi se desvanecía, que me quedaba sin suelo y lo único que me sujetaba entonces era Stefano.

Al final de todo, cuando llegué a mi casa, me sentía completa, no pedía más que vivir lo que estaba viviendo y me acosté con total satisfacción y dormí como hacía mucho tiempo no dormía.

Mis sentimientos por Stefano se afincaron mucho más y desde ese primer momento en que yo sentí que me estaba tragando hasta el cuello de él, no hice nada para impedirlo; no le di mucha importancia al hecho de que tuviera novia, es más, a veces, ni siquiera me importaba, y cuando miraba a Stefano que tampoco le daba mucha importancia a Susana, que así era como se llamaba su novia, me sentía aún más confiada y la culpa no tenía cabida en mí, Stefano se mostraba igual de tragado de mí como yo lo estaba de él ¿Por qué me iba a sentir culpable? Los dos nos correspondíamos y cuando el amor llega nadie es culpable, a veces llega para hacerte sufrir y otras para hacerte feliz y yo no quería sufrir, no quería volver a una habitación oscura a encerrarme con un dolor que me hacía sentir que el mundo era una nada, un vacío que no ofrecía ninguna esperanza para mantenerte con vida.

En la universidad Stefano y yo comenzamos a vernos con frecuencia y empecé a conocer a sus amigos, a Antonio, a Samuel, a Mateo, a Fabian, a Nanica y a Erica; a todos les gustaba el rock y eran de buena vibra, nos parchábamos a fumar marihuana y yo comencé a salir con ellos al centro y nos

emborrachábamos y metíamos perico y fumábamos marihuana. Empecé a conocer mucho más de la movida del rock y cada vez le fui cogiendo más gusto. También empecé a inmiscuirme más en los parches de rockeros y metachos y también de punkeros, aunque estos últimos no eran tan parceros del parche de Stefano, por otra parte, con los metachos solíamos juntarnos a beber, porque a Stefano y a sus amigos también les gustaba el metal, para ser más específicos, el black metal. Pero había parches con los que el parche de Stefano no se llevaba, especialmente unos que se hacían llamar los dogs, en el cual estaba un chino llamado Iván el cual había matado a un man y el papá también era un asesino. En los parches de rockeros y metaleros la vuelta es seria, son manes sanos, es decir, no les gusta robar, al menos a la mayoría, pero son manes que no aguantan que se los trate mal o se los coja de bate, casi todos se montan de cuchillos y cadenas, incluso, he conocido a tres que en sus chaquetas esconden pequeñas y fatales hachas. Más de una vez he tenido que presenciar tropeles en los que más de uno ha terminado partido la cabeza, sin dientes o apuñalado. Cuando Stefano hacía parte de estos tropeles a mí el corazón se me ponía a mil y aunque hacía lo posible para que no peleara, a veces, era inevitable, pero él y sus amigos son parados y saben defenderse. Pero aquí lo importante no son los tropeles, ni los bonches de parches, esa es otra cuestión.

Así que como venía diciendo comencé a conocer más el ambiente por el que se movía Stefano y me gustó, pero siempre era incomodo las llamadas que su novia le hacía, aunque él le sacaba el cuerpo y siempre estaba alerta de que ella no pudiera aparecer en algún momento. Nos pudimos mantener sin ser descubiertos por un tiempo, pero dado que Susana frecuentaba los mismos sitios que nosotros, una noche pasó lo que tenía que pasar. Stefano y yo nos encontrábamos sentados en un bar tomando hervidos y ya estábamos un poco prendidos, cuando de repente noté que alguien se me paró al lado y cuando volteé vi a una vieja que lloraba y me miraba con el rostro endiablado.

—Con que vos sos la perra —me dijo.

Entonces Stefano se levantó y la intentó alejar de mí, pero ella le gritó que no la tocara, entonces, comprendí que esa vieja era Susana, la cual se encontraba en un estado muy alterado y trató de agarrarme, pero yo me paré firme dispuesta a defenderme, sin embargo, Stefano se interpuso y ella salió del bar y Stefano salió tras ella. Yo me senté nuevamente a la meza e ingenuamente pensé que Stefano iba a volver, pero pasó casi una hora y no regresó, entonces decidí salir a ver si se encontraba discutiendo con Susana afuera ¡no me explico cómo pude ser tan inocente! Afuera del bar había mucha gente parchada, pero Stefano ya no estaba por ningún lado. Sentí una mezcla de rabia e impotencia, sentía que Stefano me había tratado como un desecho, como la segundona ¡y yo que nunca había sido tratada así! para Luis y para Marcelo y para otros con los que me di amores siempre había sido la única, la primera, por mí se desvivían los manes y algunos rogaban al cielo para tener una simple oportunidad de salir conmigo. Yo me había estado haciendo a la idea de que Stefano me prefería a mí antes que a Susana, pero ahí me encontraba sola, parada entre un montón de gente como una estúpida y Stefano se había ido con ella. No quise permanecer ahí, en ese ambiente de rockeros que en aquel momento se me volvió odioso e insufrible y me fui al Subterráneo. Allí me encontré con algunos amigos y me compré una bolsa de perico, quería olvidarme de Stefano y de su estúpida novia y me puse a bailar y a beber y a oler. Un man me comenzó a caer y aunque no me llamaba la atención en lo más mínimo decidí hacerle caso y comenzamos a bailar y a vacilar. Nos encontrábamos bailando una cumbia cuando lo agarré de la mano y por inercia lo llevé al baño y no me importó que allí estuvieran un par de manes meando, lo metí a uno de los baños y le di un par de pases y yo me metí cuatro y entonces le desabroché y bajé el pantalón y lo comencé a pajear hasta que lo tuvo bien duro y parado, entonces me bajé el pantalón, me di la vuelta y el man me comenzó a coger. El man lo tenía grande y eso hizo que me doliera, pero a la larga me pareció rico. Cuando

salimos del baño yo noté como los demás nos miraban con una sonrisa y cuchicheaban entre ellos, pero le di cero importancia, seguí vacilando y oliendo y tomando hasta que amaneció y el Subterráneo cerró y el man me dijo que si nos íbamos a volver a ver y yo le dije que eso era lo más probable.

La mañana de ese día aún no había terminado cuando Stefano me llamó, no sabía si contestarle o no pero al fin lo hice y le hablé con tono agresivo, estaba llena de rabia. Escuché sus disculpas y sus juramentos de que nunca más me iba a dejar tirada pero su voz me sonaba como si fuera la voz de un bufón o de un bromista y le colgué y me puse a pensar en Susana, era una china bella, tenía buenas piernas, buen culo, sus tetas eran bien formadas y su cara era linda, pero yo sabía que era más hermosa que ella, aun así me pregunté con quien se quedaría Stefano dado el caso de que tuviera que elegir. Yo sabía poco de su relación con Susana, no me atrevía a preguntar de más, pero se notaba que él no estaba enamorado de ella, ciertamente sentía algo, pero no era el sentimiento de un hombre hacía una mujer, era más bien como el amor que alguien podía sentir por un hermano o un amigo muy querido, es más, ni siquiera era amor, sino cariño... un cariño surgido de la costumbre, Susana era la nena que estaba dispuesta a estar con Stefano a pesar de que se las hiciera y él no quería perder a alguien así ¿y yo? ¿a qué estaba dispuesta? ¿estaba dispuesta a seguir con Stefano a pesar de que tuviera novia? ¿era conveniente seguir enamorándome de él? En ese momento no quise seguir planteándome esas preguntas y dejé que mis ojos se cerraran para descansar.

El orgullo no me dejó tratar con Stefano por algunos días, y aunque en la universidad él trataba de hablarle a mí el disgusto no me dejaba contestarle y simplemente pasaba de largo, aunque el me intentaba detener. Pero la rabia se me fue aminorando hasta que un día nuevamente nos pusimos a hablar, él me pidió disculpas por haberme dejado tirada y me prometió que no iba a volver a pasar
—Eso espero —le dije— porque te aseguro que no estoy dispuesta a aguantar algo así de nuevo.

Después de pasados unos días tuve la oportunidad de comprobar si la promesa de Stefano era seria dado que Susana nos volvió a encontrar caminando juntos en el centro, entonces se nos paró al frente.
—¿acaso te quedó gustando mucho mi novio? —me increpó.

Yo no quise responderle nada.

—¿acaso en tu casa no te enseñaron a respetar? —me dijo.

Y sin más se me tiró encima y me agarró del cabello, pero yo no me dejé ¡ni más faltaba! También la agarré del pelo y nos comenzamos a ajetrear, Stefano intentaba separarnos pero no lo lograba, yo no quería soltarle las mechas a Susana y ella no quería soltarme a mí, fue necesario que otro man le ayudara y así lograron separarnos, entonces, Susana miró a Stefano como diciéndole lo que tenía que hacer y sin decir ni una palabra echó a caminar aceleradamente. De seguro que pensó que Stefano saldría corriendo detrás de ella, pero en lugar de eso se quedó parado junto a mí, viendo como Susana se alejaba hasta que se perdió en una de las esquinas, entonces yo me le colgué de los hombros y le di un beso y el me agarró de la mano y paró un taxi al cual le dije que nos llevara a su casa. Queríamos hacer el amor, queríamos celebrar lo que sentíamos el uno por el otro, de cierta forma aquel desencuentro con Susana nos unió aún más, era como si nos hubiera mostrado que podíamos luchar contra lo que sea para mantenernos juntos y eso nos puso eufóricos, así que esa noche hicimos el amor como dos poseídos y yo sentí que Stefano era mío por completo y yo también quise ser de él completamente. Cuando acabamos de hacer el amor me abracé a él, sentí su respiración en mi piel y me sentí la reina del universo, pero eso se vino al suelo cuando su celular sonó y él se quedó mirándolo, dudosamente de si contestar o no. Yo supe al instante que era Susana la que llamaba y deseé con todo el corazón que Stefano no le contestara pero él contestó, entonces, pude escuchar el eco de la voz de Susana, que le preguntaba si estaba conmigo, pero él contestaba con evasivas, evidentemente no quería hablar nada teniéndome a mí a su lado, así que en un momento se levantó

sin decirme nada, salió de la habitación y se fue a la terraza. Yo me quedé un momento acostada pero no me pude aguantar y me levanté y a paso cuidadoso me fui acercando a la terraza, pero no tuve más opción que quedarme al inicio de las gradas porque Stefano se había quedado en el umbral de la terraza, probablemente para vigilar que yo no me acercara, agucé el oído lo más que pude y entonces escuché como Stefano le decía a Susana que la amaba. No puedo describir lo que sentí en ese momento, fue como si una bola de fuego estallara en mi interior, me sentí nuevamente como un sobrante, como una mujer de poquísimo valor, como una tonta de alma mendigante que se contentaba con ser la otra. Cuando me percaté que Stefano había acabado de hablar y se disponía a bajar, regresé casi corriendo a la habitación y me metí entre las cobijas, no sabía qué hacer, si fingir estar dormida o reclamarle a Stefano por lo que había escuchado o simplemente echar mano de mis cosas e irme, al final me mantuve con los ojos abiertos y después de un rato Stefano llegó y se metió a la cama y me abrazó, yo no podía quedarme callada, tenía que hablar para dejar de sentirme como una bomba a punto de estallar.

—¿con quién hablabas? —le pregunté.

—Con Susana —me contestó.

—¿y que te dijo?

—Quería que vaya a su casa.

—¿y por qué no vas? —le pregunté irónicamente.

—Porque prefiero quedarme con vos —me contestó.

Al otro día, ya estando en mi casa, me puse a pensar seriamente en la posición que debía tomar frente a mi relación con Stefano, él era un tipo mujeriego, andaba con una y otra guagua y yo ya me había comenzado a dar cuenta de eso, pero para él había dos mujeres primordiales: yo y Susana.

Susana contaba con la legitimidad de ser, digamos, su novia oficial, pero Stefano no la quería como me quería a mí, por lo tanto, en la práctica yo contaba con una legitimidad aun mayor que la de Susana, la legitimidad de ser la mujer de la cual Stefano estaba verdaderamente enamorado, pero, entonces ¿Qué tenía que hacer? ¿tenía que pedirle a Stefano que dejara a Susana? no, no quería eso, si Stefano quería dejar a Susana por mí tendría que ser una decisión suya, yo no tenía por qué convertirme en pordiosera, era demasiado orgullosa para eso, si Stefano me amaba de verdad, tarde o temprano abandonaría a Susana y se cuadraría conmigo sin necesidad de que yo se lo diga ¿pero acaso en tal situación ya no era una pordiosera? Por lo menos así era como Stefano me había hecho sentir cuando me dejó para irse tras Susana y cuando lo escuché en la terraza diciéndole que la amaba ¿Qué era entonces lo que verdaderamente quería? En ese momento me di cuenta de que sentía placer por el hecho de que Stefano perteneciera a otra mujer ¿era entonces una masoquista? Si eso era así, entonces, era algo completamente nuevo en mí, porque hasta entonces yo no había sido de ese tipo de hembras sensibles, lloronas y depresivas, como esas emos que tienen las muñecas llenas de cicatrices a causa de las incisiones que se hacen con minoras, por el contrario, siempre había tenido un tipo de desprecio con esas personas y el andar con rockeros y metaleros había hecho que ese repudio crezca aún más. Pero de todas maneras era innegable que el sufrimiento que algunas actuaciones de Stefano me influían, causaban en mí un extraño placer, pero no era solamente eso, no me causaba placer solamente el sufrimiento que mi relación con Stefano conllevaba, también sentía placer al tener la certeza que Susana sufrió por mi culpa, me causaba placer el hecho de que Susana me viera como una hembra más hermosa que ella, una hembra contra la cual no le quedaba más camino que perder, me causaba placer el sentir que mi belleza la humillaba y no le quedaba más opción que regresar sola a su casa mientras el man al que amaba se quedaba haciendo el amor conmigo. Ese día decidí definitivamente que iba a seguir con Stefano, porque lo amaba, pero además

de eso sentía una gran excitación al pensar como terminaría aquel triángulo amoroso en que nos encontrábamos enredados él, Susana y yo, aunque esto es un decir, porque yo siempre tuve la seguridad de que Stefano acabaría por quedarse conmigo, pero lo que nunca se me pasó por la cabeza es que todo terminaría como en realidad terminó.

Las cosas comenzaron a marchar como yo lo pensaba, cada vez Stefano se volvía más déspota con Susana, no le contestaba el celular y cuando lo hacía le sacaba excusas tan estúpidas para no ir a estar con ella que demostraban que Susana no era más que un chiste para él, hacía cara de fastidio cuando lo llamaba, de fastidio y hasta de rabia; una vez, al ver su cara de desagrado al recibir una llamada de Susana estuve a punto de decirle que por qué mejor no la dejaba, pero me contuve, en la práctica Stefano ya la había dejado pues el tiempo que le dedicaba era risible, más aún, la había dejado porque ya no sentía nada en su corazón hacia ella, nada, a no ser un estúpido sentimiento de costumbre que cada vez se hacía más débil. Un día me dijo con una expresión insufrible de asco en su cara, que Susana estaba oliendo y fumando como una psicópata.

—¿Qué problema tiene? —le pregunté— ¿acaso nosotros no hacemos lo mismo?

—Créeme que no —respondió— no hacemos lo mismo, Susana lo hace de una forma en que nunca había visto antes a nadie.

—y cuánto es eso o qué? —le pregunté.

—La otra noche se olió tres bolsas de 20 y una de 10 ella sola y se armó por lo menos unos tres principes —dijo.

No me impresionó lo que dijo Stefano, aunque en verdad si era mucho lo que estaba oliendo Susana, si era cierto, claro, pero a mí eso no me importaba.

Lo que si me sorprendió, debo aceptarlo, fue cuando Stefano me contó que Susana se estaba inyectando heroína, Susana le había echado toda la culpa de eso a él, a sus infidelidades, y yo me puse a pensar en Marcelo y en el dolor que me había causado y pensé entonces que en verdad lo que decía Susana era cierto, que la culpa de sus adicciones las tenía Stefano, aunque él lo negaba todo. Le pregunté a Stefano como había descubierto que Susana se inyectaba.

—La encontré en su cuarto —dijo— todo fue tan sorpresivo para ella que no pudo ni esconder la jeringa, ni desamarrarse la tira con la que tenía apretado el brazo.

—Ahh ¿y es que acaso la vas a visitar muy a menudo? —le pregunté.

El no respondió y se quedó mirándome asombrado de la pregunta, como diciéndome que yo ya sabía la respuesta.

—No entiendo por qué te pones brava —me dijo— a vos es a quien te dedico la mayor parte de mi tiempo, a Susana solo la voy a ver en unas cuantas ocasiones.

Y entonces me abrazó y me comenzó a hacer cosquillas y me hizo reír, aunque yo no quería, y él también se rio y después me dio un beso que hizo que nuestros dientes se chocaran.

Los días se pasaron con Stefano y yo me enamoré por completo. Un día volví a ver a Susana en la universidad, y para mí fue algo espantoso, había enflaquecido terriblemente, la ropa que antes le quedaba ajustada ahora le empezaba a ceder, su cara estaba horriblemente chupada, con unos pómulos prominentes, unos ojos que se le empezaban a brotar acompañados de unas ojeras tétricas; no se dio cuenta de que yo estaba justo enfrente de ella mirándola desde alguna distancia y no quise que me viera así que me afané a esconderme. Me encontraba impactada, Stefano me había contado todo lo que pasaba con ella, pero yo no pensaba ni en lo más mínimo que las cosas eran tan graves ¿en verdad esa era Susana? quise volver a verla y me asomé por la esquina del lugar en el que estaba escondida, ahí estaba entre un parche que se pasaba un bareto de mano en mano, esperando a que fuera su turno para fumar, se reía, y desde la distancia en la que estaba notaba lo amarillo de sus

dientes, la risa hacía que los huesos de su cara se marcaran aún más, su cuello se había vuelto también tremadamente delgado y su cabello estaba desarreglado y maltratado como cabuya seca. En un instante Susana dejó de reírse y de inmediato volteó a ver con cara seria hacia donde yo estaba escondida, como si desde hace rato ya se hubiera dado cuenta que alguien la estaba observando, yo me aparté y de inmediato me fui de ahí con paso acelerado y con una especie de pánico haciéndome latir a mil el corazón.

Ese mismo día con el transcurrir de las horas me di cuenta que las cosas no estaban tomando el rumbo que yo esperaba, el rumbo simple que terminaría con la elección de Stefano por mí por encima de Susana y por la disolución de aquel triángulo amoroso, entonces, había pensado yo, Susana sufriría, claro, pero seguiría con su vida y al fin algún día, más cercano que lejano, encontraría a otro man del cual se enamoraría igual o con más intensidad de lo que se había enamorado de Stefano. Pero en lugar de eso me encontraba con una Susana flaca y famélica, una Susana que se había retirado de la universidad y eso me hizo pensar en Marcelo, él también había abandonado la universidad a causa de las perturbaciones que le causaba su vida y había terminado por irse de la ciudad sin decirle nada totalmente a nadie ¿Cómo iría a terminar Susana? pensé también en las acusaciones que me contaba Stefano que le hacía, acerca de que él era el culpable de la situación en la que se encontraba, era obvio que Susana también me culpaba a mí pero Stefano no me lo contaba. Aquel día algo cambió que me hizo ver de manera distinta a Stefano, ciertamente yo lo seguía amando, pero, a veces, cuando lo veía cagado de la risa junto con sus amigos y me abrazaba y me decía que me amaba, yo sentía que era un ser completamente desprovisto de sentimientos ¿Cómo es posible que esté así de feliz cuando una mujer que lo ama se está pudriendo en vida? Me preguntaba, pero cuando sentía sus brazos rodeando mi cintura y su cara pegada a la mía, me ponía totalmente feliz, sin embargo, a veces, un extraño sentimiento me embargaba, mi amor por él se hacía exiguo, como si no valiera nada y entonces de la nada en mi cabeza surgía mi propia voz que me preguntaba ¿de qué te sirve que te ame una osamenta totalmente desprovista de carne y de vida? Y yo me sentía como alguien invisible, como una nada que se encontraba entre Stefano y sus amigos cuyo destino era no ser vista por nadie hasta el final de sus días, y aunque esa sensación no era para nada frecuente, cuando llegaba, me sumía en un estado de aflicción algo difícil de sobrellevar. Pero si Stefano me parecía un ser desprovisto por completo de humanidad y sentimientos, entonces ¿Qué era yo? ¿acaso no era yo tan culpable como él de la situación en la que se encontraba Susana? ¿acaso no era yo la que sentía placer al ver como Stefano se inclinaba más hacia mí que hacia Susana? ¿no era yo la que alimentaba su vanidad con el sufrimiento de Susana? sí, yo también era culpable de lo que le pasaba a Susana, pero estaba dispuesta a asumirlo porque el amor de Stefano lo valía, por eso no me quería llenar de remordimientos y mantuve esa culpabilidad en la superficie sin darle oportunidad de entrar a lo profundo.

Un día, mientras nos encontrábamos sentados en la plaza de la universidad, Stefano me preguntó qué era lo que verdaderamente sentía por él, yo entendí desde el primer momento que lo que quería era comparar el amor de Susana y el mío.

—Te amo —le dije— con todo mi corazón.

Al escuchar esto Stefano pareció alivianarse, como si se hubiera liberado de la duda.

—¿Cuánto me amas? —me preguntó juguetonamente acercándose a mí.

—Te amo a más que nadie en este mundo

—¿y vas a estar para siempre conmigo?

Sentí su respiración en mi rostro y su efusividad y el calor que de su cuerpo emanaba.

—Sí —le contesté sin ninguna vacilación.

Pero en ese momento aún no había pasado lo que pasó y yo no podía prever cuánto eso me cambiaría, por eso el sí que le di a Stefano reflejaba todo lo que había en mi corazón. En términos generales yo me sentía feliz con él, aunque los disgustos que me provocaba iban más allá de su relación con Susana, pues su gusto por las mujeres no tenía fin y era demasiado malo para ocultarlo, en ocasiones me daba la impresión que ni siquiera le interesaba ocultarlo, era un descarado, y yo sabía que además de Susana y yo tenía a otras tantas viejas a las que se culiaba, había tontas que lo quedaban mirando con picardía, como recordando la culiada que les había pegado. Yo lo había tratado de cachar más de una vez con las manos en la masa, pero lo máximo que lograba era hallarlo hablando con otras viejas en solitario, y entonces, cuando me daba al putas, él me decía que solo eran amigas. No sé en qué momento me volví tan permisiva, antes de Stefano ni en sueños hubiera permitido que un man que estaba conmigo se metiera con otra, por eso fue que en el colegio al mínimo engaño que me hizo Luis lo mandé a la mierda, pero mi relación con Luis había sido distinta, porque desde el principio de nuestro cuadre nos habíamos pertenecido el uno al otro por completo, por lo menos, eso es lo que se espera cuando uno se cuadra con alguien. Pero con Stefano era diferente, porque él no me pertenecía a mí por completo, lo tenía que compartir con Susana, y en ese compartirlo con Susana ¿Qué más daba el compartirlo con otras viejas a las cuales él solo cogía de parche? ¿o es que acaso esto no es nada más que una excusa? Me preguntaba, una excusa para no aceptar el miedo que me da el perder a Stefano y quedar sola y sin amor, una excusa para no aceptar que hay hombres a los cuales tienes que aguantarles las infidelidades si quieras amarlos y que ellos te amen a ti. El pensar en eso me hacía hervir la sangre, y por eso prefería centrarme en el amor que Stefano me profesaba, que a decir verdad era mucho, él me decía que era su vida y yo le creía porque miraba en el bullir de sus ojos que era sincero. Pero aunque yo sabía que Stefano me prefería por encima de Susana y de cualquier otra vieja con la que pudiera estar, era inevitable que me causara disgustos, y un día llegó a decirme que tenía que dedicarle más tiempo a Susana, que sus adicciones cada vez eran más graves y que no podía quedarse viendo como ella se consumía en las drogas; la rabia que sentí fue intensa, me volví a sentir como hecha a un lado, como si no importara el tiempo que yo pudiera estar con Stefano ni el amor que pudiera tenerme porque siempre terminaría por volver a donde Susana. Me encontraba exaltada por esa determinación de Stefano y aunque obligarlo a que dejara a Susana nunca había estado entre mis intenciones en ese momento la rabia hizo que hablara de más.

—¿entonces nunca piensas dejarla? —le reclamé.

Él se quedó callado y eso hizo que me enardeciera más.

—¡respóndeme!

—Yo te amo a ti más que a cualquier otra cosa —me dijo— pero ahora Susana me necesita.

—Eso no es lo que te estoy preguntando, te estoy preguntando si nunca vas a ser capaz de despegarte de ella.

—Tal vez en un futuro, pero no ahora, ella ha estado conmigo en los momentos que la he necesitado y ahora ella me necesita a mí.

—Entonces siempre que te necesite vas a salir corriendo detrás de ella y yo voy a quedar como la estúpida del paseo.

—Eso no va a pasar, solo que esto es algo importante, la situación de Susana es preocupante.

En ese momento recordé cuando había visto a Susana en la universidad flaca y desarreglada, era consciente de que su situación podía ser compleja, pero aun sabiendo eso la rabia que sentía no se hacía menos intensa, por mí Susana podía seguir inyectándose y consumiendo las drogas que fuera pero Stefano no tenía por qué ir a salvarla; pero eso no era igual para Stefano, él quería sacarla del hoyo, no porque la amara, no, sino porque muy en el fondo sabía que él era el culpable de que Susana

se encontrara en tal situación, lo sabía aunque todo el tiempo se la pasara negándolo y revictimizando a Susana diciendo que si ella se drogaba era por que le gustaba y no por él; esa misma certeza de ser culpable que se empeñaba tanto en ocultar lo llevaba a tratar de expiar el peso que sentía en sus hombros y pensaba que lo mejor para hacer eso era ofreciéndole a Susana lo que hace mucho tiempo no había sido capaz de ofrecerle: su amor o, por lo menos, su compañía. Pero ya era demasiado tarde para eso.

Cuando la discusión terminó estaba tremadamente ofuscada y fui a la cafetería a tomarme un jugo, y con la rabia encima me puse a pensar en lo déspota que yo era, por un lado entendía que Susana necesitaba ayuda pues lo había comprobado con mis propios ojos y sabía que Stefano no me mentía cuando decía que su situación era preocupante, pero por otro lado no quería que Stefano acudiera en su ayuda. Susana se había mantenido el mayor tiempo de mi relación con Stefano como oculta entre las sombras, pero de repente su luz aparecía y entonces Stefano se escurría entre mis manos, era como un felino escondido entre las hierbas que significaba una gran amenaza, y yo ya estaba cansada de eso. En ese momento sentada en la cafetería, apretando el vaso de jugo con mi mano, lo único que quería es que Susana desapareciera.

Pero las cosas no son como uno quiere, así que Stefano empezó a pasar más tiempo con Susana y había fines de semana en los que estaba con ella y yo me llenaba de unos celos que me enloquecían. Uno de esos fines de semana, en el que Stefano me había dicho que no nos podíamos ver porque iba a estar con Susana yo salí rabiatíca con deseos de darle cero importancia a lo que pasara con esos dos. Era aún temprano, tipo 6 de la tarde, y yo me encontraba con algunos amigos parada afuera de un pequeño bar conversando, cuando miré a Carolina, la novia de Antonio, uno de los parceros de Stefano, la cual me caía muy bien y al vernos nos saludamos y yo la invité a una cerveza, ella aceptó y se puso a conversar un rato con nosotros, mientras mis amigos intentaban hacerla reír y la miraban ganosos y mis amigas la miraban con envidia, y no era para menos, pues Carolina estaba vestida con un vestido y unas zapatillas que resaltaban de una manera brutal el tremendo cuerpo que se mandaba. Obviamente mis amigos y amigas no sabían que Carolina era una prostituta. Cuando se acabó la cerveza Carolina me dijo que se tenía que ir, y aunque yo le pedí que se quedara me dijo que no era posible porque tenía un compromiso. Entonces la acompañé a coger un taxi y en el trayecto le dije que estaba muy aburrida y que no quería quedarme con la gente con la que me encontraba.

—¿y Stefano? —me preguntó.

Carolina conocía el parche de Stefano y sabía también de Susana.

—Está con la susodicha —le contesté.

—Ahh ya —me dijo y guardó un breve silencio— ¿y si vienes conmigo y me acompañas?

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—Al lugar en donde trabajo, a Capricornio.

—¿A la Avenida de las Rosas?

—A esa misma

—¿y que vamos a hacer allá?

—Pues nos acabamos de emborrachar ¿no?

Yo me sentía contenta con Carolina, me caía muy bien y en ese momento hizo que dejara de lado la frustración y tristeza que tenía, era como estar con alguien que conocía hacía muchísimo muchísimo tiempo y quise permanecer más tiempo con ella.

—Está bien —le dije— vamos, al fin y al cabo, la noche apenas comienza.

Cuando llegamos a Capricornio ya había manes tomando y visajeando a las putas para ver a cuál llevarse; Carolina me hizo sentar en una mesa y me llevó un par de cervezas y me dijo que la esperara

y subió al segundo piso. Media hora después bajó vestida con una ropa más discreta y se sentó conmigo no sin antes ir por un six pack de poker, entonces le pregunté si no tenía que ponerse a trabajar.

—Ahorita no —me dijo— el jefe me dio un par de horas para descansar.

Entonces nos pusimos a conversar y a beber y cuando nos acabamos el primer six pack ella fue por otro, hablamos de los parches, de las rumbas, del perico, de la marihuana y cuando el segundo six pack se acabó y ella fue a traer otro, me llené de emociones y me puse en estado febril y la cara se me empapó de lágrimas. Le comencé a hablar de Stefano, le dije lo mal que en esos momentos la estaba pasando a causa de que él se encontraba con Susana, que me sentía impotente y a veces como alguien que para Stefano no valía ni un peso, entonces Carolina me abrazó y me limpió las lágrimas.

—En esta vida hay cosas muy duras —me dijo— yo por ejemplo terminé en esta vida porque la violencia de mi tierra me sacó desplazada.

—¿en serio? —le pregunté— ¿y en donde vivías?

—En un lugar de la costa, se llama Sabana Verde.

—Ahh claro, si conozco, hace algunos años fuimos con mis papás a dar un paseo, me pareció un lugar bonito, lástima que de un tiempo a acá se esté volviendo tan peligroso.

—Eso ha sido así desde hace mucho tiempo, pero claro, los que van de paseo no lo pueden notar, solo los que viven ahí conocen lo que pasa.

Carolina ya estaba prendida, o borracha, al igual que yo, y se quedó pensativa por un momento haciendo círculos con el dedo en la mesa.

—Sabes —me dijo— te voy a contar algo que no lo sabe nadie, ni siquiera Antonio, pero júrame que no se lo vas a contar a absolutamente nadie.

Yo noté que Carolina hablaba muy en serio, sus ojos se volvieron diferentes.

—Está bien —le dije— te lo juro.

Y me quedó mirando como para comprobar si mi juramento era serio.

—Yo aun voy a Sabana Verde —me dijo— aunque como te digo eso no lo sabe casi nadie, a no ser por mi jefe y una amiga y mucho menos lo sabe Antonio, y eso tiene que permanecer así. Si voy allá no es porque quiera sino porque me veo obligada a ello, y los que me obligan son dos tipos, un narco y uno de sus matones, supongo que ya te imaginas para que me obligan a ir.

Carolina me quedó mirando a los ojos como pidiéndome una respuesta.

—Para... ¿coger? —le dije.

Carolina hizo un gesto afirmativo con su cabeza y su cara se llenó de desesperanza.

—¿sabes cómo les gusta? —me preguntó.

Sus ojos que me miraban fijamente se volvieron lacrimosos, como si las lágrimas estuvieran a punto de caer de ellos.

—No —le dije.

—Les gusta cogerme entre los dos, uno por el culo y otro por la vagina, intercambian puestos; siempre que lo hacemos los muy bastardos prenden un estrober y ponen música, aunque no estemos más que los tres en la habitación, y parecen dos lobos rabiosos botando espuma por la boca prensados a mi cuerpo.

Yo me quedé sin saber qué decir al escuchar a Carolina mientras ella se tomaba su cerveza.

—Sabes —me dijo— yo estaba a punto de suicidarme, no valía la pena seguir viviendo así, sentía que no tenía a nadie, los días para mí no eran más que un fluir de sufrimiento, pero entonces llegó Antonio y me dijo que me amaba y que quería vivir conmigo; me enamoré de él y quise darle una segunda

oportunidad a la vida. No sé qué nos depara el futuro, pero sé que Antonio nunca me va a dejar sola, tal vez, algún día, las cosas cambien para bien y el destino nos muestre su mejor sonrisa y podamos formar una familia en el seno de la cual pueda olvidarme de todo lo que he tenido que vivir.

—¿Por qué me cuentas esto a mí? —le pregunté.

—No sé, tal vez sea porque estoy borracha —me dijo riendo— o tal vez sea porque siento que tú tienes algo dentro de ti que nos une y puedo sentir tu sufrimiento y quiero que entiendas que no importa qué tan oscuro se ponga el panorama, cuando creemos que vamos a caer a un barranco de pronto aparece alguien que nos llama y nos desvía hacia el camino correcto.

En ese momento Carolina me pareció la mujer más linda del universo, la abracé y le di las gracias.

—Te prometo que no le voy a contar a nadie —le dije.

Seguimos la conversación un rato más hasta que un man se acercó a Carolina y le preguntó si estaba disponible, ella miró el reloj y le contestó que sí y entonces se despidió.

—Ya pasaron las dos horas Valentina —me dijo— fue un gusto a ver compartido este tiempo con vos, espero que pronto nos volvamos a ver.

Quiso darme para el taxi, pero yo lo rechace vehementemente, entonces ella se despidió con un beso en la mejilla y se fue con el man agarrados de la cintura al segundo piso. Demás está decir que mientras nos mantuvimos bebiendo con Carolina llegaron algunos manes a preguntar si estábamos libres y Carolina les contestaba que no porque estaba descansando y yo les decía que no era puta.

—¿entonces qué es lo que haces aquí metida? —me dijo uno de los manes.

—Estoy tomando con mi amiga ¿no lo ves? —Le contesté.

—Mejor abrite de aquí si no quieres que te haga sacar a la fuerza —le dijo Carolina.

El man notó que Carolina hablaba enserio, y sin reprochar nada se fue.

Cuando estaba a punto de salir de Capricornio un man me alcanzó y me preguntó que si estaba disponible.

—No —le dije— yo no trabajo en esto.

Y sin decir más salí de Capricornio pero el man salió detrás de mí.

—En serio eres una nena muy hermosa —me dijo— de verdad me gustaría poder conocerte mejor.

—Adentro hay muchas mujeres a las que puedes conocer —le contesté.

—Ya las vi a todas —me dijo— pero la que más me gustó fuiste tu.

Entonces me detuve y me paré frente a él esperando a que siguiera hablando.

—Tu y yo estamos solos —dijo— yo no soy un man mala clase y aquí hay muchos hoteles a los que podemos ir, solamente te propongo pasar un buen momento, además, aún es muy temprano.

Era verdad, aún era muy temprano y mi intención en ese momento era ir al centro para encontrar a un man que hiciera conmigo lo mismo que seguramente estaría haciendo Stefano con Susana, pero ¿para qué esperar llegar al centro cuando el man ya estaba ahí proponiéndomelo?

—Está bien —le contesté— vamos.

Cuando estuvimos en la habitación del hotel, me metí unos pases y también le di al man, entonces el man me intentó besar pero yo lo esquivé y directamente le comencé a desabrochar el pantalón, entonces el man también me desabrochó y me quitó el pantalón y la camisa y todo y cuando ya estuve totalmente desnuda me tiró a la cama con fuerza boca abajo, cosa que hizo que me excitara, y me comenzó a meter los dedos hasta que estuve totalmente mojada y entonces me lo metió, y me comenzó a chirlear las nalgas con severidad, cosa que me gustó. El man estuvo dándome un rato por la vagina hasta que estrepitosamente lo sacó y sin decir nada me lo metió entero por el culo. Me dolió tanto que me hizo dar un grito e intenté detenerlo pero él me mantuvo apretada e inmóvil contra la

cama con sus manos en mi espalda y no pude hacer más que apretar la sabana y morder la almohada y gemir entre dientes.

—¿Te gusta o no te gusta perra? —me preguntaba el man.

—Si si me gusta —le contestaba.

—¿Si, si te gusta?

—Sí, me gusta.

El man no duró mucho y se me vino adentro, yo sentí el semen caliente y su verga palpitando y moviéndose para arriba y para abajo dentro de mí mientras el man pujaba.

—Si ves porque me gusta darles por el culo —dijo— porque así me puedo venir adentro sin preocuparme por embarazos.

Entonces el man se tiró a la cama sudoroso y agitado y yo me quedé un rato estirada boca abajo sintiendo como el semen se escurría entre mis nalgas, después, me levanté, fui al baño y me limpié, regresé y me comencé a cambiar.

—¿Ya te vas? —me preguntó el man.

—Si ya me voy —le dije.

—Yo pensé nos íbamos a quedar un rato más.

Yo no le contesté nada y el man se quedó mirando como me ponía la ropa.

—¿Es la primera vez que te dan por el culo? —me preguntó.

—Sí, es la primera vez —le dije.

—Pues cuento me alegro de haber estrenado ese culito tan rico —dijo.

Poco después de aquella noche Carolina fue asesinada en Sabana Verde, cuando Stefano me dio la noticia me puse a llorar, sentía mucha pena, recordé su anhelo de formar una familia y olvidar su pasado. Las chicas de Capricornio habían reunido la plata para traerla devuelta a la ciudad. Asistí a su velorio y a su entierro. Antonio estaba completamente destruido, no paraba de maldecir y de llorar. Carolina era la mujer más bella que he conocido, su belleza sobrepasaba incluso a la de Andrea y eso ya es mucho decir porque Andrea era una diosa. Me hubiera gustado conocerla mucho más, ya que era una mujer que muy pocas veces llegaba con Antonio a parchar con nosotros. Va a ser difícil que Antonio se recupere de ese golpe tan duro, ahora frecuenta mucho menos que antes el parche y cuando llega se lo ve totalmente demacrado, siempre habla de que tomará venganza de los que mataron a Carolina, incluso ha ido a buscarlos a Sabana Verde pero no ha contado con éxito. Por mi parte he mantenido el juramento que le hice a Carolina y no le he revelado a nadie la confesión que me hizo esa noche en que me subió el ánimo y me explicó que pase lo que pase siempre habrá un camino que nos libra de la bruma; pero ahora ella está muerta y yo no oigo ninguna voz que me guie hacia el camino que me saqué de este infierno, la única voz que queda es la voz que me dice que no hay salvación posible.

Después de aquella noche el sexo anal me quedó gustando, aunque tuve que esperar unos días para que me pasara la ardiencia de la primera vez, pero cuando me recuperé y estuve con Stefano haciendo el amor le pedí que me diera por el culo.

—Quiero saber como se siente —le dije.

El no esperó a nada y me lo empezó a meter pasito a pasito, pensando que era mi primera vez por ahí, Stefano la tenía más grande que el man de aquella noche y aunque me dolía yo sabía que eso era pasajero así que aguanté hasta que la hubo metido toda y entonces sí comenzó a darme como era, yo sentía que me podía cagar en cualquier momento, pero esa sensación era precisamente parte del placer y cuando presentí que Stefano se iba a venir le dije que no la sacara y que lo echara adentro.

—Pero por supuesto que si -dijo el.

Y sentí los borbotones de semen caliente que se vaciaban con fuerza dentro de mí. Pero las ocasiones que podía hacer el amor con Stefano se habían reducido considerablemente por que como he dicho él estaba tratando de salvar a Susana; cuando estábamos juntos ella lo llamaba y entonces él se iba y junto con la tristeza y rabia que eso me causaba también tenía que buscar por otros lados lo que Stefano no me ofrecía, así que cuando salía me ponía a coger con los manes que más me gustaban y con otros que no me gustaban tanto y con otros que no me gustaban para nada. El sexo anal se volvió algo normal de lo que disfrutaba y mientras me daban por atrás yo me metía los dedos por delante o viceversa. Un día que me encontraba en la casa muy estresada empecé a masturbarme, me metí los dedos al culo, pero por más que me los metí todos y lo más profundo que pude no llegué a complacerme como yo deseaba, así que fui a la cocina, abrí la nevera y tomé un pepino, el más grande que encontré, regresé a la habitación, me acosté en la cama y me abrí de piernas, me llené de babas el orto y entonces suavemente me empecé a meter el pepino, después de que me hubo metido los primeros centímetros pensé que no podría resistir la parte más gruesa, pero aun así me dispuse a aguantar con la convicción de que si lograba meterlo todo eso me brindaría el placer que buscaba, así que seguí metiéndolo, hasta que la parte más gruesa estuvo totalmente adentro, entonces comencé a meterlo y a sacarlo y poco a poco el culo me comenzó a ceder, al mismo tiempo la excitación hizo que la vagina me comenzara a lubricar así que aproveché para tomar un poco de aceite de ella y untarlo en el pepino. Duré aproximadamente cinco horas masturbándome con el pepino, el placer que me propicié fue exactamente el que buscaba.

El tiempo que Stefano duró intentando sacar a Susana del hueco se volvió algo largo, hasta que un día llegó a decirme que eso ya no iba más, que lo que quería era estar conmigo y cuando llegó el momento en que Susana lo llamó él lo que hizo fue apagar el celular. Yo me sentí extremadamente contenta, el hombre al que amaba volvía a ponerme a mí como su centro de gravedad así que esa noche nos emborrachamos e hicimos el amor. Pero, aunque Stefano había decidido volver a pasar la mayor parte de su tiempo conmigo, Susana no dejaba de infiltrarse entre nosotros, y después de que Stefano tomara esa decisión le dio por empezar a desaparecerse y eso de alguna manera afectaba a Stefano. Realmente llegué a odiarla, una cosa es que jodiera a Stefano llamándolo hasta más no poder otra es que se desapareciera por días enteros sin decirle absolutamente nada a nadie y aún más con sus papás encima de Stefano, como si el tuviera la obligación de ser la niñera de su hija. Un día Stefano me llegó con la noticia de que había encontrado a Susana en el basurero, era difícil de creerlo ¿en el basurero? Allá es el lugar donde se va a meter lo peor de la ciudad, los desechables, los que verídicamente se los podría llamar como la mierda humana, como la basura de la sociedad. Un par de días después Stefano me contó que Susana había caído como en una especie de trance, que había puesto una cortina oscura en su habitación y que solamente se la mantenía sentada en una silla, sin hablar ni una palabra.

—Es evidente que su cuerpo ya llegó al límite, ya no aguanta más drogas —dijo.

Si, yo también pensé lo mismo, su sistema nervioso estaba totalmente colapsado, tanto que ni siquiera le permitía abrir la boca. Yo pensaba que en ultimas se recuperaría con los cuidados necesarios o terminaría de joderse con las drogas, al fin y para ser sinceros eso me importaba muy poco. Aquella vez que la vi en la universidad, flaca y chupada, es cierto que había sentido escalofríos y hasta había sentido algo de culpabilidad, pero eso ya no era tal, a Susana ya no la había visto hacia mucho tiempo y en mi corazón no tenía cabida la empatía, lo único que quería es que se alejara de Stefano, que formara una nueva vida y se olvidara de nosotros.

Dos días después de que Stefano me contara que Susana no podía ni hablar yo me encontraba en la universidad y todo transcurría con normalidad, era viernes y Stefano me llamó y quedamos de mirarnos

en la tarde. El día se mantuvo soleado por la mañana pero por la tarde unas nubes grises empezaron a amontonarse en el cielo y daba la impresión de que en cualquier momento llovería; un grupo de gallinazos se mantenían dando vueltas en el aire y yo me quedé mirándolos, mientras escuchaba el eco de la voz del profesor que me parecía muy lejana, alcance a descifrar un tipo de coordinación en sus movimientos, me sorprendió la altura a la que volaban algunos de ellos, se los miraba como pequeños púnticos y me pareció que casi tocaban el cielo, me pregunté qué se sentiría volar a tal altura y me dio vértigo de solo pensarlo —qué estarán buscando por aquí —me pregunté— debieron oler algo podrido.

Cuando llegó la hora fui a la plaza para encontrarme con Stefano, cuando estuve ahí él aun no llegaba así que me senté a esperarlo. Algunos ya empezaban a comprar botellas de chapil, e incluso algunos primíparos ya se encontraban enteramente prendidos y hablando burradas. No miraba a Stefano que asomara por ninguna parte y me fumé un cigarrillo para pasar el tiempo, pero cuando ya hubieron pasado más o menos quince minutos decidí llamarlo. Cuando me contestó noté de inmediato que su voz era débil, como si no tuviera las mínimas ganas de hablar, le pregunté en donde estaba.

—En el hospital —me contestó.

—¿en el hospital? ¿y eso? ¿Qué haces por allá? —le pregunté.

—Susana se acaba de suicidar —contestó.

Sentí un remolino caliente que me bajó por el esófago y se puso a dar vueltas en mi estómago, miré a los gallinazos que aún se mantenían dando vueltas encima de nosotros y no sé por qué me imaginé un cuerpo podrido tirado en algún lugar cercano a la universidad. Stefano y yo nos quedamos en silencio, estoy segura que él estaba sintiendo lo mismo que yo en esos momentos: que nosotros dos teníamos mucho que ver en la muerte de Susana, mucho, demasiado. Ahora compartíamos un nuevo lazo entre nosotros, el lazo de ser los responsables de la muerte de esa mujer. Le pregunté cómo se había enterado y me dijo que un compañero de Susana se lo había contado. Le pregunté si quería que vaya a verlo, pero con su voz apagada, como si estuviera a punto de perderla, me dijo que no.

Ese día después de hablar con Stefano tenía una revolución de sensaciones dentro de mí, me quedé sentada por un largo rato ahí en la plaza, no sabía a donde tenía que ir, qué hacer y tampoco sabía lo que sentía —entonces es así como se diluye este triángulo amoroso, pensé— y en ese momento sentí algo parecido al pavor, la muerte de Susana se sobredimensionó delante de mí, y pensé en todo lo que Stefano y yo le habíamos hecho, me imaginé a Susana llorando en su cuarto sin ninguna esperanza de que Stefano llegara a visitarla, después me la imaginé oliendo perico e inyectándose heroína, mientras Stefano y yo reíamos y disfrutábamos con nuestros amigos. Me sentí como la persona más cruel del mundo, como alguien en la que nadie podía confiar. De repente unos compañeros del curso llegaron a invitarme a tomar, les dije que no y me levanté, salí de la universidad y me puse a caminar no sé a dónde, pero caminé mucho, me sentía totalmente distinta a las demás personas, como si ninguna de las personas que me rodeaban fueran capaces de hacer lo que yo había hecho; cuando se comenzó a poner el sol decidí regresar a la casa, la luz del crepúsculo teñía las calles de un color podrido, una luz podrida que me tenía también el corazón.

Aquella noche, me hice presa de la reflexión ¿valían en ese momento en que Susana se había acabado de matar todas las razones que había estado esgrimiendo para permanecer a lado de Stefano? ¿éramos culpables de verdad Stefano y yo de la muerte de Susana? sí, si lo éramos —pero si se pudiera regresar el tiempo y supieras que Susana se va a matar ¿dejarías a Stefano? me pregunté a mí misma— y la respuesta fue de inmediato un no, y la razón era simple, yo no estaba dispuesta a dejar de lado a aquello que amaba por los caprichos de otra, Susana se había matado, claro, pero acaso ¿Qué era lo que quería Susana de Stefano? No lo dejaba en paz, tal vez se armó

demasiadas fantasías con él, el tener un matrimonio y una familia linda en la que el amor nunca se acabara, pero entonces aparecí yo y Stefano se enamoró de mí y ella como una niña se quedó sin saber qué hacer, jamás se le ocurrió que podría tener un futuro con alguien más además de Stefano, lo único de lo que fue capaz es de empezarse a drogar y tratar de manipularlo para tratar de que volviera con ella, no tuvo la valentía de aceptar con madurez que Stefano no la amaba, al menos, no del modo como ella quería, como a una mujer y no como a una hermana, y por eso mismo en cualquier momento iba a llegar una hembra a la cual Stefano sí amaría como a una mujer, sino hubiera sido yo pudo haber sido cualquier otra, y entonces a Susana no le quedaría más que aceptar que con Stefano ya no tenía un futuro y dejarlo ir o echarse al pierde y terminar como terminó. Pero el estúpido de Stefano no se quedaba atrás, en el fondo era alguien extremadamente miedoso y por eso no podía abandonar de una vez por todas y para siempre aquel pedazo de tierra explorado y conocido que para él significaba Susana. Si desde un principio él le hubiera dejado las cosas claras, y le hubiera dicho que no quería nada más con ella porque se había enamorado de alguien más, tal vez las cosas no hubieran terminado así, pero no, prefirió sumirla en la incertidumbre y en la inconstancia y hacerle cada vez la vida más miserable y con cada vez que la dejaba sin contestarle el celular o le sacaba el cuerpo ella se sentía más desencantada con la vida. La menos culpable en aquel triángulo amoroso era yo, yo simplemente había estado disfrutando de una mañana de sol cuando el mujeriego de Stefano llegó a cortejarme; se esmeró en conquistarme hasta que lo logró y me enamoró y él también se enamoró de mí ¿Qué podía hacer yo? Fui paciente, pensé que él tendría las agallas para decidirse por mí, como un hombre, pero no, fue dilatando las cosas, dilatándolas y dilatándolas, hasta que ese dilatarse llegó a su fin con la muerte de Susana. Todas estas cosas pensé aquella noche y algunas otras y como resultado pude sentirme más tranquila y menos culpable: lo que había sucedido con Susana era inevitable, por un lado, porque en cualquier momento iba a llegar una mujer de la cual Stefano se iba a enamorar de verdad y por otro lado porque Susana no poseía el suficiente carácter para echarlo de su vida, así le doliera, y caminar hacia otros horizontes y... por otro lado también porque Stefano no tenía pelotas y determinación y no fue capaz de decidirse definitivamente por mí, sea como sea, yo era la que menos tenía responsabilidad en la muerte de Susana.

Stefano intentó acudir al velorio y entierro de Susana, pero del velorio lo sacaron a patadas y el entierro tuvo que verlo a distancia.

El día que enterraron a Susana me levanté extrañamente entusiasmada, todo el día me mantuve intentando negar ese sentimiento, pero después acepté sin más que me sentía contenta, si, contenta, sentía que con el descenso a la tumba de Susana se acababan de una vez por todas sus interferencias en la relación mía con Stefano, ese día Susana desaparecía de una vez por todas de nuestras vidas como lo había estado queriendo. Respecto a Stefano puedo asegurar que sentía lo mismo, aunque claro, también tengo que decir que al principio sintió pena, de todas maneras, la que moría era esa hembra que había conocido durante muchos años y que había terminado de ver como a una gran escapatoria de todo aquello que pudiera lastimarlo. De todas maneras, el luto que hizo por Susana no fue algo serio, el sábado siguiente después de su muerte ya nos encontrábamos haciendo el amor, lo hicimos tan fogosamente que sentí como si estuviéramos celebrando que Susana ya no se encontrara en el mundo para jodernos la vida.

Una noche nos encontrábamos parchando en el centro tomándonos unos guaros, ya habían pasado algunos días desde lo de Susana, de repente fueron llegando un parche llamado los 38, el cual no se

lleva para nada bien con nuestro parche, todos estaban locos y se parcharon al frente de donde nosotros estábamos con aire desafiante, de buenas a primeras uno de ellos gritó:

—Velo ahí está el verga asesina, el que mata a las novias —y todos se echaron a reír.

—¡Verga asesina! ¡verga asesina! -empezaron a repetir uno y otro.

Era totalmente claro que eso se lo gritaban a Stefano.

—La novia todavía no se enfriá y el hijueputa ya está buscando culos —gritó uno.

Entonces Stefano se sacó la chaqueta, sacó el cuchillo y se fue hacia ellos sin vacilar un punto, los demás lo siguieron, entonces los 38 se dispusieron a pararse, pero se habían ido a meter al sitio menos indicado, porque todos los parches que estaban ahí (que eran bastantes) eran amigos de nuestro parche y todos se fueron contra ellos y no les quedó más opción que salir corriendo. Ese apodo de verga asesina se comenzó a regar entre todos los parches con los que Stefano es tirado, actualmente todo el mundo sabe que le dicen así, amigos y enemigos, pero los únicos que lo llaman de esa manera son sus enemigos. Ridículamente, en la situación en que me encuentro ese apodo ha cobrado dimensiones espeluznantes para mí.

Las cosas después de la muerte de Susana fueron como si empezaran de nuevo, hasta entonces siempre había sentido una espinita que no dejaba consumar mi amor por Stefano, una espinita que, a veces, se volvía una estaca, pero las cosas sin Susana cambiaban diametralmente, era como si Stefano yo yo nos volviéramos a conocer, pero ya sin nadie de por medio. Así que yo me sentía contenta y llena de vida, salíamos, bebíamos, olíamos, fumábamos, armábamos paseos, y todo eso ya sin las llamadas odiosas de Susana, sin esa desagradable sensación de que Stefano tenía a alguien más, no, ahora él era absolutamente para mí y ya no había ninguna excusa para compartirlo con nadie, por lo tanto, era tiempo de ahuyentar a todas las perras que estaban alrededor de lo que era de otra; ¿pero acaso no era yo una hipócrita? ¿con qué cara podía yo alejar a las tontas que querían con Stefano, cuando yo había hecho lo mismo con Susana? Una noche, pensando en esto, me pregunté a mí misma si es que yo era una perra, al fin y al cabo me había metido con Stefano aun cuando tenía novia y además me había estado metiendo con otros manes que se me atravesaban por el camino, sin darle tantas vueltas al asunto acepté que sí, que era una perra, pero más por lo segundo que por lo primero, porque al fin y al cabo el haber seguido con Stefano a pesar de que era novio de Susana era porque yo me había enamorado de él y el de mí, si ninguna de estas dos cosas hubiera pasado mi relación con él no hubiera durado ni una semana, eso es seguro, pero ¿quién puede acusar a una mujer de ser perra cuando se enamora? Y más aún ¿Quién puede acusar a una mujer de ser perra cuando está enamorada de un man que también la ama? Eso es algo totalmente estúpido, el amor no se puede controlar. Algo diferente era con las estúpidas que andaban en celo detrás de Stefano y a las cuales él no amaba y solamente las cogía como un masturbadero. Las detestaba, aunque a ciencia cierta no conocía a ninguna, es decir, sabía que Stefano andaba con una y otra, pero no había tenido la oportunidad de comprobarlo vivamente, eso me mantenía relativamente en calma, ojos que no ven corazón que no siente, aunque mi imaginación, en ocasiones, hacía las veces de mis ojos y comenzaba a mortificarme. Pero al fin de cuentas Stefano se mantenía conmigo y yo estaba segura que sin mí se moría, así que no había razones de peso para dejarme afectar. Una noche en la que estábamos en el centro a Stefano le dio por perderse, salió del bar en el que estábamos parchando y después de que pasaron algunos minutos y él no regresaba decidí llamarlo y el muy pendejo no me contestó, entonces empecé a buscarlo por las calles, les pregunté a algunos conocidos si lo habían visto pero me dijeron que no, cuando estaba a punto de llamarlo nuevamente el celular me timbró, era él, le contesté.

—¿en dónde estás? —me preguntó.

—Como así que en donde estoy —le respondí— pues te estoy buscando ¿a dónde carajos te metiste?

—Estaba con unos amigos que me invitaron unos guaros.

—¿y ya volviste al bar?

—Sí, aquí te estoy esperando —dijo.

Cuando iba de regreso al bar, me topé en una esquina con un grupo de guaguas, todas estaban bien arregladas, tenían buen culo y casi todas eran lindas, cuando pasé al frente de ellas me quedaron mirando y un par soltaron una risita, yo no estaba con ánimos de aguantar nada así que volteé y les pregunté qué era lo que les causaba tanta risa, ellas me quedaron mirando como con sorpresa de que estuviera encarándolas a todas.

—De nada nena —me dijo una— no es de ti si eso es lo que piensas, tranquila.

—Eso espero —le contesté y seguí mi camino.

Esa noche me la pasé irritada, las excusas que Stefano me daba para cambiarme el genio me irritaban aún más, no le creía ni una palabra de lo que me decía, estaba segura que en esos minutos en los que no estuvo se había perdido con alguna zorra. Cuando acabamos de farrear y estuvimos en su casa, él me empezó a tocar, quería coger y yo con todo ese estrés que tenía cargado también necesitaba tener un pene adentro para que me relajara, pero cuando se lo fui a mamar noté ese olor y cuando se lo chupé ese sabor, ese olor y ese sabor a semen, lo que significaba que ya había eyaculado, entonces me puse de pie y le pregunté a quien demonios se había cogido.

—¿De qué me estás hablando? —me preguntó.

—Como así que de qué me estás hablando —le dije— ¿crees que me creo ese cuento de que estuviste con unos amiguitos? no me creas pendeja.

Entonces me abroché la blusa y aunque el intento detenerme, no pudo hacerlo y me fui para mi casa. Toda esa noche soñé con algo negro, algo que no sé lo que era, era como un río de aguas espesas que lo abarcaba todo, un río que poco a poco se iba convirtiendo en una vorágine, en el sueño no había nada más que eso ¡nada más! Cuando me desperté aún era de madrugada y todo estaba oscuro, me encontraba agitada así que me levanté y me fui a echar agua a la cara para quitarme la impresión, después subí a la terraza, un viento frío soplaba, pero aun así me quedé parada ahí, encogida, tratándome de calentar a mí misma viendo la ciudad, que me pareció desconocida.

Desde aquella noche las sospechas de que Stefano se encontraba con otra cuando no estaba conmigo se agudizaron y lo empecé a vigilar más, al mismo tiempo mis celos empezaron a aumentar, me irritaba que Stefano mirara a otras chinas, a veces, tan descaradamente, mientras yo estaba a su lado. Yo le reclamaba pero él me decía que me estaba representando cosas que no eran, igualmente las llamadas que le hacía aumentaron, eso me hacía sentir más tranquila y mis sospechas se calmaban, me empecé a volver intensa, pero no lo podía evitar, si se soltaba a Stefano a sus anchas él se daba libertades excesivas.

Entonces salimos de vacaciones de la universidad y las cosas se hicieron más difíciles; por lo menos estando en la universidad yo podía estar más pendiente de él, pero de vacaciones lo único que me quedaba por hacer era llamarlo para que me fuera a ver a mi casa, o ir a verlo yo a la de él, y así lo hacía, no había día en que no lo llamara para que nos viéramos. Cuando estaba con él me sentía sosegada, el problema era cuando no lo estaba, una extraña ansiedad se apoderaba de mí, una ansiedad que cada vez se fue haciendo más persistente hasta que ya no pude sacarme a Stefano de la cabeza y a cada instante me preguntaba qué estaría haciendo ¿estaría en la casa? ¿saldría a algún lugar? ¿estaría con alguna otra china? Lo primero que hacía al despertarme era llamarlo y lo último que hacía cuando me iba a acostar igualmente era llamarlo; cuando tenía la oportunidad de ir a quedarme a su casa lo hacía, si hubiera sido por mí me hubiera quedado viviendo con él durante todas

las vacaciones. Los fines de semana los pasábamos juntos y nos divertíamos, pero yo no podía ver que Stefano se pusiera a hablar con otras, porque inmediatamente me imaginaba lo peor, sin darme cuenta me estaba haciendo presa de una obsesión sin igual, mis ojos no se despegaban de él y cuando lo miraba sonreír con otra china sentía que me lo estaban quitando. Un día decidí que lo mejor era convencer a Stefano que dejáramos de salir, de ese modo evitaba los riesgos que se encontraban desde el viernes en las calles con tantas gatas sueltas. Así que cuando se hizo viernes y me encontré con Stefano en su casa él estaba entusiasmado, como siempre que llegaban los viernes y su desencanto fue evidente cuando le dije que era mejor que no saliéramos, me quedó mirando extrañado, como era de esperarse, porque yo era de esas personas que no se podían perder un fin de semana, me le media a todo, esa era una de las cosas que precisamente había hecho que Stefano y yo nos enamoráramos, él era igual a mí, así que yo me esperaba esa mirada que me dio cuando escuchó mis palabras.

—¿y eso por qué? —me preguntó.

—Solo quiero que estemos juntos —le dije acariciándole el pecho.

—¿y qué es lo que vamos a hacer?

—Pues podemos ver una película ¿no?

—¿una película?

—Sí, una película

Él se rasco la cabeza y se quedó mirándome como si aún no comprendiera bien lo que me pasaba, seguramente se estaba preguntando si estaba hablando en serio, hasta que comprendió que sí, que era enserio.

—Pero yo no tengo muchas películas —me dijo.

—Eso no importa —le dije— lo importante es que estemos juntos.

Traté que ese viernes fuera lo más ameno posible, hicimos papas fritas, con salchichas y compramos salsa rosada y de tomate y una gaseosa, cuando se hizo la noche nos acostamos y comenzamos a ver Depredador que según dijo Stefano era lo más interesante para ver que tenía, pero para mí eso no importaba nada, lo importante era que estaba ahí, con Stefano a mi lado y sin ninguna hembra a nuestro alrededor. Cuando se hicieron más o menos las nueve, Fabian, el mejor amigo de Stefano, lo llamó; se pusieron a hablar y Stefano dijo que estaba en la casa conmigo y que lo más probable era que no, que no fuéramos a salir y después se despidieron. Inmediatamente colgó Stefano me quedó mirando como para indagar si aún me mantenía en mi propuesta de no salir.

—Tal parece que en el centro está bueno —dijo.

—¿sí? —dijo yo desinteresadamente.

—Es temprano, aún estamos a tiempo de salir —dijo.

—Pues yo no quiero salir, pero si vos quieres dejemos las cosas así y yo me voy a mi casa y vos te vas al centro —le dije molesta.

—No no es eso —dijo— solamente quería saber si querías salir, por mí está bien, quedemos aquí.

Al siguiente viernes las cosas ya no fueron iguales, cuando Stefano escuchó que quería que nos quedáramos en la casa, a su aspecto de asombro se le añadió un tono de molestia.

—¿otra vez? —me dijo.

—Sí, otra vez —le dije.

—Pero ¿Por qué?

—Porque quiero estar contigo —le dije.

—Pero es que si salimos también vamos a estar juntos.

—Sí, pero yo quiero que estemos solamente los dos.

—Vos sabes que lo mío no es quedarme en la casa.

—No —le dije— lo tuyo es salir para verte con tus perras.

—Ahh ¿se trata de eso? —me dijo— vos te armas muchos videos en tu cabeza.

—Si claro —le dije— a mí no me vienes a enredar, yo te conozco, vos no puedes ver un culo sin que te chorree la baba, sino te gusta estar conmigo solamente decilo.

—Vos puedes pensar en los videos que te plazcan —me contestó— pero yo no voy a ceder a tus caprichos para que me encierres en una cárcel, ni más faltaba.

—Está bien —le dije— entonces puedes largarte con tus perras.

Salí de la casa de Stefano con la furia electrizándome los pelos, agarré un bus que me llevó al centro y de ahí me fui al Subterráneo, Stefano me había llamado ya un par de veces, pero yo no quería contestarle, me sentía tan rabiatica con él que lo que quería era otra cosa y en el Subterráneo sabía que la podía encontrar, allí estaban un montón de manes que me tenían ganas y apenas me vieron entrar me desnudaron con la mirada. Uno de ellos con el cual ya había tenido la oportunidad de hablar se me acercó y me invitó una cerveza, nos mantuvimos conversando por un rato hasta que el man me dijo que tenía un lugar más privado al que podíamos ir y yo le dije que vayamos, pero justo cuando ya estábamos por salir del Subterráneo un man se nos atravesó, era uno con el que ya había culiado y se encontraba enteramente borracho, me preguntó a donde iba, le dije que eso no le importaba.

—Pues claro que me importa —me dijo apretándome con fuerza el brazo— no ves que vos sos mía. Yo me puse como una fiera al ver como el man me trataba y diciéndole que me suelte le zampé una cachetada, entonces el gran malparido intentó devolvérmela, pero el man que estaba conmigo le metió un empujón que lo mandó al suelo y ahí le metió dos zapatazos que lo hicieron elevarse, entonces el parche del borracho se levantó y fue corriendo a cascar al man que estaba conmigo pero él también tenía su parche el cual acudió a su ayuda y ahí se comenzaron a levantar con sillas, con botellas, con mesas y con lo que encontraban. Yo sin esperar a más, salí del bar y empecé a caminar hasta que llegué a la zona de los rockeros y comencé a buscar a Stefano; había pasado algún rato desde que no me llamaba y eso me puso inquieta. No lo encontraba en ningún lado ni a él ni a nadie del parche, pensé en llamar a Nanica, pero en seguida supe que lo mejor era caer de sorpresa por si Stefano se encontraba con alguna otra vieja, así que seguí buscando, hasta que alcancé a distinguir a Samuel, y me fui acercando sigilosamente y todos los del parche empezaron a aparecer y entonces vi a Stefano, estaba hablando con una china atractiva mientras tomaban cerveza, reía, y no se lo miraba en absoluto preocupado por mí. Tuve el impulso de salir hacia ellos y aguarles la fiesta pero me contuve, decidí que lo mejor era seguir vigilando a Stefano, así que me escondí bien entre la gente y tuve cuidado de que ninguno de los del parche me viera. Ellos se mantuvieron un rato más hablando en la calle y después entraron a un bar, Stefano entró con aquella china, quiso entrar para ver lo que hacían pero corría el riesgo de que alguno de ellos me viera, así que me mantuve afuera sin despegar el ojo del bar por si Stefano salía. Pasaron más o menos dos horas y entonces Stefano salió con la vieja ¡agarrados de la mano! Sentí que la sangre se me subía a la cabeza. Los seguí, caminaron más o menos cinco cuadras, hasta que cruzaron por una esquina que los conducía a una calle solitaria, esperé un momento antes de asomarme para ver lo que hacían, no fuera que les diera por mirar hacia atrás; después de que tuve la seguridad de que estaban en lo suyo me fui asomando poco a poco y entonces vi lo que hacía mucho ya había tenido que ver: Stefano mantenía a la vieja arrimada contra la pared mientras se la vacilaba y con una mano le tocaba la panocha. Las lágrimas se derramaron de mis ojos como si se hubieran roto, no sentí rabia, no quise correr hacia ellos para mechonear a la vieja, lo único que sentía era una desilusión tan enorme como para devorarse al mundo entero, una desilusión estúpida por lo demás, porque yo siempre había sabido como era Stefano, pero verlo

besando a aquella guagua con tanto ardor era algo tan infernal, que no podía evitar el desmoronarme, por más que lo hubiera previsto. No quise seguir viendo aquel espectáculo tan doloroso y desmoralizador, enderecé mis pasos hacia mi casa y eché andar, hasta que conseguí un taxi. Me sentía una fracasada, siempre salía derrotada en el amor, así había sido con Luis, con Marcelo y ahora con Stefano.

Cuando llegué a mi casa, me encontraba como nunca antes, estaba a punto de un colapso, el sentimiento era mucho más fuerte que cuando me había dejado Marcelo, me tiré en la cama y estuve llorando por un buen rato, sentía que la vida se me iba con cada lagrima, en esas Stefano me llamó, entonces lo que hice fue apagar el celular, Stefano me pareció el hombre más detestable sobre la tierra, alguien que solo me utilizaba como uno de sus tantos masturbaderos. Todo lo que yo había pensado, que me amaba, que era la primera sobre todas las demás perdió su sentido, yo no era nada más que una entre tantas, si yo algún día llegaba a faltar en su vida él simplemente elegiría a una de esas tantas y seguiría como si nada. Cuando el llanto se me calmó me quedé mirando al techo, tenía la cara empapada, el tiempo pareció detenerse y el dolor se me anestesió, me puse a pensar; desde que había conocido a Stefano había pasado un año y medio, habíamos tenido que afrontar un montón de cosas, entre ellas la más trascendental: la muerte de Susana. Yo me encontraba completamente enamorada de él, pero él no podía dejar de ser lo que era: un mujeriego. Desde hace mucho tiempo que había querido agarrarlo con las manos en la masa y apenas hasta esa noche lo lograba, pero ahora que lo había logrado ¿Qué tenía que hacer? Hubiera preferido haberlo agarrado cuando Susana aún vivía, así por lo menos hubiera tenido la excusa de que no valía la pena enojarme por lo que hacía un hombre que no me pertenecía, pero Susana ya no estaba y yo era la que se suponía era la novia legítima de Stefano, así que ¿Qué debía hacer? ¿dejarlo? ¿seguir con él e intentar que cambie? — ¿Qué debo hacer? me preguntaba en esos momentos ¿Qué debo hacer? — y con esta pregunta repitiéndose en mi cabeza una y otra vez me fui quedando dormida; entonces soñé que me encontraba en mi habitación mirando por la ventana, hacia un sol espectacular, los pájaros cantaban y unos niños jugaban en la calle dando gritos alegremente, de repente, alguien tocaba la puerta, entonces, corría la cortina y la habitación se hacía más oscura e iba a abrir, y cuando lo hacía un olor fétido irrumpía con fuerza, eso era lo único, no había nadie, entonces cerraba la puerta y cuando me daba la vuelta me encontraba con una sombra parada en la esquina de mi habitación, el espacio que la circundaba era más oscuro que el del resto de la habitación, entonces la respiración se me aceleraba y el corazón me comenzaba a latir cada vez más fuerte, me quedaba contemplándola por un rato, tratando de distinguir de quien se trataba, pero me resultaba imposible.

—¿Quién eres? —le preguntaba entonces.

Pero la sombra se mantenía en un silencio total.

—¿Te conozco? —le preguntaba.

La sombra no respondía palabra alguna, los pájaros y los niños de la calle ya no se escuchaban y por la cortina de la ventana se alcanzaba a distinguir algo más allá, algo que no era precisamente la ciudad, entonces me daba cuenta de que ya no me encontraba en el mundo, o al menos no en el mundo que compartíamos los humanos.

—¿Por qué no hablas? —le decía entonces a la sombra— ¿Quién eres? —le volvía a preguntar.

Y entonces la sombra se reía complacida.

—¿en serio no me conoces? —me respondía con una voz que no era ni de hombre ni de mujer— pero si nosotros nos conocemos bien.

—No, no te conozco —le contestaba— es que eres una sombra.

—Pues entonces acércate —me decía— acércate y podrás saber quién soy.

—Está bien —le contestaba.

Entonces indecidamente daba un primer paso hacia ella, un segundo y cuando iba a dar el tercero me desperté. Me encontraba tremadamente agitada y con el corazón acelerado al igual que en el sueño, la luz del sol aun no salía, miré la esquina de mi habitación en la que la sombra estaba parada en el sueño y sentí terror, me pareció que aún se mantenía ahí, observándome, su presencia era tan palpable que todo el cuerpo me comenzó a temblar, me encontraba enteramente bloqueada, intenté llamar a mi papá pero no podía hablar, pero entonces me dije a mi misma que me controlara, que no me dejara llevar, fui calmando mi respiración y al mismo tiempo el temblor se me fue disminuyendo, hasta que tuve la fortaleza de levantarme de la cama y de un par de brincos llegué al encendedor y prendí la luz; en la esquina de la habitación no había nada ¿Qué demonios había sido eso? Nunca antes me había pasado algo así, fui al baño y me eché agua en la cara, después regresé y me senté en la cama hasta que el sueño se apoderó de mi nuevamente, entonces, apagué la luz y me metí en las cobijas.

Al otro día no quise prender el celular porque sabía que Stefano me llamaría y yo quería mantenerlo en vilo. Al medio día llegó a la casa, a pesar de lo que había pasado la noche anterior me sentí contenta de que estuviera en mi casa buscándome. Cuando le abrí le dejé notar mi malestar, él me saludó y yo sin contestarle le dejé la puerta abierta para que pasara y me fui a sentar a la sala, él siguió e intentó darme un beso en la mejilla, pero yo lo esquivé, entonces tomó asiento.

—Te he estado llamando desde anoche —me dijo.

—Apagué el celular —le dije— me sentía muy cansada y no quería que nadie me moleste.

El me quedó mirando pensativamente.

—¿aun estas brava por lo de anoche? —me preguntó.

La pregunta me hizo apretar los dientes de la rabia que me causó, lo quedé mirando agriamente, pensé que seguramente se había follado a la vieja de anoche y aun así llegaba a mi casa a hablarme con esa cara de total tranquilidad.

—¿en dónde estuviste anoche? —le pregunté.

—Pues en el centro —me dijo— con todos los demás.

—Ahh ya ¿y si pudiste estar con alguna de tus mozas?

—Ahh no vayamos a comenzar nuevamente con lo mismo... —dijo, haciéndose el cansado del mismo tema.

—¡Te vi maldito imbécil! —le grité interrumpiéndolo— ¡vi como besuqueabas y manoseabas a otra vieja!

Él se quedó como momia, totalmente callado.

—¿en dónde me viste? —preguntó.

—Eso no importa —le dije— solo contentate con saber que te vi.

—Bueno si —dijo— lo acepto, estuve con otra vieja anoche, pero estaba muy borracho y además tenía mucha piedra de que no hubieras querido salir conmigo, además, las cosas no pasaron de un vacilón, esa china no significa nada para mí.

—No te creo —le dije.

Entonces él se levantó e intentó sentarse a mi lado, pero yo me levanté y me quedé parada en mitad de la sala, lo que esperaba es que él me insistiera, que tratara de enmendar su error, pero no fue así.

—Te pones brava conmigo por un desliz, sabiendo que vos has hecho lo mismo muchas veces —me dijo.

—¿Cómo? —le dije.

—Pues sí ¿o es que acaso vos crees que no me he dado cuenta que me las has hecho más de una vez?

—¿Qué clase de mujer crees que soy? —le pregunté y me le fui acercando lentamente.

Él se quedó callado mirándome con cara de dignidad, como si fuera él el que tuviera la razón y yo fuera una histérica insopportable, no pude soportar ese chantaje y saqué la mano y le di una cachetada que le hizo voltear la cara, entonces sin decir nada y sin voltear a verme se fue. Sentí como abrió y cerró la puerta y yo me quedé parada en la sala, se suponía que tenía que sentirme desahogada pues me había dado mi lugar pero, en lugar de eso, me sentía ahogada, sentía rabia contra mí misma y en la cabeza se me empezó a formar una vorágine de pensamientos indescifrables, la ropa me incomodaba, sentía que mi propia piel me quedaba estrecha y me apretaba. Empecé a masajearme la cabeza para tratar de calmarme pero en lugar de eso cada vez me fui agarrando el cabello con más fuerza hasta que acabé repelándome y arañándome el cuerpo, quería despegarme la piel, despellejarme, deshacerme de eso que me apretaba, me tiré al mueble y empecé a revolcarme y a gruñir como un animal, quería salirme de mi misma, sentía que mi cuerpo estaba a punto de explotar y esparcirse por todos los rincones de la casa, hasta que me quedé estática y miré mis brazos arañados y sangrantes, entonces me levanté y fui a mi habitación en la cual me encontré con la luz intensa que entraba por la ventana y que me dio de golpe en los ojos, entonces cerré la cortina, eché seguro a la puerta y me tiré en la cama, no quería saber nada del mundo ni que el mundo supiera nada de mí, deseaba estar en un lugar apartado, en algún pequeño pueblo de pocos habitantes donde nadie me conociera. Cuando estaba a punto de dormirme escuché un ruido en la habitación de mis papás, como si alguien hubiera abierto el closet.

—¿mamá? —pregunté— ¿mamá ya llegaste?

Nadie respondió, pensé que algún ladrón se había metido a la casa, entonces me levanté, abrí la puerta del cuarto y eché un vistazo, no había nadie, así que salí y empecé a caminar sigilosamente, revisé todas las habitaciones pero no había nada, todo estaba en perfecto orden, entonces me miré los brazos rasguñados segregando sangre y supe que no era buena idea que mis papás me encontraran así, así que regresé a mi cuarto, abrí la cortina, alisté ropa y me entré a bañar. Me encontraba extremadamente estresaba, mis hombros estaban duros como si se hubieran formado dos bolas en ellos y los sentía pesados, los rasguños me ardían con el agua y el jabón, pero aun así me quedé mucho tiempo en la ducha, sintiendo como el agua caía en mi cuerpo, me quería olvidar de todo. Cuando salí de la ducha limpié el espejo empañado de vapor y contemplé las heridas en mi piel causadas por mis uñas, la que más me ardía era una que me había hecho en el pezón del seno izquierdo que lo había alcanzado a desgarrar y levantar, después me concentré en mi cara, tenía los ojos hinchados, estaba pálida y la mandíbula me dolía a causa de haberla apretado tanto. Me sequé y salí del baño, y cuando llegué a la habitación noté al instante que la cortina había sido cerrada ¿Quién lo había hecho? Pensé que tal vez alguien estaba adentro de la casa y permanecía escondido, entonces tomé un adorno de porcelana y con la toalla enrollada en mi cuerpo empecé a buscar, miré debajo de mi cama, abrí mi closet, no había nada, entonces con sigilo fui a la cocina y tomé un cuchillo, y con él en una mano y con el adorno de porcelana en la otra revisé toda la casa, el primer y el segundo piso y la terraza y no encontré nada, todo estaba en su lugar y en orden. Cuando estuve nuevamente en la habitación volví a abrir la cortina y entonces entró la luz débil de cuando la tarde empieza a decaer y la cual le dio a mi cuerpo y a sus heridas un color a muerto. Cuando estuve cambiada decidí prender el celular, la última llamada que había recibido de Stefano era a las doce y media de la tarde, justo antes de que viniera a mi casa, pensé en lo que estaría haciendo, era sábado y pensé que seguramente estaría con sus amigos emborrachándose y por supuesto también con alguna china,

tenía ansias por estar con él, pero de ninguna manera lo iba a llamar, así que dejé el celular en el nochero y me puse a ver televisión. Después de un rato llegó mi mamá y fue a verme a mi pieza, al verme con bufanda me preguntó qué me pasaba, le dije que estaba un poco agripada pero que no era nada grave, después llegó mi papá e igualmente fui a mi habitación y me preguntó si me sentía muy mal y le dije que no, que solo era cuestión de un pequeño resfriado.

—Por eso tienes que dejar de salir tanto y aprender a quedarte en la casa —me dijo y yo me reí. Cuando llegó la hora de la cena fui a traer mi plato de comida y cuando ya iba de regreso a mi habitación mi mamá me preguntó qué me había pasado en la cara, yo maldije mi suerte.

—¿en dónde? —le pregunté fingiendo ignorancia.

—Pues aquí —dijo.

Y se me acercó y me tocó una herida que del cuello había alcanzado a pasar a mi cara, entonces bajó más la bufanda y al notar que las heridas se multiplicaban la bajó por completo y miró mi cuello con todos los rasguños que me había hecho.

—Pero... ¿Qué es esto? —dijo estupefacta.

Entonces mi papá se levantó de la meza y fue a ver de qué se trataba y al verlo, me miró con incredulidad, entonces me tomó un brazo y me alzó las mangas del buso y la camisa que llevaba puesto.

—¿Quién te hizo esto? —me preguntó.

—Fue un accidente —le dije.

—¿Un accidente? ¿Qué accidente?

—Me peleé con una vieja.

—¿con cuál vieja? —preguntó mi mamá.

—Ustedes no la conocen.

Mi papá y mi mamá me quedaron mirando con incredulidad y espanto.

—Sacate el buso y la camisa —dijo mi mamá.

—Pero ¿para qué?

—Tu solamente hazle caso a tu mamá —dijo mi papá alterado.

—No lo voy a hacer —les dije con determinación.

Mis papás se quedaron sin saber qué hacer, impotentes, yo seguí y me encerré en la habitación. Comí sin muchas ganas y me puse a ver televisión, aunque esto es un decir, porque en realidad me encontraba sumida pensando en qué estaría haciendo Stefano —por qué carajos no me llama, pensé— la inquietud cada vez aumentaba más, hasta que decidí llamarlo, pero no me contestó, le intenté una y otra vez sin obtener resultado y entonces decidí salir a buscarlo. Les dije a mis papás que volvería pronto y ellos intentaron impedir que saliera, les dije que necesitaba hacer algo urgente y salí casi corriendo de la casa, encontré un taxi y fui al centro.

No me resultó difícil encontrar a Stefano, se encontraba en un bar vistosamente borracho junto con todos los demás del parche, justo cuando eché a andar hacia ellos vi aparecer a la vieja de la noche anterior la cual salía del baño y se dirigió hacia la mesa en la que estaba Stefano, entonces me di cuenta de la silla vacía que estaba al lado de él y aceleré el paso de tal modo que me adelanté a la zopenca y me senté de primera en la silla. Ella se quedó parada sin saber qué hacer, todos los del parche se alegraron de verme y Erica y Nanica me saludaron efusivamente como para hacerle ver a esa china que sobraba; por su parte Stefano me quedó viendo con cara de borracho, se notaba que estaba tomando desde hace horas, tal vez desde el primer momento que había salido de mi casa después de la pelea, entonces movió su silla más cerca de la mía, y me dio un beso en la mejilla.

—Me alegra mucho que estés aquí mi amor —me dijo.

Mientras tanto la china a la que le quité la silla se había ido a sentar con otro parche, pero se mantenía mirando hacia nuestra mesa, noté que me observaba con curiosidad, hasta que le planteé la mirada en los ojos y entonces volteó a ver hacia otro lado, era una nena linda, de apariencia inocente, lo único que quería era que tuviera las agallas de sostenerme la mirada y entonces estaba dispuesta a arrastrarla por todo el piso, pero no lo hizo, tuvo cuidado de no voltear a ver hacia nosotros. Stefano solo pudo aguantar un rato más y se quedó dormido en la meza, entonces le pedí a Samuel, que era el que más cuerdo estaba de todos, que me ayudara a sacarlo para conseguir un taxi. Cuando estuvimos montados en el taxi le pedí al conductor que nos llevara a la casa de Stefano, él se quedó dormido en mi hombro y cuando llegamos a su casa el taxista me ayudó a cargarlo hasta la puerta, golpeé y su mamá nos abrió y me ayudó a llevarlo hasta su habitación y entonces salió y nos dejó solos. Yo me desvestí y solo me quedé con una tanga y una blusa y me acosté, no sabía lo que hacía ahí, me sentía como mosco en leche, pero aun así no quería irme, porque lo amaba y deseaba hacer el amor con él, así que me mantuve despierta, pensando en todo lo que había pasado ese día, hasta que supuse que Stefano estaba un poco mejor y le comencé a acariciar la cara y entonces Stefano habló:

—Gracias, te quiero mucho Valeria —dijo.

—¿Valeria? ¿Quién era ella? ¿La china con la que lo había visto?

—¿Quién es Valeria? —le pregunté dándole un empujón, pero no contestó.

—¿jquién es!? —le dije sacudiéndole la cabeza, pero estaba completamente borracho.

Me sentía como una total estúpida durmiendo al lado de un man que ni siquiera me tomaba en serio, para el cual no era más que un juego, una más, una más, una más y... nada más. Totalmente llena de rabia y de vergüenza conmigo misma, me levanté y fui a la terraza, y allí me puse a dar vueltas de un lugar a otro, mordiéndome los labios y apretándome los brazos, abrazándome a mí misma, el frío de la ciudad me penetraba por todos los poros, hasta que sentí el chuzón en mi brazo izquierdo, entonces paré y miré, me había apretado tanto que las uñas se me habían enterrado, saboreé también el sabor a sangre y me di cuenta que me había mordido los labios hasta hacerlos sangrar, entonces, escuché a mi lado una risa burlona y fugaz de mujer, voltee a ver asustada, no había nadie; ahora al frío de la noche que sentía se le añadía el frío de mi miedo, esa risa había sido muy real, aunque no había tenido el volumen más que de un susurro. Eché a caminar y cuando llegué al inicio de las gradas miré abrirse el trayecto cubierto de oscuridad que me llevaba a la habitación de Stefano, presentía que alguien se mantenía cubierto en esa oscuridad y me esperaba en algún lugar de ese trayecto, realmente había algo en esa casa, algo que, aunque me pareciera imposible, no era humano, estuve parada tratando de ver entre las sombras qué cosa era, el miedo era tanto que no me permitía moverme. Me mantuve así durante algunos minutos hasta que tuve la suficiente determinación y empecé a caminar lo más rápido que pude hasta que llegué a la habitación de Stefano y prendí la luz, mi cerebro y mi corazón estaban en un nivel tan frenético de revoluciones que yo no entendía lo que pasaba, me parecía que estaba en algún tipo de realidad en la cual no había estado nunca, hasta que miré a Stefano dormido resoplando, y miré la habitación y mi respiración volvió a sus cauces casi normales, entonces, aunque mi intención después de escuchar a Stefano llamarle Valeria había sido irme, apagué la luz y me metí en las cobijas, no quería dar ni un paso fuera de la habitación. Esa noche la pasé en vela, aunque el sueño que tenía era enorme, pero apenas me iba a dormir mis ojos se volvían a abrir hasta que sentí que la mamá de Stefano se levantó a preparar el café y se volvió a acostar; el sol ya había salido, entonces me levanté, me puse la ropa y miré la hora, eran las seis y pico de la mañana, Stefano se mantenía totalmente dormido, los ojos me ardían, sentía que tenía una tonelada de cemento cerrándome cada uno de ellos, al salir del cuarto no pude evitar mirar el trayecto

que tanto terror me había causado la noche anterior, después salí, y conseguí un taxi para que me llevara a mi casa.

La voz del taxista me despertó.

—Señorita, señorita.

Yo abrí los ojos y noté que ya habíamos llegado al barrio.

—¿En qué casa la dejo? —preguntó el taxista.

Al llegar a mi casa, seguí al cuarto, cerré la puerta sin preocuparme por echarle seguro, me quité los zapatos y me metí a las cobijas con todo y ropa, lo único que deseaba era dormir, entonces, soñé que estaba en mi habitación dormida, y que de repente un ruido me despertaba y escuchaba que alguien abría y cerraba los cajones de la habitación de mis papás.

—¿mamá? —preguntaba— ¿mamá ya llegaste?

Pero nadie respondía, entonces me levantaba, salía de mi habitación y me dirigía hacia la de mis padres y cuando llegaba me encontraba de espaldas a una mujer tremadamente flaca hincada en el closet, abriendo y cerrando una y otra vez uno de sus cajones.

—Buenas tardes —le decía— ¿Quién es usted?

Entonces la mujer paraba de abrir y cerrar el cajón y se ponía de pie.

—Soy la misma que estuve ayer aquí mismo, en tu casa —contestaba.

—¿ayer? —le decía— pero si ayer no vino nadie más que el imbécil de Stefano.

—Te equivocas —contestaba— yo también estuve aquí, abriendo y cerrando este mismo cajón una y otra vez para que te despertaras y cuando te fuiste a bañar entré a tu cuarto, pero no me gustó que hubieras dejado la cortina de la ventana abierta, así que la cerré.

Entonces el terror me invadía y me ponía el cuerpo frío.

—¿fuiste tú la que hizo eso? —le preguntaba.

—Claro que fui yo —decía.

Y entonces se daba la vuelta ¡era Susana! con una cara que solo era una calavera cubierta de piel, sin nada de carne, con unos ojos brotados y con una sonrisa diabólica que dejaba ver sus dientes podridos. El horror que me causaba esa imagen era tanto que intentaba salir corriendo de la habitación, pero entonces la puerta se cerraba y yo comenzaba a luchar para abrirla, hasta que sentía la mano de Susana en mi hombro y me quedaba congelada del pánico.

—Tranquila —me decía— tu y yo somos hermanas porque ¿te has enamorado de él no? Si, claro que sí, eso nos hace hermanas, eso nos hace hermanas —y se echaba a reír y el eco de esa risa lo abarcaba todo!

Mis papás me despertaron.

—¡Valentina! ¡Valentina despierta!

Cuando abrí los ojos y miré a mis padres me costó entender lo que sucedía.

—Tranquila —me dijo mi mamá acariciándome con una mano la cara— tranquila, todo fue una pesadilla.

Después de que mis papás me dieran un vaso de agua y me preguntaran qué era lo que había soñado y yo les mintiera inventándoles un sueño, me quedé sola en la habitación ¿Qué puedo decir de lo que pensaba y de lo que sentía entonces? ¿alguien puede ponerse por lo menos un segundo en mis zapatos y suponer como estaba yo en esos momentos? Primero los hechos extraños de los ruidos de la habitación de mis padres y de que la cortina se cerrara después de que yo la había abierto y ahora soñaba a Susana diciéndome que había sido ella quien había hecho todo eso. Mi cabeza estaba como una avalancha, eso no podía ser casualidad, aunque yo me intentara convencer de que sí lo era. Me sentía como atada de pies y manos y aunque trataba de aclarar mis pensamientos me resultaba infértil,

era como si algo se mantuviera en mi cabeza enclaustrado, algo que quería salir desesperadamente, entonces alguien tocó la puerta de la casa, mi mamá fue a abrir y cuando escuché la voz de Stefano un escalofrío me sobrecogió todo el cuerpo, escuché como él y mi mamá se saludaban y a mi mamá diciéndole que esperara un momento que ya me avisaría que él había llegado, entonces mi mamá vino hasta mi habitación.

—Valentina, mi amor, tu novio está aquí —me dijo.

Yo no le contesté nada pues sentía un bulto atrancado en mi garganta.

—Valentina ¿estás dormida?

Mi mamá al ver que no le contestaba regresó donde Stefano y le dijo que me encontraba dormida, pero él le dijo que tenía algo importante que decirme que por favor me despertara, así que mi mamá volvió y se acercó a mí y cuando ya se disponía a despertarme se dio cuenta que yo estaba con los ojos abiertos.

—Valentina —me dijo— tu novio está aquí, dice que tiene algo importante que decirte ¿quieres que lo haga pasar?

—Si —le dije someramente, aunque yo sabía que esa supuesta cosa importante que tenía que decirme no era más que una excusa para hablar conmigo.

Entonces hice un esfuerzo para soltar mi cuerpo y me senté apoyada al respaldo de la cama y Stefano entró a la habitación, me saludó y se sentó al filo de la cama muy cerca a mí y entonces en voz baja, como para que mis papás no lo escucharan, me pidió disculpas por haber estado con otra, me dijo que ella no significaba nada para él y que nunca más volvería a pasar, que yo era la única a la que amaba. Yo escuchaba sus palabras como si vinieran de otro mundo, me encontraba sumergida en mi propia cabeza tratando de descifrar otra voz.

—Ey Valentina ¿Qué te pasa? —dijo entonces Stefano— ¿Qué te pasa? —me dijo agarrándome de la cara al ver que no le contestaba.

Entonces tomé plena conciencia de mi habitación y de Stefano preguntando qué me sucedía, que si lo estaba escuchando.

—Si —le contesté— si te escucho, pero en estos momentos no me siento con ánimos para hablar de lo que pasó, tengo que pensar las cosas, necesito estar sola.

Stefano me quedó mirando y dio un suspiro.

—Está bien —dijo— espero que pienses bien las cosas y que no dudes ni un segundo que te amo— entonces se levantó y se fue.

Yo quería deshacerme por completo de esa sensación horrible que me había dejado la pesadilla así que me levanté y me fui a dar una ducha, la cual contribuyó a que los nervios se me relajaran. Después de que estuve bañada almorcé y salí a dar un paseo por el barrio ya que no quería volver a la habitación. Subí al escondite al que me gustaba ir cuando estaba en el colegio y al que hace mucho que no iba, pero cuando llegué me encontré con que la mayoría de los matorrales habían sido cortados y que del escondite ya no quedaba nada, así que seguí caminando hasta que llegué a un parque y me quedé mirando como jugaban los niños, después caminé una hora más o menos hasta que decidí regresar a la casa. De vuelta en la habitación abrí la cortina y me acosté a mirar televisión, hasta que se hizo de noche y mi mamá me llamó a comer, pero el estómago se me había cerrado y no tenía apetito, así que le dije que más tarde comería y me mantuve en la cama hasta que los ojos se me comenzaron a cerrar entonces cerré la cortina apagué el televisor y me envolví en la cama.

Todo aquel día había estado luchando para abstraerme de pensamientos demenciales que se mantenían sobrevolando mi cabeza y lo había logrado en gran medida y cuando cerré los ojos quería que eso se mantuviera así y cuando me vi a mí misma en el escondite por cuyas ramas se escabullían

los rayos del sol, en el mismo sueño pensaba que no iba a soñar con ninguna cosa tenebrosa y me sentía totalmente contenta por eso, hasta que los rayos del sol que entraban en el escondite se empezaban a debilitar y la noche empezaba a caer y yo comenzaba a pedir que por favor no anocheciera, que el sol se mantuviera alumbrando, pero la noche lo cubría todo y el escondite se quedaba sumergido en las penumbras y solo entonces me daba cuenta que estaba sola, que toda la tarde me había mantenido en el escondite sin nadie acompañándome y en ese preciso momento el escondite se transformaba en un torbellino hasta que se convertía en mi habitación y entonces miraba a la sombra en frente de mí y terminaba de dar el tercer paso que no había terminado de dar la última vez que había soñado con ella, y daba un cuarto paso, acercándose más a ella, y también daba un quinto y entonces un ruido me despertó. Miré a mi alrededor, la habitación se mantenía tranquila aunque yo estaba agitada, me mantuve expectante a ver si el ruido que me había despertado sonaba de nuevo pero cuando hubo pasado un rato y nada sonaba yo pensé que aquel ruido había sido parte del sueño, entonces cerré los ojos para tratar de dormirme nuevamente y entonces, pác, sonó de nuevo, abrí los ojos y el espanto me erizó todo el cuerpo, pác, sonó otra vez, reconocí el sonido, era el sonido de uno de los tantos cajones de la casa cerrándose, entonces, no sé cómo lo hice ni por qué, pero me levanté y prendí la luz de mi habitación y después abrí la puerta y di un vistazo, en el pasillo no había nadie, así que caminé hasta la pieza de mis papás, abrí la puerta y miré el closet en el que había soñado hincada a Susana, todo estaba normal, ninguno de sus cajones se encontraba abierto, mis padres dormían aparentemente bien, y entonces, pác, volvió a sonar, el ruido venía del segundo piso, entonces fui hasta la sala y prendí la luz y de ahí empecé a subir las escaleras al segundo piso, no sé por qué lo hice ¡realmente no se! ¡Era como si una voluntad ajena a la mía me jalara para seguir hacia los ruidos! Una vez en el segundo piso, prendí la luz del pasillo y noté que uno de los cuartos estaba abierto, así que caminé hacia él prendí la luz y cuando pude dar un vistazo en su interior noté que uno de los cajones de un closet viejo que ahí se mantenía estaba abierto, entonces me acerqué a él y miré si tenía algo pero estaba vacío, lo cerré, y fue cuando me di cuenta de las huellas tenues que había marcadas en el suelo, huellas casi imperceptibles, huellas que salían de la habitación, recorrían el pasillo y subían las gradas hacia la terraza; yo las seguí, y cuando llegué al final de las gradas vi que las huellas iban hacia el filo de la terraza, así que continúe y cuando estuve ahí miré las últimas huellas marcadas en ese filo y miré hacia abajo, a la calle, y aunque la altura me causaba vértigo supe que si quería saber de quién eran esas huellas tenía que subirme en ese filo y justo cuando ya iba a dar el brinco para treparme en él mi mamá me detuvo.

—¡Valentina! —me gritó— ¿qué estás haciendo?

Y no alcancé a voltearme cuando mi papá ya me tenía sujetada de uno de mis brazos.

—¿qué estás haciendo!? —me preguntó alterado volteándose hacia él.

—Nada —le dije— es que hay unas huellas en el suelo que se dirigen hacia acá.

—¿unas huellas? —dijo mi papá y él y mi mamá se pusieron a ver el suelo.

—Pero si no hay nada —dijo mi mamá— ¿qué te está pasando? ¿acaso no te das cuenta del frío que está haciendo? y vos con esa ropa, te puedes resfriar.

Era verdad, no había nada en el suelo, las huellas habían desaparecido, y además el frío que hacía era tremendo y yo que me encontraba apenas con una camiseta y un pantalón pero mi voluntad de seguir esas huellas había sido tanta que no me había fijado nada más que en ellas y no me había dado cuenta de ese frío aunque se había mantenido soplando todo el tiempo. Cuando estuvimos nuevamente en el primer piso mis papás me pidieron explicaciones de lo que había pasado, del por qué había prendido tantas luces y había subido a la terraza a esas horas, yo no sabía cómo explicarles lo que había sucedido y pensé que les parecería enteramente descabellado si les contaba la verdad.

—Es que simplemente me levanté a tomar agua y vi unas huellas en el suelo y pensé que era un ladrón —les dije— ¿Qué esperaban que hiciera?

Mi mamá y mi papá me quedaron mirando de tal forma que parecía que no me reconocían.

—Pero si no hay ninguna huella en el suelo —dijo mi mamá.

—Por lo menos debiste habernos despertado —dijo mi papá— porque de haber sido cierto que había un ladrón en la casa te hubieras puesto en peligro.

—Ya, está bien —les dije— tal vez todo fue a causa de que tenía mucho sueño.

—Y además de todo querías subirte al filo de la terraza ¡te pudiste haber caído por Dios! —dijo mi mamá.

—¡ya no más! —contesté— ya les dije que todo fue una equivocación, tengo mucho sueño, me voy a dormir.

Entonces me levanté y me fui a mi habitación, me metí entre las cobijas, pero no pude dormir, mis padres se quedaron cuchicheando entre ellos por un rato hasta que se durmieron y yo me quedé dando vueltas en la cama y al ver que el sueño se me había esfumado me levanté y me puse a dar vueltas en la pieza, no dejaba de pensar en lo que estaba pasando, los cajones sonando, las pisadas en el suelo ¿todo aquello era real? No estaba segura en ese momento, pero de lo que si estaba segura es que algo sucedía, ya sea solo en mi cabeza o más allá de ella, algo intenso y que se me mostraba allende mis manos para poder controlarlo, sea lo que sea tenía que tomar una decisión, o hacerle frente con fortaleza o sentir miedo y doblegarme.

—Yo soy fuerte —me dije a mi misma— puedo hacerle frente a todo lo que venga.

Tierna ingenuidad, no sabía la magnitud verdadera del monstruo que me acechaba, en parte, porque en el fondo pensaba que todo lo que estaba sucediendo no era más que algún producto de mi imaginación. Con esta sensación de fortaleza logré dormirme antes de que el sol empezara a alumbrar. Cuando me desperté, lo primero que hice fue abrir la cortina, hacía un día radiante y eso me hizo sentir una sensación de bienestar ¡la última de esas sensaciones! Despues de desayunar me metí a la ducha pues quería empezar el día sintiéndome fresca, cuando me cayó el agua encima las heridas de los rasguños del día sábado me ardieron, ardencia que aumentó más con el jabón, entonces me puse a mirar con atención las heridas y noté que no habían cicatrizado en lo absoluto, pero pensé que todo se debía a que era muy pronto para eso. Cuando salí del baño me puse ropa cómoda y me acosté a ver televisión, pasado un rato mi papá me llamó y después mi mamá, cosa poco común que me llamaran a esas horas, pero estaban preocupados por mí y razones no les faltaban. Despues de que almorcé decidí llamar a Stefano, no podía seguir dilatando más el asunto pendiente que tenía con él y cuando me contestó le pedí sin muchas palabras que viniera a mi casa y me cepillé y maquillé un poco y me dispuse a esperarlo en mi habitación viendo televisión, tratando de mantener mi cabeza tranquila, pero aunque lo logré relativamente, lo que no pude fue controlar las ansias de subir al segundo piso para revisar el suelo y ese viejo closet, así que me levanté y me dirigí hacia allá. Una vez estuve en el pasillo del segundo piso me puse a ver con algo de detenimiento el suelo hasta que llegué a la habitación en la cual además del closet solo hay una cama de madera también vieja, aunque no tanto como el closet, esa es una habitación que solo se la utiliza para las visitas que en su mayoría son de familiares, la otra habitación de ese piso no tiene nada más que trastos y cosas viejas. Abrí nuevamente el cajón del closet que había encontrado abierto la noche anterior y me puse a examinarlo, le miré los contornos, le toqué la madera, lo saqué por completo del closet para mirarlo por abajo y los lados tratando de encontrar algo que no sabía lo que era, tal vez, alguna señal de quien lo había abierto, pero no encontré nada y lo puse en su lugar. Entonces me concentré en examinar el suelo, al principio de rodillas, pero después me puse a gatas para poder detallarlo más cuidadosamente, con

la mirada casi pegada a él y a gatas comencé a avanzar por la habitación y después por el pasillo y las gradas, buscando por lo menos el resto de una de esas huellas o para estar segura que esas huellas definitivamente no existían y que todo había sido imaginación mía, pero quería aclarar las malditas dudas; hasta que llegué a la terraza y avancé hasta el filo y entonces me levanté y me puse a escudriñar en él y estaba en esto cuando escuché un chiflido muy conocido desde la calle entonces levanté la vista y vi a Stefano que con una mano arriba me saludaba.

Hice seguir a Stefano a la sala y nos sentamos para hablar, lo primero que me preguntó viendo los rasguños en mi cuello era qué me había pasado, yo le dije que había sido un accidente del cual no quería hablar, entonces, hubo un breve momento de silencio.

—Entonces... ¿pensaste las cosas? —me preguntó Stefano.

—Así es, pero antes que nada quiero saber quién es Valeria —le dije.

Stefano se quedó extrañado como preguntándose como me había enterado del nombre de aquella china, y cuando ya iba a empezar a hablar le dije firmemente que no quería ninguna mentira.

—Es la guagua con la que me viste la otra noche vacilando —dijo— pero como te dije ayer, ella no significa nada para mí, solo fue un desliz.

—Dime ¿con cuantas más has tenido un desliz? —le pregunté.

—Con ningún otra —me contestó al instante con aparente convencimiento.

Y aunque yo sabía que eso no era cierto decidí sucumbir ante esas mentiras y cuando se fue acercando a mí me quedé quieta esperándolo y entonces me comenzó a besar y a tocar, me quitó el pantalón y quiso también quitarme la camisa pero yo no se lo permití porque no quería que viera el resto de heridas que tenía, entonces me comenzó a lamber la vagina y después me abrió las piernas y cuando me lo metió sentí un dolor tremendo que desde la vagina se me expandió a todo el abdomen y el tórax, fue como una contracción más que severa y entonces le dije que se quite pero el siguió dándome y entonces lo agarré de los pelos y lo tiré para un lado haciéndolo caer al suelo.

—¿Qué te pasa tonta? —me dijo.

Y cuando me vio agarrándome el estómago me preguntó qué me sucedía, le dije que había sentido un dolor tremendo y me dijo que si quería que llamara a una ambulancia y le dije que no, que ya me estaba pasando, entonces él se me sentó al lado con los pantalones abajo y con el pene aun parado y entonces me imaginé que ese pene estaba untado con mi sangre y sentí una especie de pavor así que le pedí que se subiera los pantalones, él me quedó viendo como si mis palabras lo hubieran ofendido.

—¿Cómo así? —me preguntó— ¿acaso no vamos a terminar de hacerlo?

Le dije que no, que las ganas se me habían quitado y le quité la mano con la cual me acariciaba las nalgas y me subí los pantalones, entonces él con cara de decepción y amargura no tuvo más opción que subírselos también y con los brazos abiertos me preguntó que entonces qué era lo que íbamos a hacer.

—Pues no sé —le dije— podemos ver tele.

Él dando un suspiro y con cara de resignación me dijo que estaba bien, así que nos fuimos a la habitación y nos metimos debajo de las cobijas y prendimos el televisor y encontramos una película entretenida, por supuesto que Stefano comenzó a tocarme e intentó convencerme de que lo hiciéramos de nuevo, pero a mí aquel dolor me había dejado indispuesta, cosa inaudita en mí, así que le dije que no y él volvió a hacer muecas y se puso a ver tele. Yo intenté hacer el rato entretenido y comentaba lo que pasaba en la película y Stefano trató de seguirme el juego hasta que terminó por quedarse dormido, yo continúe viendo la película hasta que me dieron ganas de ir al baño. Sentada en la taza del baño estuve pensando en las huellas que había visto la noche anterior, en los cajones

abiertos y en los sueños raros que últimamente había estado teniendo y también pensé en mi relación con Stefano. Cuando ya había terminado e iba a soltar el agua alcancé a notar que en lo que había cagado había algunas manchas blancas, que después, cuando las miré con más atención, me di cuenta de que ¡eran gusanos! Y que no eran pocos sino bastantes, gusanos cuya mayoría se regodeaban en mi mierda y otros flotaban retorciéndose en el agua. Me sentí tremadamente sucia y avergonzada, aunque estaba sola sentía como si muchas otras personas estuvieran viendo también con un asco infinito aquello que había salido de mis tripas, y no solamente a aquello, sino que a mí también. El estómago se me revolvió y trasboque varias veces y entonces Stefano llegó a golpearme la puerta y a preguntarme si me encontraba bien, le dije que sí, que no se preocupara, y regresara a la cama que yo ya iba, él me hizo caso y entonces solté el agua y fui al lavabo y empecé a enjabonarme y a sobarme las manos frenéticamente, cada vez con más fuerza y con más rapidez hasta que los dedos se me pusieron tiesos y se me empezaron a torcer y después las manos y los brazos y el cuello y la cara y el tronco y las piernas hasta los dedos de los pies, parecía que todo mi cuerpo quería ponerse al revés, el aire me empezó a faltar y me comencé a ahogar, ni siquiera podía hablar ¡pensé que me iba a morir asfixiada! Pero luché con mis máximas fuerzas para enderezar mi cuello y mi cara y poco a poco lo fui logrando y recuperando la respiración, entonces Stefano llegó a golpear de nuevo la puerta y a preguntarme si ya iba a salir, yo no pude contestarle pues no tenía el suficiente oxígeno aun, y él se puso a golpear cada vez más fuerte hasta que el aire me comenzó a fluir por la nariz y la boca con más facilidad y entonces le dije que ya iba a salir.

—¿estás bien? —me preguntó.

—Sí —le contesté aun con dificultad.

—¿segura?

—Sí, ya salgo.

Tuve que esperar y luchar unos minutos más para que el cuerpo se me pusiera por completo en su lugar y entonces me eché agua a la cara y a la cabeza hasta empapármela y salí y me encontré con Stefano parado en la puerta que al verme con la cara y el cabello tan mojado que chorreaba hasta mi camisa puso expresión de curiosidad.

—¿y eso? ¿qué te pasó? —me preguntó.

—Nada —le dije— solo tenía mucho calor.

Fui a la terraza para secarme con una toalla y Stefano siguió detrás de mí y mientras yo me secaba él se puso a ver la ciudad y cuando estuve seca me unió a él y él me abrazo por la espalda y me preguntó si ya me había pasado el dolor de estómago, le dije que sí y nos quedamos viendo la ciudad hasta que un viento frío inicio a soplar y el sol empezó a esconderse y entonces Stefano miró las horas y dijo que tenía que irse para ayudarle a su mamá a arreglar algunas cosas, yo sentí resquemor porque pensé que Stefano me mentía.

—¿o es que acaso te vas a ver con la zorrita de Valeria? —le pregunté.

Me dijo que ya no quería discutir por lo mismo, que por favor ya no me mortificara por eso y me propuso que fuéramos a su casa a dormir para que comprobara que lo que me decía era cierto, pero yo no quería volver a esa casa después de aquella noche en la que aquello tan tétrico me había sucedido, así que preferí no ir y quedarme aquí, en mi casa, aunque la verdad es que entre la casa de Stefano y la mía no había ninguna diferencia, en las dos había pasado por episodios escalofriantes. Así que acompañé a Stefano a la puerta y nos despedimos con un beso y regresé a mi habitación la cual estaba pintada con la luz asquerosa del crepúsculo que entraba por la ventana así que cerré la cortina y me acosté a ver televisión. Luego llegó mi mamá y luego mi papá, ambos entraron a saludarme de forma poco usual, mi mamá se sentó en la cama y me preguntó cómo estaba, que si había pasado

buenas tardes, mi papá además de preguntarme como me encontraba empezó a acariciarme la cabeza como si me encontrara con alguna enfermedad terminal. Cuando llegó la hora de cenar les dije a mis papás que necesitaba un desparasitante, mi papá dijo que al otro día me lo traería.

Esa noche no pude dejar de pensar en lo que me había sucedido en el baño, en los gusanos y en el torcerse de mi cuerpo que por poco me había asfixiado, estaba completamente preocupada, pensé que lo mejor era acudir a un médico ya que eso no era nada normal. Stefano me llamó y hablamos un rato y cuando empecé a sentir sueño algo me carcomió, era la expectación que sentía ante lo que podía soñar. Traté de deshacerme de malos pensamientos hasta que mis ojos se cerraron y no sé cuánto tiempo estuve sumida en la oscuridad hasta que esa oscuridad se abrió por la mitad y frente a mí apareció mi casa con la puerta abierta, en el cielo se mantenía suspendida una luna tan roja como una gota de sangre que proyecta una luz que se filtraba por todas las cosas y las bañaba rojizamente, incluida a mi casa, a la cual yo entraba y pasaba la vista a mi alrededor y después miraba las gradas que llevan al segundo piso, entonces empezaba a ascender por ellas hasta que llegaba al pasillo y a la primera me percata de las huellas en el suelo y en las gradas que llevan a la terraza.

—No puede ser —decía— si yo revisé cada milímetro y no había ningún rastro de estas huellas.

Entonces iba hasta a la habitación y ahí me encontraba con el closet con el cajón abierto.

—Yo fui quien abrió ese cajón —decía entonces a mi espalda una voz que yo reconocía— pero no fui yo quien dejó esas huellas.

Entonces me daba vuelta y encontraba a la pieza en la cual solo se guardan trastos viejos con la puerta abierta, en ella había dos ataúdes abiertos y a la cabeza de ellos se encontraba parada Susana con su cara chupada y sus ojos brotados y sus dientes podridos y su cabello seco y su cuerpo flaco y ponía cada una de sus manos en cada ataúd.

—¿quieres saber quiénes están aquí? —me preguntaba— por qué no vienes a ver.

Y yo, aunque tenía miedo, también tenía curiosidad por saber quiénes reposaban en esos ataúdes, entonces empezaba a caminar hacia ellos con la cabeza gacha para no ver la horrorosa imagen de Susana y cuando llegaba a uno de ellos y podía mirar adentro me encontraba a Teresa con su rostro destruido, tal y como había quedado después de su accidente, entonces empezaba a sollozar y sentía náuseas y me tapaba la boca para evitar vomitar y volteaba la cara para no seguir viéndola.

—Te falta uno —decía Susana.

Yo miraba el ataúd faltante teñido por la luz roja de la luna y me acerco a él con paso indeciso hasta que me paraba a su lado y alzaba la mirada y entonces me encontraba con un rostro totalmente arrancado de su faz, solo una mancha roja de sangre, era Andrea con la manta que la había cubierto en su velorio descerrada, entonces empezaba a llorar y me tapaba la boca con las dos manos para bloquear el vómito.

—Este es un cuarto en el que solo hay muertos —escuchaba la voz de Susana a la cual yo evitaba ver— y si vos estas aquí ¿por qué crees que es ah? ¡contesta! ¿por qué crees que estas en un cuarto solo para muertos!?

Entonces yo no podía retener más el vómito y lo dejaba salir y se regaba por el rostro inexistente de Andrea y me empezaba a ahogar mientras Susana me preguntaba a gritos por qué creía que me encontraba en una habitación solo para muertos; hasta que me desperté con mi boca y mi nariz repletas de vómito y sin poder respirar y me puse a trasbocar en la cama y en el suelo, además de todo tenía la cara llena de lágrimas, me sentía mareada, todo me daba vueltas y entonces empecé a respirar profundo y pausado hasta que todo se fue a quietando y me levanté y prendí la luz. Vi el reguero de vómito en mi cama y me apuré a quitar las cobijas y la sabana y las fundas de las almohadas y fui a dejarlas al lavadero en la terraza con paso acelerado, ahí me quedé pensando que

todo era más grave de lo que yo suponía, que las fuerzas que yo pensaba que tenía para afrontar lo que me estaba pasando no eran suficientes, pero no quise seguir pensando en eso, tenía que limpiar el vómito regado en el suelo de la habitación así que agarré el trapero y empecé a bajar pero cuando estuve en el segundo piso una voz tétrica y grave, como de un monstruo, habló:

—¡Zorra! —dijo.

Yo me quedé estática y volteé a ver a las habitaciones y entonces la perilla de la habitación de las cosas viejas empezó a girar hasta que la puerta empezó a abrirse y entonces dejé botando el trapeador y salí corriendo hacia mi habitación y cuando estuve ahí cerré la puerta con llave tan fuertemente que mis padres se despertaron y fueron directamente a mi pieza y me golpearon para que les abriera, lo hice de inmediato pues quería tenerlos a mi lado ya que tenía mucho miedo. Cuando me vieron con la cara sudada y vieron el suelo vomitado me preguntaron desesperados qué era lo que había pasado.

—No sé —les dije— no sé —y me abracé a mi mamá y comencé a llorar.

Mi mamá también empezó a llorar abrazándome y diciéndome que me calmara.

Mi papá revisó la casa mientras yo me quedé acompañando a mi mamá que trapeó mi habitación. Al final mi papá no encontró nada, pero yo no quise volver a dormirme sola así que me acosté con ellos, pero me resultó muy difícil volver a conciliar el sueño, hasta que mis papás se levantaron, se arreglaron y se despidieron de mí con besos y caricias y se fueron a trabajar, solo entonces pude quedarme dormida.

Ese día después de hacer la cama con cobijas limpias me arreglé y llamé a Stefano, quería salir de la casa, pero él no me contestó, así que tomé un bus y fui a buscarlo, pero cuando ya iba a llegar a su casa lo miré desde lejos con la perra de Valeria, abrazados y dándose picos. Mi primer impulso fue salir corriendo hacia ellos y agarrarla de las mechas, pero antes quise comprobar una cosa, saqué el celular y lo llamé, entonces vi como Stefano miraba su celular y hacía cara de fastidio, si, la misma cara que ponía cuando estaba conmigo y Susana lo llamaba; no me contestó y siguió dándose amores con Valeria, se lo miraba tan despreocupado, y yo sentí con unas dimensiones aplastantes que Stefano no tenía sentimientos, que estaba desprovisto de cualquier empatía por quien pudiera sufrir por él, era un monstruo totalmente falto de corazón que solo fingía que le dolía lo que una mujer que lo amaba pudiera estar sufriendo por su culpa, así había hecho con Susana, había evadido cualquier responsabilidad y culpa sin ni siquiera inmutarse, sin ni siquiera tratar de entenderla poniéndose en su lugar. Sentí miedo de estar enamorada de un tipo de esas características, un miedo atroz, y entonces, viéndolo sonreír felizmente con Valeria, como si todo a su alrededor no existiera, pude percibir que lenguas avasallantes se desprendían de él, lenguas de maldad que lo envolvían por completo de las que ni siquiera él era consciente, sentí un horror terrible gritándome adentro y me fui de ahí casi corriendo. Me sentía como un despojo, literalmente mi vida era una vacuidad, todo el tiempo que había pasado con Stefano no era nada más que un cadáver, todas las afirmaciones de que valía luchar por él no habían sido más que estúpidas ensoñaciones de una niñita que no valían nada, sentía un dolor tan flagelante que no sabía qué hacer, a donde ir, la cabeza se me revolvió con un montón de susurros ininteligibles, como si un caset rayado se me hubiera incrustado en el cerebro, no lo soportaba y caí de rodillas en una esquina apretándome la cabeza, entonces de todos esos susurros surgió una voz clara y fuerte: ¡Matate! Y entonces los susurros como caset rayado empezaron a girar más fuerte y más fuerte y yo empecé a gritar como desquiciada que me dejaran en paz. Algunas personas se acercaron a mí y una abuelita me preguntó agarrándome del hombro qué me pasaba, pero yo me levanté y de un tremendo empujón la mandé al suelo y le grité que no me tocara y salí corriendo de ahí sin saber a dónde, crucé varias calles sin ni siquiera mirar los carros hasta que paré y le comencé a dar puños a un poste, no sentía dolor, lo único que quería era que esos infernales susurros pararan

de una vez por todas y entonces vi a un taxi y lo paré y sin más me subí y le dije que me llevara a el barrio Las Piedras.

—¿a qué parte más específicamente de Las Piedras? —me preguntó el taxista.

—Al basurero —le dije como pude.

—Uyy señorita, pero allá le cuesta más de lo común —dijo el taxista.

—Vos solamente arranca y no pregantes que yo te pago —le dije.

Cuando estuvimos en Las Piedras y cerca al basurero el taxista dijo que hasta ahí no más llegaba, entonces le pagué, me bajé y aunque yo nunca había estado allí eché a andar adentrándome entre los árboles hasta que alguien me silbó.

—Ey mami —escuché— ¿qué anda buscando?

Cuando volteeé a ver miré a dos chinos y a una china que llegaron hasta mí.

—Quiero heroína —les dije.

—¿Y la quieres en polvo o líquida? —me preguntó la china.

—Líquida —le dije.

Entonces la china buscó entre un canguro que tenía amarrado a su cuerpo y sacó un pequeño frasco de vidrio el cual contenía la hache.

—Este te cuesta 20 mil pesos —me dijo.

En esos momentos juro que me hubiera gustado comprar más cantidad, pero no tenía plata así que compré ese de veinte.

—¿también necesitas jeringa y tira? —me preguntó la china.

—Así es.

Entonces me vendió la jeringa y la tira. Yo me quedé viendo todo lo que había comprado reunido en la palma de mi mano.

—¿sabes cómo inyectarte? —me preguntó entonces la china.

—No —le contesté.

—Entonces acompáñame, yo te ayudo —me dijo.

Caminamos con la guagua hasta que llegamos a una choza alrededor de la cual estaban reunidas algunas carpas, el lugar estaba lleno de indigentes y olía demasiado mal, entonces nos fuimos a la sombra de un árbol y ahí la china me pidió que me descubriera el brazo y le pasara las cosas. Mientras llenaba la jeringa con la heroína la china me dijo que no me preocupara por el olor que con el efecto de la heroína ya no lo iba a notar, entonces me pidió que estirara el brazo y me amarró la tira y me pidió que tomara la jeringa, yo la tomé, y entonces ella me agarró la mano y me la guió mostrándome el ángulo preciso en el cual tenía que inyectarme, entonces me empujó la mano suavemente hasta que la aguja se enterró lo suficiente en la vena y me dijo que fuera inyectándome el líquido lentamente, yo le obedecí, y sentí la fría heroína entrando a mi cuerpo, una sensación deliciosa me sobrecogió y mi cabeza de despejó de tal modo que no quedó ni rastro de eso que me había estado lacerando. Después de que me acabé de inyectar la guagua que me había ayudado me desajustó la tira y se fue y yo me quedé estirada en el suelo apoyada mi cabeza sobre un árbol, sonriendo por la sensación tan exquisita que sentía recorrer dentro de mí, el canto de los pájaros y el verde de los árboles me parecieron tan preciosos y el cielo azul y el sol entrometiéndose entre las ramas, me sentía como transportada a una tierra encantada y cuando empezó a anochecer y el crepúsculo apareció pensé que la tierra era un lugar precioso y me sentí maravillada y agradecida por estar viva y poder apreciar tal espectáculo de colores tan extraordinarios, la noche se agrando hasta que la oscuridad lo cubrió todo y yo me mantuve aun un buen rato bajo los efectos de la heroína, maravillada con las estrellas y la luna que tan claras se miraban y con el movimiento de los árboles, hasta que empecé a sentir el

viento frío que soplaba y a tomar conciencia del lugar en el que me encontraba y entonces sentí una sensación horrible por estar ahí tirada en un lugar con un olor tan asqueroso y rodeada de indigentes, entonces me levanté y trotando emprendí el camino de regreso hasta que una voz me dijo que parara, yo paré y de los árboles salieron tres personas una de las cuales prendió una linterna y me cegó.

—Ahh esta es la guagua recién llegada —escuché la voz de la hembra que me había ayudado a inyectarme — ¿por qué tan afanada? —me preguntó.

—Por nada —le dije— solo quiero salir de aquí.

—¿y como estuvo la heroína? —me preguntó.

—Rica —le dije.

—Ahhh bueno —dijo el que tenía la linterna— por aquí la esperamos de nuevo.

Yo sin pensar en más seguí trotando hasta que salí del bosque y me tocó caminar algunas cuadras en ese barrio tan peligroso hasta que pude encontrar un taxi. Me puse a revisar el celular y tenía un montón de llamadas perdidas de mis papás y unas cuantas de Stefano, ya casi eran la una de la mañana y con el efecto de la heroína yo no había ni siquiera distinguido el timbre del celular. Llamé a mi papá y cuando me contestó me preguntó con voz más angustiada que enfadada en dónde estaba y por qué no le había respondido, le dije que había estado con unas amigas y que no había oído el celular dado que habíamos estado escuchando música, pero que ya estaba de camino a la casa. Cuando llegué a la casa mis padres me pagaron el taxi, se encontraban notoriamente preocupados y me preguntaron excesivamente si me encontraba bien y yo les tuve que responder un montón de veces que sí. Cuando estuve en mi habitación, me puse la piyama y me metí entre las cobijas, no sabía cómo debía sentirme de lo que había hecho, por un lado me había ido a meter al estercolero más degradante de la ciudad, pero por otro lado había razones de sobra para haber hecho tal cosa y había logrado apaciguar mi cabeza. Pensando en esto me llamó Stefano pero yo no le contesté, sentí que la sensación espantosa que había sentido al verlo con la puta de Valeria se iba a ser dueña nuevamente de mí y desesperadamente me levanté, me tomé un vaso de agua y respiré profundo, me empeñé en mantener mi cabeza tranquila y regresé a la habitación y luchando contra eso que me trataba de corroer me metí en las cobijas hasta que empecé a escuchar la voz de la guagua que me había vendido heroína y después me daba cuenta que estaba nuevamente en el basurero con la guagua ayudándome a inyectar y después me quedaba nuevamente estirada en el suelo mirando al azul del cielo y después a las estrellas y la luna sintiendo como la tierra giraba, y la tierra giraba cada vez más y más rápido hasta que me escupía de sí y yo caía en un vacío por horas y horas hasta que el vacío de repente se convertía en mi habitación y delante de mí aparecía la sombra, me daba cuenta entonces que estaba caminando hacia ella, que había dado cinco pasos y que me faltaban un par más para poder descubrir de quien se trataba. Mi corazón se aceleraba de tal forma que parecía que mi alma se iba a salir de mí, daba un sexto paso y me quedaba indecisa sin saber si debía dar el séptimo y definitivo paso que me haría llegar al fin a aquella sombra, escuchaba una voz en mi cabeza que me decía que no lo hiciera, que saliera de la habitación y cuando ya me disponía a retroceder sobre mis pasos, la sombra hablaba.

—No lo hagas —me decía— solo te falta un paso, ven ¿acaso no quieras saber quién soy?

Entonces sentía en mi interior una voluntad infranqueable que me jalaba hacia ella, la misma voluntad que me había obligado a subir a la terraza siguiendo aquellas huellas, que doblegaba a la voz de mi cabeza que me decía que no lo hiciera, así que daba ese séptimo paso y entonces la sombra daba un largo suspiro como si hubiera cumplido un anhelo largamente deseado, entonces se acercaba a mí y de su rostro se escurría la oscuridad ¡hasta que la cara de Stefano aparecía!

—Hola mi amor —me decía sonriendo.

Yo me ponía muy feliz y me abrazaba a él diciéndole que no había podido reconocer su voz, entonces él me besaba y cogiéndome de la mano me decía que tenía algo que mostrarme y me llevaba hacia la ventana y corría la cortina y delante de mí aparecía un mundo borrasco repleto de mazmorras, con un cielo espesamente negro; yo me llenaba de un horror garrafal pero no podía huir pues me sentía encadenada a Stefano, entonces él partía el vidrio de la venta de una patada y me pedía que saltemos.

—¿saltar? —le preguntaba yo con incredulidad.

Entonces me asomaba al filo de la ventana y miraba hacia abajo y me daba cuenta que estábamos en una especie de torre hecha con piedras puntiagudas y asimétricas, y allá, en la base, donde principiaba la torre miraba un río negro correr.

—¿estás loco! —le decía entonces a Stefano— si saltamos nos vamos a matar.

—¿matar? Pero mi amor, si tú ya estás muerta —me decía Stefano.

Y entonces yo miraba mi cuerpo lleno de las heridas que me había hecho a araños, y no solamente de estas, sino que había más heridas en mis piernas, hasta los pies y dedos, heridas que estaban llenas de gusanos comiéndose mi carne y entonces comenzaba a gritar y Stefano se ponía enfrente de mí y me pedía que me calmara y me abrazaba y me daba un beso que con cada segundo que pasaba me absorbía la vida y aunque yo intenta apartarme de él con todas mis fuerzas no lo lograba y entonces él se tiraba al vacío llevándome abrazada consigo y yo en la caída sentía una terrible vacuidad en el estómago hasta que caímos en el río.

Cuando me desperté me sentía como una muerta, no sé si me explico, sentía que toda mi vida había sido absorbida por Stefano en el sueño, me daba la impresión de que era un vieja de piel arrugada; estuve un buen rato respirando por la boca como si cada bocanada de aire me devolviera la vida que me había sido arrebatada y cuando me levanté me vi al instante en el espejo, quería comprobar que aún era una chica joven, y me puse a tocarme el rostro con cierta incredulidad de que aun fuera la misma, con una piel joven. Me puse a pensar en el significado de ese sueño, la figura de Stefano cada vez se me hacía más malévolas y en un instante pensé que todo lo que me pasaba era culpa de él, él era el que había llegado a conquistarme, él era el que no había tenido las pelotas de decidirse por Susana o por mí y por eso ella había acabado por suicidarse y ahora me atormentaba, él era el mujeriego que no podía valorar a ninguna mujer así estuviera a punto de matarse por él, él era el que me tenía enamorada y no valoraba en nada mi amor. Ya no lo soportaba más, mi vida se estaba convirtiendo en un completo infierno y me sentía totalmente indefensa, lo único que quería era tranquilidad, nada más que eso.

Cuando me encontraba preparando el desayuno Stefano llegó a la casa, lo miré por la cortina y de inmediato la cerré antes de que me viera. No estaba segura de abrirla, de repente, le tenía miedo, pero aun así también lo seguía amando, pero amarlo era precisamente una de las cosas que más miedo me hacía tenerle. Ya no quería seguirme enamorando de él más de lo que estaba, ya no quería seguir con esa obsesión, tenía que luchar contra ella y supe que lo primero que tenía que hacer era no cometer el mismo error de Susana y alejarme de una vez y por todas de Stefano. Él no iba a cambiar, seguiría diciendo que me amaba así ya estuviera enamorado de otra, así no me viera más que como una hermana y yo, yo no quería ese futuro para mí. Así que le abrí y me quedé parada en el umbral y nos saludamos y cuando él quiso darme un pico en la boca yo le volteé la cara, así que extrañado me lo dio en la mejilla, me preguntó cómo estaba, que qué estaba haciendo y al ver que no le abría campo para que siguiera me preguntó que si podía pasar y yo le dije que no. Él se quedó asombrado con esa seca respuesta.

—¿por qué no? —me preguntó.

—Porque quiero estar sola, necesito tiempo para pensar.

—¿pero por qué? ¿aun sigues brava por lo de Valeria? Si es por eso...

—Solo hazme caso —lo interrumpí— y no vengas más a mi casa, si algún día quiero verte yo te llamaré.

Él se quedó mirándome impactado, evidentemente no se esperaba nada de lo que le estaba diciendo.

—¿me estás hablando en serio? —me preguntó.

—Si, es en serio —le contesté y aunque me contuve no pude evitar que las lágrimas se deslizaran por mi cara.

Los ojos de Stefano se pusieron cristalinos.

—Está bien —dijo— entonces, me llamas cuando hayas pensado las cosas — y medio un pico en la mejilla y se fue.

Yo cerré la puerta y me puse a llorar desconsolada, me senté en el suelo apoyada a la puerta y ahí permanecí por un buen rato sintiendo que el mundo se me acababa hasta que escuché la risa diabólica de Susana expandirse por toda la casa y entonces me levanté, fui a mi habitación, me puse lo que encontré y sin desayunar y sin cepillarme salí de la casa.

El resto de la mañana y gran parte de la tarde me la pasé dando vueltas por la ciudad, hasta que en determinado momento me dieron ganas de inyectarme heroína, pero no tenía ni un peso, pensé que podía ir a la oficina de mi papá para pedirle plata, pero ¿en esas fachas? No, así que decidí ir a donde mi mamá. Me encontraba caminando cuando un carro me pitó, eran tres amigos de universidad que me caían muy bien, estacionaron el carro y me invitaron a farrear, les dije que tenía otras vueltas que hacer y que además estaba muy desarreglada.

—Eso no importa —me dijo uno de ellos— vamos que tenemos perico al cien.

El plan entonces no me sonó a mal.

—Está bien —les contesté— pero me gastan algo de comer y después me van a dejar a mi casa.

—Contá con eso mamacita —me dijo el que conducía.

Así que en el camino me gastaron algo de comer y después nos fuimos a una discoteca del centro, en la cual nos esperaban unas amigas y nos pusimos a tomar y a oler y aunque yo no tenía ganas de bailar, me baile unas cuantas para tratar de despejar la cabeza, pero no pude, así que dejé de bailar y me dediqué a beber y a meter perico. Cuando ya había anochecido por completo Erica, una nena del parche, se apareció en la discoteca, fui hacia ella y la saludé, la llevé a nuestra meza y nos pusimos a conversar y eventualmente en la conversación apareció Stefano; le pregunté si ella sabía si Stefano estaba enamorado de otra, me dijo que no, que Stefano solo me amaba a mí, aunque yo supe al instante que me mentía, tal vez por lastima, por no hacerme sufrir, pero Erica no sabía cuánto yo ya estaba sufriendo; después, como por obra de magia, le pregunté de Susana, que quien le parecía más bonita de las dos y ella me respondió que las dos éramos hermosas. Si Erica me hubiera dado esa respuesta meses atrás, cuando Susana aún vivía, seguramente me hubiera causado rabia, pues yo siempre estuve segura que era más bella que ella y me gustaba sentir esa superioridad, pero ahora, ahora eso ya no tiene ni la más mínima importancia. Cuando estuvimos totalmente borrachas salimos con Erica del bar, caminamos no sé cuánto, solo recuerdo calles y casas entrecortadas y la voz y la imagen de Erica igualmente entrecortadas, hasta que terminamos en la mitad de una calle oscura tiradas en el suelo y yo me puse a llorar porque no sabía qué era lo que me deparaba el futuro. Después recuerdo que llegó mi amigo en el carro, y me ayudó a subirme y entonces Erica desapareció y cuando me di cuenta el carro ya estaba andando y me amigo me preguntaba en dónde quedaba mi casa, después recuerdo que mis papás salieron de la casa casi corriendo hacia mí y mi papá me cargó.

Al otro día me desperté con un dolor de cabeza espantoso, estaba deshidratada y me levanté para tomar agua, después revisé el celular, tenía un montón de llamadas perdidas de mis papás, pero ninguna de Stefano, lo cual me bajó la nota, pero intenté consolarme diciéndome que eso era lo mejor. El guayabo me tenía sin ganas de comer nada, así que me volví a recostar, pero mi cabeza estaba a punto de estallar y pensé que lo mejor para eso era una dosis de heroína, tenía unas ganas tremendas de inyectarme y volver a recostarme en la hierba del basurero bajo los árboles, viendo a los pájaros volar y escuchándolos cantar, sintiendo el suave sol en mi piel, viendo el azul del cielo y después las estrellas; pero no tenía ni una moneda, tenía entonces que ir a pedirle algo de plata a mi papá, aunque seguramente estaría renuente a darme por cómo había llegado la noche anterior. Aun así tenía que hacer el intento pues no me podía aguantar las ganas que tenía por un poco de heroína, miré la hora, eran más del medio día, así que debía apurarme sino quería que se me hiciera tarde, y alisté la ropa y me metí a bañar. El agua empezó a fluir por mi cuerpo y yo cerré los ojos y me empecé a masajear para intentar disminuir tanto estrés que tenía acumulado y relajarme, pero la ardiencia que me causaban las heridas de mi cuerpo no me lo permitieron. Esa ardiencia parecía aumentar con el pasar de los días y entonces me puse a revisar las heridas y me di cuenta que no habían cicatrizado un ápice, de repente, vi que por mi vientre fluía una línea de sangre, la cual provenía de la herida de mi pezón izquierdo; las heridas me empezaron a quemar y todas comenzaron a segregar sangre y entonces fue cuando alguien empezó a tararear en la casa y yo cerré la ducha y pude escuchar los tarareos con más claridad. El cuerpo se me sobrecogió e hice el intento de calmarme, pero todo fue en vano, los tarareos cesaron y comenzaron a escucharse pasos y entonces la voz de Susana empezó a hablar.

—Así que ya la probaste eh —dijo— dime, qué te pareció, la heroína.

Entonces salí de la ducha al instante y le eché seguro a la puerta. Los pasos cada vez se acercaban más y la parte exterior de la pared del baño empezó a chirrear como si la estuvieran rayando con algo, hasta que noté por debajo de la puerta una sombra y la perilla se empezó a mover, el miedo me inundó y me puse a llorar y atranqué la puerta con las manos por si lograba girar la perilla.

—Dime ¿Qué te pareció el basurero eh? —dijo Susana— ¿es un bonito lugar a pesar de lo que digan no? Si, ahí se puede disfrutar de muchas cosas que los demás tienen miedo de disfrutar ¿vos nunca pensaste que terminarías ahí verdad perra? Claro que no ¿yo te parecía una basura porque me iba a meter a ese lugar no es así? Si, así es, además de que me hiciste un gran daño con el mujeriego, con el verga asesina, te burlabas de mí, te creías infinitamente más bella que yo y nunca me consideraste digna de ser tu rival y lo disfrutabas, disfrutabas con mi sufrimiento ¿¡no es así perra!? —gritó Susana y le dio un golpe a la puerta.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —le pregunté entonces.

—¿Qué es lo que quiero de ti? —me contestó y empezó a rasgar la puerta— ¿sabes con qué estoy rasgado la puerta?

Yo escuché el sonido y de inmediato supe qué se trataba de un cuchillo.

—¿¡lo sabes o no lo sabes!? —me gritó.

—¡solo quiero que me dejes en paz! —le dije a gritos— vete de aquí, solo vete de aquí.

Susana echó a reírse.

—Me iré —contestó— pero primero tienes que hacerlo.

—¿hacer qué? —le pregunté. Y entonces un cuchillo entró por la parte de abajo de la puerta.

—Ya lo sabes —me contestó.

Yo me quedé mirando el cuchillo, era uno de los más filudos que había en la cocina, pensé que con ese filoería fácil cortarme, la cabeza me palpitaba como un corazón.

—Solo hazlo —dijo Susana— al fin y al cabo, así es como terminaras, pero si lo haces ahora te evitaras mucho sufrimiento.

Entonces imaginé mi futuro y me vi a mí misma sin poder pasar ni siquiera un día en paz, con pesadillas horribles, con cosas extrañas y tenebrosas persiguiéndome, con voces en mi cabeza resonando sin cesar y entonces alargué la mano y tomé el cuchillo, me senté en la taza del baño y extendí la muñeca.

—Eso es —dijo Susana— no tengas miedo, solo hazlo, es fácil, entierra el cuchillo y ábrete las venas hacia abajo, vamos, hazlo, no dolerá.

Me puse la punta del cuchillo en la muñeca, pero justo cuando iba a dar el empujón para enterrarlo me quedé inmóvil y me di cuenta que aún no quería morir, que quería seguir viva y solté el cuchillo y tomé la bata y me la puse y me abracé a mí misma y entonces Susana empezó a darle golpes a la puerta gritándome que yo era una zorra que no valía nada y que iba a morir más pronto de lo que me imaginaba y de repente empezó a reírse terriblemente y yo me tapé los oídos.

—¿sabes qué? —me dijo— es él quien te va a matar ¿no te has dado cuenta aun que aquellas huellas que viste la otra noche por las que estuviste a punto de subirte al filo de la terraza eran de él?

Y entonces se calló, pero yo me di cuenta por debajo de la puerta que había una sombra que se movía para un lado y para el otro y que era Susana quien estaba esperando a que saliera del baño, así que me quedé ahí, envuelta en la bata, abrazándome a mí misma. Las horas pasaron y me mantuve mirando la sombra que se proyectaba debajo de la puerta que no paraba de moverse hasta que escuché que alguien llegaba a la casa y después de un momento mi mamá empezó a llamarme, hasta que llegó al baño a golpear la puerta.

—Valentina ¿estás aquí?

Yo no sabía si responderle pues no me sentía segura de que en realidad fuera mi mamá y ella intentó abrir la puerta, pero al ver que estaba con llave empezó a golpear cada vez más duro y a llamarme con más fuerza.

—Mamá ¿eres tú? —le pregunté al fin.

—Si, soy yo Valentina ¿por qué no me abres por Dios? —dijo mi mamá con un tono de desesperación tal que no me cupieron dudas de que era ella.

Entonces le abrí la puerta y me tiré a abrazarla llorando mientras ella me preguntaba qué me pasaba, pero yo no tuve valor para responderle y entonces ella me apartó un poco de su lado y cuando vio la bata abierta con las manchas de la sangre que de mis heridas había brotado y más aún cuando vio mi cuerpo lleno de heridas y sobre todo mi pezón con esa herida aberrante me quedó mirando con una cara de horror indescriptible y todo fue peor cuando miró el cuchillo tirado en el piso del baño.

—¿pero qué demonios estabas haciendo? —me preguntó al borde del llanto.

Estuve a punto de contarle la verdad, pero en el último segundo me di cuenta que mi mamá nunca me creería, que me daría por demente. Le dije que esas heridas me las había hecho la guagua con la que le había contado que me había peleado, entonces me preguntó por qué tenía un cuchillo en el baño, sin saber qué más responderle le dije que lo había utilizado para cortar unas hilachas de hilo de una de mis camisas que se encontraba colgada en el baño.

—No me mientes más —dijo mi mamá con cara de abatimiento— quiero saber qué es lo que te está pasando ¿por qué estabas llorando?

—Lloro por algunos problemas —le contesté.

—¿Y esos problemas tienen que ver con Stefano?

—Mamá, no quiero hablar de esto ahora —le dije— por favor discúlpame — y a paso ligero fui a encerrarme a mi pieza.

Mi mamá también se encerró en su pieza y se puso a llorar, aunque muy suave, como para que no la escuchara, después subió a la azotea en donde se mantuvo por algunos minutos y después volvió a bajar. Me imagino todo lo que estaría pensando de mí, pero, aunque era mi madre, yo estaba segura que no me creería ni una pizca si le confesaba que una joven muerta me perseguía.

Mi papá llegó más tarde de lo común, pero no llegó solo, escuché la voz desconocida de un hombre y entonces mi mamá llegó a golpearme la puerta, le abrí y me pidió que por favor fuera a la sala, así que fui con ella y allí nos esperaban sentados mi papá y otro hombre el cual al verme se levantó y me saludó amablemente y se presentó como el doctor Helbert.

—¿doctor? —le pregunté.

—Así es —dijo mi papá saludándome con un beso en la mejilla y me pidió que me sentara porque tenía algo que decirme.

Cuando todos estuvimos sentados el doctor empezó a hablar.

—Bueno Valentina, quisiera ser más específico contigo, el área en la que me desempeño es la salud mental, soy psicólogo, pero no te alarmes por esto, tus padres están preocupados por ti, me han dicho que últimamente te has visto muy estresada y quisiera que me des una oportunidad para hablar contigo.

—¿y de qué se supone que quiere hablar conmigo? —le pregunté.

—Pues de lo que tú quieras Valentina, conmigo puedes tener total confianza, te aseguro que lo que hablemos quedará entre los dos ¿entonces aceptas?

Yo no le veía problema en hablar con el psicólogo, es más, había pensado en eso desde que las cosas que me pasaban empezaban a empeorar, pero no quería hablar con mis padres ahí escuchando y el doctor Helbert viéndome adivinó lo que yo pensaba así que les pidió a mi mamá y a mi papá que nos dejaran solos y ellos sin reponer nada se fueron a la terraza y entonces el doctor Helbert se puso a mi lado.

—Ahora si podemos hablar en más confianza ¿te parece? —me dijo.

—Sí —le dije.

Lo primero que hice fue hablarle algo sobre Stefano y Susana y él quiso saber más de Stefano, me preguntó si estaba muy enamorada de él, le dije que lo amaba hasta la médula, le confesé la obsesión que tenía por él y el dolor y rabia que me causaba el pensar que estaba enamorado de otra ya que era un mujeriego, le confesé el miedo que le había comenzado a tener y de la decisión de alejarme de él, aunque me doliera. Después el doctor Helbert quiso que le hablara más de Susana, le dije que no la había conocido mucho, que solo la había podido ver unas cuantas veces, que había tenido un sentimiento muy agrio hacia ella dado que siempre se interponía entre Stefano y yo y que lo que más había deseado entonces era que desapareciera de nuestras vidas, pero que no quise jamás que terminara como terminó.

—¿y cómo terminó? —me preguntó el doctor Helbert.

—Pues... se hizo drogadicta y acabó por suicidarse —le dije.

Los ojos del doctor Helbert rebrillaron al escuchar esto.

—Entiendo —dijo— ¿y tú te sentiste culpable por su muerte?

—Al principio supongo que sentí algo de culpabilidad —le contesté— aunque no sé a ciencia cierta lo que sentía, pero cuando pensé mejor las cosas me di cuenta que yo no era culpable, pues yo solo había aceptado la cita de alguien que me invitó a salir el cual se enamoró de mí y yo de él dígame ¿tengo algo de culpabilidad en eso?

Después le conté de los sueños que tenía, lo que escuchaba, lo que veía, le conté lo que había tenido que vivir esa misma tarde, entonces me levanté y lo llevé conmigo hacia el baño y le mostré los rayones que Susana había hecho con el cuchillo en la pared y en la puerta.

—¿Estás segura que no fuiste tú quien hizo estos rayones? —me preguntó el doctor Helbert.

—Cómo pude haber sido yo si me mantuve encerrada en el baño muerta del miedo —le dije— puede preguntarle a mi mamá cómo me encontró, créame, lo que me está pasando es real, no estoy loca.

—Muy bien —me dijo y volvimos a la sala.

Como le había contado del sueño que había tenido con Susana y los cadáveres de Andrea y Teresa, quiso que le contara más sobre Andrea y Teresa, le dije que habían sido mis mejores amigas, que con ellas fue con las que comencé a salir a bailar y a disfrutar y que me había dolido infinitamente cuando murieron.

—¿y además quedaste muy alterada al ver como las había dejado aquel accidente no es cierto? —me preguntó.

—Así es —le dije.

—¿y no tienes más amigas?

—Tengo una —le dije— con la cual estuvimos en el colegio junto con Andrea y Teresa, se llama Tatiana y la quiero muchísimo, pero se fue para Bogotá, aquí en la ciudad no tengo a nadie a quien pueda considerar amigo.

Después me preguntó si consumía alguna droga, le confesé que marihuana y perico, además de guaro, pero no le dije nada de la heroína, después me preguntó sobre la relación con mis padres, le dije que me molestaba que fueran tan estrictos, pero que desde que había entrado a la universidad me había liberado casi por completo de ellos. Al final el doctor Helbert sopló por la boca en señal de cansancio y dijo que era suficiente, yo le dije que no se olvidara de que no debía contarle a nadie lo que le había confesado, él me dijo que no tenía que preocuparme por eso y entonces llamó a mis padres y se despidió de ellos y de mí con una sonrisa y se fue. Aquella conversación me sirvió de algo para calmar mis nervios, además, mis padres parecieron quedar un poco más tranquilos después de la visita del doctor Helbert.

Después de cenar me acosté en silencio y me puse a pensar, recordé la cara de mi mamá cuando había visto la bata manchada de sangre y las heridas de mi cuerpo, una cara de horror absoluto, si mis papás habían llamado a un psicólogo era evidente que pensaban que me estaba volviendo loca, y yo los entendía, todas las actuaciones mías que habían presenciado les daban razones de sobra y ahí era donde surgía la pregunta clave ¿hasta dónde eran capaces de llegar mis papás para curarme de esa supuesta locura? Conocía a mis papás, era seguro que si las cosas seguían así eran capaces hasta de meterme en un manicomio para tratar de curarme. Esa noche me costó dormirme, me la pasé dando vueltas en la cama pensando en qué debía hacer, cuál era el mejor camino a elegir para mi futuro; me pareció evidente que las cosas no iban a mejorar y yo no quería terminar en un centro para enfermos mentales, pensé y pensé hasta que como una luz que se enciende de repente en la oscuridad se me vino a la mente una tía, hermana de mi mamá la cual vive en California. Cuando estaba en octavo grado habíamos ido a visitarla a esa ciudad junto con mis papas y ella me pidió que me quedara para cursar mis estudios dado que allá la educación es muy buena, me dijo que no me preocupara por plata que ella tenía un trabajo muy bien remunerado ya que en Estados Unidos los salarios son infinitamente más altos que los de Colombia; mis padres no habían visto problema en esa propuesta de mi tía, al contrario se los miraba entusiasmados, dado que conocían las ventajas de educarse en un país del primer mundo y querían para mí la mejor educación y futuro; pero yo no quise, quería regresar a mi ciudad, con mis amigas, además, me sentía insegura en un país con una cultura

y hasta un idioma diferente, aunque mi tía me había tratado de convencer diciéndome que allá había mucha gente que hablaba español. Pero ahora ya no tengo nada que hacer en esta ciudad, ya no tengo a mis amigas, ya no tengo a nadie con quien sentirme segura y realmente amada, así que lo decidí, tengo que irme y dejar todo este pasado atrás, así tal vez Susana me dejará en paz y me olvide de Stefano y deje de tener esos sueños macabros. Puse la alarma del celular temprano para que me despertara antes de que mis papás se fueran al trabajo ya que quería comunicarles mi decisión. Esa noche, cuando logré dormirme, soñé que me encontraba en el aeropuerto junto con mis padres esperando el avión que me llevaría a California, de repente me daban ganas de hacer pis, entonces, le decía a mis papás que ya volvía y me iba a los baños y cuando ya estaba por entrar a estos una niñita vestida de colegiala venía corriendo hacia mí y me decía que le gustaba mucho mi cabello, yo le daba las gracias y entonces me inclinaba y le agarraba las manos y le acariciaba la cara y le decía que era una niña muy linda.

—Haces bien en irte de esta ciudad —me decía entonces la niña— porque esta ciudad es el infierno. Yo me quedaba extrañada de aquellas palabras y la niña salía corriendo hacia donde su mamá la esperaba.

—Ey —le decía yo— ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Susana —me contestaba ella y se agarrada de la mano de su mamá y se iban.

Mis padres llegaban entonces corriendo para decirme que mi avión estaba a punto de despegar, yo salía afanada, agarraba mis maletas, me despedía de mis papás con un beso y un abrazo y salía corriendo hacia el avión y cuando entraba en él me sentaba a la ventana y entonces despegábamos y nos comenzábamos a elevar y yo me quedaba viendo por la ventana y entonces miraba que el aeropuerto no estaba rodeado por la ciudad sino por las mazmorras que había soñado, entonces cerraba la ventana, daba un suspiro, y me alegraba inmensamente de irme de aquel lugar.

La alarma me despertó, una sensación de desconcierto me invadía, evidente había soñado con Susana cuando aún era una niña, aquel sueño no pudo ser más que una indicación de que tenía que irme, así que me levanté y fui a donde mis padres los cuales se encontraban desayunando, los saludé y les dije que tenía algo importante que decirles.

—He estado pensando sobre muchas cosas —les dije— sobre mi futuro y he decidido que lo mejor es irme.

—¿irte? —preguntó mi papá— ¿para dónde?

—Para California —le dije— junto con mi tía.

—Pero ¿y tu carrera? —preguntó mi mamá.

—Puedo terminarla allá —le dije— o si es necesario puedo iniciar una nueva carrera, al fin y al cabo, un título de una universidad estadounidense es un millón de veces mejor que el de una universidad de este país.

Mis papás se quedaron mirando entre sí.

—¿Estas segura que eso es lo que quieras? —me preguntó mi papá.

—Completamente —le dije sin vacilar.

—Está bien, déjanos pensarlo un poco —dijo mi papá.

Yo no quise perder tiempo, así que me cambié y arreglé y antes de que mi papá se fuera le pedí algo de plata, cuando me preguntó para qué, le dije que iba a averiguar los tiquetes para California, él y mi mamá se quedaron viéndome.

—Pero si aún no hemos decidido si vas a viajar —dijo mi mamá.

—Aun así, quiero averiguar los tiquetes —le dije.

Al verme tan emocionada mi papá me dio unos billetes y mi mamá un par más y se fueron a trabajar y yo salí hacia el aeropuerto. Coticé en varias aerolíneas y averigüé los horarios de vuelo.

Cuando ya había salido del aeropuerto y pasaba por el terminal de transporte intermunicipal me encontré con Omaira, la hermana de Iván, el chino de los dogs, una china a la cual le gustaba salir también al centro y que algunas veces se había pegado a parchar con nosotros a pesar de que su hermano era de las culebras principales del parche. Nos saludamos y me preguntó qué estaba haciendo, le dije que averiguando un tiquete hacia California y con asombro me preguntó si acaso me iba a ir del país, le respondí que sí. Después le pregunté yo qué era lo que estaba haciendo y me dijo que iba a viajar a su pueblo, Buena Vista.

—¿Y a dónde queda eso? —le pregunté.

—Yendo pal pacífico —me dijo— en el pie de monte.

Cuando ya me había despedido y disponía a caminar por la ciudad, dado que no quería regresar a la casa, Omaira me preguntó si quería acompañarla ya que no quería ir sola, le pregunté cuánto costaba el pasaje.

—No te preocupes por eso —me dijo— yo te lo pago.

No tenía nada mejor que hacer así que acepté.

Cuando arrancamos le pregunté cuánto duraba el viaje, me dijo que aproximadamente cuatro horas. Recorrimos algunos pueblos y veredas hasta que cruzamos por una calle despavimentada que se empezó a perder por unas llanuras y después por un paisaje selvático que cada vez se hacía más montañoso y deformé. Hacía un sol extremadamente fuerte y el cuerpo me empezó a sudar, y me saqué el buso, Omaira me quedó viendo las heridas que tenía en los brazos además de las del cuello, pero se reservó cualquier comentario o pregunta, lo cual me pareció muy chévere. Estuvimos recorriendo aproximadamente dos horas por esa calle sin pavimentar, había algunas casas, pero tenían el aspecto de estar abandonadas, hasta que Omaira le dijo al conductor que parara y nos bajamos. La casa a la que llegamos era más bien pequeña y estaba en malas condiciones, las puertas eran de madera y algunas de sus ventanas estaban partidas. Adentro había tres habitaciones y la cocina, todo estaba lleno de polvo, pues la casa estaba deshabitada como Omaira ya me había dicho en el camino, más atrás de aquella casa había además un galpón algo grande hecho de madera. Comenzamos a mirar en cada una de las habitaciones, en las cuales aún había algunas cosas, cuando entramos a una de ellas Omaira cerró los ojos y respiró profundo.

—Esta era la habitación en la que dormía cuando era niña —dijo.

Después entramos a otra habitación la cual tenía la ventana partida y además de eso una cama, le pregunté a Omaira de quién había sido aquella habitación.

—De mi abuela e Iván —me contestó— no me gusta estar aquí, mejor salgamos —dijo.

Fuimos entonces a otra habitación la cual había pertenecido a su abuelo y en la cual no había casi nada, a no ser por un banco de madera, una botella vacía, polvo y telas de araña, le pregunté por sus abuelos y me dijo que ya habían muerto. Luego fuimos a ver el galpón de atrás y Omaira me contó que ahí había sido el lugar donde se guardaban las herramientas de la agricultura, la leña y demás cosas y en el que además quedaba un fogón, el cual aún se conservaba en el piso de tierra. Después dimos una vuelta por los alrededores de la casa en los cuales había varios árboles y estaban repletos de maleza y volvimos a la habitación de su abuelo; allí Omaira me ofreció el banco de madera y ella se puso a mirar por la ventana después de limpiarla, estuvimos un rato calladas escuchando el cantar de los pájaros los cuales abundaban hasta que le pregunté a Omaira por qué no le gustaba estar en la habitación de su abuela, noté que la pregunta le incomodó.

—No solo no me gusta estar en la pieza de mi abuela, toda esta casa me pone algo alterada —dijo— sabes, este es un pueblo peligroso, aunque ciertamente es muy bello ¿no? Pero por aquí la guerra no para, está repleto de paramilitares y de guerrilleros, yo tuve que vivir eso junto con mi hermano cuando éramos niños, pero además de eso a mi hermano le tocó vivir otras experiencias con mi abuela. Ella era una mujer muy estricta, incluso su disciplina a veces rayaba con la maldad y la amargura. Puedo decirte con seguridad que ella poco me apreciaba, no sé por qué, creo que le molestaba que fuera mujer, me consideraba un ser destinado a ser débil y eso le repugnaba. Por eso yo dormía con mi papá o con mi abuelo y como te dije a mi hermano le tocaba dormir con mi abuela, a él lo quería mucho más que a mí claro, pero ese cariño pocas veces se expresaba y era muy severa con él, creo que quería hacer de él un hombre fuerte y valiente y él, aunque la quería, también le tenía miedo, al principio creí que todo ese miedo se debía a lo estricto de su carácter, pero me equivocaba. Sabes, este es un pueblo con muchas leyendas, se habla de la vieja, se habla del duende, del mohán, de la patasola, todos los campesinos de por aquí gustaban de contar esas leyendas, campesinos cuya mayoría ya deben estar muertos o desplazados por la guerra. El que se encargó de contarnos todas esas historias de espantos y seres sobrenaturales a mi hermano y a mí fue mi abuelo, él al igual que los demás campesinos juraba que no eran solo leyendas sino cosas verdaderas y nosotros le creímos no porque fuéramos unos niños ingenuos, sino porque más de una vez pudimos escuchar chillar a la vieja alrededor de la casa, alardos horripilantes, como de una mujer siendo cocinada viva y yo me estremecía y los pelos se me ponían de punta y entonces me abrazaba a mi abuelito ya que la mayoría de veces dormía con él porque mi papá casi nunca estaba. Un día, después de una noche larga en que la vieja se había puesto a chillar, noté a Iván particularmente asustado, me pidió que lo acompañara a un lugar apartado de la casa porque tenía que contarme algo.

—Lo que pasa —me dijo cuando estuvimos ahí— es que siempre que la vieja se pone a chillar la abuela se desaparece de la cama y anoché que se puso a chillar al frente de nuestra pieza ella desapareció y yo me levanté con miedo y di un vistazo por la ventana y miré que era la abuela la que gritaba subida en un árbol y estaba completamente vestida de negro.

—¿Vos crees en los espantos Valentina? —me preguntó Omaira.

Le contesté que sí y ella volteó a verme como para comprobar que le hablaba en serio, noté que sus ojos se pasearon por las heridas de mis brazos y mi cuello.

—Te creo —me dijo— Nosotros le contamos lo que Iván había visto a mi papá, pero él le dio poca importancia dado que estaba ocupado en otros asuntos. Días después mi abuela murió y faltaron pocos días para que mi abuelo también muriera. Después llegó mi mamá a traernos y nos fuimos a la ciudad.

Cuando Omaira acabó de contarme esto se sentó en el suelo, abrió un maletín que había llevado y sacó una botella de vino y un vaso y nos pusimos a beber, el sol iluminaba todo el ámbito de la habitación y yo me puse a pensar que en pocos días ya estaría en una tierra totalmente diferente. Cuando el vino ya nos había picado un poco, tuve el atrevimiento de preguntarle a Omaira si era cierto lo que se contaba en la calle de Iván y su papá.

—Si te refieres a que si son unos asesinos si es cierto —me dijo sin más— pero hay muchas cosas que se cuentan de ellos que no son ciertas sino puras habladurías de borrachos y drogos y mentirosos compulsivos; por ejemplo, me he enterado que algunos dicen que mi hermano desellejó por completo a aquel chino o que mi papá después de matar a ese señor le sacó todos los órganos. Nadie conoce como tuvimos que crecer en este pueblo, escuchando balaceras en las montañas, incluso hubo un enfrentamiento en el que algunos paracos llegaron a atrincherarse justo aquí, en nuestra casa. Una tarde, que fue inolvidable para mí, estábamos jugando con Iván y, corriendo, entramos al galpón de

atrás ¿y sabes con qué nos encontramos? Con mi papá agitado y sudoroso vestido de militar, manchado de sangre y a sus pies tres cabezas cortadas, mi papá nos sacó a gritos y cerró la puerta, sé que vos sos inteligente y puedes entender con estas pocas palabras que te digo qué clase de hombre era mi papá. Mucha gente critica a Iván, pero no se dan cuenta que él fue parido por un país enfermo.

—Y entonces ¿Cómo fue realmente que Iván mató a aquel guagua? —le pregunté.

—Bueno pues, Iván y ese guagua eran tirados, y una noche ese guagua cometió el error de agarrar en gallada a mi hermano, lo cascaron tanto que lo dejaron casi un mes en cama hasta que mi hermano pudo volver a levantarse y entonces faltó poco para que un día llegara la policía a nuestra casa preguntando por él, él no se había aparecido en la casa hace un día y eso le dijimos a los policías, entonces ellos nos dijeron que el chino que lo había cascado había aparecido con el cuello cortado, solo unido a la cabeza por una hilacha de carne y que el principal sospechoso era mi hermano y nos preguntaron si sabíamos en donde estaba; mi mamá entre lágrimas dijo que era probable que se encontrara acá, en Buena Vista, así que nos montamos en la patrulla y emprendimos el rumbo. Cuando llegamos aquí no encontramos a Iván en la casa, lo empezamos a buscar por todos los alrededores, pero no estaba, pero yo, que había crecido con él en este pueblo supe en donde se encontraba, así que empecé a caminar con un policía que no se me despegaba a la espalda, hasta que llegamos a una quebrada, a la cual le gustaba irse a sentar a Iván cuando era pequeño y ahí estaba, mirando como fluía la corriente plateada, con los pies descalzos sumergidos en el agua; cuando nos escuchó acercarnos alzó la cabeza.

—Esta quebrada es balsámica —dijo— siempre me ayudó desde que era un niño.

Entonces el policía lo levantó y le puso las esposas.

—Al fin y al cabo, nosotros nacimos para ser asesinos —dijo en voz baja, como recordando, mientras miraba el agua de la quebrada que fluía y se reflejaba con el sol en su cara dándole un aspecto transparente.

—Entonces, es cierto lo de la famosa frase —le dije.

—Sí, así es —dijo ella.

—¿y por qué ibas a venir aquí sola? —le pregunté.

—Porque últimamente he estado pensando algunas cosas de mi infancia y en este pueblo, de cierta manera necesitaba volver al lugar de mi niñez, aunque no tenga muy buenos recuerdos de él —me dijo y sirvió el ultimo poco de vino que quedaba.

Cuando acabamos de tomarnos el vino Omaira me quedó mirando fijamente a los ojos, entonces se levantó y empezó a caminar hacia mí, en un instante pensé que me iba a matar, así que cuando estuve a un paso de mí la detuve con una mano en el pecho y le pregunté qué pensaba hacer, entonces ella me acarició la mano y se la quitó del pecho y diciéndome que no me preocupara se acercó a mí y me dio un beso y nos comenzamos a tocar las tetas, a decir verdad me agradó mucho ese beso con ese sol incandescente sobre nuestra piel, fue un beso muy largo y cuando acabamos Omaira me dijo que era tiempo de irnos, así que salimos al camino y nos pusimos a esperar un carro, le pregunté de dónde salía el transporte y me dijo que del pueblo de Buena Vista propiamente dicho el cual quedaba una hora más allá. Estuvimos más o menos media hora esperando protegidas a la sombra de un árbol, entonces le pedí que si miraba a Stefano o alguno de su parche no les contara nada acerca de mi viaje a California, ella me dijo que no me preocupara por eso, hasta que llegó una Aerovan y nos fuimos.

Cuando llegué a la casa ya se había hecho de noche y en la sala me esperaban mis papás con el doctor Helbert, nos saludamos y el doctor me pidió que habláramos un momento a solas, así que subimos a la terraza.

—Me contaron tus papás que te quieres ir para Estados Unidos —me dijo.

—Así es.

—¿y qué es lo que te lleva a tomar esa decisión tan apresurada?

—Solo quiero alejarme de esta ciudad en la que tantas cosas malas me han pasado.

—¿y piensas que así se solucionaran las cosas? —me preguntó.

—No lo sé —le dije— pero tengo esa ilusión de que en California pueda empezar una nueva vida.

El doctor Helbert sonrió comprensivamente.

—¿y a qué ciudad específicamente de California te vas a ir?

—A los Ángeles.

—¡Ah! Vaya, te vas a una de las grandes ciudades del mundo.

—Así es.

—Bueno, entonces te deseo suerte y espero que puedas empezar nuevamente esa vida que quieras y si algún día necesitas hablar con alguien esta es mi tarjeta —me dijo— aunque todavía tienes que convencer a tus padres.

—Eso no es ningún problema, ellos quieren que tenga una buena educación y saben que en Estados Unidos la puedo conseguir.

—Si eso es cierto —dijo el doctor Helbert y me dio un abrazo— que te vaya muy bien —me dijo y yo le di las gracias por sus buenos deseos.

Así que anoche les dije a mis padres los precios de tiquete que había averiguado y ellos me preguntaron si era en serio lo del viaje, yo les dije que nunca había estado tan segura de algo en mi vida.

—¿y cuando planeas viajar? —me preguntó mi padre.

—Mañana compraré los tiquetes y arreglaré todo lo que necesito llevar, así que lo más posible es que viaje pasado mañana —le contesté.

—¿¡Pasado mañana!? —preguntó mi mamá con impresión— ¿tan pronto?

—Tengo que hacerlo —le dije— dado que las clases ya van a comenzar y yo no quiero perder este semestre académico —aunque ciertamente yo no sé cómo es el calendario académico en Los Angeles.

Entonces mi papá quedó viendo a mi mamá y ella alzó los hombros como diciendo que no tenían nada que hacer frente a la decisión que yo había tomado.

—Está bien —dijo mi papá— entonces te vas para California.

Entonces los abracé a él y a mi mamá y ellos empezaron a llorar y me hicieron llorar a mí también.

Mi mamá ya había hablado con mi tía en Los Angeles pero la volvimos a llamar para que yo hablara con ella, cuando escuchó mi voz se puso contenta y me preguntó que por qué la tenía tan olvidada, le dije que había estado ocupada en el colegio, después me preguntó si era verdad que iba a viajar a Los Angeles, le dije que sí, que quería terminar mis estudios allá o comenzar una nueva carrera.

—Haces bien hija —me dijo— acá la educación es de las mejores del mundo y además hay mucho trabajo ¿y cuándo te vienes?

—El domingo tía —le dije.

—Ahh te vienes ahora mismo entonces, bueno hija acá te esperamos con los brazos abiertos —me dijo.

Cuando acabé de hablar con mi tía me puse a arreglar las cosas que debía llevar, mis papás me ayudaron a ello, hasta que todo quedó casi listo y el cansancio por el viaje con Omaira a Buena Vista me hizo meter a la cama. Me puse a pensar en todo lo que Omaira me había contado de su abuela y pensé en cuantas personas han de haber vivido cosas espantosas en este mundo y entonces Stefano me llamó; pensé en si debía decirle lo de mi viaje a California, me di cuenta que lo mejor era no hacerlo porque si lo hacía estaba segura que él se empeñaría en convencerme de que no me fuera y yo no supe cómo reaccionaría a eso sabiendo de antemano lo enamorada que estaba de él

—Lo más probable es que logre convencerme —me dije a mi misma.

Pero yo no quiero eso, no quiero quedarme anclada a lo que estoy viviendo, así que luché conmigo misma con todas mis fuerzas y apagué el celular pues ya no hay vuelta a atrás a esta decisión. Cerré mis ojos e intenté olvidarme de todo, pero la maldita ansiedad que eso que me atormentaba en cualquier momento podía aparecer me fue invadiendo y entonces una voz surgió desde lo profundo de mi cabeza.

—Así te vayas morirás —dijo.

Abrí los ojos asustada, los vientos de agosto ya empezaban a soplar y arreciaban afuera, me levanté y fui a la ventana, pensé en lo que me esperaba si las cosas no resultaban como yo quería, si aun yéndome de la ciudad no podía alcanzar paz.

—Si esto sigue así, no vale la pena seguir viviendo —pensé.

Estuve parada en la ventana viendo la calle y escuchando el viento soplar durante un largo rato, pensando en todas las cosas que había vivido en esta ciudad, las malas y las buenas, lástima que al final fueron las malas las que acabaron por imponerse; hasta que el sueño empezó a doblegarme y regresé a la cama.

Hoy me desperté temprano, terminé de empacar algunas cosas que me faltaban y después mi mamá me acompañó a comprar los tiquetes al aeropuerto. Después de que compramos los tiquetes mi mamá se fue a la tienda a trabajar y yo fui a despedirme de Andrea y Teresa, les compré un ramo de azucenas a cada una. Primero fui donde Andrea, su tumba estaba perfectamente limpia y yo me entretuve arrancando algunas hierbas que empezaban a retoñar y mirando a las demás personas que visitaban tumbas y las limpiaban. Me quedé hasta que comenzó la tarde y entonces dando unos cuantos golpes en la tumba de Andrea le dije adiós. La tumba de Teresa estaba igualmente limpia y yo me puse a ver a los que cariñosamente visitan otras tumbas, el sol alumbraba el extenso campo cubierto de pasto y algunos árboles del cementerio y yo pensé en Tatiana, en si estaría bien y pensé también en Stefano ¿Qué debía hacer? ¿escribirle alguna carta explicándole el por qué me iba, tal como había hecho Marcelo conmigo? ¿Qué le podía explicar? ¿Que le tenía miedo? ¿Que Susana me perseguía? ¿Que mi vida se había convertido en un infierno? No, solo tengo que irme, olvidarme de todo, hoy todo esto quedara atrás. Estuve con Teresa por un buen rato y entonces le dije adiós dándole unos golpes a su tumba.

Cuando llegué a la casa ya empezaba a anochecer, iba a revisar si me faltaba por empacar alguna cosa, pero cuando entré a mi habitación me encontré con todo lo que ya había empacado espolvoreado en el suelo, la totalidad de mis cosas de aseo personal estaban enteramente destruidas. Mil cosas se me cruzaron por la cabeza, pero no podía permitir de ninguna manera que mis papás vieran aquello y que desconfiaran aún más de mi salud mental, así que me puse a toda máquina a limpiar todo el desorden y a volver a empacar, tiré todo lo dañado en un basurero de la calle dado que no quería que mis papás encontraran eso en la basura de la casa y cuando mis papás llegaron yo ya tenía todo nuevamente empacado.

Mi papá y mi mamá llegaron juntos y habían comprado una torta fría de mis preferidas y una gaseosa y además unos regalos para mi tía y mis primos y algunas cosas que consideraban que me hacían falta. Entonces nos sentamos todos a la mesa y cenamos juntos como pocas veces, yo intenté disimular que mi cabeza estaba como una hoyo presión y cuando acabamos de comer mis papás nuevamente empezaron a llorar y me dijeron que por favor me portara bien en Los Angeles, que si tenía algún problema no dudara en llamarlos, que recordara que en todos lados hay peligros y que aunque mi tía me quería no era lo mismo estar con ella que con ellos, mis padres; yo también lloré y les prometí que me comportaría bien y que me cuidaría y que pondría todo mi empeño en mis estudios. Nos dimos un abrazo y fuimos a mi habitación para ver que todo estuviera listo y entonces mi mamá me dio una foto en la cual estoy yo más o menos con trece años en medio de mi papá y mi mamá y al fondo un bosque y más al fondo unas montañas y nos abrazamos de nuevo. Cuando mis papás salieron de mi habitación yo cerré la puerta, la cabeza se me estaba partiendo en mil pedazos, tenía ganas de gritar pero me contuve con todas mis fuerzas. No sabía qué hacer y entonces vi este lapicero y este cuaderno y me tiré hacia ellos y empecé a escribir, al principio palabras sin conexión alguna, desordenadas, sin ningún sentido, palabras grotescas; hasta que lentamente mis pensamientos se empezaron a ordenar y empecé a escribir esto, eran aproximadamente las nueve de la noche y ahora el sol ya ha salido, debo arreglarme, el vuelo sale a las diez, mi tía me dijo que el viaje dura diez horas, o sea que hoy a las ocho de la noche ya estaré en Los Angeles, lo único que espero es que todo esto termine.

Viernes 15 de abril del 2005

Nunca debí meterme con Stefano, anoche lo vi con otra, se lo miraba muy contento y ni siquiera parecía acordarse de mí, no tuve fuerzas para encararlos a él y a esa perra así que me vine a la casa. Estuve pensando en lo que debía hacer con una tristeza tan grande como un planeta dentro de mí hasta que me quedé dormida. Soñé que estaba en mi habitación viendo a la ciudad por la ventana y de repente alguien golpeaba la puerta y entonces yo iba y abría y de golpe entraba un aire putrefacto a mortecina a la habitación, yo me tapaba la nariz, no había nadie, así que cerraba y cuando me daba la vuelta miraba una sombra parada en una esquina de la habitación, la cortina de la ventana había sido cerrada y yo notaba a través de ella que afuera ya no estaba la ciudad sino algo deforme.

—¿Quién eres? —le preguntaba entonces a la sombra.

—¿En verdad no me reconoces? —me contestaba con una voz que no era ni de hombre ni de mujer— pero si nos conocemos hace mucho Valeria, ven, acércate y podrás saber quién soy...